

Frédéric H. Fajardie

LA VENGANZA DEL SABLE

*La Vendée, un episodio sangriento
de la Revolución francesa*



Lectulandia

En la venganza del sable recontramos al capitán Joachim Valencey de Adana, el héroe de la Guerra de la Independencia americana (1775-1783) que protagonizaba La fragata fantasma. Sin embargo, todo parece haber cambiado en Francia desde los tiempos de sus batallas navales contra la armada británica. En plena Revolución francesa, durante el Reinado del Terror (1793-1794), Valencey es llamado a un París que no es capaz de reconocer ya y en el que la guillotina no para de caer. Robespierre le manda con sus ya célebres 714 compañeros a Vendée, donde su enemigo íntimo el conde de Blacfort se ha convertido en un general monárquico. Son tiempos turbulentos y crueles, de guerra civil sin cuartel, en que se crucifica en las puertas de las iglesias, se remata sin piedad a los heridos, se tortura y se mutila sin contemplaciones...

Pese a todo ello, Valencey de Adana intentará vencer a los monárquicos sin traicionar el espíritu caballeresco que le caracteriza.

Lectulandia

Frédéric H. Fajardie

La venganza del sable

Libertad, querida libertad - 2

ePub r1.1

libra 04.06.15

Título original: *La Lanterne des morts*
Frédéric H. Fajardie, 2006
Traducción: Manuel Serrat Crespo

Editor digital: libra
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Francine
A Thomas y Stéphan
A la memoria de mis padres*

ENERO DE 1794...

Era una noche fría y lluviosa, en la que deslumbradores relámpagos surcaban un cielo preñado de pesadas y sombrías nubes. El viento, que soplaba en fuertes ráfagas, aumentaba la desolación de semejante clima.

Sacudida por un mar muy agitado, una chalupa intentaba llegar a la costa, una playa desierta en algún lugar entre Rochefort y La Rochelle.

A lo lejos, a la luz de los relámpagos, se adivinaban las elegantes formas de una fragata soberbia, con las luces apagadas.

A fuerza de remos, la barca acostó por fin. A hora tan tardía, y en tales circunstancias, a cualquier observador no le habría cabido la menor duda de que un puñado de aristócratas intentaba un discreto desembarco desde una fragata inglesa, con el objetivo de ir a incorporarse a filas del ejército de la Vendée.

Sin embargo, el observador se habría equivocado. La fragata, llamada *La Terpsichore*, era francesa y el oficial, un capitán de navío de cuarenta años que fue el primero en saltar a la húmeda arena, llevaba en su tricornio la escarapela tricolor.

Alto, delgado, de esbelta silueta, tenía un rostro atormentado, de pómulos prominentes y mejillas hundidas, pero ante todo destacaba su mirada, unos ojos de un gris verdoso, duros o irónicos alternativamente.

Era el comandante de *La Terpsichore*, se llamaba Joachim de Niel, hasta entonces conde de Valencey y príncipe de Adana.

El segundo que saltó a la playa era también su segundo de a bordo en el navío, aunque mucho más en la vida: casi un hermano. Abandonado de niño, había crecido con Valencey de Adana antes de ser ennoblecido por iniciativa del padre de éste. Atlético, se llamaba Mahé de Campagne-Ampillac, era teniente de navío y hasta entonces barón. Como sus camaradas, no había regresado a Francia desde hacía trece años.

Un tercer hombre saltó a su vez. Casi en los sesenta, el cirujano de a bordo se llamaba Florent de Saint-Frégant. Besó el suelo de su país, con el que soñaba desde que finalizó la guerra de la Independencia americana.

La barca se alejó un instante de la orilla, pero una fuerte ola la arrojó de nuevo hasta ella.

Con gesto impaciente, Valencey de Adana indicó que se apresurara el movimiento pues muy vulnerable resultaba, en aquel peligroso instante del desembarco, el grupo de fugitivos.

Un cuarto hombre se metió en el agua hasta medio muslo y lanzó una colérica mirada a los relámpagos. Con rostro de asesino surcado por las cicatrices, Jules Dumesnil, plebeyo y parisino de origen, era contraamaestre. También él había seguido a su capitán durante el largo e injusto exilio ordenado por Luis XVI.

Un quinto hombre saltó con rapidez. Alto y ágil, difería de los demás por su uniforme y su elevado grado de comodoro^[1] de la marina de guerra americana. Se llamaba John O'Shea.

El sexto y último clandestino, de treinta y cinco años, abandonó la barca de un agilísimo brinco y luego, con gesto elegante, sacudió su uniforme. Aunque padeciera el «Alto Mal^[2]» y temiese a cada instante una crisis, era un hombre brillante y valeroso. Se llamaba Bernardin des Essarts, hasta entonces, marqués de La Mellerie.

Los fugitivos empujaron al unísono la barca, cuyos remeros, yendo contra las olas, no estaban precisamente de fiesta.

Por un instante, al resplandor de un relámpago, Valencey de Adana observó su fragata, confiada a Joseph de Keringan ayudado por Guillaume de Lamorville, ambos hasta entonces aristócratas, compañeros de los años primeros, exiliados voluntarios bajo la monarquía, fervientes republicanos y francmasones como también lo eran La Mellerie, Dumesnil y Saint-Frégant.

La región estaba en plena sedición. Vendée, Maine, Anjou... los republicanos controlaban, más o menos, las ciudades pero los de la Vendée dominaban la mayoría de las aldeas, carreteras, caminos y bosques. Además, la situación evolucionaba sin cesar al albur de los imprevisibles desplazamientos de los ejércitos y las bandas vendeanas. Ser sorprendido por éstas con una escarapela tricolor en el sombrero sólo suponía un castigo: la ejecución inmediata, a veces precedida por torturas y mutilaciones.

El grupito clandestino siguió durante casi un kilómetro una senda costera. Valencey de Adana, que caminaba en cabeza, parecía notablemente bien informado y, de hecho, lo estaba, pues había recibido de Francia un detalladísimo plano de la región. Su informador y amigo, Pierre-François Gréville, era nada menos que el general de la policía secreta, especialista en misiones tan confidenciales como delicadas. Puesto que ocupaba ya ese cargo durante la monarquía, había intervenido en la decisión de los guardias franceses que, el 14 de julio de 1789, se habían unido a la multitud, permitiendo así el éxito del levantamiento. Sólo daba cuentas al todopoderoso Comité de Salvación Pública y, en especial, a su astro ascendente, Maximilien Robespierre.

La lluvia, que había cesado, volvió a irrumpir con violencia mientras los fugitivos llegaban a la altura de un hemiciclo perteneciente, sin duda, a la aduana.

Valencey de Adana impartió órdenes por señas. Todos se conocían muy bien, pues habían hundido o capturado centenares de navíos, combatido de noche, participado en decenas de abordajes de extremada violencia, enfrentado, incluso, contra los ingleses en tierra, tras la victoria naval de la bahía de Chesapeake.

Se derribaron las puertas y ventanas a patadas, todas al mismo tiempo, mientras arrojaban en el interior un tonelete de pólvora, con una corta mecha, que estalló de inmediato. Los marinos de la República invadieron enseguida el edificio para caer en la cuenta de que aún debían enfrentarse a media docena de vendeanos, con fama de excelentes combatientes.

Sin embargo, al revés que los «azules», los partidarios del rey no se encontraban en su terreno preferido, el bosque, mientras que a los marinos, acostumbrados a combatir en la cubierta de un navío, no les molestaba lo exiguo del lugar, lo que les aseguró una rápida superioridad.

El oficial vendeano no se equivocó de enemigo cuando se enfrentó a Valencey de Adana. No dejó de advertir que su adversario republicano, un oficial de marina, llevaba prendida a la derecha de su pechera una condecoración rarísima: un águila de oro con cabeza blanca y cinta azul claro orillada de blanco, la Orden de Cincinnatus, la más prestigiosa condecoración americana, concedida sólo a trescientos sesenta voluntarios de los doce o quince mil franceses que combatieron durante la guerra de la Independencia. Estaba junto a otra condecoración, la cruz de Malta de oro con flores de lis y una espada que atravesaba una corona de laurel: la Orden de San Luis, la más alta condecoración militar de la hasta entonces monarquía. Pero la escarapela tricolor en el tricornio acababa con cualquier ambigüedad, lo que acentuó el odio del vendeano y le hizo cometer una torpeza: unos segundos después, la punta del sable de Valencey de Adana penetraba en su ojo y salía por el cerebelo.

Para los demás, el combate proseguía. Era preciso protegerse de los mandobles pero, aún más, del arma clásica de los chuanes, la hoz con la hoja enderezada hasta el eje del mango. El enclenque marqués de La Mellerie evitó por los pelos un golpe del «palo de la jarana», es decir provisto de clavos, antes de casi decapitar a su adversario con un poderoso sablazo. Para el resto, la misa ya habría acabado.

Jules Dumesnil examinó atentamente un cuchillo de zapatero, utilizado para degollar a los soldados republicanos, y luego, de un pistoletazo, remató a un herido.

Los seis marinos, sable en mano, observaron sorprendidos los cadáveres de sus adversarios.

—A excepción de su jefe, son sin duda pobres campesinos... —masculló Mahé de Campagne-Ampillac en tono desolado.

—Bandoleros de la Vendée, secuaces de los déspotas, lacayos de los opresores y los tiranos... —rectificó el barón de Saint-Frégant.

—Registremosles... —propuso John O'Shea.

Valencey de Adana no hizo ningún comentario, interesándose por el aspecto de aquellos a quienes tendría que combatir, un aspecto con el que iba a toparse más a menudo de lo que habría deseado.

Al norte del Loira, a aquellos campesinos se les llamaba «chuanes» porque se reunían al grito de la lechuza (que en francés suena *chuet*), pero su aspecto difería muy poco del de los vendeanos, y menos aún sus insignias. Así, en sus pechos, se

veían cosidos con hilo rojo escapularios y sagrados-corazones. Llevaban en el sombrero la escarpela blanca y un rosario en el ojal.

En un rincón de la estancia, enrollada con cuidado, se hallaba la bandera blanca del rey con flores de lis y el Sagrado Corazón.

—¡Aquí huele a agua bendita!... —observó Mahé.

El difunto oficial al mando del destacamento llevaba a la cintura el fajín blanco y en la placa de su cinturón se codeaban las flores de lis y la corona de oro.

En sus bolsillos encontraron asignados de cinco libras, doblados de tal manera que, así, podía leerse con malicia: «La Muerte la República».

—¿Qué hacemos ahora?... —preguntó La Mellerie, levemente ansioso.

—Incendiemos la casa, y al carajo los cadáveres. Por la noche, el resplandor se verá desde lejos. Eso atraerá a los vendeanos y, tal vez, nos despeje el paso.

—¡Los bandidos de la Vendée! —corrigió mascullando Florent de Saint-Frégant la palabra «vendeanos».

De todo el grupo, el cirujano era quien más odiaba a los «blancos», pero ciertamente no el que más amaba la República, lugar que correspondía a Valencey de Adana: Luis XVI, que sentía celos de él y lo temía, le había prohibido pisar tierra de Francia durante ocho años.

En 1789, cuando Valencey de Adana podía por fin regresar a Francia, un ciclón había maltratado *La Terpsichore*, dañándola tan gravemente que los trabajos de reparación duraron más de dos años. Entretanto, se había declarado la guerra y, a petición de las temerosas autoridades revolucionarias, *La Terpsichore* cerró el paso por las Antillas, protegiendo los convoyes y limpiando de corsarios los parajes.

Y, luego, habían llegado aquellas dos cartas del general de policía...

Avanzaban a ambos lados de la carretera, tres de una parte, tres de la otra. En fila india y con amplio espacio entre ellos, como hacían en Estados Unidos. Tras el gozo de hollar tierra francesa, se sentían preocupados. Pensaban en los seres de quienes se habían separado, en las noticias, demasiado escasas, en las casas y castillos abandonados durante aquellos años.

En todo el grupo, sólo el comodoro O'Shea escapaba a estas angustias. Hombre de honor, se sentía feliz devolviendo el favor a sus amigos franceses pues, sin ellos, no hubiera habido independencia americana. Estaba pagando una vieja deuda y eso le sentaba bien. Sobre todo con respecto a Valencey de Adana. Mientras, en Francia, el poder real lo menospreciaba, en Estados Unidos, La Fayette y Rochambeau habían querido que estuviera presente en la rendición inglesa, en Yorktown, y George Washington, hombre muy poco expansivo —aunque estuviera bien informado—, incluso lo había estrechado entre sus brazos sin ocultar la emoción.

En la gélida noche, la lluvia caía continuamente volviendo casi impracticables los caminos, resbaladizos, cubiertos de agua en sus roderas y baches. Valencey de Adana imaginó la fatiga de los artilleros de la República cuando las ruedas de los cañones se atascaban, la detención de la columna, el ir a buscar los caballos suplementarios para

arrastrar las piezas de artillería y, claro está, a los francotiradores vendeanos, que aprovechaban la situación para matar a algunos soldados antes de retirarse amparados por los bosques. Y empezar de nuevo más allá.

Fue el primero en cruzar el Pont-Rouge, señalado en el plano aprendido de memoria; advirtió el calvario de La-Croix-aux-Arbres y la fuente de los Hauts-Jours, que le confirmaron el camino que había que seguir.

Procuró apartar los pensamientos que le asaltaban sin tregua: Victoire^[3], su gran amor... Nicolas de Refroicourt, conde de Blacfort^[4], su enemigo, asesino de su padre y a quien venía a matar; aquel gordo rey estúpido, que menospreciaba al pueblo y terminó guillotinado, en la plaza de la Revolución, en enero del año anterior. Las decenas de miles de vendeanos armados que peinaban la región...

Pero sobre todo, por encima de todo, Victoire.

—¡Vive Dios que bien sabré encontrarla! —dijo entre dientes.

«¿A qué precio?», pensó Mahé.

John O'Shea, que cerraba la marcha, levantó la voz:

—¡Cuidado, vienen jinetes!

Los marinos se arrojaron precipitadamente a la cuneta.

Precedida y seguida por grandes contingentes de jinetes vendeanos, una carroza tirada por seis caballos pasó, derrapando en el lodo, con los infelices animales implacablemente azotados por el cochero.

—No cabe duda, ¡la Revolución no ha llegado hasta aquí! —exclamó O'Shea incorporándose y ajustándose el tricornio.

En el interior de la carroza, el poderoso señor y general vendeano sin duda habría titubeado sorprendido al saber que acababa de pasar a menos de un metro de su enemigo mortal, oculto en una cuneta.

Con el tiempo, el odio de Blacfort hacia Valencey de Adana no había hecho más que aumentar.

Blacfort detestaba tantas cosas en aquél que, durante años, se había creído su amigo que no era fácil llevar la cuenta. Aquel odio, alimentado y recocado, hacía que en cuanto pensara en su antiguo amigo de la infancia se le nublara el entendimiento.

Así era el conde de Blacfort, cuyo ojo vaciado quedaba oculto por una venda negra, a consecuencia de un accidente que él mismo había provocado aunque Valencey de Adana sujetara la espada: una manera diabólica de culpabilizar al príncipe y destrozarle, durante trece años, cualquier posibilidad de ser feliz.

Sentado al lado de Blacfort, el cura Phébus Monteroux, su instigador, alimentaba su locura. Eclesiástico indigno, libertino y asesino, bien protegido en el meollo de la sedición, en aquella tierra enemiga de la República, se había declarado sin correr grandes riesgos «sacerdote refractario» por oposición a los «juradores», los sacerdotes que se habían unido a la constitución civil del clero.

—Bueno, ¿llegaremos algún día?... —preguntó Blacfort en tono impaciente.

Un oficial vendeano, antiguo capitán de la caballería ligera que compartía la carroza con el general y el sacerdote, respondió con voz un tanto temerosa:

—¡Ya hemos llegado, general!... Casi.

—Detesto los «casi».

Los dos hombres, con las guerreras verdes de los oficiales del ejército vendeano, fajín a la cintura y escarapela —blancos ambos— en el sombrero, intercambiaron una mirada. Blacfort adivinó en el oficial una mezcla de odio y temor: le encantaba provocar aquellos dos sentimientos cuando estaban así, entremezclados.

—Por una vez que ese interminable retiro nos ofrece cierta satisfacción, sería una lástima no asistir al espectáculo... —dijo el cura Monteroux con voz golosa.

Deseando distender la atmósfera, muy penosa de pronto, el oficial observó:

—Es extraño que sea con ocasión de este retiro, consecuencia de nuestra derrota, cuando lleguemos a unas tierras que nunca fueron nuestras.

Blacfort no respondió. Creía que tras la aplastante y desastrosa derrota de Savenay, la causa monárquica estaba acabada a medio plazo y, en cuanto hubiera resuelto uno o dos asuntos muy personales, pensaba dirigirse a Inglaterra y abandonar allí a los vendeanos.

El general-conde de Blacfort, al contrario que Valencey de Adana, que la

emprendía siempre con los más fuertes, detestaba las causas perdidas...

Recordó con melancolía la corta epopeya vendéana.

Marzo de 1793, es decir, nueve meses antes: fue el comienzo del conflicto marcado por las matanzas de republicanos sobre cuyos cadáveres se quemaban banderas tricolores mientras otros arrancan, a centenares, aquellos «árboles de la libertad» plantados en cada municipio francés.

Con el paso de los meses, de marzo a diciembre, se produce un verdadero mar de fondo: todo el Oeste se levanta. Por todas partes se yerguen campesinos ultracatólicos apegados a los Borbones y hostiles a la «leva en masa» decretada por la Convención. El toque de rebato suena, los hombres se arman. Toman Nantes hasta el centro de la ciudad. A la República, entre la espada y la pared, no le queda más remedio que recurrir a doce mil soldados de élite del ejército de Coblenza, lo que no impide a su glorioso jefe, el general Kléber, ser derrotado en Torfou, y severamente. Angers, Villedieu, Machecoul, Chinon, Le Mans, el Mont-Saint-Michel, Sablé, la Roche-sur-Yon, Château-Gontier, Laval, Dol, Pontorson, Fougères, Avranches, la isla de Noirmoutier, La Flèche: las grandes ciudades caen como frutos maduros. Por todas partes los azules se ven obligados a retirarse, precipitadamente a veces, y a costa de miles de muertos. Heridos y rezagados son rematados sin piedad. En Le Mans, el viento comienza a cambiar, por fin, tras un fulgurante contraataque republicano.

Luego, el 23 de diciembre —¡casi ayer mismo!—, llega el desastre monárquico de Savenay. De ochenta mil hombres, el «gran ejército católico y real» regresa con unos pocos miles. En tres meses. El generalísimo Cathelineau muere en julio. Su sucesor, el general Bonchamps, cae a su vez. El nuevo generalísimo vendéano, D'Elbée, es herido y evacuado a Noirmoutier. Capturado, lo fusilan atado a un sillón y arrojan su cuerpo a una zanja.

Se nombra entonces un nuevo generalísimo, el conde de La Rochejacquelein, de veintiún años... Tiene clase. Kléber rinde homenaje a quien impide la matanza de republicanos heridos diciendo: «Si actuáis como quienes hacen el mal, ¿dónde está la buena causa?».

—¡Le detesto!... Que ése reviente: ¡que los republicanos quemem su carroña!... —soltó de repente Blacfort, sobresaltando al cura y al oficial.

Vencido al cruzar el Loira por los generales Marceau, Kléber y Westermann, La Rochejacquelein se interna en el bosque con algunos fieles:

—¡Así estamos!... —dijo Blacfort a media voz, en tono desencantado.

Sacudió la cabeza. Estaba convencido de que La Rochejacquelein moriría dentro de poco, pues intuía que el joven general vencido buscaba la muerte.

—¡Él y su honor son el colmo del ridículo!

Aparte del propio Blacfort del lado de los generales vendéanos ya sólo quedaban el señor de Charette, bastante sombrío, con su «ejército de las ciénagas», y el general Stofflet, brutal y cruel. Ciertamente, llevaban a cabo una guerra de acoso, muy costosa en hombres para la República, pero en absoluto decisiva.

Sí, era preciso largarse a Inglaterra, y pronto. Pero antes...

—¡Ya llegamos, general!... —exclamó el oficial viendo que se acercaban, a la entrada de la pequeña ciudad, hombres con antorchas.

Abrieron la puerta de la carroza al general-conde de Blacfort y un viejo oficial, baronet del bosque y antiguo mosquetero de la guardia del rey, saludó.

—¡Al grano!... —soltó Blacfort de muy mal humor.

El anciano, con la peluca algo de través bajo el sombrero con escarapela blanca, se encogió de hombros.

—Un asunto insignificante, general, pero que se convertirá en un drama.

—¿Cómo?... —aulló Blacfort y añadió—: ¿Me molestan en plena noche por «un asunto insignificante»?

Un oficial más joven, veterano del regimiento de Aquitania, con la cintura ceñida por un fajín blanco, intervino sin que lo invitaran:

—General, el asunto no es tan desdeñable. Es la primera vez que llegamos a estas tierras y nuestra gente exige arreglar antiguas cuentas. Así, hemos capturado una joven baronesa... —Se interrumpió, señaló a lo lejos una pequeña mansión entregada a las llamas y, luego, explicó—: El castillo arde. El padre de la baronesa, electo por la nobleza, se unió al Tercer Estado en el ochenta y nueve, fue diputado en la Constituyente y es hoy coronel en el ejército de Jourdan. La muchacha está tan endiablada como el padre, en su loca pasión por la República...

Viendo a Blacfort como ausente, el oficial volvió a interrumpirse, ignorando que aquél estaba pensando: «Caramba, he aquí un caso igual al de Victoire. ¿O tal vez sea ella?... Sin embargo, prometí una fuerte recompensa...».

Entonces, subiendo el tono de voz, pues creía que el general se había extraviado en alguna letargia, el oficial prosiguió:

—Si algo detestan nuestros campesinos es el espectáculo de aristócratas beneficiados por Dios y que, sin embargo, se unen a la causa de los azules.

—Es inútil que habléis tan alto, os oigo perfectamente. Bueno, ¿qué quiere esa gente?

—Que les entreguemos a la baronesa y la ciudad arrebatada a la República, para que lleven a cabo represalias que honren a Dios y venguen al rey.

—Es del todo legítimo, ¡hágase así!... —respondió Blacfort sabiendo, por experiencia, que el espectáculo de las violaciones, incendios, mutilaciones y ejecuciones distraería su humor taciturno.

Había dejado de llover y el frío se volvía más penetrante a medida que los seis clandestinos se dirigían tierra adentro.

Procedente del océano, se había levantado un viento de extremada violencia, que caía sobre el oscuro bosque con tal furia que Valencey de Adana y sus compañeros avanzaban como si les empujaran por la espalda.

En París, aquel viento iba a destruir parte del tejado de las Tullerías, romper las lintemas que servían para iluminar las calles y arrancar el plomo de las campanas de Notre-Dame.

Por unos instantes, John O'Shea añoró su Virginia natal y se preguntó qué estaba haciendo en aquellas desoladas tierras, en una noche de invierno en que soplaban un espantoso viento huracanado mientras merodeaba un enemigo cruel que no daba cuartel. Luego se prohibió ese tipo de pensamientos, prefiriendo concentrarse en su misión, doble, por lo demás: reconocer al enemigo con el mayor cuidado antes de volver para enfrentarse con él, pero en mayor número esta vez. Y ayudar a su amigo a encontrar a su amada... ¡a quien no había visto desde hacía trece años!... Semejante constancia en los sentimientos le pareció muy propia de Valencey de Adana, a quien no se le conoció idilio alguno durante su interminable exilio. Más aún, el americano, bastante exaltado en lo que respecta a los sentimientos, se convenció de que semejante grandeza en la pureza amorosa realzaba a toda la humanidad en su más valioso bien: la pasión.

La noche en que cumplía los treinta y cinco años, y fue la única vez, el príncipe le había hablado de su amor por Victoire. O'Shea lo recordaba perfectamente. Un amor de niño convertido en un amor apasionado que resistía el tiempo y la separación. Y, sobre todo, recordaba una frase: «Nuestras miradas no podían encontrarse sin que ambos sintiéramos un dolor físico».

O'Shea se estremeció, pues sabía que aquella región monárquica no era muy propicia a los sueños. Reparó en la atención con que Valencey de Adana había recibido las enseñanzas de los indios bravos y mayas. Su modo de detenerse en los cruces de camino, de acechar el lindero de selvas y bosques, de escuchar la naturaleza del grito de los animales, de examinar la dirección del viento y el olor que portaba —pudiendo diferenciar el de un lobo del de un perro, de un gran mono o de un hombre...

Habían dejado atrás las ruinas de una antigua plaza fuerte, echando una rápida ojeada a la poterna, la medialuna y la caponera. Luego habían atravesado un pueblo por completo incendiado —pero ¿por qué facción?—, llamado Paroisse-aux-Treize-Vents, lo que había hecho exclamar al contraamaestre Jules Dumesnil, que se sujetaba

con ambas manos la gorra de lana sobre la cabeza:

—Trece vientos suponen doce de más, ¡en esta jodida noche!

Algunos esbozaron una sonrisa.

En aquella aldea, todo resultaba siniestro. Las casas calcinadas servían de refugio a los búhos y los murciélagos.

No se detuvieron ante la ermita con el reloj de sol y abandonaron aquel lugar tristísimo por la Puerta del Preboste, donde antaño se celebraba un floreciente mercado.

Luego, tras recorrer doscientos metros, Valencey de Adana redujo el paso al ver una iglesia. Por gestos, indicó que se desperdigaran. Acompañado por Mahé, se detuvo por unos instantes a la altura de un abrevadero de piedra donde se había esculpido, y no sin talento, una danza macabra.

Tras una leve vacilación y al ver cerrada la puerta, el príncipe de Adana la golpeó con la empuñadura de su sable.

Después de una larga espera, la puerta se abrió y apareció un viejo cura, mal afeitado, con el pelo revuelto y una mirada extraña.

—¡Ah, aquí están los azules, los «patanes»! —soltó al reparar en los uniformes.

En efecto, como solían llamar los vendeanos a los republicanos.

Valencey de Adana no respondió pero fijó largo rato sus ojos en los del cura, que desvió la mirada. El comandante de *La Terpsichore* observó entonces el hermosísimo altar mayor, fabricado con nueve mármoles distintos; luego rodeó los retablos de piedra y el banco de albañilería. Por fin bajó a la nave y se detuvo ante un cenotafio.

—¡Aquí es!

Con la ayuda de sus compañeros, la emprendió con el cenotafio, aquella extraña tumba levantada en memoria de un muerto y que nunca contiene sus restos.

—El señor Gréville sería un excelente intendente si, un día de éstos, abandonara la policía secreta —dijo sonriendo antes de levantar la tapa.

Ante la mirada indiferente —o fingidamente imperturbable— del cura, sacaron del cenotafio fusiles, cecina, pólvora, café, azúcar, galletas, velas, tinta, plumas, bastones de cera para sellar y otras muchas cosas, entre ellas tres documentos, uno de ellos virgen.

El sacerdote, con expresión atónita, de pronto se puso a tararear el viejo estribillo chuán:

Reventáis en vuestras ciudades
malditos patanes,
al igual que los gusanos,
levantando las manos...

—¡Eso no es muy cristiano, abate!... —gruñó el señor de Saint-Frégant.

Mientras rompían unos reclinatorios para encender fuego, Valencey de Adana acercó a la llama de una vela el documento virgen.

Escritos con jugo de limón, unos caracteres aparecieron muy pronto por efecto del calor.

—¿Interesante?... —preguntó Mahé que se había acercado.

—¡Desconcertante!... —replicó Valencey de Adana, que quemó el documento y tomó otro.

Éste aparecía escrito y se trataba de una carta comercial sin excesivo interés, entre cuyas líneas había grandes espacios en los que, una vez calentados, apareció otro texto escrito con tinta simpática.

El tercero, por fin, parecía incomprendible. Al adivinar la naturaleza de la misiva, Mahé abrió uno de los macutos y, sin decir palabra, tendió un diccionario de griego a su amigo.

El príncipe, quitándose el tricornio, tomó la pluma y la tinta y, de pie, trabajó sobre el extraño documento depositado en el altar mayor.

Mientras el fuego prendía en las losas del suelo de la iglesia, O'Shea se acercó a Mahé y murmuró:

—Pero bueno, ¿qué está haciendo con la pluma en la mano y tanta seriedad?

—Se trata de un código cifrado —respondió Mahé entre susurros—. Si lo prefieres, que entendamos el texto depende de un diccionario de griego antiguo, paginado al revés pero que se empareja con un alfabeto transpuesto.

—¡Francia es un país sabio e ingenioso!... —advirtió el americano, admirado pero no envidioso.

Mahé suspiró.

—Es un país en guerra contra casi todas las demás naciones, y también consigo misma. Por añadidura, es un país desgraciado: se come mal y se muere mucho. No te sorprendas, John, si algún día te pido que olvides cuanto no enorgullece a la nación, pues la barbarie se reparte entre todos los bandos, pasando el cáliz del odio de un enemigo a otro.

Valencey de Adana, muy ocupado, no estaba escuchando aquella conversación pues lo que estaba descifrando le interesaba mucho.

Se trataba de unas copias. La primera era la de una carta de Blacfort interceptada por los servicios de Gréville y destinada a la hasta entonces marquesa Victoire de La Chesnaie de Flers. El mensajero, un chuán, no corría el riesgo de revelarla: capturado, en menos de dos horas fue juzgado y guillotinado en Surgères.

El texto rezaba así:

Señora:

Me dicen, lo que no me sorprende demasiado, que os habéis unido con entusiasmo a la causa de la Revolución. Eso aumenta la animadversión que siento contra vos al mismo tiempo que aguza el deseo de poseeros.

Hubiera debido violaros cuando se me concedió la ocasión, pero puesto que los disturbios se extienden ahora a nuestra región, a la que regreso a la cabeza de un ejército, el asunto sólo se ha demorado. Me gusta la idea de desfloraros, pues os creo virgen, y de ofrecerlos luego a mis lacayos antes de ordenar que os quemem viva, ya que no existe en el mundo olor que me seduzca más que el de la

carne de mujer abrasada.

No escaparéis de quienes os pisan los talones. Seréis pues, muy pronto, mía, hermosa marquesa. Os lo aseguro, siendo para siempre, señora, vuestro atentísimo enemigo.

NICOLAS

Sin decir palabra, Valencey de Adana leyó la segunda copia, la de una carta de hacía trece años, encontrada por los servicios del general de policía Gréville en los archivos reales. Por su infamia, igualaba la precedente y el oficial de marina pensó que, decididamente, algunas fortunas no valen en absoluto la bajeza que se despliega para obtenerlas.

Sire:

Os confirmo por la presente que Joachim de Niel, conde de Valencey y príncipe de Adana, no oculta sus opiniones sediciosas, habiéndoos tratado, en mi presencia, de «tirano», «homicida», «déspota» y «asesino». El hecho de que combata en los mares por la gloria de vuestras armas —pero, sobre todo, para sus amigos americanos— en nada cambia las cosas. Estoy dispuesto, Sire, a repetir cuanto he dicho, y mucho más, cuando os plazca escucharme.

Tengo la alegría y el honor de ser, Sire, el humildísimo y obediente servidor de vuestra majestad.

NICOLAS DE REFROICOURT, conde de Blacfort

Mahé se acercó:

—¿Malas noticias?

—Sí y no. Las cuadrillas de vendeanos son muy poderosas aún, muy móviles y difíciles de aprehender. Gréville aconseja prudencia, estimando que necesitará muchos años para apaciguar el Oeste. Además...

—¿Sí?

—Gréville ha incluido esto.

Tendió las copias a Mahé, que las leyó, cada vez más asustado.

—Nicolas es abyecto, innoble y repugnante.

—En todo caso, ignora que una de sus cuadrillas ha raptado a Victoire. Si pudiéramos interceptarlos antes que él...

Valencey de Adana permaneció pensativo. Ciertamente, desde la primera llamada de Gréville para que fuera a reconocer al adversario y enfrentarse más tarde con él sirviéndose de los métodos indios de la guerra de América, Valencey de Adana había aceptado. Pero una segunda misiva, comunicándole que una cuadrilla vendeana había raptado a Victoire y merodeaba, sin duda, por la región con la prisionera, precipitó más aún la expedición: ¡era preciso dar con ella!

Mahé lo sacó de su ensueño.

—La carta de Nicolas denunciándote al gordo *Capeto*^[5], en falso por lo demás, pues no son palabras tuyas, sin duda alimentó su odio y explica mejor tu exilio.

El que había sido hasta entonces príncipe no parecía en exceso escandalizado.

—Nicolas no cambia. Lo pensó suciamente y lo escribió asquerosamente.

Sonrieron, pero fugazmente: del fondo de la iglesia les llegaron unos atroces

aullidos. Desenfundaron sus pesados sables de marina con idéntico ademán.

Llegaban otras tropas vendeanas y, como siempre ocurría cuando desfilaba el ejército monárquico, las mujeres partidarias de esta causa se arrodillaron rezando su rosario.

Los oficiales habían requisado una posada, cuyo rótulo, LA CONVENCION NACIONAL, ardía con la leña mientras, colgado de una encina, el cuerpo del posadero oscilaba bajo las violentas ráfagas del viento.

Todo aquello no había provocado la menor conmoción.

El general-conde Blacfort fue recibido con gritos de «¡Viva el rey, viva la nobleza, viva el clero!».

Encantado, vio que unos cuantos soldados azules capturados eran obligados a caminar sobre las escarapelas tricolores gritando «¡Viva el rey!». Quienes se negaban, caían de inmediato bajo los sablazos.

En su precipitada fuga, los republicanos habían abandonado un cadalso, el mismo que, dos días antes, sirviera para guillotinar a cinco sacerdotes refractarios. Los campesinos encontraron en ello un excelente pretexto para ejecutar a algunos prisioneros, soldados o funcionarios municipales, así como a burgueses liberales.

Un grupo de jinetes de la chuanería, procedentes del norte, fue recibido cálidamente. Como los vendeanos, habían atado a la cola de sus caballos algunas escarapelas tricolores y charreteras doradas de los oficiales republicanos muertos en combate.

Los aristócratas eran mucho más turbulentos que los soldados-campesinos. Con sus guerreras verdes de cuellos blancos o negros, se divisaban desde muy lejos aunque algunos, a causa del frío, llevaran levitas de un verde espinaca.

Con cortés atención, Blacfort presenció una triple ejecución contra el muro de la iglesia: con una salva, una escuadra acabó con el alcalde, el médico y un abogado de rostro ensangrentado, marcado por los golpes, pues se sospechaba que pertenecía a la francmasonería, llamada aquí «el laboratorio del diablo».

Poco después, Blacfort fue recibido en casa del difunto médico cuya familia había sido expulsada, incluidos los niños de corta edad, en plena noche y por los ventosos caminos. Una refinada cena le aguardaba, en compañía de tres oficiales superiores. Por esa razón, habían diferido la ejecución de la baronesa republicana.

—¡Es un honor teneros entre nosotros, general!... —exclamó el decano, un viejo coronel, veterano de la guardia constitucional del rey que había salvado la piel por los pelos en la jornada del 10 de agosto de 1792.

—Sabed, coronel, que el honor es mutuo —respondió Blacfort con una leve inclinación de cabeza.

Pasaron de inmediato a la mesa.

Indiscutiblemente, Blacfort dominaba el arte de la conversación, no porque hubiese adquirido muchos conocimientos, sino porque su ingenio se había aguzado antaño en contacto con Valencey de Adana y, en menor medida, con Mahé. Sin embargo, nunca pensaba en aquellos lejanos años en que los tres jóvenes discutían, a veces, hasta la puesta de sol.

Sirvieron primero una sopa de leche y queso, luego salchichón ahumado y, como dos coroneles pelearon sobre el nombre local de aquellos productos, Blacfort les lanzó una mirada que los hizo enmudecer:

—Caballeros, no olvidéis que me llaman el *Pacificador* —suavizó de inmediato con un rasgo de humor.

Sonrieron, pero el más joven de los oficiales pensó: «¡También te llaman, y más a menudo, el *Carnicero!*».

Blacfort se había especializado en llegar por la retaguardia de las tropas vendeanas combatientes. Acto seguido, destituía a las autoridades constituidas, nombraba nuevos responsables y procedía a la represión, por lo general feroz.

Sirvieron lentejas frías en ensalada y vinos de Vouvray y de Volnay.

La conversación versó sobre las operaciones militares y Blacfort, que acababa de asistir a una reunión del Estado Mayor, soltó, perentorio:

—Señores, salvo por Charette, que hace sólo lo que le viene en gana con su ejército de las ciénagas, y Stofflet, que está reconstruyendo el ejército monárquico, tendremos que arreglárnoslas con lo que tenemos y aprender de nuestras derrotas: ¡acosar al enemigo!... Ése es mi punto de vista y, por innovador que resulte, lo creo pertinente.

El más joven de los coroneles, veterano del regimiento real-dragones que realizaba grandes y visibles esfuerzos para contenerse, tuvo sin embargo inteligencia bastante para lanzar en tono cortés:

—General, repetís aquí las palabras de nuestro táctico más grande, el difunto general-marqués de Bonchamps.

—Bonchamps es conocido, sobre todo, por haber concedido gracia a cinco mil republicanos prisioneros cuando él mismo estaba muriéndose —replicó Blacfort muy ofendido y en tono cortante—. ¿Acaso ese gesto de enorme debilidad no le fue dictado por su miedo a enfrentarse con Dios?

Blacfort carecía de estilo. Prácticamente, todos los oficiales del ejército vendeano eran soldados profesionales, al menos bajo el Antiguo Régimen, pero él no. Los tres coroneles quedaron muy escandalizados. Charles Melchior Artus de Bonchamps siempre había dado pruebas de humanidad. Herido en Cholet el 17 de octubre de 1793, fallecido al día siguiente, su gesto le había valido un unánime respeto y algunos artistas republicanos, como agradecimiento, habían esculpido su tumba en la iglesia de Saint-Florent-le-Vieil, cuando por lo general los cuerpos de los generales vendeanos se arrojaban a las cloacas.

—No es posible coleccionar chalecos y apasionarse por la música sin pagar, algún

día, semejante ligereza —añadió Blacfort.

El joven coronel de caballería, a quien había provocado, permaneció impasible pues no ignoraba la locura de Blacfort.

—Era conocida la elegancia del marqués de Bonchamps, el cuidado que prestaba a su atuendo, pero sería ir demasiado lejos olvidar su pasión por la teoría militar. Él fue quien, primero e incansablemente, explicó que la guerra de Vendée no se parecía a las guerras convencionales y que sería más conveniente modificar sin cesar nuestra acción dadas la naturaleza del terreno y las circunstancias.

Blacfort comprendió que no iba a convencer, pero quería tener la última palabra:

—Tal vez. Pero ¿quién va a recordarlo^[6]?

Sirvieron ternera asada, morcilla y ensalada, así como cestas de pan mollete, muy tierno, hecho con flor de harina y levadura de cerveza con una ligera cocción.

El malestar no se había disipado pero los cuatro hombres tuvieron bastante tacto para no enfrentarse. Se habló de las operaciones en curso, de las «columnas infernales» del general Turreau, el nuevo comandante en jefe republicano del frente oriental; luego el viejo coronel, algo achispado ya, aplaudió cuando sirvieron perdices y gallinas asadas, pues lo tardío de la hora había abierto mucho el apetito de los comensales. Ciertamente es que, antes de la Revolución, cenaban hacia las tres de la tarde y luego tomaban un tentempié hacia las diez de la noche. Aquella época había pasado.

Sabiéndose entre aristócratas, intuyendo que, por muy católicos que fueran, los tres coroneles no eran en absoluto unos donceles, Blacfort exclamó:

—¡París!... Estoy impaciente por volver a ver esa ciudad y acudir a sus fiestas. Vamos a bailar pues, aquí, el minueto, la pavana o la gavota.

—¡El Palais-Royal y sus hermosas muchachas!... —dijo a su vez, nostálgico, el tercer coronel, un veterano de los granaderos de Francia.

Y por un instante, cada cual recordó el lugar, los tenderetes de refrescos donde tanto se encontraba sidra como chocolate, bebidas alcohólicas como cerveza o el café y, para las muchachas, agua de grosella.

—Las carreras donde encontrábamos a los Montmorency, los Rohan, los Noailles o los La Rochefoucauld... —dijo el joven coronel de caballería, que pensó, naturalmente, en los caballos.

El viejo coronel, cada vez más ebrio, eructó:

—Casas de lenocinio... Las hermosas putas invitadas a las cenas refinadas y a las orgías...

—Recordad, señores, qué suponía una jornada en aquellos felices tiempos —dijo Blacfort con gravedad y por una vez casi sincero.

—¡Comenzaba muy tarde!... —repuso uno de los oficiales.

—Los restaurantes donde, desde hacía algún tiempo, podías elegir los platos a la carta... —prosiguió Blacfort con la mirada perdida—. Las partidas de billar, de chaquete o de whist entre hombres y, luego, con aquellas damas, las adivinanzas, las charadas, los ripios, los versos olvidados una vez recitados...

Después de la cena, turgorio, y luego danza en uno de los numerosos bailes organizados en las mejores mansiones. Y por la noche, con la amante del momento...

—¡Una actriz del Théâtre-Français!... —exclamó uno.

—¡O de la Comédie-Italienne!... —soltó otro.

—¡No, una cantante o una bailarina de la Ópera!... —afirmó el tercero.

Blacfort apuró su copa de aguardiente de Amboise, apartó el plato de ciruelas y peras confitadas y se levantó, tambaleándose levemente.

—¡Recuperaremos todo eso!... ¡Tomaremos de nuevo París!... Pero, para lograrlo, debemos mostrarnos inflexibles.

Titubeando unos instantes, agarró su sable, se encasquetó el sombrero y salió a la noche gélida.

—Por lo que a mí respecta, no quiero ver aquello con lo que acabará embriagándose —dijo entonces, a media voz, el más joven de los tres coroneles—. La barbarie no es en absoluto un postre de mi agrado.

Ambos hombres bajaron la cabeza, sin contrariarle.

A los primeros aullidos, Valencey de Adana y sus compañeros se habían precipitado corriendo a la sacristía, donde el sacerdote, presa de convulsiones, se revolcaba por el suelo.

El barón de Saint-Frégant, cirujano de *La Terpsichore*, le abofeteó un par de veces y, luego, hurgando en su maletín de cuero, sacó un remedio compuesto por él.

Sin embargo, fue necesario el rudo puño del contramaestre Jules Dumesnil para separar las mandíbulas del sacerdote, tan recalcitrante como «refractario».

Algo apartado y muy pálido, el joven Bernardin des Essarts, marqués de La Mellerie, murmuró:

—He aquí, pues, el espectáculo que ofrezco cuando me asalta el Alto Mal.

Valencey de Adana, que tenía fino el oído, se acercó al joven.

—No tiene que ver, La Mellerie. Además, vuestras crisis son muy raras y, a fin de cuentas, ¿qué pasa?... Así lo quiso la naturaleza, pero algún día el hombre lo remediará... —Vaciló y añadió—: Como lo hará con las crisis de pedos del barón de Taillebourg.

Al recordar el antiguo capitán de *La Betelgeuse*, corbeta que antaño flanqueaba *La Terpsichore*, los dos hombres sonrieron.

—Cuando se tiraba aquel rosario de pedos —añadió La Mellerie—, a veces parecía, por sí solo, un tremendo combate naval.

Mientras el sacerdote iba volviendo en sí sentado sobre las losas heladas, el americano John O'Shea se había acercado a una estantería colocada algo de través.

—¡No la toquéis!... —aulló el sacerdote que, sorprendentemente, había recuperado la razón.

Aquello tuvo el efecto contrario, porque O'Shea tiró del mueble que, funcionando como una puerta, daba a una pequeña habitación.

Haciendo caso omiso de las maldiciones del cura, tendieron una linterna a O'Shea que, por unos instantes, pareció petrificado, tanto le pasmaba el espectáculo que se ofrecía a sus ojos...

* * *

Eran cinco. Seis, si se añadía al prisionero.

Los voluntarios del ejército vendeano tenían sus molestas costumbres. Como la de desmovilizarse por sí mismos para regresar a su granja inmediatamente después de una batalla, y a pesar de la insistencia de sus jefes, que deseaban mantenerles en su

posición.

El ejército vendeano contaba con pocos elementos fijos, de ahí su gran debilidad. Por lo general, la leva se llevaba a cabo tras la llegada de una orden de requisas como ésta, interceptada por unos húsares republicanos:

En el Santo Nombre de Dios, por el rey, se invita a la parroquia del Mesnouvil-Baugé a enviar el máximo de hombres posible, el 1 de febrero, al castillo de Beaurain; cuidarán de aportar víveres y armas.

MARQUÉS DE NONTEVRAULT

Como puede imaginarse, hubiera resultado inconveniente no hacer caso de semejante «invitación».

Los cinco hombres eran campesinos. Católicos es un término que apenas los definía, pues, para la mayoría de ellos, «fanáticos» o «idólatras» resultaba más conveniente. Y sin embargo, aquel fortísimo sentimiento religioso cohabitaba a la perfección, en sus desconcertantes almas, con la avaricia en la ganancia que solía encontrarse en las campañas francesas.

Al saber que ascendía a cien luises la recompensa ofrecida por el general-conde de Blacfort por la captura de la marquesa Victoire de La Chesnaie de Flers, se habían puesto veintiuno en marcha, todos a la vez, en dirección a Charente, a la región de Ruffec.

Al salir su aldea, cerca de Ancenis, entre Nantes y Angers, habían cruzado la floresta vendeana para dirigirse a Aunis y Poitou.

Los caminos les fueron inciertos y, a veces, fatales; los azules, cada vez más acostumbrados a ese tipo de guerra, desbarataron muchas veces sus artimañas. Once de sus camaradas murieron durante algunos enfrentamientos, otro desapareció de repente en una región de ciénagas, dos más fueron derribados con una pistola por la marquesa, cuando se produjo su captura, muy movida, y otros dos, que cayeron prisioneros en las cercanías de Jarnac, fueron llevados a Cognac, y juzgados, condenados y decapitados.

Más grave aún fue que aquél que tan bien leía el camino de acuerdo con las estrellas, y tan bien sabía orientarse, era uno de los muertos, pues un dragón había atravesado el vientre con su sable.

Desde entonces, los cinco hombres y su cautiva daban vueltas día y noche entre Surgères y Saint-Jean d'Angely, pues la ciudad de Niort, ferozmente republicana, les cerraba el paso como un cerrojo.

Poco habladores, los vendeanos no dejaban sin embargo de observar a la hermosa marquesa y los sentimientos que en ellos despertaba iban evolucionando. Aunque desde el primer instante se había unido a los azules, seguía siendo una aristócrata, lo que los impresionaba.

Por lo demás, para gran sorpresa de aquellos campesinos, la frágil Victoire —que,

al fin y al cabo, se había cargado a dos de los suyos— daba pruebas de una resistencia física sólo comparable a la de un hombre. Nunca oyeron una queja, ni siquiera un suspiro, a pesar del agotador trayecto, a menudo a través de bosques y con un frío intenso.

Otra prueba de su valor, que sumía a los cinco hombres en la mayor perplejidad, la daba el hecho de que no había día en que la marquesa no se lavase de pies a cabeza, a veces con el agua gélida de los lavaderos, donde era necesario romper el hielo para ella. Púdicos, los hombres miraban hacia otra parte y es hacerles justicia afirmar que nunca hicieron un gesto, ni siquiera pronunciaron una palabra, que insultara la virtud.

La marquesa lavaba su ropa interior y, al verlos tan torpes, pronto hizo lo mismo con las camisas de sus confundidos carceleros. Preparaba con mucha imaginación, y pocos medios, comidas más suculentas que las que habían tomado hasta entonces. Cierta día, curó a un herido y lo sanó.

Solamente en un punto se negaba a proporcionar ayuda: el camino que debían seguir. Sin embargo, nadie dudaba de que semejante mujer, muy instruida, habría podido guiarles.

—No soy yo quien debe indicaros el camino que lleva a mi suplicio —se había explicado ella de una vez por todas.

Y todos admitieron que aquella afirmación tenía fundamento.

Por el día le desataban las manos pero no de noche, pues les había avisado:

—A la primera ocasión, me escaparé. Supongo que vosotros haríais lo mismo en mi lugar.

Y tampoco aquí podían decir nada.

El jefe del grupito, llamado Bienvenu, ya no sabía si seguía deseando entregar a aquella joven, a quien admiraba, al crudelísimo y temido general de Blacfort. Aristócrata, auténtica marquesa, reunía todas las cualidades de su rango y también, lo que era rarísimo, las de las mujeres de la tierra.

Tras haber preparado, aparte, una deliciosa salsa que debía acompañar la liebre capturada por Jean-Baptiste, el benjamín de la cuadrilla, Victoire se sentó junto al fuego, en el círculo de los hombres, que se apartaron a un lado con respeto. Comenzaron comiendo en silencio, luego, ante la sorpresa general, la joven miró al jefe y le preguntó:

—¿Tanto os gusta el oro, Bienvenu?... ¡Os sienta tan mal!

—Señora marquesa...

—¿Y a vosotros?... —insistió.

Los cuatro compañeros de Bienvenu agacharon la cabeza.

Ella sonrió.

—Ese silencio no os honra. Sois mucho más valientes ante los soldados de la República.

Bienvenu dejó su escudilla.

—Precisamente, señora marquesa, es que no se trata sólo del oro. ¡Vos habéis ofendido gravemente a Dios!...

—¿En qué lo he ofendido?

—En que... Esas ideas de vuestros filósofos son grandes diablerías inspiradas por el demonio.

—¿Qué ideas, Bienvenu?

—Todas, sin excepción. Se entra por completo en las diablerías cuando se acepta uno solo de esos venenos.

—¿Cuáles, la libertad para todos y hasta para los más humildes? ¿La igualdad entre los hombres sea cual sea su cuna?

—Ésas son dos de las más horrendas, señora marquesa.

—¿Quién os lo ha dicho?

—El cura.

—De modo que, al no quererlos libres, vuestro Dios desea a los hombres encadenados... Es un Dios que acepta que algunos se revuelquen en el lujo mientras hay niños que mueren de frío... ¿Así es, vuestro Dios?

—¡Dios es Dios!... —se empecinó Bienvenu.

—Si acepta todo eso con resignación, es un cobarde. Si lo desea, es un bruto. Y si no puede hacer nada, ¿para qué sirve Dios?

La marquesa se sumió en sus pensamientos. ¡Menudo Dios!... Ciertamente, no había dado prueba de su existencia a lo largo de aquellos años de infortunio. En 1784, Joachim había desafiado la prohibición real y había llegado hasta la isla de Aix con *La Terpsichore* para encontrarse con ella pero, en el último instante, el pescador que debía conducirla se echó atrás... En 1786, Joachim acudió a Rochefort para otra cita y se disfrazó, esta vez de simple suboficial de la marina real, mas reconocido por un delator, se vio obligado a huir empuñando el sable y sólo consiguió represar a su fragata, que lo esperaba en mar abierto, gracias a múltiples complicidades en el almirantazgo... En 1787, ni una sola carta ya y cada uno de ellos, a ambos extremos del Atlántico, se creyó olvidado hasta que, hacía apenas un mes, el señor Gréville descubrió que el mensajero se había vendido al rey y destruido las cartas. Gréville consiguió informar al príncipe y a la marquesa, que no pudieron restablecer el contacto a causa del rapto de la joven por iniciativa de Blacfort, monstruo surgido del pasado...

De modo que ni ella ni él sabían ya a qué atenerse sobre los actuales sentimientos del otro.

Por eso la marquesa no quería ni oír hablar de Dios ni de la suerte.

En la noche iluminada por los incendios de las casas republicanas, el general-conde de Blacfort aspiró complacido aquel aroma de destrucción.

Las llamas proyectaban fugaces fulgores sobre su inquietante rostro.

Se aseguró de que su guardia personal le esperaba, sumisa y fiel pero muy ávida de su generosidad y de los crueles fuegos a los que la invitaba durante la represión contra los republicanos.

Eran nueve, como los nueve círculos del infierno de Dante. Todos llevaban el uniforme de los soldados-campesinos vendeanos, no faltaba detalle: ni la escarapela blanca ni el Sagrado Corazón ni el escapulario bordado en rojo. Y, sin embargo, no tenían relación alguna con la Vendée, pues todos procedían de París, de donde habían preferido alejarse, con bastante precipitación, huyendo de la Revolución en cuanto ésta, al radicalizarse, optó por la virtud y las ideas filosóficas tan alejadas del estercolero en que, hasta entonces, había prosperado su infame comercio.

Algunos habían sido bandidos desde el nacimiento, o casi. Otros habían ejercido muchos oficios: mozos de cuerda, descargadores en las Halles, jornaleros, mozos de equipaje, vendedores ambulantes de vino, aguadores o porteadores, deshollinadores, poceros, limpiabotas. Uno de ellos fue, incluso, imaginero para vitrales. Luego, el crimen les pareció más lucrativo que el trabajo. Abandonaron sus oficios y se despidieron de sus amigos porteadores, vendedores de lotería, mercaderes ambulantes, sacamuelas y otros charlatanes, caza menor para la policía.

Entonces, se convirtieron en ladrones, descuideros o macarras y fueron subiendo, uno a uno, los peldaños que conducen a lo irreversible.

Aquellos siete hombres eran Angevino Delantal, Gorro-encerado, Gordo de Beauce, Pétion, llamado *Moja-pan*, Simon, llamado *Dulzura*, Germain, llamado *Rubiales*, y Lefèvre, llamado *Dale-con-gusto*.

Los otros dos, a menudo vestidos de hombres, eran mujeres.

La mayor, Marie Trois Tours, llamada *la Picada*, había ejercido numerosos oficios. En efecto, sucesivamente fue trapera en los muelles, remendona de sombreros, mercera ambulante y, luego, detallista, de las que revendían al detalle, en la calzada, toda clase de cosas recuperadas. *La Picada*, además, fue también «Lardera», pues vendía los restos de los restauradores. Luego, por la prostitución, llegó al crimen.

La otra mujer, Marie Arremangada, era joven y hermosa. Trabajaba en el florido pabellón de un botillero cuando, seducida por un apuesto sargento-mayor, fue violada por éste y nueve de sus camaradas. Zurrada, humillada, encerrada en su silencio, el militar la vendió poco después a la cuadrilla, de la que ya no intentó escapar pues,

tras haber tratado de huir, fue encerrada durante quince días en un sótano, sin agua ni comida, y estuvo a punto de morir.

Salvo Marie Arremangada, ninguno lamentaba el período de su vida, a menudo muy corto, en que fueron honestos. No añoraban el pasado, cuando sus gritos se mezclaban con muchos otros en los que podían reconocerse todas las provincias de Francia: «¡Peras cocidas al horno!»... «¡Al buen pocero!»... «¡Anguila fresca!»... «¡Grosellas para confitar!»... «Está fresca, ¿quién quiere beber?»...

Algunos, que siempre ocupaban un lugar fijo, gritaban los nombres de sus clientes: «¿Flores para Manon?»...

Antes de que el general-conde de Blacfort los reuniera en una sola y temible cuadrilla, habían servido dispersos, tanto a la República como a la monarquía, siempre que hubiera dinero de por medio que embolsarse. Defensores hoy del orden monárquico, uno había saqueado algunos senescalatos en los primeros días de la Revolución. Otro, Gorro-encerado, gran protector de los curas refractarios, había desvalijado la abadía de Bec-Hellouin, luego Fontfroide, de la orden del Císter, no dudando en hacer correr la sangre. Celoso servidor de los aristócratas, Simon, llamado *Dulzura*, ya antes de la Revolución había prostituido a una condesa de singular historia. Veinte años antes, la madre de la muchacha había sorprendido a un ladrón en un castillo. El hombre, muy apuesto, se desnudó, se metió en el lecho de la castellana y pasó con ella la noche. Por la mañana, partió teniendo la rara elegancia de no llevarse nada de cuanto había robado. Nueve meses más tarde nacía la futura víctima de *Dulzura*, una condesa cuyo verdadero padre había muerto en galeras.

Muchos hombres se hubieran sentido conmovidos, encantados incluso, ante tan sorprendente historia. *Dulzura*, en cambio, se aprovechó de la turbación de la condesa, que, aniquilada por su propia degradación, se sobrepuso a su habitual debilidad para darse muerte.

Así era aquella gente, obsequiosa y servil con los poderosos, duros y sin piedad con los débiles.

En el ejército real se murmuraba sobre ellos, y les parecían más dignos los enemigos republicanos, odiados sin embargo, y a los que se llevaba contra el paredón para fusilarlos, que aquellos «vendeanos» de reciente cuño. Muchos adivinaban su estado de ánimo y sus reales creencias, calificándolas así: «Sin fe ni ley, sin hogar ni lugar, sin rey ni Dios».

Pero nadie osaba cantarles las cuarenta a aquella cuadrilla de asesinos, de malvados, de bribones y de putas, pues tanto temían las cóleras de Blacfort.

A Phébus Monteroux, el instigador del general-conde, le placía el trato con Blacfort, pero cierto es que al abate le gustaban las mujeres y que «su sotana sólo pendía de un botón», como decían los oficiales de Vendée.

Acercaron por fin a la baronesa republicana, que miró con altivez a Blacfort y a sus hombres.

—¡Orgullosa baronesa!... —advirtió Blacfort.

—No hables de orgullo, lacayo de los déspotas, pues ignoras el sentido de esa palabra.

—¡Pero conozco otras!... —respondió el conde abofeteándola sin conseguir que bajara los ojos.

Luego, viendo que su cuadrilla pifaba de impaciencia, esbozó con la mano un gesto desenvuelto que debía entenderse como una invitación.

Comenzaron desnudando a la baronesa, que se defendió por un instante antes de que la golpeará con violencia Germain, llamado *Rubiales*, un hombre de manos enormes.

Casi desvanecida, la infeliz muchacha comprendió que nada podría contra aquella jauría de hombres desenfundados, ayudados por *la Picada*, casi una furia en sus ganas de desnudarla y robarle de inmediato el vestido de seda, las medias blancas y los zapatos con hebilla de plata.

Cuando estuvo desnuda, Blacfort se acercó y, con un gesto rápido, deshizo el pequeño moño que su víctima llevaba sobre la nuca.

Sonrió, sujetándole el mentón, con aire pensativo.

—Hermoso cuerpo. ¿Qué vamos a hacer con él?

La baronesa le escupió a la cara. El general vendeano se enjugó lentamente.

—Puedo garantizaros que no seréis exhumada aquí. Ni en ningún otro lugar. Vuestro cuerpo será quemado.

—¡No me importa, malvado!

Algo molesto por semejante determinación que apoyaba aquella gran convicción, cuando él mismo no creía en nada, Blacfort dijo en tono irritado:

—Pero, a fin de cuentas, ¿sabes con quién estás hablando?

—Con el vil conde de Blacfort.

—¿De modo que soy vil?... Muy bien, eso me permite, creo yo, bastantes jugarretas. Por ejemplo, ver cómo mueres preñada, pues todos, aquí, van a violarte y, dado el número, esos mocetones te habrían colmado con sus obras... si hubieras vivido, ¡republicana!

—Tu bajeza no acabará con mi resolución, eso se sabrá.

—Pero esta memorable empresa amorosa, de la que no vas a sobrevivir, provocará también muchos chismes... Sin embargo, estamos aquí, hablando, cuando debiera respetar tu mala hora, que ha llegado ya, tan pronto, tan funesta y tan definitiva.

Se apartó, dejando que sus hombres se arrojaran sobre la baronesa, a la que violaron sucesivamente, alentados por *la Picada*, mientras Marie Arremangada se alejaba con discreción.

Aunque fueran las dos de la madrugada, algunos vendeanos todavía estaban en la calle principal de la pequeña ciudad republicana; los que regresaban en las patrullas, algunos hombres que iniciaban su servicio, los palafreneros...

Ante semejante espectáculo, todos se apresuraron a abandonar el lugar y su

ostensible marcha tuvo el valor de una profunda desaprobación.

Casi enloquecida por la barbarie que le infligían, la baronesa dejó muy pronto de gritar para sumirse en una postración que apagó su mirada: ya sólo se veía en la joven el vacío, la nada, como si la muerte anidara ya en ella.

Cuando el último violador hubo terminado, levantaron a patadas a la baronesa y Blacfort, jugueteón, se acercó.

—Estamos a punto de terminar y ya os añoro tanto, ¡querida mía!

Pero, como entendido en aquellos lances que era, comprendió en qué estado se encontraba su víctima, y pensó con rabia: «¡Se me escapa!».

Hizo una señal a Angevino Delantal, que empuñaba un cuchillo. Arrancaron a la baronesa aullidos de animal herido cuando su verdugo le cortó los pechos. Luego, rápidamente, la ataron al «Árbol de la Libertad» tras haber tocado a la infeliz con un gorro frigio rojo y metido una vela encendida en la vagina.

Finalmente, después de haber colocado los documentos del distrito a los pies del árbol untado con resina, Angevino Delantal le prendió fuego.

De inmediato, Blacfort venteó con delicia el olor de la carne abrasada. Estaba complaciéndose mucho en los aullidos de la baronesa cuando la joven, alcanzada por una bala en plena frente, cesó bruscamente de gritar.

Una segunda bala alcanzó a Angevino Delantal, exactamente en el mismo lugar, y el torturador, fulminado, se derrumbó en las llamas.

El tirador de élite, un joven oficial monárquico, abandonó discretamente el tejado donde se había tendido y regresó a su acuartelamiento. Sabía que sus camaradas, fieles también a un muy aguzado sentido del honor, no lo denunciarían.

Mientras huía, pudo complacerse fugazmente de oír a Blacfort aullando de rabia y despecho.

—Bueno, abate, ése es el antro del diablo o yo no sé nada... —exclamó Valencey de Adana en tono alegre.

—Oculto en casa de un cura refractario, ¡el escondrijo era muy bueno! —puntualizó Mahé.

—¿De modo que los niños de quienes os encargáis no os bastan ya para vuestros sucios juegos, abate?... —preguntó con fingido candor Saint-Frégant, que detestaba a los curas, a todos ellos, fueran juradores o refractarios, aunque a éstos más que a los primeros.

—¡Sois odioso!... —susurró La Mellerie al oído del sacerdote—. Con vuestros excesos mancháis a todos los católicos.

Hablaba así porque la Revolución, en la que creía, sin embargo, con fervor, no había aniquilado en él la idea de Dios.

El comodoro John O'Shea, dividido entre sus profundas convicciones democráticas y una fe procedente de sus orígenes irlandeses, se limitó a murmurar:

—Es indigno.

Jules Dumesnil, que montaba guardia en el exterior, no pudo exteriorizar sus sentimientos, por fortuna para el cura, pues aunque su corazón estaba con los *sans-culottes*, sus ideas se inclinaban del lado de los ultrarrevolucionarios como Hébert.

Entraron en la pequeña estancia y Saint-Frégant, siempre acerbo, soltó:

—Abate, al examinaros tras vuestra supuesta crisis, os he encontrado flemas y el hígado obstruido por vuestros excesos en la mesa, ¡pero aun es mucho más grave!... No es que seáis convulsionario o enclenque, sino que es vuestro espíritu el que no se halla en absoluto en estado satisfactorio. Sólo os faltan los cuernos del diablo.

En el antro del abate se veían muchas cosas extrañas, como figuritas atravesadas por agujas, cráneos desenterrados y quemados, polvos de todos los colores y variedades, raíces con restos aún de tierra, que debían servir para la preparación de alguna mixtura.

Valencey de Adana señaló una mano desecada, con la palma vuelta hacia arriba.

—¿Y quién es éste que, curiosamente, parece pedir limosna?

Saint-Frégant se desternilló.

—¡Limosna!... Sin duda es la mano de algún ahorcado, forma parte de los instrumentos habituales del aprendiz de brujo.

—Desdeño responderos, no entendéis nada de todo eso —respondió afectado el abate.

El marqués de La Mellerie, que empezaba a relajarse, replicó:

—En su estado, ¡no quiere oír burla alguna sobre ese artículo!

—Podrías protestar, aun falsamente, para que tras haberos oído pudiéramos pronunciarnos sobre vuestra suerte —intervino Mahé con dureza.

—En caso contrario —prosiguió el comandante de *La Terpsichore*—, nos vemos en la obligación de dar a conocer la verdad a quien corresponda: a vuestros señores vendeanos.

El abate pareció ceder y La Mellerie dio la estocada:

—A pesar de nuestros defectos, nosotros, los aristócratas, solemos tener amplitud de miras, pero ¿ocurre igual con vuestros campesinos, que odian al diablo?

El abate se estremeció.

Valencey de Adana intuyó que estaba dispuesto a ceder.

—Vamos, La Mellerie, no insistamos. Intentáis convencerle de que salve su miserable piel cuando es evidente que, para redimirse ante Dios, quiere morir quemado vivo en la pira que no dejarán de erigir, para él, los bandidos de la Vendée.

—¡Está bien, hablaré!... —dijo el abate con tono moribundo.

Saint-Frégant, que había abierto una hermosa cajita de oro, inspeccionó su contenido, llevándose a las narices y, luego, a la lengua.

—¿Se trata de cenizas?

—Sí.

—¿A quién... o de quién?

—Sabréis, por la narración de esta historia, que fui conducido en contra de mi voluntad a esa tragedia y...

—¡Al grano!... —interrumpió Valencey de Adana.

—Un viejo aristócrata —prosiguió el abate, de pronto vulnerable—, me lo dio al morir y, cuando le interrogué sobre las cenizas contenidas en la caja, me dijo que la había recibido de su padre... Hace más de un siglo, el diecisiete de julio de mil seiscientos sesenta y siete, la hermosísima marquesa de Brinvilliers fue sacada de la prisión de la Conserjería y llevada en una carreta hasta la plaza de Grève. Allí, le cortaron la encantadora cabeza, que fue arrojada a una pira, al igual que su magnífico cuerpo.

Al reparar en la perplejidad de La Mellerie y, sobre todo, de O'Shea, Valencey de Adana explicó:

—La marquesa de Brinvilliers estuvo en el meollo del «Asunto de los Venenos» que tambaleó el trono de Luis catorce, Capeto.

Le hizo un ademán al abate, que prosiguió.

—Cuando la marquesa de Brinvilliers fue quemada, algunos lacayos se precipitaron y robaron su osamenta, reduciéndola a polvo. Eso es lo que contiene esta cajita de oro. Algunos grandes señores se los procuraron, incluso algunos extranjeros como el estarostes de Adelnau, que llegó a ser palatino de Posnania.

—No nos abrumes con detalles para mejor engañarnos... —advirtió Mahé, al que no le gustaba nada que le mintieran.

Dado que el abate agachaba la cabeza, Saint-Frégant se la levantó con un gesto

brutal.

—Te has hecho el loco, pero no lo eres. Eres un mentiroso y un actor mediocre. Hechiceros, videntes, astrólogos, abortistas, alquimistas, falsificadores de moneda: pasáis de la falsa ciencia al crimen verdadero pues todos acabáis siendo envenenadores, y tú como los demás.

—¡Eso es falso!... —aulló el cura.

Saint-Frégant le tranquilizó de un bofetón.

—¿Por quién me tomas?... ¡Soy cirujano de marina y fui miembro de la hasta entonces Sociedad Real de Medicina! —Tomó algunos frascos, se los llevó con prudencia a la nariz, los rechazó con brusquedad, enumerándolos—: Antimonio, arsénico, aceite de vitriolo, sulfuro, belladona, cicuta, polvo de cantárida, y lo que quieren ser raíces de mandrágora... Espolvoreas con ellos los alimentos, el vino, los pañuelos, la ropa... ¡Vamos, conozco muy bien esas jugarretas!

Valencey de Adana agarró al eclesiástico por el cuello de la sotana.

—Nos has representado una comedia, la del cura loco que nos trata de «patanes» y luego sufre una crisis de convulsiones y aullidos para apoyar la farsa... Sabes que me inspiras gran compasión pues, desde el principio, hemos fingido creerte. Te han engañado. Armas y víveres estaban ocultos en tu iglesia, sin que tú lo supieras: he reparado, hace un rato, en tu rostro furioso. Pero eso no es todo: no estamos aquí por casualidad. También en Vendée existen republicanos... que saben enviar informes al despacho de la policía general. Debes de estar muy enterado de un asunto que nos interesa... —Se volvió hacia Mahé—. De lo contrario, ¿por qué nos habría mandado Gréville hasta aquí?

O'Shea agarró al cura del cabello y acercó su pistola a la frente del hombre aterrorizado.

—¡Rebelde: o hablas o mueres!

—¡Hablo!... —susurró el sacerdote.

—¡Bueno, pues habla!... —insistió O'Shea dándole un culetazo en el hombro.

El cura esbozó una mueca y, luego, con tono apagado, comenzó su relato.

—Qué horrenda historia... Esta ceremonia se remonta a los tiempos más oscuros de la Edad Media, y yo he tenido el valor de quedarme...

—¡Deja de presumir!... —ironizó Saint-Frégant.

—Asistí una vez, una sola —prosiguió el cura—, al tener que llevar un poco de ceniza de la marquesa de Brinvilliers pues algunos, con gran sorpresa por mi parte, conocían mi secreto. Fue en un castillo... La estancia era extraña, iluminada por velas negras. Una condesa de una belleza que cortaba la respiración, desnuda por completo, estaba tumbada sobre un colchón puesto sobre unas sillas y un sacerdote al que conozco, que juró en falso para engañar a la República, decía misa sobre el vientre de aquella hermosísima mujer. Dado que no estaba atado ni vigilado, y tenía libertad de movimientos, pasé a la estancia contigua para escapar de mi propia excitación. Allí, vi cómo degollaban a un bebé, arrebatado a una pareja de republicanos ejecutados.

Entonces mojaron una hostia en la sangre del niño y la depositaron en la boca de la condesa. Un aristócrata, flanqueado por un tercer cura, se procuró placer sobre una copa de corladura, que recogió su esperma. Éste se mezcló entonces con los menstruos de la condesa y añadieron a la mezcla sangre de murciélago y, también, flor de harina, para dar más consistencia al mejunje. Finalmente, lo extendieron... en pequeños pasteles con huevos revueltos, que la condesa y su amante engulleron sin chistar mientras bebían vino de Sauternes. Así, ambos estaban seguros de vivir siempre y en la mayor pasión.

Se hizo un profundo silencio, pues los oficiales de marina parecieron aturridos ante aquel relato.

—Nombres —exigió por fin Valencey de Adana con un tono frío.

—Es que...

Con un movimiento espontáneo, en el que coincidieron O'Shea y Saint-Frégant, profundamente impresionados por el asunto, se arrojaron sobre el sacerdote sin poderse contener.

Aunque detestaba aquel tipo de cosas, por mucho que se aplicaran al cómplice de los asesinos de niños, Valencey de Adana les dejó hacer por algún tiempo.

—¡Basta ya! —gritó al fin en el tono con que mandaba la fragata.

Con el rostro ensangrentado, la nariz rota y un ojo que empezaba a amoratarse, el sacerdote murmuró con el hilo de voz que silbaba entre sus dientes rotos:

—Piedad, monseñores...

—¡Habla!... —gruñó Valencey de Adana, y añadió—: ¡Danos nombres!

—La... la condesa se llama Marie-Charlotte de Juignet-Tallouart. El sacerdote que oficiaba era Jean-Baptiste Daguesseau, pero fue apresado por los azules cuando el ejército monárquico cruzó el Loira y guillotinado como refractario.

—¡El amante!... —ordenó Mahé.

—Lo ignoro. Por el nombre de Dios que lo desconozco. Sé que es conde, pues así le llamaba el sacerdote que le acompañaba.

Valencey de Adana y Mahé intercambiaron una mirada, pero O'Shea fue más rápido:

—Bueno, pues descríbelos a ambos.

—El sacerdote era corpulento, de rostro congestionado e hinchado. El conde, bajo y flaco, apuesto pero tuerto.

—¡Dios mío, Blacfort! —murmuró para sí Mahé.

—¿Dónde se encuentra ese castillo? —insistió Valencey de Adana.

—Lo ignoro, monseñor, o en todo caso no estoy en absoluto seguro... Durante el viaje me obligaron a meter la cabeza entre las rodillas, pero recuerdo que los caballos penaban por un mal camino, empapado sin duda y resbaladizo. Divisado unos instantes, creo haber reconocido el aspecto de aquel paisaje como el de Mauges, por donde los republicanos dudan aún en aventurarse. Me pareció entender que el castillo seguía intacto porque pertenece a un antiguo recaudador de impuestos, falsamente

unido a la República y que se ha convertido en proveedor de los ejércitos, pues en Mauges casi todos fueron incendiados.

—En Mauges están Cholet, Mortagne, Vihiers, Thouars, Bressuire, Cerizay... La región es muy vasta y sigue bajo el control de los bandidos de la Vendée —explicó Valencey de Adana dirigiéndose a O'Shea.

El barón de Saint-Frégant, que había encendido la cachimba en la que fumaba, sugirió:

—Los reclinatorios deben de haber proporcionado unas brasas excelentes; tal vez podríamos cenar pues, por mi parte, tengo hambre.

Sin prestar atención a nada más, Valencey de Adana, seguido de Mahé como si fuera su sombra, cruzó la iglesia a zancadas y salió a lo alto de la escalinata. Observó la noche gélida, negra y ventosa.

—Está ahí, en alguna parte... ¡Pobre amor mío!... ¿Tendrá frío, hambre?... ¿Estará enferma?... ¿La respetarán?

Mahé se mostró tanto más tranquilizador cuanto que expresaba su convicción:

—No te preocupes demasiado: se educó con nosotros, como un muchacho, y sabe manejar la espada. Tiene carácter y decisión.

—¡Qué dulces me resultan tus palabras, Mahé!... —respondió el comandante de *La Terpsichore*, el cual, a su pesar, se estremeció al oír el estridente y lúgubre grito de una lechuza.

Mahé fue más persuasivo aún:

—Nuestra misión es vaga: reconocer el terreno, estudiar cómo combaten los bandidos de la Vendée y, más tarde, volver con todo un regimiento de marina. En estas órdenes, nada nos impide buscar a Victoire —aseguró Mahé, mostrándose aún más persuasivo.

—Yo no pienso en otra cosa. Creo, incluso, que Gréville debe saberlo...

—Claro, él se entera de todo antes que nadie y tú eres, sin duda, su único amigo. Vamos, será aventurado y estará lleno de riesgos pero la encontraremos: en otras nos hemos visto.

—En muchas otras que nos han hecho envejecer, señor hermano mío... —respondió el hasta entonces príncipe con voz extraña.

* * *

En un tono quejumbroso, el sacerdote preguntó al barón:

—Señor, sois cirujano, ¿me cuidaréis antes de que cenemos?

Saint-Frégant le dirigió una mirada diabólica.

—Lamentablemente, abate, tú no cenas. Eso es, tienes que ayunar. Pero somos gentilhombres delicados, y he aquí la prueba: para no turbar con odiosos ruidos de masticación la muy agitada explicación que vas a dar a Dios, te encerraremos en tu

gabinete de los horrores. Dios y tú estaréis así en la intimidad.

—Pero... ¡Tenéis que curarme!

Con gesto preciso y seguro, Saint-Frégant tocó los huesos del cráneo, los arcos ciliares y la nariz, sin ocultar un maligno júbilo:

—Puedes prescindir del médico para salmodiar unas decenas de miles de avemarías y otros tantos padrenuestros.

Y, empujando rudamente al sacerdote, el cirujano cerró tras él la puerta del gabinete secreto. Al menos no hacía demasiado frío, aunque en las casas el vino se helara en las bodegas y el aire gélido bloqueara el mecanismo de los relojes...

Sentados en reclinatorios instalados en círculo, alrededor de las brasas, Valencey de Adana y sus cuatro compañeros comían con los dedos —aunque no sin distinción— hablando del cura consagrado a Satán, que tras haber propinado violentas patadas en la puerta, al final se había dado por vencido.

—¿Qué vamos a hacer con él?... —preguntó Bernardin des Essarts, marques de La Mellerie.

—¡Yo puedo estrangulároslo!... —propuso el barón de Saint-Frégant que, satisfecho de exagerar su odio a la religión y reforzar su personaje, añadió—: Diablos, estrangular a un cura es un placer que la vida no te ofrece todos los días.

Sonrieron.

Mahé de Campagne-Ampillac, que había relevado a Jules Dumesnil, montaba guardia fuera. Lo de las guardias era una de las grandes superioridades de los ejércitos de la República, pues, por razones desconocidas que provocaban la desesperación de sus oficiales, antiguos militares de carrera, muy a menudo los vendeanos se negaban a montar guardia. Por mucho que reaccionaran con rapidez en caso de que los azules atacasen, lo de las guardias constituía un serio inconveniente.

—A fin de cuentas, ha visto nuestros rostros y nuestros uniformes —observó el comodoro John O’Shea retomando el tema inicial.

—Podríamos reservarle la suerte de Regnault, aquel contraamaestre de *La Betelgeuse*... —respondió Saint-Frégant, muy inspirado.

—¿Despedazarlo?... —preguntó La Mellerie.

Y como O’Shea parecía no entender nada, el cirujano explicó con amabilidad:

—Nuestro infeliz amigo tenía como amante, en Rochefort, a una mujer temible pues estaba algo loca. Regresando borracho a menudo, había decepcionado profundamente a su belleza en asuntos del amor, y ésta, para vengarse, le cortó la cabeza, le arrancó los ojos, le cortó las orejas, la nariz y las partes nobles antes de quemar esa... charcutería, en el fuego.

O’Shea observó al comandante de *La Terpsichore* para cerciorarse de que no se burlaran de él, y aquél inclinó la cabeza mientras Jules Dumesnil advertía:

—¡Un hombre que había sobrevivido a cincuenta batallas y diez cuerpo a cuerpo contra los ingleses!... ¡Vive Dios!... Le cortaron el rabo y los huevos, y los hicieron rodajas: sólo una mujer puede atreverse a ello, pues los vendeanos, aunque crueles, no tienen tanta imaginación.

—Y es que, por lo general —añadió Valencey de Adana—, a mi entender no suele esperarse lo mismo de una mujer y de un vendeano. Y viceversa. Quiero decir que... no hay amor sin su apresurada expresión, ¿no es cierto?...

Viendo que su jefe se liaba con sus explicaciones, cuyo sentido comprendía y aprobaba, La Mellerie condujo la conversación.

—De todas formas, el horror de esas misas negras... Dios sabe que los combates en el mar son muy crueles pero, a pesar de ello, no puede comparárseles. Sacrificar un niño al egoísmo apoyado en locas supersticiones es un acto de puro salvajismo.

—Creo que Blacfort es un cínico —observó Saint-Frégant—, pero tal vez esa condesa esté convencida de la eficacia de las misas negras, y cuando la gente cree en semejantes locuras, nada puede detenerla. En el hospital marítimo de Brest, antes de embarcar, me interesé por esos asuntos. Se encuentran en todos los países pues en la Europa de los déspotas, entre dos guerras, nosotros, los médicos, nos hacíamos partícipes de nuestros trabajos, en París, Londres o Dresde.

—¡El suyo es un oficio apasionante, señor!... —exclamó O'Shea sin disimular su admiración.

—Las cosas son a veces menos espectaculares —repuso Saint-Frégant, que, halagado por el reconocimiento, dio muestras sin embargo de modestia—. Recuerdo un asunto... Aguarde... Un envenenamiento entre cuñados. La receta era la siguiente, según el asesino, que fue ahorcado: tomar excrementos humanos, ponerlos en el hueco del hueso de un muerto, añadir una droga italiana, taponar el hueso con cera, atarlo a un cordel y sumergirlo durante una semana en agua putrefacta, para que ésta le añada, como complemento, un humor venenoso.

—En el caso que nos ocupa, ¿no era superflua el agua podrida?... —preguntó Valencey de Adana con un deje de ironía.

—Por supuesto, comandante. Pero el imbécil afirmaba, además, que existía un contraveneno: una tisana de borraja, higos crasos, azufaios y tamarindo. ¡Absolutamente ineficaz!

—¿No creeréis en esas historias, barón?... —preguntó O'Shea, atónito al descubrir un mundo que recordaba la Edad Media.

—Un momento: creo en las virtudes curativas de las plantas y metales, pero... —protestó el cirujano.

Entonces se oyó un silbido procedente del exterior. En un instante, como estaba previsto en semejante caso, arrojaron un cubo de agua a las brasas, apagaron las velas, tomaron los fusiles y salieron por una puerta lateral.

—¡Jinetes! —exclamó Mahé.

Se ocultaron entre los árboles, con los fusiles alzados.

Poco después, apareció una docena de jinetes, en fila india y a rienda suelta. Parecían enormes en aquella noche gélida y ventosa, en que los árboles se estremecían.

Valencey de Adana disparó primero, los otros le imitaron enseguida. Les dio tiempo, incluso, de vaciar las pistolas, pero dos jinetes de once pasaron disparando a discreción. Arrastraron, de inmediato los cuerpos fuera del camino. Sin más remilgos, Jules Dumesnil remataba a los heridos con un tiro en la cabeza. Por mucho que los

oficiales reprobaran semejante comportamiento, las consignas de Gréville eran claras: en la Vendée de 1794, ninguno de ambos bandos hacía ya prisioneros salvo si deseaban, unos, alimentar la guillotina y, otros, decorar de azul los árboles.

Mientras O'Shea se alejaba unos pasos para mostrar su desaprobación, consiguieron hacerse con seis caballos, que ataron, prudentemente, en la parte trasera de la iglesia; luego fueron a inspeccionar los cadáveres, alineados tras un seto.

Con la cintura rodeada por un fajín de seda blanca, había dos oficiales, muy alto el uno, muy joven el otro y con rostro de ángel.

—¡Llegan más!... —murmuró Valencey de Adana, y acto seguido cada cual recuperó su puesto; pero el capitán de navío, famoso por su vista extraordinaria, ordenó—: ¡No disparéis, son de los nuestros!

Escortados por un pelotón entero de húsares, cuatro coches que no temían iluminarse con linternas pasaron a todo galope.

Los oficiales permanecieron silenciosos un momento, insensibles de pronto al frío, y luego, expresando el sentimiento general, Valencey de Adana dijo:

—Ese pelotón de caballería... Ah, señores, es la primera vez que veo, en tierra, una bandera tricolor.

—¡Y eso caldea el corazón!... —añadió Dumesnil con entusiasmo.

O'Shea, que había desaparecido por un instante, regresó tambaleante y se desplomó.

—¡Dios mío, está herido! —gritó La Mellerie, que había acudido a su lado.

Llevaron de inmediato al americano hasta el interior de la iglesia, mientras Valencey de Adana, señalando con la cabeza los cadáveres a Dumesnil, ordenaba:

—Registradlos y traedme cuanto encontréis.

El competente Saint-Frégant no tardó mucho en reanimar al Comodoro O'Shea. Rompiendo con la tradición médica de silencio, el cirujano de *La Terpsichore* explicaba al herido lo que estaba haciendo y la naturaleza de su mal. De hecho, así pretendía dar confianza a los infelices.

—Tenéis dos heridas —dijo Saint-Frégant en tono afable, mientras sacaba sus instrumentos y redomas—, sin gravedad a mi entender, aunque una es dolorosa. Lleváis en el estómago una bala amortiguada, que ha debido de rozar un árbol y perder fuerza antes de rebotar contra vos. Ha penetrado sin desgarrar vuestra camisa, por lo tanto tiraré de ésta y así extraeré la bala. Es bastante original pero menos raro de lo que parece. Sin embargo, sufriréis durante una semanita.

—Resisto el dolor, señor, y vos gozáis de toda mi confianza.

—Me siento muy honrado —respondió Saint-Frégant, que prosiguió—: La herida de la muñeca izquierda me preocupa más. El hueso no está afectado pero siempre puede temerse una infección debida a minúsculos fragmentos de lana en la carne lastimada. Voy a trataros alternando el estirax, un bálsamo extraído del estoraque, y lo que se denomina, curiosamente, «el digestivo», un unguento a base de yema de huevo, aceite rosado y trementina. Pero, antes, limpiaré vuestra herida con un agua en

que se ha apagado algo de cal, para prevenir la infección.

—Tantos cuidados, señor, son prueba de vuestra gran bondad.

—Señor, cuidaría de la misma manera a un vendeano si me lo ordenaran —respondió Saint-Frégant con frialdad. Y a continuación, sin poder contenerse, dirigió un guiño a O'Shea—: Pero en el caso de un antiguo oficial insurgente, que además es un amigo, podéis contar con que pondré tanta delicadeza que sufriréis muy poco.

El marqués de La Mellerie, que se había acercado, sonrió al americano.

—En el fondo, tenéis suerte: estáis en manos de una futura gloria de la medicina de la República francesa.

—¡Mucha suerte, ya lo creo!... —respondió el comodoro, gran admirador de Francia.

Veía a toda Francia en aquel grupo de hombres especialistas de la marina, la artillería, la arquitectura naval, la medicina, la geografía, las matemáticas, la historia, la hidrografía y tantas otras materias. Reconocía allí más saberes que en un ejército entero. Se convenció una vez más de que tenía que aprender, aún y siempre, de aquel antiquísimo país y de aquella joven República.

Un poco aparte junto al altar mayor, Valencey de Adana leía con tristeza la correspondencia de los dos oficiales monárquicos, veterano uno del Bourgne-Cavalerie y el otro del regimiento de Penthievre-Infanterie. Pobres cartas perdidas, escritas por mujeres enamoradas que tal vez aguardarían durante toda la vida sin saber que el hombre amado se pudría tras un seto y que su esqueleto sería, algún día, arrojado a la fosa, como decenas de miles más.

Por aquellas misivas se enteró de que acababa de morir, a los veintiún años, el 28 de enero, en una breve escaramuza en un apartado lugar del bosque, el generalísimo vendeano Henri du Vergier, conde de La Rochejacquelein, antiguo oficial del Royal-Pologne y defensor del rey en las Tullerías.

«Tantos jefes para un ejército que se desvanece...», pensó.

Stofflet, un orondo bruto, era nombrado generalísimo mientras el señor de Charette se mantenía al margen. Éste era también un superviviente de las Tullerías del 10 de agosto de 1792. Había escapado sin gloria, blandiendo como un trofeo la pierna de un guardia suizo, uno de cuyos regimientos fue aquel día aniquilado por el pueblo.

Jean-Nicolas Stofflet era el antiguo instructor de gendarmería, ex jefe de los guardas de caza del señor de Colbert y actual dueño de la Vendée monárquica. Envidiaba a los aristócratas, aunque nunca lo confesara. Un gigante, una fuerza de la naturaleza. Brutal, celoso, cerrado, taimado... y gran amigo del incandescente general-conde de Blacfort.

FIN DE FEBRERO DE 1794...

El mes de febrero transcurrió en horrendas condiciones climáticas que parecían armonizarse con el espanto de la debacle vendeana, que provocaba en ambos bandos unas reacciones de crueldad hasta entonces pocas veces alcanzada.

Enero había sido muy frío, febrero fue glacial. Se decía que, en París, una parte del Quai des Orfèvres se había derrumbado de pronto. Algunas lavanderas que trabajaban en una barcaza de fondo plano, amarrada al muelle, vieron con espanto cómo un enorme bloque de hielo cortaba el cable que las unía a tierra. Prosiguiendo su loca carrera, el cable barrió el puente, decapitando o cortando en dos a las infelices mientras la barcaza, ingobernable, se empotraba contra el pilar de un puente.

Dos días más tarde, el Sena se helaba desde Pont-Neuf hasta Pont-Royal. Los franceses veían llegar con temor el mes de marzo, que es el de los vientos, calamidad que se añadiría a las demás.

En Vendée no escapaban de aquel tiempo horrible mientras, dando vueltas en redondo, tres grupos parecían destinados a encontrarse algún día: el formado por Valencey de Adana y sus cinco hombres, el del general-conde de Blacfort y su retaguardia monárquica y el del vendeano Bienvenu y su prisionera, Victoire de La Chesnaie de Flers.

Entre landas, bosques, ciénagas y hundidos caminos donde apenas se veía a tres metros a causa de la lluvia y la niebla, encontrarse era un auténtico milagro.

Y sin embargo...

* * *

Blacfort se aturdiría con fiestas en castillos, a veces casi en ruinas o parcialmente incendiados.

Rodeado constantemente de sus guardias de corps, procedentes de los bajos fondos de París, conducía un pelotón de setenta jinetes y el equivalente a un regimiento de soldados-campesinos, férreamente encuadrados por antiguos militares.

Se le sabía disoluto y a menudo, durante sus fiestas, se acompañaba de un destacamento de Amazonas, jóvenes y hermosas aristócratas que, creyéndose destinadas a la guillotina, no vacilaban en participar en ciertas orgías que, en otro tiempo, les habrían parecido abyectas.

Pero, hábilmente halagado por un Blacfort que le había tomado la medida al comandante supremo de las fuerzas militares vendeanas, el generalísimo Stofflet siempre le perdonaba sus fechorías.

Stofflet no era el único que daba pruebas de semejante indulgencia. En efecto, los oficiales y soldados-campesinos, fervientes católicos sin embargo, preferían pasar por alto los excesos del general-conde de Blacfort.

Y es que, en Vendée, tenían memoria.

Aunque Blacfort fuera un hombre indignante, pues pisoteaba los valores humanos más compartidos, la complejidad del personaje desconcertaba. De este modo parecía imposible que no fuera considerado valeroso, heroico incluso, cuando toda la Vendée lo creía el brazo armado de Dios, hasta el punto de que un siglo más tarde, en la floresta, no se hubiera olvidado su principal hazaña.

Había protagonizado una sola hazaña, sólo una, ¡pero qué hazaña! No había ni un solo corazón vendeano que, al enterarse, no se hubiera henchido de orgullo, alegría y emoción.

Hallándose en París, en enero de 1793, y al saber que por una escasa mayoría se había votado la muerte del rey «sin apelación al pueblo ni aplazamiento», Blacfort había pensado primero en liberarle.

Como dicha acción era imposible, el conde dominó su rabia e ideó un brillante plan.

El 21 de enero, día de la ejecución de Luis *Capeto* en la plaza de la Revolución, Blacfort había puesto en práctica su audaz plan. Tenía ya a sus órdenes la banda de asesinos que no se separaría de él, pero había reclutado además a algunos gentilhombres por medio de encuentros secretos, especialmente en los baños públicos de las orillas del Sena, que garantizaban la mayor discreción en las entrevistas.

Del lado republicano, los responsables del mantenimiento del orden se mostraban muy nerviosos.

Hábilmente, Blacfort había provocado un gran altercado haciendo que sus hombres incendiaran algunos barcos de heno en el Sena. Las llamas, muy vivas, se extendieron rápidamente a otras embarcaciones mientras la combustión del heno provocaba una humareda que se veía desde cualquier lugar de París.

Un hombre había estado a punto de frustrar el plan: el policía Pierre-François Gréville. En efecto, había explicado con calma a los generales de la guardia nacional, del ejército y a los emplumados representantes de la Convención:

—¿Que algunos barcos de heno arden?... ¿Y qué?... ¿En qué afecta a la ejecución de *Capeto*, antes rey de los franceses?... ¿Y por qué arden precisamente en este momento, cuando, en una carreta, Capeto se halla camino del cadalso? —Se había producido un hondo silencio, pues nadie osaba argumentar nada en contra. Con tono tranquilo, Gréville había proseguido—: Quieren distraer nuestra atención. Es evidente que se trata de una diversión. Es una grosera trampa: ¡evitadla, ciudadanos! ... Nuestras disposiciones de seguridad han sido ampliamente pensadas y discutidas:

improvisar a causa de acontecimientos muy subalternos sería colocarnos en el terreno elegido por nuestros enemigos.

Lo acertado de los argumentos, el tono tranquilo, la gran sangre fría del general de la policía, todo incitaba a darle la razón. Sin embargo, un exaltado había formulado un argumento, contra el que otro exaltado había replicado con un contraargumento, y otros más. La conversación se había enredado, todos hablaron al mismo tiempo, cada cual tomó medidas y se desmanteló, en parte, el servicio de seguridad.

Blacfort, desde su atalaya de Notre-Dame, se alegró al ver cómo la guardia nacional y el ejército corrían en todas direcciones.

Con una decena de hombres, se había apostado en la torre de la derecha de la catedral, contemplando la campana «Manuela-Luisa-Teresa», cuyos padrinos habían sido, un siglo antes, Luis XIV y María Teresa. En realidad, la campana databa de 1682 pero, considerada poco satisfactoria, la habían refundido en 1685. En el metal en fusión que hervía, princesas, burguesas y mujeres del pueblo llano habían arrojado sus joyas de oro y plata, y los parisinos afirmaban que de ahí procedía la excepcional pureza de su timbre. Dando el *fa sostenido*, llamado «el bordón», la campana tenía dos metros sesenta de altura e igual diámetro. Sus trece mil kilos de peso exigían grandes esfuerzos para ponerla en movimiento.

Habiendo aprendido mucho sobre el respeto del método y el espíritu analítico en contacto con Valencey de Adana, Blacfort, con el catalejo pegado a su único ojo, había sabido coordinar perfectamente los movimientos de sus hombres, de modo que se había oído muy brevemente el bordón y la alarma cuando el hasta entonces rey de Francia puso el pie en el primer peldaño del cadalso.

Vestidos de *sans-culottes*, con pantalones a rayas azules y blancas, chaquetas a la carmañola, pañolón al cuello, zuecos, gorros frigos y con la pica en la mano, Blacfort y sus hombres habían logrado con gran facilidad hacerse pasar por patriotas que perseguían a los monárquicos.

Desperdigándose poco después entre la muchedumbre, se habían dividido en tres grupos para llegar a sus escondrijos en la hasta entonces llamada calle de Luis-el-Grande convertida en calle de Piques, la hasta entonces calle Condé llamada calle de la Igualdad y la hasta entonces calle de la Condesa d'Artois cuya bien conocida altivez dio lugar a un nuevo nombre: calle Miorgullo.

Al día siguiente, la cuadrilla se había reunido en la barrera del Trono, llamada por los parisinos «barrera del Trono derribado», y luego, en etapas cortas, habían represado a la Vendée.

Aunque se la hubieran jugado abiertamente, las autoridades republicanas habían minimizado el acontecimiento. Los periódicos y gacetas, en su mayoría, lo habían silenciado y, puesto que era necesario un responsable, habían acusado a un general de la guardia nacional, chismoso y muequero, de «complicidad con el curerío fanático» y decapitado.

Las palabras del policía de la Secreta Pierre-François Gréville no fueron olvidadas. Se le sabía excelente en su oficio, pero desde aquel instante se le había considerado «indispensable para la salvación nacional», declarando que «había hecho méritos por la patria».

Desde entonces se le otorgaron los poderes del todo exorbitantes que implicaba semejante reconocimiento.

En Vendée, Blacfort había sido recibido como un héroe. No había general que no deseara estrecharle contra su pecho y muchas mujeres se habían ofrecido a quien «había permitido al rey abandonar su pueblo al son de las campanas de Notre-Dame».

Por todo ello, hiciera lo que hiciese, Blacfort era intocable.

En un rincón de un vasto salón, su amante oficial, la bellísima condesa Marie-Charlotte de Juignet-Tallouart, se encontraba muy inclinada hacia delante, sujetándose con ambas manos a un pequeño escritorio de madera de palisandro.

Tras ella, Blacfort había levantado el hermoso vestido de seda de la condesa, haciendo aparecer unas nalgas lechosas y prominentes así como unas magníficas piernas enfundadas en medias blancas. La empitonaba lanzando gruñidos mientras ella le alentaba:

—¡Sé brutal, tómame como a una moza!

A Blacfort le gustaba que el amor fuera vil, vulgar y violento; no podía verlo de otro modo.

Observaba el largo cabello rubio, el pequeño sombrero de plumas, los hombros desnudos y muy suaves, la piel blanquísima, el gracioso cuello adornado con una ristra de diamantes.

Terminó con un estertor mientras la condesa emitía un grito penetrante. A él le hubiera gustado prolongar aquel instante de vacío absoluto, de apertura, en que sentía una especie de diseminación de su ser por el infinito del cosmos, pero los aplausos de las otras tres parejas presentes se lo impidieron.

Se retiró con viveza y palmeó las nalgas de la condesa que se volvió, con el pelo rubio enmarañado y los grandes ojos azules fingidamente coléricos y muy marcados aún por el placer.

El vestido se deslizó de nuevo, ciñéndose a las formas del cuerpo. La Revolución había supuesto el final de los vestidos con aros, y eso era algo de lo que pocas mujeres se quejaban.

Ella le sonrió. Con su tez pálida, acentuada por un empolvado muy blanco, un poco de carmín y una peca en el pómulos izquierdo, le pareció casi demasiado hermosa. Llevaba lo que él le había regalado; el broche de diamantes engastados en una montura de oro y el anillo, de diamantes también, destellaban a la luz del fuego que ardía en la chimenea. Collar, broche y anillo, todos aquellos diamantes hacían juego con los de los pendientes. La hermosa melena rubia, peinada con cierta naturalidad, lucía también una aguja de diamantes, como es debido. El tocado de las mujeres había cambiado asimismo, renunciando éstas a los grandes moños que se

elevaban en lo alto de sus cabezas, una mezcla de postizos y pelo natural que no se atrevían a lavar durante semanas.

Cuando Blacfort y la condesa acababan de sentarse junto a sus amigos, el general-conde reparó en las ávidas miradas que los hombres dirigían a su compañera, viuda desde hacía poco: en efecto, el coche donde se encontraba el infeliz conde de Juignet-Tallouart había caído por desgracia en un estanque, donde él pereció ahogado... gracias a que Germain, llamado *Rubiales*, y Simon, llamado *Dulzura*, le mantuvieron la cabeza enérgicamente bajo el agua.

Un joven marqués se levantó y, en tono prometedor, exclamó:

—¡Atención, vais a ver algo singular!... Un espíritu locuelo, lo que es muy natural puesto que se trata de una azul.

—Yo no deseo ver a esas mugrientas republicanas... —protestó una joven baronesa, medio desnuda.

—¿Ha traído consigo su «Árbol de la Libertad»?... —preguntó un joven vizconde.

Rieron, y el joven marqués precisó:

—Tenéis que oírla. Imaginadlo: lleva en su vientre un espíritu ventrílocuo apodado el Pretencioso porque tiene opinión formada sobre todo.

A continuación, el marqués abrió la puerta, y dejó pasar a una mujer de más de setenta años, muy pobremente vestida.

El joven marqués le habló al oído, sin duda para darle confianza, pero ella avanzó con temor.

Blacfort se levantó y se puso frente a ella.

—De modo que tu vientre, el Pretencioso, habla. ¿Estás segura de que no es más bien tu culo?

Todos rieron con ganas, salvo la mujer. Entonces sin que pareciera que se hubieran movido, oyeron sorprendidos una voz que daba la impresión de proceder, efectivamente, de su vientre:

—Hay vientres que hablan porque están hambrientos y nobles culos que callan para siempre, pues les cortaron la cabeza.

—¡No me gusta en absoluto el ingenio de tu vientre, palurda!... Responde, más bien, a esto: ¿quién ganará esta guerra?

«El espíritu», habló de nuevo, mientras la boca permanecía, en apariencia al menos, inmóvil.

—Sé quién la perderá y ni uno de los ocho que están aquí sobrevivirá. La mayoría conocerán el «tragaluz de Sanson^[7]», otros... —miró a Blacfort a los ojos mientras el vientre proseguía—: otros no tendrán esa suerte.

—¿Qué quieres decir, bruja? —preguntó lívido Blacfort.

—Hay muertes cien veces más atroces que la guillotina...

Por un instante, Blacfort quedó estupefacto, mas enseguida corrió hacia un mueble, tomó un par de pistolas y las descargó en el vientre de la anciana.

Al oír las detonaciones, Simon, llamado *Dulzura*, y Gorro-encerado entraron, empuñando las armas.

—¡Sacad de aquí esa carroña!... —ordenó Blacfort, blanco aún como un muerto.

Mientras arrastraban por los pies el cadáver, dejando un largo rastro de sangre, entró un oficial.

Enlodado, sucio, mugriento, con tierra hasta el sombrero, chorreando lluvia, aquel antiguo capitán del Royal-Normandie-Cavalerie se acercó.

Blacfort, aún impresionado por la sombría predicción, reconoció a uno de sus oficiales a cargo de la seguridad.

—Es muy urgente, general.

—¿Qué pasa ahora?

—Hemos aguardado para tener absoluta certeza, pero ya no cabe duda: un grupo de terroristas actúa en nuestra retaguardia. Destruyen nuestros puestos aislados, diezman nuestras patrullas, se alimentan con nuestros víveres, se arman con lo que toman de los cadáveres de los nuestros. Ayer, aprovecharon la niebla para atacar uno de nuestros relevos, mataron a cuatro hombres y a dos postillones, y robaron quince caballos.

—¿Azules?... Pero ¿cuántos son?... —preguntó Blacfort, sorprendido ante semejante audacia pero a quien aquel asunto apasionaba menos que el supersticioso miedo que sentía ante un final anunciado como cercano y terrible.

—Sólo son seis, general.

Involuntariamente, dada la magnitud del asunto, Blacfort dio un respingo.

—¿Cómo? ¿Seis que aterrorizan a todo un ejército?... Pero ¿de qué estamos hablando?

—Es un asunto extraño, general. Hacen la guerra como espectros, sólo se les ve para morir. Sabemos que llevan uniformes de oficiales de la marina, pero como los de la época de la guerra de América. Enarbolan en sus tricornios la escarapela tricolor.

Al reparar en la expresión turbada del capitán, Blacfort se encolerizó.

—¿Hay algo más que me estáis ocultando?

—Uno de los nuestros, que fue herido y dado por muerto, asegura (aunque sin duda víctima del delirio) haber oído a uno de esos oficiales de marina dirigirse a su jefe llamándole «príncipe».

Sin poder ocultar que estaba temblando de pies a cabeza, el general-conde de Blacfort abandonó la estancia sin pronunciar palabra.

Los habían sorprendido al amanecer, en un calvero, cuando Bienvenu deseó calentar agua para hacer una especie de tisana con bayas silvestres. La niebla era gélida y ni los cinco vendeanos, ni su cautiva, Victoire de La Chesnaie de Flers imaginaban que una patrulla de azules pudiera intentar salir con un tiempo horrible. Sin embargo, así ocurrió aunque pareciera evidente que la espesa niebla ocultaría el famélico humo blanco de la hoguera encendida por los agotados vendeanos.

Estos, al pensar en sus adversarios republicanos, los envidiaban imaginándoles calientes en sus puestos, jugando a la cavañola^[8] y bebiendo vino caliente.

Lamentablemente para los vendeanos, lo que tan poco probable parecía al final acaeció: una patrulla apareció por sorpresa, hizo fuego y, luego, dio comienzo un salvaje cuerpo a cuerpo.

Los soldados azules eran muy jóvenes, al mando de un oficial veinteañero y, aunque supieran combatir, el miedo les despojó de parte de sus medios. Además, el joven oficial cayó muy pronto y los republicanos se retiraron, dejando cinco cadáveres.

Bienvenu, estupefacto, advirtió que tres de sus compañeros habían muerto también, de modo que sólo quedaban Jean-Baptiste, de dieciocho años, y la marquesa.

Asustado, el jefe del grupito reparó en que la marquesa, aunque no se hubiera quejado en absoluto, estaba herida, y acudió con presteza junto a ella. Conocía los gestos. Levantando con pudor la ropa, advirtió que la joven había sido alcanzada en el hombro y en el muslo, tras haber recibido dos violentos culatazos.

Bienvenu intentó ponerla de pie, pero ella se desplomó. Entonces, perplejo, se sentó en el terreno ante Victoire, que le sonrió.

—¡Pobre Bienvenu!... Ahora tendréis que matarme. No es un asunto fácil, creo. ¿Queréis que cierre los ojos mientras me quitáis la vida?

—¡No, nunca!... —protestó él.

—Debéis hacerlo, sin embargo. No podéis transportarme, ni muerta ni viva, tendréis, pues, que cortarme la cabeza.

Él la miró horrorizado.

—Pero, señora marquesa... nosotros, los vendeanos, nunca cortamos la cabeza, de ningún modo: odiamos la guillotina.

—Lo comprendo, pero podéis cortármela a cuchillo. Después, sería oportuno que la metierais en un cesto lleno de sal, y bien cerrado, para que no se pudriese y se hiciera irreconocible.

—¿Sal?... —repitió Bienvenu, con aire extraviado.

—Podréis encontrarla entre los republicanos o del lado de Surgères, cuya especialidad es la mantequilla salada. Además, el frío gélido retrasará la descomposición de mi cabeza y la aparición de gusanos. Así, el general de Blacfort, al reconocerla, de buena gana os pagará los cien luises que ofrece como recompensa.

Bienvenu no podía apartar la mirada de la muchacha. Hablaba de su propia ejecución como una amiga lo haría de un buen negocio y, al hacerlo, el infeliz experimentaba la sensación de ser el mayor de los monstruos, algo que en tiempo normal nunca habría pensado de sí mismo, acostumbrado a considerarse un buen católico.

—¡Vamos, dejemos ya de andarnos por las ramas!... —insistió la marquesa—. Veinte de vuestros amigos, todos de vuestra aldea, han muerto para conseguir entregarme a Blacfort. No podéis transportarme en vuestros hombros y Jean-Baptiste es demasiado joven. ¿Tal vez podríais fabricar unas parihuelas y llevarme entre los dos?... Sería una locura, vuestra marcha se retrasaría, las ciénagas resultarían infranqueables y, en un encuentro con una patrulla semejante a la de hace un rato, esta vez seríais una fácil diana para quedar bien muerto. Tomad el único partido que os queda e id a entregar mi cabeza a Blacfort.

Todo esto, dicho así, con la mayor naturalidad, por la marquesa penetraba lentamente en el espíritu de Bienvenu, que, tras un largo silencio, preguntó:

—Pero ¿por qué quiere el general-conde de Blacfort que os maten?

—Porque me niego a él, pues no deseo en absoluto desposarle.

—¿Y os negáis porque es partidario del rey y los curas?... —preguntó Bienvenu.

La marquesa no pudo evitar una breve, argentina y muy bella risita, antes de responder:

—A Blacfort le trae sin cuidado el rey, serviría del mismo modo al Gran Turco si eso le beneficiara. Por lo que a los curas se refiere, ni siquiera los mencionéis: no sigue religión alguna y, al revés que yo, jamás la siguió.

—Ésas son buenas razones para no amarle.

—Bienvenu, me disgustaría engañaros —repuso la marquesa moviendo la cabeza con expresión desolada—. No es ésta la razón. Conozco a Blacfort desde la infancia y nunca le he amado pues mi corazón pertenece a otro, lo que él jamás ha soportado. Se aprovecha de esta guerra para arreglar viejas cuentas y la toma conmigo, pues teme al hombre a quien amo, aunque éste se halle muy lejos, en el mar, pero presente en el corazón de todos los marinos... y, sobre todo, en el mío.

—¿En el corazón de los marinos?... —preguntó Bienvenu, muy sorprendido.

—Sí, todos le aman y admiran.

—¿Quién es?

—Dudo de que en vuestra aldea conozcáis a los marinos.

—No lo creáis, señora marquesa, el mar no se encuentra tan lejos de nuestro pueblo. Mi hermano y tres aldeanos más estuvieron en la marina en los tiempos de la guerra de América.

Una difusa esperanza cobró vida en la marquesa, que, hasta entonces, había defendido su vida con inteligencia pero sin mucha convicción.

—Se llama Joachim de Niel, conde de Valencey y príncipe de Adana. Capitán de navío, mandaba la fragata *La Terpsichore*.

—¡La fragata roja!... —exclamó Bienvenu, muy excitado de pronto—: Pero ¡si conozco su historia!... Mi hermano la divisó de lejos durante la guerra, ante las costas de la isla de la Tortuga, en el Caribe... ¡Corría como el viento! Un capitán invencible, el terror de los ingleses, el hombre que hundió tres bajeles de tres puentes con una sola fragata.

—Y al que el rey condenó al exilio, sin duda para agradecerle haber servido tan gloriosamente el pabellón de las flores de lis.

—Mi hermano aseguraba que se había cometido una gran injusticia con el príncipe y... —Bienvenu se interrumpió, al notar un objeto frío en su nuca. Escuchó, sin sorpresa, la voz de Jean-Baptiste:

—Deja poco a poco tus dos pistolas en el suelo... Sí, así... Ahora, retrocede... Está bien, date la vuelta.

Bienvenu se volvió y se tambaleó a causa de la impresión, pero no porque Jean-Baptiste le apuntara, sino porque descubrió una escarapela tricolor en el viejo sombrero de fieltro negro del joven.

—¿Te unes a los patanes?... —preguntó Bienvenu, en un tono lleno de amargura.

—Me uno a la marquesa y, con ella, a la justicia y la libertad. ¿Valemos acaso más que esta mujer, a la que tú y yo admiramos desde el principio?... Hasta ahora no has querido pensar en eso, Bienvenu, pero si es una mujer honesta y justa, sus ideas lo son también. ¡Y tú no lo has pensado!

—En todo caso, tú piensas demasiado. Aprender a leer y a escribir con el cura se te ha subido a la cabeza, pues no es para nosotros.

—¡Ya basta!... —ordenó la marquesa que, con expresión de sufrimiento, intentó en vano levantarse. Entonces, los miró a los dos sucesivamente y prosiguió—: Os queréis, no deseo que os matéis por mí.

Bienvenu se encogió de hombros.

—Oh, ya puede bajar las pistolas, vamos, no le haré nada a él ni pensaba, realmente, entregaros al conde de Blacfort. ¿Cómo podía adivinar que fuerais vos tan íntima del príncipe de Valencey de Adana?

—No recibo ya noticias tuyas, pero sé que se unió a la República desde el primer día.

—Dada la ingratitud del rey, el príncipe, por su parte, tiene excusa.

—Sin noticias... —repitió ella recordando aquella mañana de mayo de 1789, cuando un marinero de *La Terpsichore* le entregó un ramillete de ancolias, rosas y amapolas con una cinta con los colores americanos.

Jean-Baptiste se puso discretamente las pistolas en el cinturón tomado del cadáver de un soldado republicano.

—Únete a nosotros, Bienvenu —dijo con voz grave—, es nuestro bando. Si incluso algunos aristócratas aseguran que los hombres son iguales y libres, ¿por qué habremos de dudarlo nosotros, que no somos nada?

—Hablas a la *vanvolea*^[9], eres joven —repuso Bienvenu, negando con la cabeza—, puedes volver a empezar. Yo no puedo tomar las armas contra mis amigos de ayer, aunque hayáis sembrado la duda en mí que actúa ya como un veneno. —Se obligó a sonreír y continuó con voz algo forzada—: No podemos enterrar a nuestros paisanos, no tenemos palas y romperíamos nuestras bayonetas en este suelo helado, más duro que la madera. Cubrámoslos, al menos, con ramas, y luego me encargaré de la señora marquesa... a expensas de la República.

Así lo hicieron.

Bienvenu y Jean-Baptiste se aproximaron, con discreción, a un campamento republicano y allí robaron un «rabón», como llamaban a un infeliz caballo al que le habían cortado orejas y cola.

Llegó luego el momento de la despedida.

Bienvenu les dio instrucciones: en las barreras republicanas, la marquesa y Jean-Baptiste tenían que llamarse hermano y hermana, montada ella en el rabón, que llevaría él de la brida. Como un padre atento —¡y sólo tenía treinta y dos años!—, prodigó mil consejos y proporcionó a ambos fugitivos unos juegos de escarapelas blancas y otras tricolores.

Bienvenu se ruborizó de pies a cabeza cuando Victoire le besó en cada mejilla y, luego, se quitó un anillo del dedo y se lo entregó, pero él lo rechazó con altivez.

—Aceptad este anillo en recuerdo mío —pidió ella, alzando la voz—. Y cuando encontréis mujer, vendedlo, pues podréis entonces comprar una granja o un molino.

Él observó la joya, una gran esmeralda en la que habían engastado una cervatilla de oro.

—La cervatilla sois vos: no puede ser de otro modo —dijo sonriendo.

Victoire se ruborizó levemente, lo que la volvió aún más hermosa, y respondió:

—Mi padre, que me llamaba «cervatilla», me regaló este anillo que mandó hacer para mí. Pero no pasaría por un registro, de modo que prefiero ofrecéroslo a vos, Bienvenu, pues sabréis evitar todas las barreras y creo que nunca os lo arrebatarán.

Bienvenu y Jean-Baptiste se fundieron en un largo abrazo, en que se mantenían agarrados por los hombros, con los ojos humedecidos pues se conocían y se querían desde siempre. Luego, tras haberse deseado mutuamente las mejores cosas del mundo y la de no encontrarse jamás, frente a frente, el fusil en mano, Bienvenu, con la voz rota por la emoción, exclamó:

—¡Adiós, pues..., patán!

—¡Adiós..., bandido de la Vendée!

PRINCIPIOS DE MARZO DE 1794

La población de la aldea, en realidad sólo mujeres, niños y ancianos, había huido a toda prisa cuando se acercaron.

Únicamente cuatro combatientes habían tenido el valor de plantar cara: uno de ellos, anciano oficial, veterano del regimiento Royal-Quercy, dirigía muy lentamente a sus hombres. La nieve, que caía espesa, facilitó la maniobra y a Valencey de Adana no le costó ningún esfuerzo rodear la carreta derribada tras la que aguardaban los vendeanos y, luego, habiéndoles desbordado por las alas, sorprenderles.

El fin llegó enseguida, sin sorpresas, y los cuatro cuerpos fueron abandonados donde habían perecido. La Mellerie descubrió nieve en los ojos desmesuradamente abiertos del anciano y de los jóvenes con escarapelas blancas. No podría explicar por qué, pero aquella visión le resultó de pronto intolerable, de modo que cerró los párpados de los muertos ante la mirada sorprendida, y tal vez desaprobadora, del contraamaestre Jules Dumesnil.

Hacía tanto frío que incluso los arroyos se habían helado. En las pobres casas, algunos campesinos quemaban turba en las chimeneas, por falta de leña seca.

Los seis hombres registraron las habitaciones de las casas. Empezaban a familiarizarse con los escondrijos donde se guardaba la comida y, a veces, las armas. Los cinco oficiales de marina y el contraamaestre estaban acostumbrados a austeros condumios, a largas carreras, al racionamiento de víveres, al bacalao con mucho vinagre para disimular que no fuese fresco, a las veintiocho onzas de tocino salado por persona cuatro veces a la semana... Y aunque Valencey de Adana había conseguido evitar lo peor, asegurando siempre el aprovisionamiento en fruta y legumbres frescas, todos los marinos conocían de sobra el horror de las etapas sin viento, cuando el barco permanecía inmóvil durante días, semanas incluso, bajo un sol de justicia. Los víveres se pudrían con rapidez, grandes gusanos que era preciso quitar uno a uno infestaban las galletas, la harina resultaba nauseabunda, el agua escaseaba. Por fortuna, cada cual cumplía con exactitud sus deberes y obedecía mientras, en otros navíos, algunos marinos abrían sospechosos toneles donde chapoteaba un agua oscura. Entonces hacía su aparición la enfermedad: riñones destrozados, violentos dolores de cabeza, vómitos, la lengua negra y agrietada: la «fiebre maligna y pútrida» que los cirujanos de a bordo, resignados, combatían con laxantes como la cebada, la grama y el regaliz. En otros, el escorbuto provocaba la caída de dientes y los galenos se veían obligados a cortar a navaja las encías,

desinfectándolas con vinagre...

Lo dicho basta para asegurar que, más que las tropas de infantería, las de la marina, muy resistentes a las penalidades, conocían las penurias y habían aprendido a soportarlas: desde hacía tres días, Valencey de Adana y los suyos se alimentaban de patatas heladas y cebollas arrancadas en los huertos.

Muy pronto se vio que la aldea, tan ferozmente defendida, albergaba gran cantidad de víveres y, sin duda, su situación geográfica, que se concretaba en un gran aislamiento, muy apartada de los caminos, la había preservado del saqueo de los azules y de las «contribuciones voluntarias» pagadas a los bandidos de la Vendée.

Dos de los oficiales, que presumían de ser buenos cocineros, se distribuían la tarea ante los fogones: el comodoro John O'Shea, antiguo comandante de la fragata *Ask For The Moon*, y el barón de Saint-Frégant, que cocinaba con la cachimba entre los dientes.

Valencey de Adana y los suyos ocupaban la casa más hermosa, algo alejada de la aldea. Por los retratos que afeaban los muros, pudieron atribuirle, dado cierto aire de familia, al viejo aristócrata muerto tras la barricada.

Tenía seis habitaciones, hermosos armarios, sillas tapizadas de terciopelo de Utrecht, una gran biblioteca provista de libros mediocres. Dormitorios con papel pintado, algo raro en la región, y, en la más bonita, un lecho con baldaquino, con somier de crin, suave colchón y almohadón... Contiguo a la habitación del dueño del lugar, un salón de aseo, donde se veía una bañera de tina. En las otras habitaciones, apenas más modestas, había camas de cuatro columnas pintadas de barniz gris claro y con patas de cobre.

Valencey de Adana lo observaba todo con frialdad y cierto asombro: su viejo castillo estaba muy lejos de alcanzar semejante lujo. Ciertamente, tenía medios para ello, pero sin duda le faltaba la afición. Regresó al salón, donde las cortinas de las ventanas protegían del frío. Observó con simpatía a La Mellerie, que, apenas se había sentado en uno de los sillones de barniz gris blanquecino, con respaldo doblado y forrado de paño de seda con arabescos azul celeste, había caído en el sueño. Incluso las sillas de caoba indicaban cierta pretensión, con el respaldo hecho por dos trompetas unidas a un tirso y con patas de cobre.

Tras haber subido algunas buenas botellas de la bodega, Mahé estaba llenando hasta las fauces la estufa de cerámica, en el centro de la estancia. Llegando del exterior, Jules Dumesnil entregó a su jefe la documentación hallada en los bolsillos del aristócrata, así como una gaceta republicana fechada el 26 de febrero.

Apoyado contra una ventana, Valencey de Adana leyó de pie, a la moribunda claridad del día. Gracias a un largo artículo recapitulativo a la gloria de la Convención nacional, se enteró de la abolición de la esclavitud con fecha del 4 de febrero y se sonrió, pues él se había anticipado en más de trece años a semejante medida, liberando y aceptando a bordo —a pesar de la prohibición real— a unos veinte esclavos negros explotados por un odioso plantador. Desafiando todas las

costumbres, Valencey de Adana incluso había nombrado a uno de ellos, Hyppolite, sargento de los fusileros de marina.

Volvió a sumirse en la lectura de la gaceta. El 5, Robespierre había pronunciado un discurso sobre el terror y la virtud. Tres semanas más tarde, en la Convención, Saint-Just denunciaba el «moderantismo» de Danton y los suyos, «los indulgentes», estigmatizaba luego a los hebertistas, a quienes llamaban en París los «exagerados» y que exigían un aumento del terror.

Valencey de Adana, que sabía leer entre líneas, llegó a la conclusión de que Robespierre iba a emprenderla con los moderados y los rabiosos, es decir, con ambas alas de la Convención nacional. La gaceta hablaba también de un invierno muy duro y de la escasez de víveres, algo que el capitán tradujo como una hambruna total y un clima insoportable.

Mahé de Campagne-Ampillac observó enternecido a su amigo sumido en la lectura. Estuviera donde estuviese, tenía que leer. Reparó también en que Joachim encanecía ya en las sienes y sintió una especie de vértigo, tan cercana le parecía aún su infancia.

Le admiró. Por la seriedad que ponía en la lectura cuando, agotados, los hombres sólo pedían dejarse caer y dormir. Aquel modo de querer hacer siempre las cosas bien, incluso fuera del alcance de la mirada de los otros y también de aquella horrible y salvaje guerra clandestina. Ciertamente, creía en la Revolución pero Mahé no se engañaba: aquel empecinamiento en peinar la floresta revelaba la esperanza de encontrarla, a ella, a Victoire. ¿Por qué el infortunio se había encarnizado de ese modo contra dos seres que sentían, el uno por el otro y desde la infancia, un amor tan grande? Debilitado tal vez por aquella incierta existencia hecha de hambre, frío y muerte que podía brotar detrás de cada matorral, Mahé sintió ganas de llorar ante la injusticia que se cometía contra su «hermano» y la adorable y valerosa Victoire.

«La guerra y el exilio nos lo han estropeado», pensó.

Tras la victoria franco-americana, mientras Valencey de Adana, cubierto de gloria, se disponía, tan alegre como sus marinos, a regresar a Francia, había recibido sin inmutarse la noticia de su destierro: una carta con órdenes firmadas por Luis XVI. Ni un solo músculo de su rostro se había movido.

De inmediato había reunido a las tripulaciones de *La Terpsichore*, de la corbeta *La Betelgeuse* y del carguero pesado *L'Argonaute*, y les había anunciado que debían regresar sin él.

Muchos gestos de malhumor, protestas, indignación. Pero aunque algunos hombres, casados y padres de familia, estaban obligados a regresar al reino de los luises, otros se negaron a abandonar a su capitán.

Sólo *L'Argonaute* y *La Betelgeuse* regresaron a Francia. Quedaron bastantes marinos para formar una tripulación de élite a bordo de *La Terpsichore*.

La monarquía no se había atrevido a reclamar la restitución de la fragata, concedida al exiliado como compensación. Y como pago de cualquier cuenta.

Así ocurrió, pues. Y aunque algunos marinos, afectados por la añoranza del país o por la edad, habían solicitado el regreso a Francia, todos habían enviado, poco después, a sus numerosos hijos.

En su base costera cercana a los límites del antiguo Imperio maya, Valencey de Adana había instalado una sociedad muy libre, aunque se observara el respeto por los grados: no iban a conservarse en la mar para abolirlos una vez en tierra.

Los señores Ly y Nordgren, respectivamente especialistas en pólvoras y en metales, se habían marchado a sus lejanos países, pero el príncipe, que había concebido un arma revolucionaria, ya no precisaba de su ayuda. En cambio, su alejamiento de Francia le obligaba a hacer más lenta la producción de «tiburones de pólvora», como los llamaban los ingleses. Ciertamente, los americanos, sumamente agradecidos, ofrecían sus materias primas, pero a Valencey de Adana justo le repugnaba recibirlas, pues deseaba que su ayuda a los «insurgentes» siguiera siendo desinteresada.

Durante aquellos trece años de exilio, los marinos, convertidos también en ganaderos y agricultores, no habían tenido problemas para alimentarse, e incluso habían llegado a vender parte de su producción: café, azúcar e índigo. *La Terpsichore* se hacía a la mar regularmente y atacaba a algún navío inglés, siempre más poderoso que ella. A bordo de aquellos navíos, hallaban soberbios complementos para la «base secreta». Los capitanes ingleses vencidos recordaban a menudo, con acritud, que Francia ya no estaba en guerra con Jorge III. Con una desarmante mala fe pero con mucha cortesía, Valencey de Adana entonces respondía:

—Señores, a título personal, yo no he terminado en absoluto con la guerra y vosotros sois, entre todos, mis adversarios preferidos, pues tanto vosotros como yo tenemos nuestras costumbres. Además, sin duda lo sabéis: un gentilhombre bien nacido nunca abandona a su vieja amante.

Los marinos franceses habían tomado mujeres. Indias, negras liberadas de la esclavitud, unas treinta americanas, inglesas capturadas y que no querían en absoluto ser «liberadas» y devueltas a Inglaterra, una cuarentena de canadienses francesas, otras francesas y criollas con quienes se toparon en Port-aux-Princes o Port-Royal. Los poetas habían encontrado mujeres en islas cuyos nombres evocadores hacían soñar con el amor, como María-Galante o La Deseada. Por último, algunos oficiales habían seducido a mujeres de la alta sociedad de la verdeante Martinica durante bailes en suntuosas mansiones decoradas con ramas de naranjo, palmas y candiles multicolores. En resumen, no hubo hombre entre los doscientos veinte marinos de *La Terpsichore* que no tuviera compañera... salvo dos, que sentían afecto e inclinación el uno por el otro.

Trece años después de la guerra, la tripulación de *La Terpsichore* seguía siendo la élite de la élite de la marina francesa pues, tres meses al año, la fragata salía de caza y libraba furiosos combates, de modo que los marinos vivían en estado de guerra desde hacía más de diecisiete años.

Marinos de combate, agricultores, ganaderos, soldados se hicieron también albañiles y, con la ayuda de los carpinteros de a bordo, construyeron hermosísimas mansiones para alojar a sus esposas... y algunos centenares de hijos, cuyos primogénitos eran hoy grumetes en la fragata.

Una «comisión ejecutiva» electa ampliaba las funciones de administración municipal de aquella pequeña Babel, donde se veían todas las razas, donde se hallaban todos los mestizajes siempre que brotaran del amor: la pequeña ciudad llegaba ya a los dos mil habitantes.

Mahé se había casado con una canadiense muy hermosa y sólo Valencey de Adana permaneció obstinadamente solo; la razón de dicha soledad ya la adivinará el lector.

En el año 1787, la marina francesa, por orden de un Luis XVI enojado, se había aproximado a la base. Erizada de cañones, *La Terpsichore* salió de las rocas del río y apareció entonces en el mar, navegando a la velocidad del viento, pero oficiales y marinos de la flota francesa le reservaron entonces... una ovación, olvidándose de las órdenes y creyendo que estaban ante una leyenda viviente. Ciertamente es que, magnífica, la fragata parecía danzar sobre la cresta de las olas, invicta, aureolada por sus ciento setenta y una victorias consecutivas.

—¿Bueno, barón?... —preguntó La Mellerie.

Mahé dio un respingo, saliendo de golpe de sus recuerdos. La mesa estaba puesta.

Comenzaron con arenques ahumados, luego buey asado «a la americana» por John O'Shea, que deploraba no tener *pickles*. Saint-Frégant, por su parte, había preparado unos fricandós a la acedera y una ensalada de pollo con anchoas. En la mesa había vinos de Tokay y de Hungría.

—Ahora entiendo por qué el vejestorio se ha dejado matar en la barricada: al revés que los pobres campesinos, tenía mucho que defender entre su cocina, su bodega y sus cómodas camas... —dijo Saint-Frégant en tono alegre.

A pesar de tantos días de privaciones, nieve, frío y aquella angustia cuando el enemigo puede aparecer tras cada árbol, aunque no se hubieran permitido un banquete semejante desde hacía mucho tiempo, Valencey de Adana comía lentamente, sin demasiado apetito y, en realidad, sin disfrutar de nada.

—¡Seguro que Victoire no anda muy lejos!... —susurró Mahé en un tono fraterno, rodeando con su brazo los hombros del hasta entonces príncipe de Adana.

—Después de tanto tiempo y con esta terrible guerra civil, me habrá olvidado... —respondió Valencey de Adana deseando, con todas sus fuerzas, que no fuera así y llegando a cruzar dos dedos bajo la mesa.

Ambos ignoraban que la joven y su guía, a menos de ochocientos metros de allí, habían dudado antes de evitar aquella aldea demasiado silenciosa donde sólo una casa estaba iluminada...

Blacfort echaba espuma de rabia. La vanguardia había iniciado el combate sin esperarle, mientras quedaba retenido en casa del generalísimo Stofflet.

Muy pronto, sin embargo, cuando ya corría al galope con algunos oficiales, hizo presa en él la excitación al oír los ecos de un duelo artillero. Habían atacado la pequeña ciudad republicana a las nueve y cuarto, eran las diez: lo mejor tenía, pues, que llegar aún. Además, llamaría a capítulo al escribanucho subalterno que redactaba la crónica de sus combates para que ofreciera a la historia la versión que más halagara sus intereses.

Blacfort lo deploraba, pero no podía estar en todas partes: en la guerra, en el amor y haciendo la corte al generalísimo rodeado de aduladores.

El generalísimo Stofflet era un militar de bastante talento pero apenas sabía leer y escribir, y había caído fácilmente en poder de la calculadora inteligencia de Blacfort, que lo manipulaba sin escrúpulos.

Había intrigado para alejar a alguno del jefe de los ejércitos y ocupar así su lugar; para mandar muy lejos a otro a quien no quería cerca de Stofflet; y para enviar a un tercero a una muerte segura pues el joven petimetre parecía bien dotado, demasiado bien dotado. Por lo que parece, era imposible hacer más para seducir a un hombre del pueblo que soñaba con imponerse a los aristócratas. Vana ambición la de Stofflet, quien para la mayoría de los nobles seguiría siendo siempre uno de los que pertenecían al «otro mundo», terrible expresión que significaba «el pueblo» contemplado desde el punto de vista de los aristócratas. Pertenecer al pueblo constituía, para muchos de ellos, una falta irremisible que te condenaba para siempre a los grilletes fueran cuales fuesen tus méritos y victorias.

Cuando pensaba en ello, Blacfort se felicitaba por su habilidad. A pesar de las derrotas vendeanas, los estragos en hombres y material, disponía, como general, de un regimiento de un millar de efectivos, de un pelotón de sesenta jinetes y de veinte cañones. Muchos generales monárquicos, con más talento o más méritos —pero menos cortesanos—, no podían ciertamente alinear tantos, ni siquiera la mitad.

En todo aquello desentonaba la imposibilidad del saqueo. Así lo querían los generales del ejército real, y la tropa de campesinos-soldados católicos compartía ese punto de vista, considerando el saqueo como un horror. Ciertamente, al favor de los combates, algunos soldados del «ejército Blacfort» saqueaban y violaban, pero en lo esencial era asunto de su guardia de corps traída de los bajos fondos de París.

Los republicanos, en cambio, no se privaban de robar, y Blacfort, durante una reunión de generales, había explicado ampliamente a uno de sus homólogos que, con el saqueo, los azules mantenían alta la moral de sus tropas. Al explicarlo así y

desarrollando esta teoría, Blacfort, a quien el mencionado general le traía sin cuidado, de hecho, sólo hablaba para Stofflet, a quien quería hacérselo saber; sin embargo, fue en balde, pues el generalísimo se negó a escuchar nada más. De ningún modo.

Blacfort se consolaba con el amor, con aquella condesa de Juignet-Tallouart que enloquecía sus sentidos y de la que no se saciaba, tanto que casi había olvidado a las niñas...

Se había fijado en ella, que iba acompañada de su difunto esposo, durante uno de aquellos bailes organizados en un castillo medio en ruinas. Le pareció magnífica y peligrosa. Sí, muy peligrosa, pero su destino no era creerlo. A menos que deseara ignorarlo.

Para poseer y hacerse con aquella odalisca, organizó la muerte del marido e hizo saber a la señora de Juignet-Tallouart lo agradable y excitante que sería compartir su vida, aventurera, es cierto, pero muy lujosa siempre.

La condesa, enternecida por el collar de diamantes que le ofreció en prueba de sus serias intenciones, no se mostró entonces intratable en absoluto...

Parecía inevitable, sin embargo, que Blacfort no se saciara nunca, por mucho que se beneficiase de las voluptuosidades del amor. Cuando se encontraba ahíto, mirando con una mezcla de orgullo y cansancio el cuerpo blanco, abundante pero firme, generoso y deseable de la condesa, sus pensamientos le llevaban a Victoire, a quien no había sabido conquistar.

«¡Adorable criatura!», pensaba entonces Blacfort, recordando el conmovedor ceceo de la exquisita marquesa, pero también, lamentablemente, su mirada tozuda y tierna posándose a cada instante en Valencey de Adana.

Aunque estuviera con él, bastaba con que Valencey de Adana apareciese para que la respiración de la muchacha se acelerase, se ruborizara y olvidara que estaba conversando con Blacfort.

Cierto día, Valencey de Adana había llegado tras una larga carrera en su montura preferida.

—Me gustaría tanto, ahora mismo, recorrer a caballo el bosque —le había dicho ella con audacia.

Valencey de Adana, sorprendido, había vacilado y, luego, tras haberla observado largo rato con sus ojos de un verde grisáceo, había respondido:

—Monta conmigo a la grupa, no tengas miedo y tan sólo agárrame bien.

Y la joven marquesa había saltado tras su príncipe, abandonándole, a él, a Blacfort, como si fuera un palafrenero.

Alejó de sí aquellos desagradables recuerdos y espoleó su caballo.

Excitado, observó la retaguardia de la guerra, lo que los combatientes no veían nunca. A un kilómetro del frente, en la carretera, había una interminable hilera de carrozas donde aguardaban las familias —y las amantes— de los oficiales, de carros de intendencia, municiones y bagajes, con los cocheros y conductores que habían bajado también y miraban, todos, hacia el frente, donde se decidía su supervivencia.

A Blacfort le encantaba remontar aquella larga hilera mientras un subteniente gritaba: «¡Paso, paso al general!». ¡Qué demostración de poderío cuando esas decenas de hombres y mujeres se apartaban a toda prisa y cayendo, a veces, en las cunetas!... En momentos así, tomaba la medida de su importancia, pero nunca se le ocurría que la razón de que necesitara sin cesar hacer esta prueba tal vez radicaba en que él mismo no estaba convencido de su poder.

Llegó a primera línea y saltó del caballo.

Uno de sus coroneles se presentó de inmediato para informar, mientras los veinte cañones disparaban al unísono y fulminaban una barricada erigida a toda prisa por los azules, cuyos cuatro cañones, destrozados, habían sido derribados.

—¿Y entonces?... —preguntó Blacfort.

—Es el fin, general. Los azules evacuan la ciudad por el sur, sus mejores hombres se sacrifican ante vuestros ojos para cubrir la retirada de los suyos.

—¡Muy bien!... —dijo lacónicamente Blacfort, tomando el catalejo que le tendía un ayuda de campo.

El coronel, con voz insegura, añadió:

—General, los azules combaten con mucho valor y se sacrifican con nobleza.

—Más mérito tendremos al aplastarlos... —repuso Blacfort.

—Sin embargo, general, vamos a envolverlos por el ala izquierda para cerrar el cerco: haremos, pues, prisioneros...

Blacfort dejó el catalejo y contempló de arriba abajo al coronel.

—¡Nada de prisioneros!... Ni uno solo, ¿me oís?...

—¡A las órdenes, general!... —respondió el coronel pensando en aquellos jóvenes con el uniforme azul de la República, en aquellas fulminaciones, en aquel dolor... y deseó intensamente que, un día no muy lejano, aquella sangre cayese sobre Blacfort.

Las calles estaban desiertas. La luz declinaba ya sobre París, cediendo paso a un cielo negro. Era una noche de precoz invierno la que se anunciaba. Un viento gélido soplaba, aullando, por las calles sin vida.

La carreta de los condenados a muerte, aquellos que iban a «besar a la viuda» o, en otra expresión de moda, «a estornudar en el saco de salvado», avanzaba lentamente por los adoquines de la calle Honoré, hasta entonces Saint-Honoré, al cansino paso de dos viejos pencos.

Los dos condenados miraban fijamente el suelo de la carreta. Si hubieran levantado la cabeza, habrían podido leer, encima de un pasaje: Taller de armas republicanas para fulminar a los tiranos. No muy lejos, en la fachada de un convento sede hoy de los jacobinos, se leía: Sociedad de los Jacobinos. Indivisibilidad de la República, fraternidad o muerte.

Los dos condenados no congregaban a la multitud. No había nadie, salvo un hombre bastante corpulento, con levita gris, que caminaba a cierta distancia, y tal vez fuera sencillamente en la misma dirección, indiferente también.

Uno de los dos hombres, con el cabello muy rasurado por encima de la nuca y el cuello descotado, era un sacerdote refractario capturado, tras una denuncia, en el pueblecito de Auteuil, que tan de moda estuvo poco antes de la Revolución.

A Auteuil acudían los ricos para entregarse a finas y discretas partidas, aunque los equipajes no lo fuesen en absoluto. Así eran las cosas en la capital: los granjeros ricos solían circular en carroza de dos caballos; los nobles, de cuatro; los príncipes de sangre, de seis y el rey, de ocho. A todos les gustaba que les llevaran por las calles de París con gran estruendo, muchos latigazos y gritos de los cocheros. Semejante conducción provocaba numerosos accidentes, pero, la mayoría de las veces, los ricos tiros ni siquiera se detenían por la muerte de un niño. En ocasiones sucedía que una mano con puño de encaje, bajara el cristal y arrojara desdeñosamente un luis para saldar cualquier cuenta. Era ése el estilo de la gente del Faubourg Saint-Germain, que, por lo demás, defendía la naturaleza, jugaba al pastor y la pastora, exigía cada vez más tugurios y ventorrillos muy «del pueblo» a orillas de Sena y que se celebraran fiestas donde buscar carne fresca, joven y pobre.

El segundo condenado, con la nuca afeitada y el cuello arrancado, era un antiguo diputado de la Asamblea legislativa de quien nadie se preocupaba y que muy pocos recordaban.

La carreta se detuvo al pie del cadalso. Los ayudantes del verdugo hicieron subir los pocos peldaños a los dos hombres, que llegaron a la plataforma.

Sanson, el verdugo, señaló primero al cura. Enseguida lo pusieron en la tabla, las

correas de cuero se fijaron a la altura de los muslos y torso y luego el collar de madera se cerró alrededor del cuello del eclesiástico. La pesada cuchilla cayó y en el anochecer se oyó el hervor de la sangre brotando de las arterias.

Acto seguido De Maret, ayudante del verdugo con cuerpo de coloso, empuja el cadáver. Empuñan y hacen caer en la tabla al antiguo diputado. Todo se acelera aún más, el tiempo es desapacible y frío, Sanson y sus ayudantes tienen prisa por regresar a casa y recuperar el calor del hogar. La cuchilla cae.

Dos condenados en un minuto y medio. Fue tan brutal que las dos cabezas no fueron a parar al cesto de salvado sino que rodaron por la plataforma antes de caer el barro.

Jacot, el barrendero, arrojó un cubo de agua en las tablas ensangrentadas y dio algunos escobazos, sin gran convicción: la lluvia lavaría por él.

Además del desconocido de la levita gris, como en cada ejecución, estaba presente un observador de la policía. Anotó mentalmente, para el informe: «El pueblo no ha acudido. Sólo vi a un hombre que no manifestó satisfacción ni reprobación, pareciendo indiferente».

El hombre en cuestión se alejó y apretó el paso. Enamorado de París, vivía en una hermosa casa del Faubourg Saint-Jacques con la fachada coronada por una estatua que representaba a san Miguel acabando con el dragón.

Aunque extranjero, empezaba a conocer muy bien la capital. Estaba ya lejos los tiempos en que aprendía trabajosamente: «París cuenta, desde 1702, con veinte barrios divididos hoy en cuarenta y ocho secciones. Los aristócratas se alojan al oeste, los financieros al noroeste, con los hombres de negocios; los pobres en el centro, al norte y al este. Hay quinientos buzones en esta ciudad, se paga con un billete de porte».

Y el emigrado, frente a él en aquella apacible casa londinense, comentando:

—¡Notable!... ¡Aprende usted muy deprisa, señor Dawson!

—Es mi oficio.

—Muy bien. Y pronto se sentirá en París como en su propia casa.

—Mientras el ejército inglés acampará en los Campos Elíseos y en las Tullerías.

—No se dice ya «las Tullerías», señor Dawson, sino el «Jardín Nacional». ¡Sea cuidadoso con ese tipo de detalles!

—¡Lo recordaré!... —había mascullado el inglés.

A pesar de su panza y de su naturaleza en apariencia risueña, un conjunto que inspiraba simpatía, Francis William Dawson era un hombre temible, jefe supremo de todos los espías ingleses diseminados por el mundo. Sólo daba cuentas al rey Jorge III, disponía de considerables fondos y de ilimitado poder.

En el fondo, nada le obligaba a ir a París, pues disponía ya en la capital de hombres muy competentes. Sin embargo, le gustaba no limitar su trabajo a la lectura de informes entre las cuatro paredes de su despacho. A lo que se añadía que aquella Revolución le interesaba.

Entró en la Gruta Flamenca, donde servían cerveza y excelentes vinos. Hizo su pedido y permaneció pensativo mucho tiempo, bebiendo a pequeños sorbos la cerveza.

Si se detenía a pensarlo, consideraba que había actuado con bastante agudeza. Sin negar en absoluto su calidad de inglés —por lo demás, su acento le hubiera traicionado—, se había presentado a las autoridades como «ante todo un comerciante y, sobre todo, mucho antes de ser inglés».

A pesar del bloqueo británico, en ocho meses había conseguido hacer llegar dos navíos a Francia. El asunto le hizo popular entre las autoridades, estando la República exangüe, ya sin recursos, atacada por todas partes en las fronteras y minada, en el interior, por la rebelión vendeana y las numerosas conspiraciones y revueltas de federalistas y monárquicos.

Naturalmente, todo había sido «arreglado». Los navíos nunca habían forzado el bloqueo sino que, por el contrario, habían gozado de la protección de la Royal Navy.

Por lo que se refiere a la mercancía...

Nada estaba, es cierto, realmente podrido pero todo era mediocre: el trigo, estropeado a veces, que inutilizaba quintales y quintales. Cuero de una calidad muy ordinaria. Antiguos fusiles a los que, a veces, les faltaban piezas que no se sabía dónde obtener y, sobre todo, no en Inglaterra, su país de origen.

Sin embargo, la ayuda era tan escasa, tan racionada, que la República, conmovida y agradecida, pagaba a Dawson a precio de oro y le proporcionaba lo más complicado que, en materia de salvoconductos, había inventado la pesada máquina revolucionaria.

El inglés, más por sentido del humor que por cinismo, explicaba en las misivas a su rey que, en París, gracias a ese supuesto comercio de contrabando la República pagaba la buena marcha y la financiación de sus servicios.

Dudaba, sin embargo, de que dichas noticias pudiesen apaciguar en algún momento a Jorge III, que detestaba Francia y a los franceses en general y a uno de ellos en particular: al capitán de navío Joachim de Niel, conde de Valencey y príncipe de Adana.

Si sólo hubiera existido el contencioso nacido de la guerra entre Inglaterra y Francia, que había acudido en ayuda de los insurgentes americanos, el asunto habría sido ya muy grave. Valencey de Adana había hundido decenas de navíos de guerra de la Royal Navy, y del millar de navíos mercantes ingleses capturados, ¿cuántos correspondían al príncipe?... ¿Y qué decir de aquellos tres magníficos bajeles pesados, unos tres-puentes flamantes, que el audaz capitán francés había hundido uno tras otro? En el colmo de la humillación, había incluso oficiales de la Navy que admiraban a aquel hombre, su capacidad de maniobra, la increíble rapidez de tiro de sus baterías, la aturdidora velocidad de su fragata, la extremada sofisticación de su «arma secreta»...

Para agravar la situación, Valencey de Adana, caído en desgracia ante su rey —e

incluso Jorge III reconocía que la decisión real era dar muestras de gran ingratitud—, había decidido «alimentarse de la marina inglesa», pasando por alto unilateralmente el fin de la contienda...

En todas las marinas del mundo contaba con admiradores y cómplices. Por no hablar de la marina francesa, enteramente fiel a su héroe, y de los veteranos soldados del cuerpo expedicionario que, entre sí, se llamaban «los americanos».

Dawson nada ignoraba de todo aquello, pues tenía a su cargo una doble misión. La primera consistía en aclarar las extrañas relaciones que Valencey de Adana mantenía con el poder revolucionario; y el maestro de espías sabía que podría cumplir aquella tarea.

La segunda parecía más fácil aún: en cuanto pusiera los pies en suelo francés, el príncipe debía ser ejecutado.

Ahora bien, éste se encontraba ya en Francia, en aquella vasta región llamada Vendée; esta información había costado muy cara a Dawson. No se trataba, ciertamente, de buscar a Valencey de Adana en Vendée, donde ambos bandos ejecutaban a los sospechosos al borde de los caminos y sin mediar proceso, sino sencillamente de hacer funcionar su cerebro. ¿Tenía Valencey de Adana una misión secreta?... ¡Exacto! ¿Por cuenta de quién?... De la Convención y, más exactamente, del Comité de Salvación Pública. ¿Dónde actuaba éste?... En París. Por lo tanto, Valencey de Adana acudiría fatalmente allí para rendir cuentas.

Habría que matarle de inmediato.

Dawson apuró su cerveza, se levantó y salió. Aquel triste atardecer de invierno había enturbiado su ánimo en aquel instante de gran angustia. Decidió ir a cenar, abrirse el apetito con unos jamones y patés para proseguir, luego, con un pato asado. Conocía un buen lugar donde servían «pan borrego», una de aquellas delicias francesas con flor de harina amasada con mantequilla y espolvoreada de semillas. Todo regado con un vinillo de Orleans. Y para terminar, una compota de manzanas y ciruelas y uno o dos coñacs.

En la calle caía una lluvia fina y gélida, y comprendió que restaurar sus fuerzas no bastaría para disipar su tristeza. Conocía, afortunadamente, a una jovencísima peluquera que no desdeñaba en absoluto llenar un poco su bolsa a cambio de no mostrarse muy huraña con él.

Sonrió: servir a su majestad tenía momentos buenos, sobre todo cuando uno puede permitirse gastar sin cuenta y no justificar nada.

Una sola sombra oscurecía el panorama: aun siendo un experto, y el mejor, y aunque no hubiera conseguido descubrir nada, experimentaba la penosísima impresión de ser objeto de una discretísima vigilancia.

Se encogió de hombros: era imposible, salvo si admitía que el mayor agente del mayor servicio de espionaje del mundo había topado con la horma de su zapato.

—*So impossible!... Absolutely impossible!...* —murmuró.

Sin embargo, probablemente Pierre-François Gréville, general y jefe de la policía

secretaria francesa, hubiera apreciado mucho la opinión del señor Dawson: le encantaba el humor inglés.

El Comité de Salvación Pública se había instalado en las Tullerías, en el hasta entonces pabellón de Flora, convertido ahora en pabellón de la Igualdad. Tres hombres se encontraban en un pequeño despacho: Robespierre, tirano para unos, dirigente supremo e ilustrado de la República para otros; Jean Bon Saint-André, responsable de la marina en el Comité de Salvación Pública, nombrado en julio de 1793, y por último, Pierre-François Gréville, el policía más misterioso de Francia. En realidad, aunque sólo dependiera de Robespierre y fuese el jefe discreto y omnipotente de la policía secreta de la República, el general Gréville únicamente aparecía por la administración, cuando se lo pedían, como un oficial de grado desconocido que dependía del «despacho de policía general» que estaba formándose ya a las órdenes de Saint-Just, es decir, de Robespierre.

Nombrado, esta vez de manera más ostensible, general de la guardia nacional —y aquello le enojaba extraordinariamente—, aquel alto grado le permitía tener autoridad para dominar, bajo mano pero con mucha firmeza, la «legión de policía parisina», bastión de los *sans-culottes* enemigos jurados de los moderados. Y muy eficaces.

Robespierre fue directamente al grano.

—Ciudadano Gréville, dile lo que ocurre con el Americano.

Aquel término hacía referencia, en su código, a Valencey de Adana, pero el responsable de la marina de la República lo ignoraba.

—Vamos, levantemos el secreto: Saint-André sabe lo que le costaría una indiscreción —soltó Robespierre con sequedad al ver que Gréville titubeaba.

—Valencey de Adana se encuentra en Francia.

—¿En Francia?... —repitió Saint-André, pasmado.

—Desde hace algún tiempo ya, digamos un mes. O dos. O más.

—Pero... ¿y su navío?

—¿Recuerdas, ciudadano Saint-André, que el Comité de Salvación Pública había prohibido la isla de Aix a nuestros navíos?

Bon Saint-André pareció estar esperando aquello para saltar:

—¡Por supuesto!... Y me gustaría mucho saber la razón por la que el Comité de Salvación Pública... Bueno, siempre y cuando...

—Eres perspicaz, ciudadano... —dijo Gréville suspirando—. Siempre que te den tiempo. *La Terpsichore* está anclada en la isla de Aix, en compañía de la fragata americana *Ask For The Moon*. Ahora bien, dicha consigna fue violada hace tres días, de modo que lo repetimos: ningún navío debe aproximarse a la isla de Aix, es un asunto de seguridad nacional.

Robespierre, a sus treinta y seis años, era un hombre elegante, cuidado, casi

atildado. Había prestado su juramento como abogado en el año 1781, en Arras, su ciudad natal.

Gréville le estimaba por sus ideas, sus discursos y sus juicios. Apodado *el Incorruptible*, el dueño de Francia vivía con mucha sencillez, alquilado en un modesto apartamento amueblado en casa del carpintero Duplay, en la calle Honoré. Una frase de un discurso de Robespierre había conmovido particularmente al policía, a su modo de ver pues resumía a la perfección las aparentes contradicciones de la Revolución y, sin justificar sus excesos, podía aplicarse a muchas otras revoluciones: «El resorte del gobierno popular en revolución es la virtud y el terror; la virtud sin la que el terror es funesto, el terror sin el que la virtud es impotente».

A pesar de su aspecto casi enfermizo, en todo caso enclenque y frágil, Robespierre sabía mostrarse implacable. Con su queridísimo amigo Camille Desmoulins, se había mostrado, sin embargo, amenazador en dos ocasiones: «No olvides, Camille, que si no fueras Camille no podríamos tener tanta indulgencia contigo». Luego, subiendo un poco el tono: «A pesar del amor que siento por ti, no te perdono que hayas querido frenar la Revolución».

De Fabre d'Églantine, el encantador autor de la maravillosa romanza *Il pleut bergère* y del muy poético calendario revolucionario, decía con sequedad: «Principios y ni una pizca de virtud; talento y ni una pizca de alma».

Con respecto al ultrarrevolucionario Hébert, que acusaba falsamente a María-Antonieta, hasta entonces reina, de «relaciones sospechosas» con el jovencísimo delfín, asistió al sorprendente espectáculo del *Incorruptible* acudiendo en socorro del honor de la esposa del rey. En efecto, indignado de asco, había soltado: «No era bastante para ese malvado haberla convertido en una Mesalina, tenía que hacer de ella una Agripina».

Por último, sentía sólo un profundo desprecio por Danton, pero hay que decir que éste gozaba cada vez de menos estima, al haberse aprovechado vergonzosamente de la Revolución para amasar una fortuna considerable. Una cabeza de jabalí, una faz picada de viruelas, un cuerpo obeso: la gente del pueblo lo llamaban *el Gran Rodaballo Relleno*, o *el Manido*. Para Robespierre, que concedía que el primer impulso de Danton era sincero, se había convertido en «un ídolo podrido».

Gréville, policía sin igual y gran conocedor del alma humana, sabía que con semejante intransigencia Robespierre chocaría, antes y después, con alguna coalición de intereses, porque nunca se perdona a los ejemplos de virtud que sean lo que son y que jamás puedan alcanzarse. Tampoco ignoraba que, con su viva inteligencia, Robespierre no podía dudar de su ineluctable caída y, sin embargo, en nada cedía, consagrándose a la cosa pública y a la salvación nacional.

Robespierre dirigió un ademán a Bon Saint-André que abandonó inmediatamente la estancia y, luego, en tono irritado, dijo:

—Tenemos tan pocos navíos y ese imbécil no les transmite las órdenes...

Gréville no hizo ningún comentario pues sabía permanecer en su sitio en

cualquier circunstancia, lo que Robespierre apreciaba mucho.

—Bueno, ciudadano Gréville, háblame de él.

Gréville reflexionó un momento.

—Le conozco demasiado bien para dudar ni un solo instante de que Valencey de Adana cumpla su misión aunque, en su servicio a la República, añada motivos más personales... Destruirá a Blacfort y a su ejército de la floresta.

—¡Ambos inaprensibles de momento!... —observó Robespierre en tono neutro, como si levantara acta.

—Debemos ser pacientes, ciudadano Robespierre. Con cinco hombres, no podrá destruir más de mil, muy aguerridos, que escapan al general Turreau y a sus «columnas infernales» a las que, es cierto, se ve venir de muy lejos. Valencey de Adana observa a los vendeanos, toma nota de sus reacciones, lleva la inseguridad a sus profundos bosques, donde nunca nada los había inquietado. En Moulin-aux-Chèvres, una de las plazas fuertes vendeanas, mató al hasta entonces conde de Hernanville y a parte de su Estado Mayor: un golpe de gran audacia.

Robespierre, con las manos a la espalda y expresión preocupada, empezó a pasearse de un lado a otro.

—Hay que terminar con mayor rapidez. La Vendée inmoviliza tropas que necesitamos en las fronteras y debo acallar enseguida esos ladridos de la Asamblea Nacional. Incluso Danton, que pretende frenarnos, nos critica la lentitud.

—Danton está perdiendo todo el crédito ante el pueblo, muy pronto no será ya una fuerza.

Robespierre se contuvo con dificultad:

—Muy pronto no será ya nada de nada y no temo ni siquiera al lémur de ese pútrido degenerado, de esa basura.

Gréville permaneció prudentemente en su terreno.

—Valencey de Adana da muestras de método en cuanto hace. Está tomando la medida a los vendeanos, luego golpeará con fuerza, una sola vez.

—Lo sé. Pero el Comité de Salvación Pública no se sentirá obligado a creerme por ello. Ah, debo verle.

—Es un asunto delicado, ciudadano Robespierre. Existe un statu quo entre Valencey de Adana y nuestras tropas. Las evita sin huir de ellas realmente. Por lo que a nuestros soldados se refiere, las noticias vuelan: se conoce la existencia de esos oficiales de marina que llevan en el tricornio la escarapela tricolor. Saben que el grupito se sirve de los métodos del bandidaje, aunque más refinados aún, y les inflige bajas. Tampoco ignoran sus convicciones, desde el incidente de la Croix-aux-Loups.

—¿Qué es eso?

—Ya conoces la orden de los generales bandidos de la Vendée —explicó Gréville—, referente a los quince mil hombres del ejército de Maguncia que repatriamos a la Vendée: ni un prisionero, ni un superviviente. Cerca de Clisson, cincuenta de nuestros granaderos heridos y capturados fueron, así, degollados; entre ellos, un tambor de

catorce años. Tras este asunto, en la aldea de la Croix-aux-Loups, cuatro de nuestros granaderos, deshechos y extraviados, tuvieron que vérselas con la población, bajo una lluvia de piedras: era una lapidación a muerte. Siempre ocurre lo mismo, ciudadano: en cuanto uno de nuestros soldados, aturdido, se desploma, es degollado. Pues bien, esta vez, un grupo de oficiales de marina los salvó arriesgadamente y, luego, desapareció con presteza. La noticia se extendió por todo el ejército del Oeste.

—Sin embargo, debo ver a Valencey de Adana. ¿No podríamos hacer... que detuvieran a esos oficiales?

—Imposible, ahora son demasiado populares y todavía se ignora que se trata de Valencey de Adana; de lo contrario, imagina la ovación... En cambio, podríamos conseguir... que se cercaran... firmemente. Valencey de Adana es inteligente, comprenderá.

—¡Excelente!... ¡Me urge volver a verle! —exclamó Robespierre, aparentemente aliviado.

—¿Volver a verle?... —advirtió de inmediato el general de policía.

Robespierre, molesto tal vez consigo mismo, respondió con viveza:

—Le conocí antaño, hace ya mucho tiempo... ¿Algo más?

—Ciudadano, ¿recuerdas aquel inglés del que te hablé la vez pasada?

—¿El espía?

—Es mucho más que eso. Hemos trabajado a fondo y hoy estamos en condiciones de afirmar que es el jefe de todos ellos, un tal Francis Dawson. Un hombre muy hábil.

Robespierre se encogió de hombros.

—Pues bueno, decretamos su acusación y que sea guillotinado dentro de tres días...

—Precisamente... Déjame algún tiempo aún, ciudadano, me gustaría saber adónde nos lleva...

MEDIADOS DE MARZO DE 1794

Sin guía, al azar, decidiendo a menudo su ruta en función de las barreras republicanas, de las que intentaban apartarse, Victoire de La Chesnaie de Flers y el joven Jean-Baptiste habían conseguido, por casualidad, pasar ante el cerrojo de Niort, encontrando un paso al oeste de Saint-Maixent que desembocaba en plena floresta vendeana.

Aquello era, precisamente, lo que Bienvenu habría deseado con el mayor ardor. Era justo lo que Victoire intentaba evitar a toda costa. Careciendo ambos de sentido de la orientación, se habían dirigido al norte-noroeste, mientras la marquesa hubiera deseado orientarse al sudeste, para llegar a Ruffec.

Podían esgrimirse en su descargo, sin embargo, ciertas excusas. Como el estado del muslo y del hombro de Victoire, herida a culatazos. O la fuerte fiebre durante tres días, la piel azulada primero, ennegrecida luego, hasta el punto de que Jean-Baptiste, aterrorizado, creyó ver en ello indicios de gangrena. Sin embargo, la gran higiene de la joven, a lo que se añadía que no era una herida abierta, contribuyó mucho a su curación, tanto más cuanto que no tuvo que caminar pues iba a lomos del rabón, potente y sólido caballo al que Jean-Baptiste cuidaba mucho en las etapas.

Con la proximidad de una primavera que se adivinaba precoz, la niebla del amanecer era menos densa y el tiempo empezaba a suavizarse.

Por el camino, Victoire iba instruyendo a Jean-Baptiste, espíritu abierto y ávido de conocimientos. Llevando él por la brida al rabón, sentada ella en la silla, para evitar en lo posible servirse de su pierna, pues deseaba caminar cuanto antes, le hablaba tanto de historia como de matemáticas, de filosofía como de clima, explicando por ejemplo el rigor del invierno que acababan de sufrir a causa de que las frecuentísimas nieblas durante el otoño de 1793 habían congelado el terreno, impidiendo así que la nieve se fundiera y manteniendo aquel tiempo gélido.

Dejaban atrás lugares de nombres extraños como La Bribonada, Mediavuelta o El Diluvio.

Por la noche, un autillo bastaba para despertarles y, sistemáticamente, partían al apuntar el día, a la hora en que, en las más apartadas aldeas del país, una campana doblaba como homenaje a todos los fallecidos de antañones tiempos.

En sus sombreros, alternaban las escarapelas blancas o tricolores, y ciertamente no debían equivocarse cuando se presentaban en una aldea. En la medida de lo posible, muy limitada, intentaban comer de manera sana. Victoire se mostraba

intratable sobre la calidad del agua, pues a toda costa quería evitar la disentería. Pero, ante todo, había enseñado a Jean-Baptiste que entre los republicanos el «vos» se había eliminado, dando paso siempre al «tú». Del mismo modo, nada de usar «señor» o «señora», sino sólo «ciudadano» o «ciudadana». Igual como muchas palabras sustituían a otras a causa de los nuevos tiempos. De manera que, habiendo aprendido con mucho interés, Jean-Baptiste causaba muy buen efecto en las barreras, pues era el único joven de aquella región que podía presentarse favorablemente, como había hecho hacía poco, cuando dijo:

—Salud, ciudadano sargento. Viva la República, una e indivisible. ¡Muerte a los tiranos!

Los soldados azules sentían un verdadero alivio al advertir que los jóvenes campesinos —y, según sus manos, aquél lo era— no eran todos pobres criaturas a las órdenes de curas refractarios y de «aristocabras», como los llamaban los *sans-culottes*.

Pero aunque el sargento estuviera bien dispuesto, la consigna era la consigna, así que debía preguntar:

—¿Adónde vas?

—A Bressuire.

Pues desde allí, Victoire y él pensaban dirigirse al sudeste hacia Ruffec.

—¿Bressuire?... ¡Eso está lleno de bandidos!

—Pero nuestra madre se está muriendo en ese lugar, ciudadano sargento.

—¿Es tu hermana esta joven?

—Los bandidos la hirieron a causa de su escarapela y sólo la llegada de una patrulla la salvó de una suerte aún más terrible.

Levantándose el vestido hasta los muslos, Victoire mostraba entonces el golpe recibido, diciendo:

—¡Mira qué crueldad, ciudadano sargento!

El sargento veía, sobre todo, unos muslos magníficos y unas soberbias piernas que pertenecían a una mujer muy bonita.

En este caso, como también en los demás, el registro era ligero, tanto más cuanto la marquesa y el joven no llevaban arma alguna, pues Victoire lo consideraba más juicioso.

Ciertamente, los republicanos insistían en retenerles algún tiempo y, sin duda, dicha invitación se hacía fundamentalmente teniendo en cuenta la belleza de Victoire, pero el pretexto de una madre agonizante desbarataba la insistencia de los soldados.

Y la muchacha se despedía agitando la mano y con un encantador pero muy sincero:

—¡Viva la República, muerte a los tiranos!

Dos días después de aquel último control, al caer la tarde, divisaron en plena campiña un castillo con la planta baja iluminada.

Estaban extenuados y, con un rápido cruce de miradas, comprendieron que desde

hacía semanas se les presentaba por primera vez la ocasión de dormir en una verdadera cama.

—Escarapelas blancas, seguro... —propuso Jean-Baptiste.

Victoire observó el castillo atentamente y con desconfianza.

—¿No adviertes nada? —dijo por fin en tono suave.

—Es, en efecto, un hermoso castillo, señora marquesa.

—¡Victoire!... Olvídate de tus «señora marquesa» o lograrás que nos detengan algún día. Bueno, fíjate en el estado de este castillo.

Jean-Baptiste comprendió de golpe.

—Es sorprendente. Hasta aquí, todos han sido saqueados o incendiados, en parte al menos.

—¿Y por qué éste no?

—Pero los azules no pueden haber pasado de largo...

—¿Y si el propietario del lugar fuese partidario de la República?

—Es una posibilidad entre dos...

La marquesa se quitó la papalina roja de adolescente y fijó en ella una escarapela tricolor.

—¡Dios nos protege! —exclamó Jean-Baptiste persignándose.

* * *

El hombre, alto y delgado, de unos cincuenta años, había mirado con atención a aquella hermosísima mujer acompañada por un campesino que solicitaba dormir en los establos... aunque claramente esperando que les ofrecieran algo mejor.

El hombre en cuestión era barón y se llamaba Daniel de Penchemel. Gran observador, había llegado a una conclusión muy pronto: aquellos dos no eran en absoluto hermanos. Él se decía campesino, lo que parecía real, pero la joven, a pesar de sus explicaciones, pertenecía a la aristocracia. Tenía ese presentimiento por algunos detalles propios de esa condición que, siendo la suya, no permitían que le engañaran al respecto. Como las hermosas manos muy finas aunque algo estropeadas, el porte de la cabeza, la mirada, que no se sorprendió en absoluto al recorrer el salón mientras que el muchacho parecía tan fascinado que vacilaba en entrar.

El señor de Penchemel se preguntaba por qué llevaban escarapela tricolor. En aquellos tiempos inciertos, era preciso mostrarse prudente. Ni siquiera podía excluir la hipótesis de una trampa tendida por los vendeanos al enviarle a una aristócrata disfrazada de republicana. La línea divisoria resultaba a veces muy difusa, le bastaba pensar en su propia familia: su hijo era capitán en un regimiento republicano del ejército del Norte, pero su hija se había marchado, un mes antes, a reunirse con los emigrados de Alemania.

Siendo él mismo un antiguo militar, oficial del regimiento de Angoumois, decidió

atacar de frente:

—¿Perteneceís a la nobleza vendeana, señora?

Dicha pregunta pasaba por alto las palabras de la joven que se decía campesina. No la trataba de mentirosa, algo a lo que no acostumbraban en el antiguo mundo, pero amable —aunque firmemente— se le hacía comprender que no se la creía en absoluto.

Victoire se ruborizó levemente, pero tuvo el buen gusto de no aferrarse a la mentira.

—De Charente, señor: Victoire de La Chesnaie de Flers.

El barón de Penchemel reflexionó un instante:

—Conocí a un La Chesnaie, un marqués —dijo al fin—. ¿En qué ejército servía ya?

—En los dragones.

—Los dragones, eso es. Estuvo en Fontenoy a las órdenes de un general... ¿Ah, de quién se trataba...?

Ella sonrió.

—Creo, señor, que estáis recordando a un nombre muy glorioso; pero como supongo que se trata de ponerme a prueba, sea: ese general se llamaba Donatien de Niel, conde de Valencey, príncipe de Adana y padre de Joachim, héroe de la guerra de la Independencia americana. Eran nuestros más cercanos vecinos.

El barón de Penchemel esbozó una enigmática sonrisa pero les invitó, con un gesto, a sentarse.

—En esas condiciones, no usurpáis la escarapela de los tres colores: vuestro padre y el general eran fervientes admiradores de los autores de la *Enciclopedia*.

—¿Y a vos, señor, os incomoda esta escarapela?

El barón no pudo contener una mueca de desilusión.

—¿Qué deciros, señora?... Deseé esta revolución, pero deploro sus excesos, la muerte del rey y la reina. No se hizo suficiente para desembocar en una monarquía constitucional que no hubiera inflamado al extranjero en nuestras fronteras.

—La Asamblea Nacional, en ese caso, no es más condenable que el rey, que no dejó de conspirar y traicionar la confianza de su pueblo.

—¡Ya lo sé!... —exclamó Penchemel agachando la cabeza, y ganándose de inmediato el respeto y la simpatía de la joven que estimaba siempre a los hombres cuyas ideas eran honestas. El barón miró a los ojos a la marquesa y añadió—: Republicano y monárquico a la vez, eran dos buenas razones para morir en plena Vendée, esa hoguera encendida. ¿No os sorprende que haya sobrevivido?

—Muchas cosas no me sorprenden ya, barón, pero me alegro de que estéis vivo.

—Os lo agradezco, marquesa —repuso con una leve inclinación de cabeza—. Mirad, tengo el más hermoso castillo de los alrededores y, para colmo de dichas, permanece intacto. Aunque republicano, claro está que fui detenido y juzgado, pues me reprochaban que el señor de La Rochejacquelein hubiera pasado dos noches aquí.

Respondí que la acusación no se mostraba en exceso brillante, al ignorar que el señor de Charette también había dormido aquí..., al igual que cuatro generales republicanos. En fin, alegué que un solo habitante del castillo, un hombre solo con su vieja sirvienta, no puede en absoluto oponerse a una tropa armada. Me absolvieron, cosa rara, y fui festejado por el pueblo pero creo, sobre todo, que al ejército le interesaba que mi castillo siguiera en buen estado.

—¡Eso por supuesto!... —respondió cortésmente Victoire.

El señor de Penchemel hizo un gesto de impotencia.

—¿Y sabéis algo más?... La pasada noche, un general vendeano durmió aquí y va a regresar, pues ha dejado dos cañones dado que debía internarse en lo profundo del bosque.

Una gélida sensación se apoderó de repente de Victoire, que palideció. El barón lo advirtió.

—¿Qué os ocurre, señora?

—¿Quién es ese general?

—Bueno... se trata del general-conde de Blacfort.

—¿Cuándo debe regresar?

—De un momento a otro, ¿cómo puedo saberlo?

—¡De un momento a otro!... —repitió Victoire con la mirada perdida.

Blacfort se sentía exultante.

Se creía inaprensible, invencible pues. Sin embargo la República no escatimaba medios para ir contra él. Empeoraba la situación —y ensombrecía el ánimo del general vendeano— que los azules empezaran a conocer bien la región, el tipo de guerra que allí se practicaba entre setos y bosques, los incesantes ataques, el acoso que paraliza al enemigo, a quien se concedía los grandes caminos y las vías de carros para preferir los senderos donde la artillería republicana no podía desplazarse. ¿Cómo arriesgarse, por lo demás, con aquellos carros de armas y municiones por caminos que destacaban entre dos ciénagas?... Quienes se atrevían, confiados por la paz de la campiña, oían, aterrorizados, un silbido seguido por el grito de un oficial vendeano:

—¡Mata!

Y apenas lanzado el ataque, antes de que pudieran organizarse, otro grito:

—¡Dispersaos, muchachos!

De inmediato, aquellos hombres con escapularios y Sagrados Corazones bordados con lana roja en el pecho desaparecían en la profundidad de los bosques.

Aunque se consideraba invencible en su terreno, Blacfort era lo bastante lúcido como para entender que la balanza se inclinaba del lado de los azules. Irremediablemente.

Había pasado el tiempo de las tropas adversarias de la guardia nacional que vestían aquel uniforme, de los comerciantes y artesanos de uniformes azules con puños bermejos, pechera blanca, ribetes rojos, peludos gorros de plumeros coloreados, bicornios negros con galones de oro y, a veces —y eso hacía que los vendeanos se desternillaran—, cascos adornados con pieles de leopardo o de tigre, con crines de caballo. Con aquéllos habían hecho una verdadera matanza.

La guerra se había recrudecido terriblemente. Republicanos fusilados contra los muros de las iglesias, vendeanos muertos a sablazos, que recibían la muerte de rodillas, orando.

Con la aplastante superioridad que da una nación en armas, la República contaba en la actualidad con un millón de hombres uniformados. Entre los soldados enviados a la Vendée, se observaba una mayoría de voluntarios parisinos muy irritados contra «los tiranos». Los azules sabían manejar la pica, la espada, el sable. Conocían a la perfección el armamento y el mantenimiento de los fusiles, el arte de la pólvora, la utilización de los cañones. Si dormían en el bosque, sus zapadores sabían aclarar y abatir los arbustos que, antes, permitían a los vendeanos aproximarse y atacar por sorpresa. Los soldados azules disparaban dos tiros por minuto con excelentes fusiles de doscientos metros de alcance. Cuando llegaba el tiro a discreción, los oficiales,

ahora auténticos expertos, recorrían la fila poniendo el sable sobre los fusiles que apuntaban demasiado arriba. Había acabado la época en la que los republicanos disparaban por encima de sus cabezas. Los soldados de línea lograban tan poderosa concentración de fuego, tan temibles salvas, que todas las cargas vendeanas quedaban deshechas.

—¡No importa, no podrán con nosotros!... —masculló Blacfort ante la inquieta mirada del cura Phébus Monteroux que detestaba, en su señor, aquel modo de pasar, en un abrir y cerrar de ojos, de la alegre exaltación al más huraño abatimiento.

Del lado republicano, prácticamente no quedaban generales pertenecientes a la nobleza, pues en París desconfiaban de ellos. Al comienzo, las tropas del Oeste habían estado al mando de Armand de Gontaut, duque de Lauzun, hasta hacía poco gran seductor rodeado de mujeres en la corte del hasta entonces rey Luis XVI. Un general de buenas maneras, veterano de la guerra de América, como los generales Pichegru o Jourdan. Pero Lauzun había sido falsamente acusado de traición, juzgado y guillotinado el 31 de diciembre de 1793.

En la actualidad, el generalísimo de los ejércitos del Oeste se llamaba Turreau. Era un hombre brutal, que había organizado su ejército en seis divisiones, con dos columnas en cada una de ellas, las ya tristemente célebres «columnas infernales» que se habían puesto en marcha el 21 de enero de 1794, en el primer aniversario de la ejecución del rey.

Las doce columnas de Turreau lo destruían todo a su paso, mataban, violaban y saqueaban. Privados de los jefes que respetaban principios de humanidad, como La Rochejacquelein, D'Elbée, Bonchamps o el príncipe de Talmont, los vendeanos, dirigidos por hombres de moral incierta, respondían exagerando más aún la violencia y la crueldad, matando a los azules con odioso refinamiento.

Un oficial vendeano perteneciente a la antigua nobleza había sido fusilado por orden de Stofflet por haberse atrevido a decir lo que muchos pensaban: «Turreau y Blacfort odian, en el otro, a ellos mismos».

Blacfort oyó un llanto de mujer. Su mirada se encendió de inmediato, sus sombrías ideas desaparecieron al instante, su parte animal salió a flote enseguida.

Se acercó.

Una cantinera republicana había sido capturada y, por segunda vez aquella noche, podía satisfacer a los hombres de su guardia personal. Ni muy joven ni muy bonita, enteramente desnuda, estaba siendo violada sucesivamente por Gorro-encerado, Pétion, llamado *Moja-pan*, Gordo de Beauce, Simon, llamado *Dulzura*, Germain, llamado *Rubiales* y Lefèvre llamado *Dale-con-gusto*. La bonita y muda Marie Arremangada se había alejado, recordando sin duda su propia violación, mientras Marie Trois Tours, llamada *la Picada*, alentaba a los hombres con gran provisión de palabrotas.

Blacfort había mandado alejarse unos ochocientos metros a su regimiento y su caballería, que se hallaban lo bastante cerca como para que llegaran enseguida en

caso de que los azules atacaran por sorpresa, y a la vez lo bastante lejos para que no pudieran asistir al espectáculo que todos aquellos católicos rechazaban... y para que, esta vez, ningún «justiciero» abreviara la sesión, como ocurrió durante el suplicio de la baronesa.

—¡Una cantinera!... —murmuró Blacfort, pensativo, mientras el abate Monteroux aparecía para aprovecharse, también él, de la infeliz mujer.

—¡Una cantinera, y es la primera vez!... —apreció para sí Blacfort, pues de hecho, las republicanas del ejército se le habían escapado siempre. Un mes antes, casi habían agarrado a una vivandera de escarapela tricolor cuando, viéndose ya presa y sabiendo lo que le aguardaba, se había disparado un tiro en la cabeza.

En otra ocasión, una lavandera del ejército de los azules había estado a punto de provocar las delicias de su tropa pero, moribunda, había muerto antes de sufrir sus ultrajes. Con el cuerpo aún caliente, Gorro-encerado, de todas formas, se había complacido con ella, lo que había molestado un poco a sus compañeros pero no así a Blacfort. Un joven soldado vendeano, horrorizado, provocó de inmediato en duelo a Gorro-encerado, pero Simon, llamado *Dulzura*, mató al soldado de un tiro por la espalda en cuanto pareció que éste estaba venciendo.

La reputación de los hombres de Blacfort era ya sólida y enseguida se advirtió lo que debía quedar muy claro: tocar a un miembro de aquella siniestra cuadrilla era tener de inmediato en contra a toda la jauría.

Blacfort observó el lecho de brasas con aire pensativo. Dos metros de largo, uno de ancho y un hermoso brillo rojizo en la noche casi primaveral.

—¡Ahora! —ordenó, siguiendo con distraída mirada a Lefèvre, llamado *Dale-con-gusto*, que mató de inmediato a la mujer golpeándola con uno solo de sus enormes puños en aquella frágil nuca.

El general vendeano se sintió tentado a captar el último aliento de vida de la cantinera, robárselo, capturarlo en su palma, llevárselo a la boca y aspirar ávidamente aquel aire tan valioso. Pero el gesto le pareció demasiado teatral para un público tan vulgar. Sus hombres se atareaban, prueba de que no era, en ese ámbito, su primera vez. Provistos de sierras y hachuelas, aquellos animales procedían al despiece y luego ensartaban los pedazos elegidos en una barra al rojo vivo, que pusieron sobre las brasas, entre dos grupos de fusiles dispuestos en haz por el Gordo de Beauce.

Muy pronto, las carnes chisporrotearon y la piel comenzó a tostarse.

—¡No escatiméis la grasa de oca!... —recomendó Blacfort mientras *la Picada*, tomándola de un tarro con un cazo, llevaba a cabo concienzudamente dicha tarea.

Blacfort, muy atento, se encolerizó:

—¡Vamos, untad la melena, hubierais debido cortársela más!... Los sesos deben estar rosados, apenas tibios.

Agazapados en un bosquecillo y lívidos, un grupo de oficiales de artillería contemplaba el espectáculo con horrorizada fascinación.

—¡Caníbales!... ¡Por Dios Todopoderoso! —susurró uno de ellos, persignándose.

—¡Desertemos!... —murmuró otro, que tenía un primo en el ejército del señor de Charette.

Mientras los cuatro hombres se esfumaban, Blacfort, sentado sobre la hierba, contemplaba a la mujer puesta en el espetón —o partes de ella, al menos— y que estaban asando para comérsela. Su cuadrilla y él mismo comulgaban en una espera casi religiosa.

«¿Por qué me siguen en “el crimen de los crímenes”, por qué esa docilidad en el horror cuando tan reticentes se muestran los hombres a hacer el bien?», se preguntó el general no sin asombro.

Suspiró. La carne humana es salada, se parece a la del cerdo y, en todo aquello, más que la grasa de oca, era la idea de sacrilegio lo que le confería un sabor incomparable. De repente, Blacfort se volvió hacia Phébus Monteroux sonriendo y acometido por una súbita idea.

—Abate, bendeciréis esta comida como es debido.

Todos rieron a carcajada, incluso el cura, baja, rastreramente, pues su alma miserable se estremecía ante la idea de que, tal vez algún día, a fin de cuentas, tendrían que pagar por todo aquello.

Blacfort fue presa de aquella inmensa fatiga que se apoderaba de él a veces cuando, por su abyección, se sentía ya al cabo de todo, más allá de lo humano.

—Después de esto, no hay nada peor... —murmuró, con ojos lacrimosos y fijos en el lecho de brasas.

El fuego le fascinaba. Recientemente, habían capturado a un capitán de dragones. Crucificaron al hombre en una puerta, con los pies hacia arriba, mientras encendían una hoguera bajo su cabeza. En la Vendée en guerra, aquella amabilidad podía compararse con otras del bando de los azules.

Blacfort, dándose cuenta de que no conciliaría el sueño, pensó en pernoctar en el castillo de Penchemel, donde debía recuperar dos cañones que había dejado la víspera.

Se encogió de hombros. Victoire tendría que estar allí, girando en el espetón; tenía que comerse a Victoire, para apropiársela por siempre.

—¡Muy pronto!... ¡Y la devoraré solo!... ¡Yo solo!... ¡Y no podemos tardar en capturarla! —exclamó, al tiempo que advertía cómo se observaban, inmóviles, los de su guardia, deseando los mismos pedazos: en seres tan abyectos, ya nada podía sorprenderle.

Pensó en la hermosísima amiga de la reina María-Antonieta, la princesa de Lamballe. ¿Acaso no habían paseado su cabeza en la punta de una pica y su sexo en otra, por las calles de París?... El mundo entero conocía lo sucedido, aunque menos numerosos eran quienes sabían que aquel sexo había sido luego devorado por un bravucón.

A fin de cuentas, no quedaba ya nada por inventar en temática de horror.

Eso pensaba Blacfort, que no siguió adelante con su reflexión, en todo caso, no

hasta preguntarse: ¿por qué en cualquier tiempo, en todos los bandos, se ha reservado a las mujeres los peores ultrajes jamás inventados?

Pero formularse semejante pregunta no era propio de un Blacfort.

Bañada y perfumada, autorizada por el barón de Penchemel a elegir alguna prenda en el guardarropa de su hija, que había emigrado recientemente, Victoire de La Chesnaie de Flers apareció, magnífica, en lo alto de la escalera.

Con aquel vestido de color amanecer y nácar, las piernas enfundadas en unas medias blancas y calzada con unos zapatos grises de tacón alto, sólo la belleza de su rostro recordaba a la harapienta republicana que había llegado al castillo poco antes.

Lucía una sola joya, unos pendientes de rubíes tallados en forma de cereza: Valencey de Adana, ruborizándose, se los había regalado por su decimotercero cumpleaños, hermoso día en el castillo del que ella no tenía mejor recuerdo.

Generoso, el barón de Penchemel había propuesto vestir a Jean-Baptiste sirviéndose del guardarropa de su hijo, un joven oficial que se hallaba en aquella época en los ejércitos del Norte.

Por desgracia, el hijo del barón era, como su padre, un fuerte mocetón de anchas espaldas y Jean-Baptiste, enclenque jovencito, parecía flotar en semejante atuendo. Al reparar en el desconcierto del pobre muchacho, se dirigieron a la pequeña habitación del guarda de caza, enrolado desde los primeros días en la guardia nacional y, luego, en un regimiento de cazadores a caballo.

El atuendo, aunque muy burgués, encantó al joven que, sin embargo, parecía venir directamente de un entierro: frac negro de solapas cortas y anchos faldones, calzones de casimir metidos en unas medias de un gris oscuro, zapatos con hebillas de acero. Aunque la etiqueta desaconsejase permanecer cubierto en un lugar cerrado, se había tocado con un sombrero redondo, de un gris antracita, que le venía algo estrecho, lo que le confería un aspecto chusco aunque no importara, puesto que el joven estaba exultante.

El barón de Penchemel aguardaba a sus invitados al pie de la escalera. Vestido con una levita leonada, calzones beige y un chaleco granate, bastante corto (según la moda de la época), llevaba con naturalidad un fino bastón de junco, con empuñadura dorada.

Había encendido las arañas de cristal y, dado que recibía a una marquesa, el barón intentaba restaurar los fastos de antaño. Entre los generales republicanos de paso, al albur de los combates, corría la voz de las excelencias del castillo, que acababan considerando como una o, mejor, como su posada, pues el ejército había llenado la bodega y se ocupaba del aprovisionamiento.

Lo único que ensombrecía la escena era la vieja sirvienta arrugada y muy gruñona, pero que cumplía correctamente con su cometido y cocinaba muy bien.

Vajilla de plata, porcelana, loza, servilletas de delicado tejido, tras aquel largo

vagabundeo, todo ello parecía un sueño. Como también la cena que sirvieron: pan listado de dos colores, alternando una capa de trigo y otra de centeno, sopa de guisantes con tostones, pichones asados, pescado frío con mahonesa y pastelillos al modo de Bretaña, levemente salados aunque endulzados con confitura de ciruelas. Bebieron vinos de Chipre, Málaga y Burdeos en copas de cristal.

La marquesa y el barón hacían loables esfuerzos para no mirar a Jean-Baptiste, perdido entre tantos cubiertos y platos desconocidos en su aderezo. Incluso los emocionaba verle atracándose con aquel delicioso pan que tan distinto era del pan de Alize de su aldea, un pan de prieta y compacta pasta. Como terratenientes, ambos aristócratas sabían de la importancia del pan que, tanto en la campiña como en la ciudad, constituía el alimento esencial del pueblo: se consumían de quinientos gramos a un kilo por persona y día. Sin haberlo premeditado ni el barón ni la marquesa, casi de manera natural la conversación versó sobre las vacilaciones del barón entre la monarquía constitucional y la Revolución.

Victoire gozaba de una gran cultura, pues en este capítulo siempre quería ser digna del hombre al que amaba, de modo que consideró rápidamente lo acertado de las ideas del barón de Penchemel cuando evocaba las causas de la Revolución. Hablaba con tono amargo pero cortante, como si levantara acta de acusación de la monarquía y el difunto rey estuviera con ellos a la mesa:

—¡Menudos inútiles incapaces!... Ya en mil setecientos ochenta y cinco, la gran sequía, el ganado diezmado, la peste ovina, el desastroso Tratado de Éden, que abría el mercado a la competencia inglesa. ¿Y qué medidas se tomaron?... ¡Una misa en Notre-Dame! Al año siguiente, «el asunto del collar» ofrecido por el cardenal de Rohan a la reina, como un viejo verde a una joven puta, el escándalo, los chismes, las calumnias... ¿Y qué medidas?... ¡Se apartó a Rohan!... Incluso la guerra de América...

—¡Esa guerra era justa, barón! —le interrumpió la marquesa sonriendo.

—¡Fui un ardiente partidario de ella! —replicó el barón incorporándose un poco para afirmar su buena fe.

—Los insurgentes estaban tan necesitados... Quienes fueron a América se asombraron de ello: en Charleston, las calles no estaban adoquinadas y las casas eran de madera. Tanto en Filadelfia como en Boston la gente andaba por el barro. Había que ayudar a aquella pobre gente.

Penchemel soltó una risita amarga.

—Avituallamos permanentemente a cincuenta mil soldados americanos, y a eso se añadía el mantenimiento de nuestro propio ejército y nuestra flota. Los americanos gozaban de un apoyo financiero ilimitado. Esa guerra, que nunca habrían ganado sin Francia, costó dos mil millones de libras, arruinó el Tesoro, provocó la convocatoria de los Estados Generales...

—¡Y permitió la Revolución!... —interrumpió Victoire.

Penchemel se sentó, abrumado. Envidiaba las certezas de la marquesa, su tono

tranquilo. Prosiguió:

—Todo podía y debía suceder, pero no así —prosiguió el barón—. No con esa cobardía, esa blandura... En vez de crear un impuesto para financiar la guerra, Necker, muy apático, recurrió a siete préstamos, de ahí el agujero de la deuda pública... Se inauguró el puerto de Cherburgo en mil setecientos ochenta y seis cuando tan útil hubiera sido cinco años antes, y todo así...

—Barón, los acontecimientos ponen de relieve a los hombres ante sí mismos... y ante los demás. El invierno del ochenta y ocho fue el más terrible desde hacía un siglo, y la incuria del régimen se hizo evidente para todos. Pero no fue el invierno el que creó esa incuria: la puso de relieve.

El barón reflexionó y, luego, con una inclinación de la cabeza reconoció:

—Tenéis razón, toda la razón, señora.

Aquel invierno fue, tal vez, la primera piedra de la Revolución. El frío bloqueaba ríos y molinos. Cerca de Angers, el Loira permaneció helado durante dos meses. Los precios subieron vertiginosamente. Ocurrió un hecho excepcional: el pueblo, hambriento y muriéndose de frío, atacaba los convoyes de grano y harina, aunque estuvieran protegidos por un incierto ejército que, a veces, cerraba los ojos. Las tiendas sufrían el pillaje. En la primavera de 1789, estallaron revueltas campesinas por todo el país. El precio del pan se duplicó. Por todas partes, no había más que desempleo y quiebras. La gente se negaba a pagar los derechos. La caza furtiva se acompañaba de asesinatos e incendios. Se saqueaban los graneros del diezmo y las existencias de trigo candeal. Comenzaron a arder castillos, se asesinaba a los nobles. El ejército estaba cansado de reprimir al pueblo cuando se conjuró «el gran miedo» creando milicias burguesas, lo que agravó aún más la situación. En *Las bodas de Fígaro* se vio una llamada a la revuelta. Réveillon, un gran fabricante parisino, bajó los salarios y la gente incendió sus talleres, sus tiendas y su mansión en el Faubourg Saint-Antoine. En este asunto, doce soldados y trescientos amotinados murieron: fue un hecho mucho más sangriento que la toma de la Bastilla.

Al paso de Luis XVI no se gritaba ya «¡Viva el rey!», sino «¡Misericordia!».

Por algunos instantes el barón y la marquesa se sumieron en aquellos recuerdos, en la tentación de formular hipótesis: «si» Necker no hubiera administrado el reino como un puerco, «si» el rey hubiera sido inteligente, la reina menos frívola, la aristocracia bastante sutil como para ceder en lo de la Constitución, para no perderlo todo.

Pero ¿de qué servía ahora?

—¿Habéis recibido noticias de vuestro antiguo vecino, el príncipe de Adana, al que decían desterrado por orden secreta del rey?

Victoire no había podido establecer contacto con Joachim. Apenas avisada por Gréville de la felonía del mensajero, le habían raptado. En cambio, el general de la policía secreta había proporcionado en su carta algunos detalles.

—En su legendario bajel, donde ondea la bandera tricolor, ataca a nuestros

enemigos y escolta los convoyes franceses, lo que le vale la gratitud de las tripulaciones de los navíos mercantes y de las poblaciones, salvadas de la hambruna gracias a él. Nuestros enemigos lo odian: apresa, toma, hunde, sólo tiene que elegir la fecha y la hora. ¿Hay en todo el mundo un hombre más libre que él?

—Pero ¿por qué nunca se le ve por Francia? El rey ha muerto y su presencia se festejaría en todas partes...

Victoire no pudo contener una leve mueca de enojo, muy graciosa y femenina.

—Lo ignoro, señor.

—¿Está resentido contra Francia?

—Si así fuera, no arriesgaría a diario su vida por ella.

—¿Acaso no simpatiza con los hombres del Comité de Salvación Pública?

—Todo lo contrario.

El barón le sonrió.

—Se trata, entonces, de una historia de amor —concluyó el barón sonriendo.

—¿Qué queréis decir?... —preguntó con un tono tan cortante la marquesa, que Penchemel se sorprendió.

—Pero nada en ello que pueda empañar su gloria, muy al contrario. Y un amor desgraciado puede suponer un dolor tan grande que os mantenga lejos de vuestro país. He conocido, al menos, un caso semejante.

Victoire miró fijamente al barón y tuvo la certeza de que aquel hombre, bueno y generoso, hablaba sin malicia.

—El amor es un... —Se interrumpió, pues un perro aullaba en el jardín.

El barón se precipitó hacia un lado de la ventana y, a media voz, aunque no corriera el riesgo de que lo oyeran desde el exterior, exclamó:

—¡Diablos, son temiblemente hábiles!... Se mueven como lobos. ¿Cómo han podido acercarse tanto sin que mi perro los venteara?...

—Por piedad, ocultadme, señor —pidió Victoire, que se había levantado—. En estos lugares, donde el derecho se ha abolido, una mujer puede perderlo todo si se topa con soldados, republicanos o monárquicos.

—¡Deprisa!

El escondrijo era una obra maestra de disimulo, el tabique giraba en el ángulo de unas molduras parecidas a las demás, lo que lo volvía invisible, salvo si se sondeaban los muros.

—¡Bajad, bajad, deprisa!... Señora, hay setenta y cuatro peldaños. No oiréis nada, y aunque abajo ambos hablarais en alta voz, aquí nada se escucharía. Por favor, sobre todo no os mováis, yo iré a buscaros.

Se oyó el estruendo de un cristal roto a culatazos. El barón cerró a toda prisa el tabique tras los dos fugitivos.

Con una sorpresa rayana en el estupor, el barón de Penchemel vio entrar en el comedor no a una tropa de campesinos vendeanos armados, sino a cuatro oficiales de la marina de la República, acompañados por un Comodoro de la marina americana y un contra maestre, éste de apariencia muy poco sociable.

Apelando a su pasado militar, el barón recordó que quien los mandaba, un capitán de navío, tenía un grado equivalente al de coronel en el ejército.

Aparte del siniestro contra maestre, los oficiales le sonreían, benevolentes y casi algo incómodos por la intrusión.

El capitán de navío habló con voz grave, baja, un tanto monocorde, pero agradable pues el tono era algo cantarín; era una voz definitivamente peculiar, de las que no se olvidan.

—Señor, perdonad nuestras maneras soldadescas y que hayamos roto un cristal pero, tras haber llamado largo rato y viendo que nadie acudía a abrir, hemos creído que, una vez más, los ocupantes habían huido por la parte trasera al descubrir nuestras escarapelas tricolores. —Luego, volviéndose hacia La Mellerie, añadió—: Marqués, pagad pues este cristal.

—Oh, no será necesario... —comenzó a decir el barón, que se interrumpió viendo que no le escuchaban.

El joven a quien habían llamado «marqués» buscó en su bolsa.

—Sólo llevo encima esa porquería de asignados, que a nadie alegra en este maldito país —dijo luego con aire despechado.

—Hablad de otro modo de la moneda de la República. ¿Quién tiene el oro, lo tenéis vos barón?... —preguntó a Saint-Frégant, que negó con la cabeza dirigiéndose a un hombre rubio de anchos hombros:

—¿Tal vez vos, barón?

Mahé se ruborizó.

—Pero ¿dónde tendré la cabeza?

—No en el cerco de madera de la guillotina, ¡gracias a Dios!... —exclamó O'Shea con su leve acento americano, provocando la sonrisa de sus camaradas mientras, hurgando en su macuto, Mahé sacaba una gran bolsa y depositaba una moneda de oro —era cien veces el precio del cristal— con discreción en una esquina de la mesa.

Valencey de Adana, siempre sonriente, precisó:

—La efigie pertenece al rey Jorge III de Inglaterra que, en cierto modo y desde hace mucho tiempo, es nuestro banquero. En su casa tenemos gran crédito...

Los seis hombres rieron de buena gana; eran unas carcajadas duras. Los ojos y los

colmillos, de lobo. A pesar de su limpia apariencia, vivían en los bosques desde hacía meses, pensó Penchemel que creía estar soñando.

¿Pero cómo era posible aquello? De una niebla espesa y gélida, habían emergido unos oficiales de marina —¡tan lejos del mar!— de la República que se habían acercado engañando a su perro, admirado en todas partes por su olfato.

Habían roto un cristal pero, algo nunca visto en la Vendée, pagaban para que fuera sustituido. Portaban oro inglés, mas una escarapela tricolor... Entre ellos había dos barones y un marqués, y el jefe, respecto a la nobleza, no debía de ir a la zaga, pues llevaba un sello con sus armas donde se veía una torre, un unicornio y un dragón, signos de muy alta y antigua aristocracia. Además, bromeaban sobre la guillotina. Y, para completar la extraña escena, los acompañaba un oficial de la marina americana y una especie de feroz *sans-culotte*.

Resultaba muy desconcertante.

El barón Penchemel observó la moneda de oro, efectivamente inglesa, y movió la cabeza.

—¡Señores, es con mucho demasiado!... Al menos permitidme que, en compensación, os ofrezca una cena.

Hambrientos, todos miraron a Valencey de Adana que estaba olfateando empecinadamente el aire de la habitación, como si de pronto se hallara fuera del mundo.

El barón de Penchemel no se atrevió a repetir la oferta, tan turbado parecía el capitán de navío.

«¡Qué hombre tan extraño!...», se dijo el barón observando a Valencey de Adana, aquel alto oficial de la marina republicana condecorado con la cruz de oro de la Orden de San Luis —curiosa paradoja— que llevaba cuatro pistolas al cinto, un pesado sable al costado y en quien asomaba el mango de un puñal de la vuelta de una de sus botas.

El capitán de navío miró al barón a los ojos y éste advirtió que aquella mirada de un gris verdoso, risueña un momento antes, podía adquirir en un solo instante una dureza mineral.

Valencey de Adana aspiró de nuevo, larga, dolorosamente. Su rostro se descompuso y palideció mientras sus manos temblaban sin poderse controlar.

—¿Qué es ese perfume?... —preguntó con voz neutra.

—¿Qué perfume? —inquirió el barón tratando de no turbarse.

—El que aún flota en esta habitación.

—Ah, mi hija, sin duda. Se marchó... bastante lejos... hace unos quince días, pero tal vez los almohadones huelan todavía al...

—¡No!... —interrumpió el oficial.

—¿Perdonad...?

—¡No, no, no!... ¡Este perfume es único!

Volvió a aspirar. Penchemel, turbado, reparó en la terrible expresión de

sufrimiento de Valencey de Adana. El barón había sido militar, y no se equivocaba: aquel oficial de marina era lo más duro que él había visto, un dios de la guerra, el rostro mismo del soldado eterno para un bajorrelieve de catedral, pero a quien un simple perfume de mujer parecía aniquilar por completo, conmové, destruirle: ¡era pasmoso!

—Este perfume es único —prosiguió el oficial—, lo reconocería en cualquier lugar y siempre, aun cuando me haya convertido en un anciano... Es una composición que se obtiene mezclando rosa de Hungría, jazmín y una pizca de lirio del valle, en proporciones muy precisas.

Aterrado, Penchemel hubo de reconocer que su hija, a quien gustaba componer perfumes, poseía todas aquellas esencias aunque nunca hubiera pensado en combinarlas. Sólo la marquesa, actualmente oculta en los subterráneos, podía haber llevado a cabo aquella mezcla.

Un teniente, el único que, además del americano, tuteaba al capitán del navío, hizo un aparte con éste pero el barón de Penchemel, que tenía un oído fino, captó la conversación:

—También yo me he dado cuenta, es su perfume, en efecto. Pero no es imposible que a otra mujer se le haya ocurrido mezclar así las esencias.

—¡Es ella!... ¡Ha venido aquí y tal vez se encuentre aquí aún!... Mahé, lo juraría, la amo demasiado para engañarla. Siento su presencia, no sólo por el perfume sino también por mil pequeñas cosas, por una gracia en el aire, una elegancia, una dulzura... ¡Es ella!

—Echas mucho en falta a Victoire y, tras tantos años de separación, saber que se encuentra en alguna parte, en esta región, te...

—Mahé, escúchame: es ella —le interrumpió Valencey de Adana—. Me lo explicó una vez entre risas: rosa de Hungría porque toda mujer es una rosa. Jazmín por la dulzura de las noches de estío. Y lirio del valle por el gozo, la nota de alegría, el amor a la vida.

—¡La vida!... Me parece tan lejana estos últimos tiempos...

—Tienes razón, lo mismo me ocurre a mí —prosiguió con amargura Valencey de Adana—. Me hallo sumido en la más odiosa de las guerras civiles, matando a pobres campesinos-soldados y que sean estúpidos, fanáticos, crueles y supersticiosos en nada cambia las cosas. Estoy aquí, en esta noche gélida, en un castillo desconocido, acosando a un inmundo asesino que fue mi amigo y al que protege un regimiento entero. Y para empeorarlo, me corroe la inquietud de que esos... esos perros sarnosos hayan raptado a Victoire, de quien, por lo demás, después de tanto tiempo, ignoro por completo lo que siente hacia mí. Es duro, Mahé, sé que en veinte años nos ha pasado de todo, pero esta vez resulta muy difícil.

—Es natural. ¿Quién podría hacerte el menor reproche?

—Yo. Porque sé que no es posible ganar cuando se piensa así; de modo que, basta: dejemos el tema.

Ambos hombres callaron por unos instantes y, luego, haciendo acopio de voluntad, Valencey de Adana apartó aquel sentimiento de abandono que lo invadía tan a menudo al pensar en su gran amor, tal vez perdido para siempre, y en las cosas terribles e inciertas de la Revolución y la guerra.

—Señor, no os toméis por nosotros molestia alguna —dijo pensativo mirando al barón Penchemel—. En cambio, ¿puedo compraros algunos alimentos y ocupar vuestra cocina?

—Capitán, vuestra moneda de oro, lo repito, vale mucho más que un cristal: estáis en vuestra casa... y mi cocina os pertenece.

Valencey de Adana se volvió hacia sus hombres:

—Dumesnil, id a buscar los caballos y llevadlos al establo, pero sin desensillar. La Mellerie, vos haréis la primera guardia.

Y así se hizo.

* * *

El barón y, aún más, su vieja cocinera, contemplaron con divertido interés a los cuatro oficiales que se afanaban en la cocina. Guardando sus armas, topaban a veces con un ruido de sables que chocaban.

Cuando todo estuvo preparado, se dispusieron a cenar en la cocina, pues así lo había preferido Valencey de Adana.

Habían preparado una gran marmita de coles, zanahorias, rábanos, habas, guisantes y algunos pedazos de carne y tocino cortado con extraordinaria finura por el cirujano Saint-Frégant. Comieron luego manzanas. Los oficiales aceptaron el vino de Burdeos que les ofreció el barón Penchemel con tantas muestras de agradecimiento que éste se conmovió.

En cambio, se produjo un incidente menor respecto al pan. El barón había propuesto su excelente pan listado, de dos colores, pero el teniente llamado Mahé, tras habérselo agradecido, lo rechazó rotundamente:

—Tenemos pan, señor —dijo, y se levantó y sacó uno de los macutos una de aquellas mediocres hogazas de cebada, reservadas a la gente muy miserable. Al reparar en las extrañezas del barón, le dijo—: Lo puso en uno de nuestros macutos, sin que lo advirtiéramos, un campesino republicano muy pobre que nos permitió pernoctar en la estancia más grande de su choza, donde dormía con su mujer y sus siete hijos. Este pan endurece, hay que acabárselo.

—¡Pero no es de gran calidad!... —replicó el barón.

—¡Reúne las inestimables cualidades de lo que procede del corazón!... —respondió Mahé, mucho más cortante de lo deseado.

—¡Además, el pan de cebada es mejor que el pan tropezón! —precisó O'Shea, divertido.

—¿Qué es eso?... —preguntó Penchemel, muy sorprendido.

—Me satisface mucho, y me halaga sin duda, enseñar a un francés, yo, un americano, qué es el pan tropezón, al que se llama también «pan frustrado» —dijo O'Shea, exultante—. Vea, señor, se fabrica con granos inferiores tan mal molidos que la harina contiene todavía tropezones.

Valencey de Adana, que ya se había recuperado, explicó:

—Barón, nosotros, oficiales de la República, en tierra de Vendée solemos ser recibidos más a menudo en las moradas de la gente pobre que en los castillos, que nos están cerrados. De ahí nuestro conocimiento también del pan del pueblo, no os quepa duda: mientras combatíamos, corríamos por los bosques nevados, matábamos y nos ocultábamos, ese pan nos ha parecido muchas veces sublime, pues moríamos de hambre.

Entonces, ya que Saint-Frégant había vuelto a dejar la hogaza de la que acababa de cortar una rebanada, Mahé la desplazó. Al reparar en la perpleja mirada del barón, explicó:

—Hay que dejar el pan del derecho y no del revés, sobre el dorso, pues actuar de lo contrario supondría injuriar a quienes no lo ganaron sin esforzarse.

El barón iba de sorpresa en sorpresa y sonrió en su fuero interno diciéndose que aquellos republicanos, oficiales y nobles que se habían pasado en cuerpo y alma a la Revolución y, sin duda, aborrecían cualquier religión, le recordaban por su fervor y sus principios a los primeros cristianos.

No fue mucho más allá en su asombro, pues Saint-Frégant le habló de los beneficios de la mesa, recordando cuanto los viajes habían aportado de nuevo: azúcar, chocolate, té, tabacos refinados y, claro está, el café, introducido en Francia a partir de 1670 por el embajador turco Soliman Agha.

—El café es una buena cosa —precisó el cirujano—, y la tenemos en gran cantidad. Lo bebemos cada mañana, llueva, haga viento o nieve.

—¡Y festejamos nuestras victorias con champaña! —añadió Dumesnil que, tras haber llevado los caballos a los establos, se había lanzado sobre la sopa.

El barón de Penchemel ofreció coñac, que los oficiales aceptaron enseguida. Entonces, cuando estaba dando la orden a su sirvienta y cocinera, Mahé le susurró algo al oído. El castellano sonrió y repitió la petición a la arisca anciana, que poco a poco iba suavizándose.

En efecto, se sentía muy conmovida desde que había visto a aquellos nobles oficiales haciendo sopa, muy lograda prefiriendo la cocina al comedor y, finalmente, en razón de aquella última petición enternecedora por infantil.

La sirvienta volvió enseguida con los coñacs y depositó ante el estupefacto Valencey de Adana un bol de chocolate caliente con horchata y leche de cabra, la única golosina que nunca se le conoció.

El capitán de navío se levantó de inmediato y saludó a la anciana con un entrechocar de talones y una ligerísima inclinación del busto. Ningún noble, ningún

oficial la había saludado nunca así; de hecho, ¿advertían siquiera su presencia, su existencia incluso?... Convenciéndose de que, si las nuevas ideas consistían en la gracia de las maneras del Antiguo Régimen y el respeto por todos los seres humanos, sin excepción, había que aceptarla como un beneficio: en un instante, se pasó a la Revolución.

Cuando volvió a sentarse, la mirada que Valencey de Adana intercambió con Mahé fue tan cómplice, tan intensa, reveladora de tan excepcional amistad que Penchemel se sintió primero celoso, pues nunca había experimentado algo semejante, y luego se maravilló.

O'Shea sustituyó en la guardia al señor Des Essarts, marqués de La Mellerie, que engulló la sopa con cuchara de plata y gran elegancia de maneras.

Y cuando menos lo esperaban, Valencey de Adana, mirando al barón con aire levemente burlón, dijo:

—Es una hermosa velada, barón, como no conocíamos desde hacía mucho tiempo. Esto aumenta mi confusión por haberos ofendido dos veces esta noche.

—¿Dos veces?

—La primera al romper un cristal, la segunda al hacer huir a vuestros dos invitados.

Penchemel, hombre inteligente, comprendió que con su agudo espíritu el capitán llegado a esa conclusión en el comedor, gracias a los dos cubiertos —de Victoire y Jean-Baptiste—, que la sirvienta, sin embargo, había recogido con rapidez, aunque no la suficiente.

Estaba tratando de hallar una segunda excusa cuando Valencey de Adana levantó la mano en señal de apaciguamiento.

—No habléis, barón, me reprocharía haber obligado a mentir a un hombre de vuestro valor. Recibís en vuestra casa a quien queréis, incluso a vuestros amigos monárquicos. Cuando uno se invita tan groseramente como yo lo he hecho, no debe llevar la falta de cortesía hasta el extremo de exigir cuentas de quien no las debe.

—Pero, capitán, yo...

—Aprovechad la oferta, barón —interrumpió Mahé, benévolo—, es generoso. Por lo demás, así es nuestro capitán, no desea oír explicación alguna cuando el honor está en juego.

El barón apuró su coñac e inclinó la cabeza.

—Sea, y os lo agradezco. Pero cometeríais un error creyendo que soy vendeano. Mi caso es muy distinto: creo que la Revolución era indispensable, y en ese sentido la apoyo, pero me parece que habría tenido que desembocar en una monarquía constitucional. Hubiéramos evitado la guerra civil y la guerra en las fronteras.

—Habláis como los federalistas de ayer y los girondinos de hoy —dijo Saint-Frégant, adoptando el tono mundano que tanto le gustaba—, pero estos, mi querido amigo, terminarán tan mal como los primeros. Destinados al... acortamiento patriótico^[10].

Puesto que los demás permanecían en silencio, el barón llegó a la conclusión de que compartían semejante opinión y replicó:

—Señores, no seré más indiscreto de lo que vosotros habéis sido. Pero el hecho de que unos oficiales de marina, sin duda aristócratas, recorran la campiña de día y de noche y expuestos a todo tipo de inclemencias climáticas... Tal vez pudiera ayudaros si estáis buscando algo.

—No algo, ¡a alguien!... —replicó Valencey de Adana.

—Y... ¿de quién se trata?

—De un canalla de la peor especie, que traiciona a sus amigos, mata a sus parientes, pretende servir la causa del hasta entonces rey cuando sólo persigue su ambición: Nicolas de Refroicourt, conde de Blacfort y supuesto general en el bando de los bandidos de la Vendée.

—Le conozco y no lo estimo en absoluto... pero sabed que estaba aquí ayer mismo —respondió el señor de Penchemel mirando con gravedad a Valencey de Adana.

Valencey de Adana saltó como disparado de su silla y se llevó instintivamente la mano a la empuñadura del sable.

—¿Cómo?...

Aunque completamente aislada con la profundidad de los subterráneos del castillo del barón de Penchemel, y hasta entonces no hubiera oído ruido alguno, Victoire de La Chesnaie de Flers dio un respingo: ¡disparos de cañón!

Jean-Baptiste, frunciendo el ceño, aguzó el oído por un instante.

—¡Dos piezas!... Sin duda los cañones del general de Blacfort —dijo al fin.

—Pero ¿contra quién disparan?

Jean-Baptiste levantó a medias los brazos y luego los dejó caer en un gesto de impotencia.

—Contra los azules. Ha debido de venir a buscar sus dos cañones y se ha visto sorprendido por la llegada de una «columna infernal» del general Turreau.

Victoire reflexionó y negó con la cabeza.

—Algo no cuadra. Hace horas que rompieron un cristal para entrar en el castillo... Algo bastante extraño: si Blacfort ha dormido ya aquí, ya sabía lo que iba a encontrarse, puesto que conoce al barón y a su cocinera, las costumbres del lugar...

—Ciertamente es extraño: se rompe un cristal cuando no se conocen los lugares, nosotros lo hacíamos, nosotros, los del «ejército católico y real» del general de La Rochejacquelein.

La marquesa asintió y prosiguió su razonamiento:

—Blacfort y su gente no han estado hablando durante horas con el barón sino que se han ido a dormir. Supongo que habrá dejado una guardia.

Jean-Baptiste reflexionó, apelando a sus recuerdos y, luego, en tono vehemente, concluyó:

—Habrá puesto dos hombres delante y dos detrás. Es bastante para verlo todo y dar la alarma en caso de que llegaran los azules. Tal vez un quinto hombre en el lindero del bosque aunque, a estas horas, lo dudo.

—Dos hombres delante, dos detrás y un quinto al salir del bosque. Bastante alejados unos de otros, ¿no es cierto?

—Las cosas son como decís, señora marquesa y...

—¡Ciudadana!

—Qué difícil... ¡Ciudadana! Pero creo adivinar vuestros... tu pensamiento, vuestras... tus observaciones me lo han sugerido: ¿cómo cinco hombres dispersos han podido reaccionar tan pronto, a cañonazos, ante la llegada de los azules?

—He visto cómo se dispara un cañón: hay que cargar, atacar, apuntar, prepararse y disparar... Entre el bosque y el patio de honor del castillo hay trescientos metros. Es imposible que se reunieran tan pronto, que reaccionaran con semejante celeridad para estar en orden de combate y recibir a un adversario que no esperaban y que, si en

efecto ataca un lugar hostil, debe de haber llegado a paso de carga. ¿Qué te parece?

—Me parece que llevas razón, salvo si esperaban a los republicanos. Pero desde las grandes derrotas, ni el generalísimo Stofflet ni el general de Blacfort actúan así. Practican una guerra de acoso, de golpes de mano, pero un castillo sin fosos ni almenas, como éste, es un lugar expuesto que se puede rodear e incendiar. Los azules conocen esas maneras y las han empleado muy a menudo.

—Tendríamos que subir.

—Es muy imprudente, señora... ciudadana. El barón fue firme cuando dijo: «Vendré a buscaros, sobre todo no os mováis»... Dios sabe qué encontraríamos ahí arriba.

La marquesa pareció de pronto abatida, acabada.

—Lo ha dicho, en efecto, y sin embargo tengo la certeza de que debería subir... No sé qué fuerza me empuja, pero he de subir.

Jean-Baptiste le cerró el acceso a la escalera.

—Os lo ruego, señora, podríais pagarlo con vuestra vida, ¿y para qué?

Victoire agachó la cabeza, resignada.

* * *

Apenas el barón de Penchemel le mencionó los dos cañones de Blacfort y que éste debía regresar a buscarlos, Valencey de Adana adoptó sus disposiciones.

Las piezas, colocadas ante la fachada a unos diez metros una de otra, estaban listas para utilizarse: la primera, servida por Valencey de Adana, el comodoro O'Shea y La Mellerie; la segunda, por Mahé, Saint-Frégant y Dumesnil.

Aunque los marinos sean temibles en los combates a sable, dados los numerosos abordajes y cuerpo a cuerpo sin piedad que tienen lugar en la cubierta de los navíos, la razón de ser de los bajeles de guerra sigue siendo la artillería. Es la que decide las grandes batallas navales en las flotas modernas, como pudo constatarse durante la guerra de Independencia americana cuando la marina francesa puso en fuga a la Royal Navy en la gran victoria de Chesapeake, victoria que sorprende que no se festeje considerando sus consecuencias: el nacimiento de Estados Unidos.

Con *La Terpsichore*, Valencey de Adana podía presumir de poseer los mejores artilleros del mundo.

A finales de marzo, en la región vendeana, el amanecer tarda en llegar, como si quedara enmarañado en la niebla, de modo que todavía era de noche cuando los cincuenta vendeanos se acercaron.

Provistos de antorchas, habiendo colocado detrás los caballos que debían arrastrar las piezas de artillería, avanzaban agrupados, ruidosos, confiados. ¿Y cómo habrían podido imaginar que detrás de sus cañones estaban seis hombres silenciosos, tan inmóviles como estatuas de granito, atentos, sin perderse uno solo de sus gestos?

En cuanto el barón de Penchemel le hubo informado de la existencia de los dos cañones, Valencey de Adana se tomó tiempo para colocar las piezas, efectuar relevos y regular el tiro con el mayor cuidado.

Desenvainó su sable y lo levantó. Sus ojos, de un verde grisáceo, no traslucían nada especial en aquel instante crucial. Ni tensión ni pasión había en ellos, hasta el punto de que, quien hubiera estado en condiciones —¡algo imposible por lo demás!— de fijarse en aquella mirada, le hubiera dejado estupefacto descubrir en ella el vacío de la indiferencia.

En esto residía una de las ventajas de Valencey de Adana, en aquel modo de expulsar cualquier sentimiento durante la acción, para centrarse sólo en el aspecto técnico de las cosas.

—¡Fuego!... —aulló, bajando el sable.

Las dos piezas dispararon al mismo tiempo, casi al segundo.

Más tarde habrían de leer en los ojos de los cadáveres una mezcla de pasmo y terror pues, antes de morir, los vendeanos pudieron ver, gracias al fulgor de los disparos, a seis oficiales de marina con tricornio, chorreras doradas y botas negras y unas piezas de artillería separadas por un espacio despejado. El orden, el método y la fuerza.

Los cañones no eran tan modernos como el Gribeauval, pero el comandante de *La Terpsichore* había tomado bien la medida para un tiro delicado, lleno de elegancia, cuya ejecución recordaba lo que se enseña en las escuelas de artillería, haciendo hincapié en que se trata de la perfección absoluta.

El tiro nunca alcanzó a la masa humana, muy compacta, sino que voluntariamente se le hizo caer justo ante ella, en el suelo pedregoso del patio de honor. Haciéndolo así, si se daban muestras de agudeza, se tenía la certeza de ver cómo rebotaban los proyectiles cinco o seis veces despidiendo centenares de guijarros. Los expertos certificaban que, en estas condiciones precisas, una bala, una sola, podía matar a decenas de hombres y herir a un centenar.

Y además no se trataba de una sola sino de dos, inmediatamente seguidas por otras dos... La humareda se disipó. Los seis republicanos, empuñando las pistolas, se acercaron al lugar de la carnicería.

Vieron a un hombre que reptaba arrastrando sus intestinos y que alzó una lamentable mirada hacia Valencey de Adana.

—¡Rematadlo!... ¡Deprisa!... —ordenó Valencey de Adana a Dumesnil.

—¿No le interrogáis?... ¡No está en condiciones de mentirnos!...

—¡Rematadlo de inmediato! —gritó lanzando una mirada glacial.

El vendeano consiguió darse la vuelta. Tendido de espaldas, con una mueca de atroz sufrimiento, consiguió decir:

—Remátame, patán, las tripas me salen del vientre y, por Dios, yo lo haría contigo.

Jules Dumesnil era un hombre duro y bastante fanático, pero intuyó que aquel

hombre no mentía, y se lo agradeció fugazmente. Él, que tan a menudo remataba a sable a los heridos, explicando con sinceridad que así «ahorraba balas para la República», disparó una bala a la cabeza del infeliz.

Valencey de Adana y sus compañeros recogieron las antorchas abandonadas en el suelo mientras el barón de Penchemel, adivinando que el combate había terminado, acudía a reunirse con ellos.

El espectáculo era horrendo: los vendeanos habían sido hechos picadillo por las balas y las piedras. Chapoteaban en la sangre, se veían miembros arrancados, pechos que evocaban cuartos de carne magullada. Pero Blacfort no se hallaba entre los muertos.

El barón de Penchemel no pudo evitar el vómito, aunque armándose de valor regresó, balbuceando:

—¡Qué horror!

—Es la guerra, señor... —respondió secamente Valencey de Adana, que ponía gran cuidado en ocultar su propia angustia.

—Aquí hay padres, maridos, hijos, hermanos... —prosiguió el barón de Penchemel, tal vez dirigiéndose a sí mismo.

Valencey de Adana le lanzó una fría mirada.

—También entre los republicanos hay padres, maridos, hijos y hermanos. Os concedo, señor, que la muerte de un hombre es siempre un drama, una tragedia que nada iguala. Sin embargo, la diferencia es la siguiente... —Con la cabeza señaló el montón de cadáveres vendeanos y, luego, con voz cortante añadió—: Estos, aunque engañados, combatían por los déspotas, los opresores coronados, los curas y sus mentiras que predicán la resignación, los privilegios de los nobles, la humillación de los humildes y de los débiles, las hambrunas organizadas por los recaudadores de impuestos que amasan fortunas en pocos años, todo ese orden abyecto que me da asco hasta vomitar, como habéis hecho vos, hace un momento, con vuestra comida. —Se quitó el tricornio y, con elegante ademán, acarició la escarapela azul, blanca y roja—: Combatimos para cambiar un mundo insoportable e inmóvil, por la fraternidad entre los hombres, por una República que garantice los derechos de todos, del anciano demasiado deteriorado para seguir trabajando, de las mujeres a quienes nunca se considera en igualdad de derechos aunque participaran en la toma de la Bastilla, del niño a quien se les roban sus más tiernos años de vida en la manufactura o en las minas. —Se puso de nuevo el tricornio con gesto preciso, al centímetro—: Serán necesarios más muertos, señor. Será necesario que Turreau u otro aplaste a Stofflet y que yo acabe con Blacfort y, entonces, la guerra habrá acabado. —Sonrió con gentileza a Penchemel y añadió—: ¿No creéis que el ser humano tiene ya desgracia bastante con su propia condición, si es feo, viejo, si está enfermo...? ¿O si ama sin estar seguro de ser correspondido...? —Estas últimas palabras lo sumieron, por un instante, en una tristeza pensativa, pero luego, en tono burlón pero algo forzado, prosiguió—: Que la República vele, al menos, por vuestra comodidad pues,

en nuestras pesadumbres personales, lamentablemente, estaremos siempre solos.

Se alejó y tomó las disposiciones oportunas para que se hicieran estallar las bocas de ambas piezas. Con la ayuda de caballos, arrastraron luego los cañones de bronce y sus cureñas hacia el estanque, donde parecía muy dudoso que pudieran ir a buscarlos.

Por último, sujetando sus caballos de la brida, los seis hombres se despidieron del barón, resumiendo Valencey de Adana a la perfección, los pensamientos y sentimientos de sus compañeros:

—Barón, nunca olvidaré vuestra cálida acogida, ni vuestra valiosísima ayuda. Vuestro único defecto... —Sonrió de un modo extraordinariamente juvenil—. Vuestro defecto es no conoceros a vos mismo, como recomendaban, sin embargo, los filósofos griegos. ¿Qué necesidad tenemos de un rey, de un tirano y sus caprichos?... La República demuestra a diario que este país puede ahorrárselos y que el pueblo en armas vale por todos los ejércitos del mundo... Vos sois republicano, señor, pero sois el único que aún lo ignora. ¡Salud y fraternidad!

Los seis hombres montaron a caballo al mismo tiempo, perfectamente sincronizados.

Con aire preocupado, el barón de Penchemel se acercó y tomó la brida del caballo de Valencey de Adana.

—Ignoro quién sois, señor, pero me enorgullezco de conoceros... La principal madriguera de Blacfort sigue estando en el bosque, presumió de ello ante mí. Estoy pensando en el bosque de Maulévrier...

El estruendo del cañón se oye desde muy lejos, sobre todo de noche, de modo que Valencey de Adana no dudaba de que habría llegado a oídos de Blacfort.

Supuso que éste, temiendo sin duda un encuentro, no se desplazaría sólo con una vanguardia sino que llevaría al conjunto de sus tropas. Según esta hipótesis, era preciso concederle cierto tiempo pues no es fácil poner en marcha a todo un regimiento de infantería, sesenta jinetes y veinte cañones.

«No, ahora dieciocho...», corrigió mentalmente el príncipe.

Podía considerar pues muy avanzada la primera parte de su misión, consistente en situar las principales bases de Blacfort, aquellas de las que salía para lanzar sus breves y vigorosas operaciones contra las tropas de la República, retirándose siempre antes de que éstas pudieran contraatacar.

Conocía aquel vastísimo bosque de Maulévrier, a unos quince kilómetros al sudeste de Cholet, por el que, de hecho, los azules no se aventuraban en absoluto. También sabía dónde se hallaban los demás bosques.

Siguiendo su propio plan, que había comunicado en una misiva con tinta simpática al jefe de la policía secreta, Pierre-François Gréville, debía ahora dirigirse a toda prisa a la isla de Aix.

Pero eso no le convenía en absoluto pues esperaba encontrar a Victoire antes. En honor a la verdad, éste era su objetivo esencial...

Sin engañarse a sí mismo, y casi divertido, se convenció de que debía cambiar sus planes, argumentándolo con... mayor o menor sinceridad.

Y por ejemplo, a fin de cuentas, aunque no dudaba de las convicciones republicanas de Gréville, y aunque pensara, con razón, que éste le tenía en buen concepto, a lo que se sumaba una verdadera amistad, sabía sin embargo que un hombre tan prudente, tan sagaz y que había llegado a lo alto de la más temible de las policías, «la Secreta», no actuaba siguiendo su propia iniciativa o se protegía remitiéndose al Comité de Salvación Pública, es decir a Robespierre y a Saint-Just.

De la guerra por mar habían aprendido muy pronto que, aunque resulta muy útil esbozar precisos planes de ataque, es preciso saber también «dejar la puerta entornada», y con ello el capitán de *La Terpsichore* se refería a esa parte de improvisación suscitada por los desarrollos, inesperados a veces, de las situaciones conflictivas.

Y eso le proporcionaba un primer argumento para no regresar de inmediato a la isla de Aix, para no reunirse con su navío y su tripulación: alegraría, en caso de necesidad, que quería obtener más información, lo que no era falso, antes de la confrontación final, lo que tal vez le permitiera cruzarse por el camino con Victoire y

sus raptos.

Con el saber de las pistas que había recibido de los indios bravos y mayas, a Valencey de Adana no le costó en absoluto hallar las huellas del pequeño grupo de vendeanos que se habían dirigido desde un punto concreto —sin duda, un campamento— al castillo del señor de Penchemel, donde fue diezmado.

En aquel trayecto encontró el puesto de observación ideal, un pequeño otero en forma de colina provista de arbustos, musgo y espesos helechos: «el ejército Blacfort» tenía fatalmente que seguir aquel trayecto.

Valencey de Adana no ignoraba que en su desplazamiento una tropa provoca gran estruendo: carros, artillería, caballos... Sin embargo, como no deseaba correr ningún riesgo, encargó a La Mellerie que aguardara con sus monturas a más de un kilómetro: a veces basta el relincho intempestivo de un caballo para descubrir a una tropa que se encuentra en observación o tiende una emboscada.

Conociendo a Blacfort, Valencey de Adana le imaginaba, y no sin satisfacción, piafando de impaciencia.

En efecto, Blacfort había enviado al castillo un primer mensajero, un oficial a caballo que llevaba un macuto de cuero. El hombre, montado aún, había sido alcanzado por tres cuchillos de lanzar y había muerto antes de caer al suelo. El macuto de aquel teniente, sin duda un oficial de ordenanza, por desgracia no contenía ningún documento referente a futuras operaciones. En cambio, podían leerse en él informes muy detallados sobre las pasadas operaciones, así como una lista muy precisa del material que el regimiento Blacfort necesitaba, documentos todos ellos que harían las delicias de Gréville.

Puesto que el oficial no regresaba, Blacfort envió a otro mensajero, un simple campesino sin Sagrado Corazón en la camisa y que sólo llevaba un cayado.

Valencey de Adana y sus hombres, que, desgraciadamente para él, comenzaban a conocer muy bien los ardides de los vendeanos lo detuvieron.

O'Shea tomó el cayado, lo sopesó y, luego, volviéndose hacia el campesino, dijo: —Es un bastón muy ligero...

—¿No estará hueco, comodoro? —preguntó Saint-Frégant adoptando un tono ingenuo.

El americano, con brusco ademán, rompió el bastón contra una roca, se inclinó y recogió un papel para tenderse a Saint-Frégant, sin apartar la mirada del campesino.

—¿Es una cartita de amor para tu amada?

—¡Leed, os lo ruego!... —pidió Valencey de Adana, a lo que Saint-Frégant obedeció:

—«Pero bueno, Giraud de La Renardière, ¿qué estáis haciendo mientras yo os aguardo?... ¿Qué han sido esos cañonazos?... Regresad inmediatamente a informarme».

Indiferente a la reprobadora mirada de sus compañeros, Dumesnil llevó aparte al vendeano, le dejó sin sentido y lo ahogó en una ciénaga mientras Mahé sugería:

—Blacfort, sin duda, se impacienta.

—¡Vendrá él mismo!... —aseguró el americano.

—¡Pero con todo su ejército!... —advirtió Saint-Frégant con aire divertido.

En aquel instante Valencey de Adana tomó la decisión de ver más de cerca aquel ejército, del primero al último hombre.

* * *

Tendidos los cinco tras los altos helechos del talud, Valencey de Adana y sus amigos quedaron desfavorablemente impresionados por aquel «desfile» bajo la espesura de un bosque.

Saint-Frégant, experto en aquel tipo de cosas, contó no mil sino mil doscientos infantes. Vendeanos aguerridos, visiblemente bien alimentados y que parecían decididos. Era evidente que los sesenta jinetes procedían en buena parte de la nobleza local, de antiguos militares, algunos, aún, con el uniforme blanco del ejército real de antes de la Revolución: carabineros a caballo, oficiales de los regimientos de Hainaut Artois, Chartre o Soissonnais... Algunos mosqueteros de la guardia ordinaria del rey que portaban en el sombrero un penacho de plumas blancas.

Una fila de cuatro tambores, silenciosos, precedía a un jinete que sujetaba un estandarte blanco, de satén con galones de oro y plata, sembrado de flores de lis.

A continuación iba Blacfort, montando un espléndido caballo negro. Valencey de Adana y Mahé intercambiaron una mirada y estuvieron a punto de soltar una carcajada.

—Mi señor hermano —susurró al oído de Mahé Valencey de Adana— admira el vertiginoso ascenso en grado y el esplendor de la vestimenta cuando apenas uno ha guerreado desde hace seis meses.

—Y a nosotros, veintidós años de campaña, de asaltos y servicios nos han valido grados muy modestos y uniformes menos rutilantes.

No se sabe de dónde la había sacado, tal vez de algún castillo medio incendiado, a menos que fuera en la impedimenta de saqueadores republicanos, pero Blacfort llevaba una coraza de acero negro finísimamente cincelada en oro (como antaño se viera portar al príncipe Condé durante la fronda) que le venía un poco grande.

O'Shea, tendido entre los helechos junto a Valencey de Adana, señaló a Blacfort:

—¿Qué es este trasto viejo con armadura?

—Ese «trasto viejo» es Blacfort, comodoro.

O'Shea no pudo reprimir una mueca de disgusto.

—¿Crees que combatirán con maza de armas, segur y arcabuz?

Valencey de Adana le hizo un guiño al americano.

—Querido amigo, ten compasión y no mires a los viejísimos países con esa implacable mirada de las naciones jóvenes.

O'Shea reflexionó, movió la cabeza y, luego, susurrando aún pero en tono ceremonioso, dijo:

—Dime, si capturamos a ese hombre, ¿podré quedarme con la armadura?

—Sólo es una coraza de pecho, no es realmente una armadura, ¿sabes?

—De acuerdo. Pues bien, ¿podré obtener esta coraza?

—Rediez, ¿qué harás con ella? —preguntó Valencey de Adana, sorprendido.

—Invitaré a mis vecinos a cenar y apareceré con esta armadura.

—Coraza de pecho... Quedarán muy impresionados.

—¿Verdad?... En Estados Unidos, ni siquiera George Washington tiene armadura.

—Coraza, John: una coraza.

No corrían el riesgo de que los oyeran conversar: más abajo, el paso de los carros y piezas de artillería provocaba un estruendo infernal. Entre las dieciocho piezas, sólo había dos cañones Gribeauval, evidentemente robados a los republicanos. El resto eran algo anticuados.

Llegó por fin un grupo de hombres que se mantenían visiblemente aparte, acompañados por dos mujeres. Los hombres tenían semblante de asesinos, de ladrones, de carne de horca. Las mujeres, una de ellas joven y muy bonita pero como ausente, parecían prostitutas, a juzgar por la vulgar voz de la mayor, con la piel picada y el pelo sucio, que insultaba a su infeliz caballo con palabrotas que habrían hecho ruborizarse a Bernardin des Essarts, marqués de La Mellerie, si no estuviera alejado, cuidando los caballos.

La retaguardia del «ejército Blacfort» se componía de varias prietas hileras de vendeanos al acecho, con el rostro untado con hollín como los chuanes y empuñando el fusil. Los marinos, sin consultarse, metieron la cabeza entre los helechos, intuyendo que éstos debían de ser los más temibles desde el punto de vista militar.

Dejaron pasar unos minutos. El estruendo de las voces y el de los carros se fue alejando y desapareció, pero entonces Valencey de Adana detuvo con un gesto a sus hombres, que se disponían a descender la colina.

Vieron llegar a un rezagado, que, con una pata de palo, seguía con dificultades. Hubiera debido ocupar un lugar en alguno de los carros pero, Valencey de Adana sabía desde hacía mucho tiempo que Blacfort detestaba a los tullidos, aunque hubieran sido descalabrados a su servicio.

Con una señal de cabeza, O'Shea se ofreció y Valencey de Adana dio su aprobación, pues sólo el americano era capaz de ejecutar un tipo de salto tan acrobático.

De un brinco tomó impulso y dio una espectacular vuelta sobre sí mismo en el aire, para caer exactamente a la espalda del vendeano, que se encontró de pronto en el suelo con una bayoneta en la garganta.

Valencey de Adana se acercó, admirado.

—¡Un salto magnífico, John! —Y luego, dijo al vendeano—: Llévame a vuestro

campamento y salvarás la vida.

—Pero si el campamento está vacío...

—¿Obedecerás o no?

Pusieron en pie al hombre mientras Saint-Frégant iba a buscar a La Mellerie y los caballos.

Si el vendeano tullido no podía comprender, ciertamente, el interés que tenían los republicanos en invadir un campamento desierto, los oficiales de Valencey de Adana, en cambio, lo entendían muy bien. Un campamento, incluso vacío, ofrece mucha información sobre la organización del adversario, lo que puede resultar muy útil en el porvenir.

Sin embargo, de haber conocido ese porvenir, Valencey de Adana y sus hombres se hubieran abstenido...

Aunque el lugar tuviera mala fama, a Francis William Dawson, gran maestro del espionaje inglés, le gustaba pasear por el Palais-Royal.

Estaba más que harto de aquella manía de los revolucionarios franceses de cambiar los nombres de los lugares. Ayer mismo se había equivocado públicamente en los «Quatre-Vents» hablándole a la camarera de la plaza Real, que oficialmente se llamaba plaza de la Indivisibilidad.

El único cambio que le gustaba, pero éste nada tenía de oficial, se refería precisamente al Palais-Royal apodado por los parisinos el «jardín Lupanar».

Dawson, que había andado mucho, se enjugó el sudor de la frente con un hermoso pañuelo de batista. Hacía bochorno. Un viento de oeste-sudoeste llevaba sobre París nubes negras y amenazadoras, y la cercanía de las grandes lluvias de primavera ensombrecía un poco los corazones.

Aquél era un tiempo que no elevaba en absoluto la moral del maestro de espías inglés, muy descontento tras la gira efectuada entre sus agentes franceses.

Comenzando por su jefe, un gordo comerciante en paños que se alojaba en una hermosa mansión, en la cúpula empizarrada de la Chaussée d'Antin. Éste, oficial de la guardia nacional además, estaba dispuesto a vender toda clase de secretos militares referentes a la defensa de París, pero se negaba en redondo a pasar a la acción, cualquiera que fuese.

Los otros cinco, diseminados por toda la ciudad, no desentonaban ante semejante disposición: diríase que se habían puesto de acuerdo, algo bastante probable, por lo demás.

Aunque Dawson reconociera su eficacia en lo referente a la obtención de información confidencial, no podía sin embargo prescindir de sicarios para su misión principal: matar a Joachim de Niel, conde de Valencey y príncipe de Adana, cuando éste fuera a París, lo que forzosamente haría.

El carácter de Francis William Dawson no le incitaba a andar rumiando ideas sombrías, y dadas sus buenas disposiciones naturales, buscaba en todo el aspecto más jovial. Así ocurrió en aquel interminable paseo por la ciudad revolucionaria, pues sus agentes estaban dispersos por barrios muy diferentes.

¡Cómo había cambiado París desde su primera visita en 1771!... La iluminación de las calles y el saneamiento debido a las cloacas, habían sido un logro, pues veinte años antes se chapoteaba en el lodo donde se vaciaban, desde las casas, los orinales. Por no mencionar el hedor infernal, sobre todo en verano, de la sangre de los animales que los carniceros degollaban delante de sus tiendas, atrayendo millares de moscas.

Para Dawson, aquella ciudad se definía en una palabra: contrastes. Así, se pasaba de sórdidas callejas flanqueadas por pestilentes cuchitriles a calles cuya belleza te dejaba sin aliento dada la magnífica alineación de casas nuevas y de bello estilo.

A veces, especialmente con los recaudadores de impuestos que acumulaban grandes fortunas, dabas con el mal gusto de nuevas mansiones particulares muy pretenciosas: columnas dóricas, estilo corintio y tejados con atalayas. Aquellas moradas, a pesar de las fortunas que costaban, no podían rivalizar con la sobria belleza de los hasta entonces hoteles de Soubise o de Argenson, por citar sólo esos dos.

Muy observador, Dawson no dejó de advertir que, en equipos muy reducidos, algunos obreros aún trabajaban cumpliendo la orden, dictada un año antes, de hacer desaparecer de todas las casas y monumentos los símbolos de la realeza, como flores de lis, escudos de armas y coronas.

Dawson se encogió de hombros. Las flores de lis le parecían mucho menos molestas que la presencia de los gatos en los tejados parisinos, donde, cada noche, se encontraban allí miles de esos animales, a los que detestaba. Desgraciadamente, las cosas no eran de su agrado a menudo en aquellos aéreos tocadores, donde la felina ralea saltaba, gritaba, maullaba y se lamentaba combatiendo por los hermosos ojos de una belleza indecisa. Fuera como fuese, Dawson aceptaba la molestia con elegancia y estoicismo pues, al revés que los vulgares patanes, perentorios y con el alma más verde que madura, que aparecerían en los siglos futuros, él sabía que desde el comienzo de la civilización, y desde el Antiguo Egipto, una ciudad sin perros ni gatos es una ciudad muerta, una ciudad de cadáveres que se odian mutuamente: ¿no fue el perro el primer animal domesticado por el hombre, y que se convirtió en su compañero, hacía ya más de diez mil años?

Aceptaba pues la situación, al inscribirse todo aquello en una lógica popular que forja el encanto de las ciudades del sur, donde se oyen los gritos de los vendedores ambulantes, por las calles, del alba al anochecer: aguadores, vendedores de imágenes, deshollinadores, detallistas, vinagreros, afiladores, mendigos... Y a aquellos vendedores los insultaban los cocheros que, por su parte, cerraban la boca y obedecían ante la guardia nacional... En el fondo, a Dawson le gustaba Francia pero, lo que era algo mucho más raro entre ingleses, también adoraba a los franceses.

Aunque no sabía por qué razón, le gustaban algunas fachadas como la del convento de los Capuchinos, algunos monumentos como la fuente de los Enfants Trouvés situada ante Notre-Dame o el viejo Faubourg Saint-Marcel, entre Saint-Étienne-du-Mont y Saint-Médard, con aquella vivaz calle Mouffetard que subía desde la barrera de Fontainebleau hasta la plaza de la Contrescarpe.

Dawson alzó la mirada hacia una hermosísima parisina, cuya contemplación interrumpió sus pensamientos. Suspiró con satisfacción. Pues, para quien no podía encontrar un pequeño goce, las que se vendían ofrecían, a su modo de ver, compensación. Se hablaba de que en París había veinte mil prostitutas, desde las más

vulgares (llamadas trotonas, zorras o busconas, que se entregaban en las escaleras o en los muelles, tras los troncos cortados), hasta las desmirladas, por lo general bastante hermosas, que ejercían en una casa, controladas por una celestina. Entre esas dos especies estaban las rabizas, que vendían sus encantos en habitaciones amuebladas.

Dawson sucumbía a esos encantos a veces, aunque prefería la caza. Con tantos hombres en la guerra, los talleres funcionaban con mujeres de siete a ochenta años, que trabajaban doce horas al día. No todas se mostraban hurañas cuando se trataba, ofreciéndose, de mejorar una condición agotadora y sin perspectiva.

Dawson sintió el movimiento, diestro sin embargo, muy diestro. Agarró con férreo puño la mano del carterista, que palideció.

—¡Te pesqué!... —dijo con un deje de acento.

El otro parecía a punto de desfallecer.

—Ah, ciudadano, por piedad, no me entregues: ¡me moriría!

Sorprendido ante semejante manifestación de emoción en aquel ladrón, Dawson preguntó:

—¿Tanto miedo te da la cárcel?

—Me encontrará, ciudadano, incluso en la cárcel, y hará que me degüellen.

—¿De qué estás hablando?

—Ciudadano, deja que te invite a un trago y lo comprenderás.

La idea de que su ladrón le pagara un refresco divirtió a Dawson, que aceptó.

Hizo mal.

* * *

Desde la mañana, Valencey de Adana y los suyos avanzaban protegidos por el bosque, sin decir una sola palabra y llevando de la brida a sus caballos a causa de las ramas bajas y manteniendo alerta todos sus sentidos, o al menos intentándolo, pues sin cesar les distraía la horrible escena presenciada esa misma mañana.

El vendeano de la pierna cortada les había llevado sin andarse por las ramas al campamento improvisado en plena campiña por Blacfort y su ejército.

Como oficial buen conocedor de su oficio, Valencey de Adana había efectuado un alzado del campamento, escuchando con atención las explicaciones del complaciente prisionero, tan complaciente, incluso, que despertó sospechas en el capitán de navío.

Sus oficiales, con la punta de la bota, hurgaban en los desechos y otros objetos abandonados: botellas vacías, zurroneos agujereados, pólvora inservible por la humedad...

Por su lado, O'Shea había ido a cazar. Puede extrañar que un marino, americano además y recién desembarcado en Francia, se designara a semejante misión. Sin embargo, desde el primer día, O'Shea había demostrado su aplastante superioridad en

este campo, al regresar con dos liebres cazadas mediante honda: evitar los disparos resultaba del todo vital para unos fugitivos.

El americano regresó al cabo de diez minutos, muy pálido, y comunicó a Valencey de Adana su descubrimiento.

Tras echar una ojeada al prisionero, el comandante de *La Terpsichore* había dicho: —Llevaos a éste, no parece tener la conciencia tranquila.

A ochocientos metros del campamento, junto a un lecho de brasas agonizantes, los seis marinos descubrieron junto a una larga barra de acero un cuerpo despedazado y horrendamente mutilado.

De la cabeza decapitada faltaban las mejillas y orejas. Cerca, una larga melena cortada y un vestido con rayas tricolores indicaban que se trataba de una mujer, probablemente una cantinera que servía en los ejércitos de la República.

—¡Qué monstruos!... —balbuceó el marqués de La Mellerie, con el estómago revuelto.

—¡Mucho me temo que sea más grave aún!... —susurró el señor de Saint-Frégant, cirujano de *La Terpsichore*, inclinándose sobre el cadáver.

Sus compañeros le vieron abrir su bolsa, tomar los instrumentos, separar los labios de las heridas en los brazos arrancados, en los pechos cortados, en la incisión bajo el abdomen, en los profundos desgarrones de muslos y nalgas.

Tras una fugaz observación, limpió sus instrumentos con un puñado de hierbas y se levantó, con una expresión hosca en su rostro.

Valencey de Adana le interrogó sin rodeos:

—Bueno, Saint-Frégant, ¿de qué se trata a fin de cuentas?

—Comandante, han asado a esta mujer, en parte al menos, sin duda por medio de este espetón. Luego la han devorado...

—¿Sus perros?... —preguntó Dumesnil.

—Me gustaría poder responderos afirmativamente, pero en las carnes sólo encuentro huellas de dientes humanos...

Mahé sacó una de las pistolas que llevaba a la cintura y la puso en la sien del vendeano.

—Habla o revientas ahora mismo.

—Todo lo que decís es cierto, monseñores, se la han comido —dijo el hombre sin vacilar.

—¿Quiénes?

—Nuestro general y su cuadrilla.

—¿Qué cuadrilla?

—Ésos no son de Vendée, seis hombres, asesinos, y dos putas, una de las cuales no tiene un espíritu vil y malvado, sino inocente y extraviado. La noche pasada, el general y toda la pandilla, menos la más joven, que se mantuvo apartada en este lugar, prohibiendo que acudiéramos a mirar.

—Pero ¿tú has venido?

—¿Quién va a prestarme atención, con mi pierna?...

Todos se habían marchado al castillo, yo me había quedado el último. Entonces vine aquí...

—¡Lárgate!... —soltó Valencey de Adana en un tono de gran cansancio. Y a continuación, dado que ante sus ojos se abría, hacia el oeste, una sucesión de praderas, ordenó—: ¡A cabalgar, señores!

Y, desde entonces, no había pronunciado palabra, mientras iba rumiando el odio y el desprecio que sentía contra aquél que, engañándole desde la infancia, cada vez se hundía más en la barbarie.

Pero Valencey de Adana, aunque ya trastornado, aún habría vacilado de espanto y de sorpresa de haber sabido que, en aquel instante, ebrio de cólera, Blacfort se hallaba bajo el mismo techo que Victoire...

El sol se inclinaba hacia el horizonte azul que iba tiñéndose de un rosa de infinita dulzura, pues las oscuras nubes se habían deslizado hacia el este.

Una hora antes, Dawson y su ladrón habían cruzado el umbral de la taberna Los Tres Muertos y luego, atravesando la gran sala, habían llegado a una segunda, más modesta, que daba a un jardín medio silvestre.

—¡No tardarán!... —aseguró el ladrón.

—¿Quiénes?

—Ya lo verás, ciudadano. Te gustan las mujeres, me he fijado en tus miradas: podemos ofrecerte eso y muchas cosas más.

—¡Conozco a las mujeres que se venden en París...! —respondió Dawson en un tono de suficiencia. Y no resistió, por lo demás, su deseo de exponer sus conocimientos en ese ámbito.

El ladrón escuchó con aire distraído, lanzando temerosas miradas a la puerta de la sala.

—Es cierto, conoces bastante bien a las putas —dijo luego en un tono bastante impersonal y carente de convicción—. Pero ¿sabes?, en tu lista no mencionas a ninguna de ellas, un hombre como tú, un buen burgués acomodado, sólo debería tratar con «damiselas de día» que regresan a sus casas (y a veces a casa de su marido, que ignora su actividad), tras una jornada en el burdel.

—Ésas conocen demasiado el oficio. Me gustan las mujeres que no están en exceso acostumbradas al estado de puta, las obreras, las floristas y las que encuentro bajo las arcadas del Palais-Royal.

—Ten cuidado con éstas, ciudadano, suelen estar estropeadas como una hermosa fruta podrida en su interior. Evita también a quienes encuentres en las tabernas, en los alrededores de los teatros, en la feria de Saint-Germain o a la salida del Pont-Neuf: están enfermas y beben demasiado. Las que sobreviven acaban en el Port-au-Bled. ¿Conoces el Port-au-Bled?

Dawson asintió con la cabeza. Durante un paseo por París, había descubierto por casualidad aquel lugar horrendo, frecuentado por pobres putas viejas, horribles y desdentadas que sólo podían satisfacer a brutos de sumaria voluptuosidad.

Pero los sorprendentes parisinos las toleraban, incluso las protegían, como hacían con los mendigos, que gozaban de las simpatías de la gente. Mucho antes de la Revolución, cuando los arqueros del hospital general iban a detener a los mendigos, los representantes del orden lograban, contra ellos, la unanimidad. Desde las ventanas, les arrojaban basuras y cenizas calientes mientras los empleados de las tiendas, los lacayos e, incluso, los artesanos se enzarzaban en violentas peleas contra

la gente del rey, armados de cuchillos, horcas de estiércol e incluso espetones para asar.

La gente del pueblo conocía muy bien el horrible hospital general donde se encerraba a los mendigos, las mozas de mala vida, los locos y locas, las prostitutas, los vagabundos, los venéreos y, también, por presión de los curas, a los libertinos y a las esposas rebeldes. Asimismo, y sin demasiados remilgos, se encerraba en aquel lugar a los niños abandonados.

—Basta ya de discursos sobre putas —dijo Dawson, impaciente—. Cuéntame el objeto de tu temor o me voy ahora mismo.

El hombre se dio cuenta de que no podría ganar más tiempo.

—Pertenezco a un grupito que se entrega a otra actividad —empezó a decir, reticente—, mucho más seria. Pero robar fue mi primer oficio y, aunque me haya sido prohibido por mis camaradas, a veces no resisto esa mala inclinación. Excúsame, pero te he tomado por un gran burgués de provincias, fácil de desplumar y, por costumbre, no he podido evitarlo...

Dawson notó que su instinto despertaba.

—¿Y... cuál es esa otra actividad de la que hablas?

—Una actividad importante y seria que me impide ir a prisión, donde yo podría ser músico.

—¿Músico?... —preguntó Dawson, pasmado.

—El músico es un chivato pues «toca la cacerola y canta»... —explicó el otro sonriendo.

La expresión divirtió a Dawson que, sin embargo, no se dejó distraer.

—Dime a qué llamas tú una actividad seria.

—A ti no te concierne, pues eres extranjero. No tienes un socio que interfiera en tus asuntos, ni una esposa rica pero molesta, ni un padre cuya herencia esperes: lo que nosotros hacemos, y debes comprenderlo aunque no sea muy explícito, como ya te he dicho, en absoluto te sería útil en esta ciudad, donde no tienes enemigos.

Dawson disimuló su júbilo. Abrió un poco su levita gris, como para rascarse el muslo izquierdo bajo la mesa, pero en realidad desenfundó una corta pistola hábilmente oculta, que empuñó contra el ladrón.

—¡Sois una pandilla de asesinos que vendéis esos servicios!

—No es verdad, nunca te he dicho algo semejante —dijo el hombre empalideciendo.

Dawson, separado de su interlocutor por la anchura de la mesa, se levantó de pronto derribando su silla y tomó distancia, apuntando a la cabeza del ladrón.

—Y me has traído aquí donde os reunís, de modo que, apenas llegados, tus cómplices me habrían matado.

—¡Es mentira!... ¡Inventas estúpidas historias!...

—Ya sospechaba yo que no se trataba de asuntos de putas pero no esperaba dar con una pandilla de asesinos... ¡pues eso es, precisamente, lo que estoy buscando!

—Me estás tendiendo una trampa, ciudadano. No soy tan ingenuo.

—¿Y tú hablas de trampas?... ¿Y soy yo el ingenuo, cuando tan bien oculto un arma?... ¿Y por qué voy a tenderte una trampa: estoy gritando «socorro»?... No, puedes verme muy tranquilo y satisfecho, esperando sólo que no seáis unos torpes.

El ladrón reflexionó por un momento, rascando con la uña una mancha bajo la mesa. Ponía mucho cuidado y atención en aquella inesperada limpieza.

—Hay, en efecto, cierta verdad en tus palabras; sobre todo dos: no pides socorro y no huyes protegido por tu arma —dijo al fin, alzando de pronto su rostro hacia Dawson.

—Es una suerte que lo hayas observado.

—¿De modo que alguien... te molesta?

—Debe desaparecer.

El ladrón asintió con la cabeza y pareció que escogía con el mayor cuidado sus palabras.

—Mira, ciudadano, en un grupo cada cual ocupa su lugar. Cuando todos permanecen en su sitio, los asuntos prosperan con buen entendimiento. Yo no soy el jefe, de modo que no quiero saber nada de aquel a quien deseas matar, ni si es algo que es factible. El que va a decidirlo llegará muy pronto, como ya habrás intuido. Tendrás que discutirlo con él.

Dawson apreció mucho aquel discurso, aunque no lo exteriorizara en absoluto.

«Son gente muy seria», pensó. Y eso es precisamente lo que estaba buscando, asesinos desapasionados, que conocieran bien su oficio y tomaran precauciones con respecto a su seguridad.

—Sin embargo, por tu parte, debes esperar que exijamos pruebas de tu... fortuna —prosiguió el ladrón.

Sin decir una palabra y sin bajar el arma, Dawson rebuscó en la caña de una de sus botas y sacó un cartucho de papel pardusco, que depositó sobre la mesa diciendo:

—¡Mira!

El hombre abrió cuidadosamente el cartucho y aparecieron monedas de oro. Entonces, sin contarlas, cerró de nuevo el papel y dejó el cartucho sobre la mesa.

—¡Cincuenta luises!... —dijo Dawson.

El ladrón asintió lentamente con la cabeza.

—Es demasiado. ¿O quieres acaso la testa de Robespierre?

—Nada de eso. Pero se trata sólo de un adelanto. Yo pongo precio a la muerte de ese hombre: quinientos luises.

El ladrón, grave, permaneció largo rato silencioso.

—Debes de odiarle mucho —aventuró al fin.

—No importa, ése no es asunto tuyo.

El interlocutor de Dawson esbozó una sonrisa de soslayo.

—Guarda tu arma, ciudadano: a quinientos luises, tu persona es sagrada.

Dawson sopesó el riesgo, lo consideró nulo y, entonces, devolvió la pistola a su

lugar y el cartucho de oro a uno de los bolsillos de su levita.

Iba a hablar cuando la puerta se abrió y apareció una mujer de unos veinticinco años. Alta, morena, sonriente y con el pelo rizado: a Dawson se le cortó la respiración pues era con exactitud lo que siempre había buscado en una mujer. Llevaba un vestido azul muy ceñido, que se pegaba a su cuerpo, como comenzaba a dictar la moda.

Dirigió una distraída sonrisa a Dawson y, luego, saludó al ladrón:

—¿No han llegado aún?

El ladrón negó con la cabeza y, luego, señalando a Dawson, dijo:

—El ciudadano con un leve acento es sin duda inglés. Siempre has soñado con conocer a un inglés, ¿no es cierto?

La joven miró a Dawson como pasmada.

—De niña, me predijeron que me casaría con el primer inglés que encontrara — anunció sin ser consciente de su franqueza.

Se acercó y besó fugazmente en los labios a Dawson, que creía estar viviendo un sueño enloquecido.

—¡Espera fuera!... —ordenó con dureza el ladrón y la muchacha salió, no sin darse la vuelta y lanzar al jefe del espionaje inglés una mirada que lo desarmó.

—¿Quién es?... —balbuceó.

—Léonore.

—¿Una de vuestras putas?

El ladrón dio un respingo.

—¿Léonore, una puta?... ¡Jamás!... Era la esposa del difunto Alexandre Letessier, que fue sargento en los guardias franceses... y trabajaba con nosotros. Ella sólo se enteró después de su muerte y se hizo florista. Nuestro jefe no lo habría querido así, considerando que la ayuda que nos prestamos vale también para las esposas e hijos. Sirve para vigilar a nuestros... clientes, o acechar la llegada de la policía.

Dawson, encantado de que aquella aparición, que cifraba todas sus esperanzas, no vendiera su magnífico cuerpo, temió pese a todo verse decepcionado.

—Sin embargo, en una sociedad como la vuestra, es bien sabido que las mujeres son de todo el mundo.

—De ningún modo, muy al contrario. Nadie toca a Léonore, ni siquiera nuestro jefe, que desdeña y reprueba las mezclas en este tipo de asuntos.

—Pero... seguro que tiene amantes.

El ladrón reflexionó aplicadamente aunque era evidente que el tema no le interesaba.

—No, no lo creo. Está ahorrando para comprar una hermosa floristería. Estuvo a punto de lograrlo, en la calle Basse-du-Rempart, pero le faltaron doscientas libras. ¿Por qué no?, le gustan las flores... ¡y los ingleses!... Si su historia de predicción es cierta, tú serás su amante pues siempre nos ha hablado del primer inglés que se

cruzara en su camino. Por lo demás...

La puerta se abrió de un puntapié y entraron tres hombres, seguidos de Léonore, que volvió a cerrar cuidadosamente.

El ladrón se levantó y cedió su silla a uno de los recién llegados, que se sentó sin apartar los ojos de Dawson.

Dawson sintió cierto malestar. Sí, al contrario que el ladrón, los dos hombres — uno de los cuales llevaba un cesto— que permanecían de pie tenían cara de asesinos, pero ¿qué decir del que parecía el jefe de todos ellos?... De rostro demacrado, sólo muy difícilmente podía aguantarse su gélida mirada.

—¿Quién es ése?... —preguntó con una voz algo aguda que contrastaba con su temible apariencia.

—Alguien le molesta, pienso...

—¡Yo soy el que piensa!... —interrumpió el jefe, que seguía sin apartar los ojos de Dawson, hasta el punto de que la situación era ya casi inaguantable, aun para un hombre avezado como el jefe del espionaje inglés—. ¿De modo que quieres que nos carguemos a alguien?... —preguntó el jefe con una sonrisa maligna.

—¡Es, en efecto, mi más caro deseo!... —respondió Dawson.

El jefe, que había aguzado el oído, observó:

—Tu acento es de Inglaterra.

—No lo niego.

—Pero tu... enemigo, en cambio, está en París, ¿no es cierto?

—Llegará dentro de poco.

—¿Cómo te llamas?

Sorprendido e impresionado por aquella mirada que le atravesaba, Dawson respondió a toda prisa:

—¡Milton... John Milton!

El jefe sonrió con más franqueza que antes.

—¿John Milton, eh?... Tienes suerte, el mismo nombre que el autor de *Paradise Lost, El paraíso perdido*, un importantísimo poeta... Sí, amigo mío, incluso entre los canallas los hay que leen, y con atención. De acuerdo, me llamarás pues Molière; a mis espaldas están Montaigne y La Boétie. El que tan imprudentemente te ha traído hasta aquí será Ronsard. Por lo que a ella se refiere...

Dawson le interrumpió:

—Léonore, eso lo sé ya.

Se hizo un silencio, que Dawson aprovechó para sacar el cartucho y mostrar los cincuenta luses de oro, mientras explicaba:

—Cincuenta si aceptáis. Otros cincuenta mañana por la mañana para impulsar el negocio y cuatrocientos más si lo lográis.

Molière soltó un silbidito:

—¡Vive Dios!, eres un cliente respetable que tiene medios para permitirse su odio. ¿A quién quieres mandar al infierno?

—A un oficial de marina.

—¿Su grado?

—Capitán de navío.

—Ah, bueno... ¿Su nombre?

Dawson vaciló.

Molière suspiró exageradamente y, luego, hizo un ademán al hombre del cesto. Éste, La Boétie, lo abrió y, agarrándola por el cabello, sacó la cabeza de un joven, que puso ante Dawson mientras Molière explicaba:

—He aquí el encargo de un marido engañado que, además, en estos momentos, debe esperarnos fuera para que le proporcionemos la prueba del trabajo bien hecho. Somos hombres serios y lo demostramos entregando siempre las cabezas a nuestros clientes. Tendrás la que deseas, aunque no si ignoramos de quién se trata pues, en ese caso, ¿cómo encontrar al hombre?

Aunque le horrorizara la cabeza cortada, Dawson supo disimular. Además, debía aceptar que el razonamiento de Molière era muy certero.

Hizo una señal para que apartaran la cabeza cortada, que volvió a su cesto.

—El conde de Valencey —dijo al fin a media voz.

—Valencey... Valencey... —repitió Molière frunciendo el ceño—. Conozco ese nombre...

Sabiendo que la explicación era demasiado corta, Dawson la completó a regañadientes:

—Joachim de Niel, conde de Valencey y príncipe de Adana.

La respuesta fue hiriente.

—¡Eres artero en tus maneras!... John Milton, eso no me gusta nada. Si no confías en nosotros, toma tu oro y márchate.

—¡Confío!... —casi gritó Dawson, intuyendo que, por fin, había encontrado a los hombres que necesitaba.

Molière tomó un luis de oro, lo observó por ambas caras, lo mordió y, luego, volvió a dejarlo.

—Valencey de Adana no es un tipo cualquiera. El pueblo lo ama, lo idolatra incluso, por no mencionar a todos los marinos de Francia, que sueñan con combatir y, algunos, con morir a su lado. Pero quinientos luses, de todas formas, es un muy buen precio de modo que... —dijo, y pareció vacilar.

—¡Aceptad!... —insistió Dawson.

Molière sonrió.

—Fue vuestro Shakespeare quien escribió: «Ser grande es tomar partido». Está bien, acepto. Nos encontraremos aquí mañana por la mañana con los cincuenta luses que nos has prometido.

Se embolsó las monedas de oro que habían quedado en la mesa.

Impaciente por abandonar aquel lugar, Dawson se levantó pero Molière le retuvo con un gesto:

—Aguarda. ¿Estás bien alojado?

Sorprendido, Dawson asintió.

—¿Cuántas habitaciones?

—Dos. Dos hermosas habitaciones. ¿A qué viene esa pregunta?

—Hasta que el asunto haya concluido, Léonore no se separará de ti ni un solo instante. Dale la otra habitación. Y respeta su pudor.

Aquella noticia, aunque indicara cierta desconfianza, satisfizo mucho a Dawson, que balbuceó:

—De modo... ¿de modo que partimos juntos?

—¡Ya lo creo!... Y si intentas despistarla, el contrato quedará rescindido y, por nuestra parte, no devolveremos el adelanto.

—¡No cometeré la tontería de perderla!... —soltó Dawson un tanto irreflexivamente al tiempo que ofrecía su brazo a la hermosa Léonore, que le sonrió; luego, salieron de la estancia.

Molière esbozó entonces una sonrisa distinta, divertida, y su máscara de dureza se desvaneció mientras Ronsard, exultante, le dijo con admiración:

—Todo ha salido como habías previsto, ciudadano general. ¡Nunca fracasas!

Gréville, puesto que de él se trataba, respondió en un tono brusco que apenas disimulaba su alegría:

—Aún soy joven, puede suceder... —Luego, señalando el cesto con elegante gesto—: Ciudadano... La Boétie, ve a devolver esta cabeza al verdugo de París y transmítele, de mi parte y de la del Comité de Salvación Pública, el agradecimiento de la nación.

Después del seco y nervioso bofetón, el barón de Penchemel vaciló por un instante y empalideció, pero mantuvo una actitud muy digna. Frente a él, con los puños en las caderas, Blacfort aulló:

—¡No me estáis contando en absoluto cuanto sabéis!

El barón lanzó una mirada hacia el abate Monteroux, pero éste, que estaba sirviéndose una segunda copa de coñac, se desinteresaba por completo de la escena, de modo que no podía esperar ayuda alguna por aquel lado.

«¡Dios bebe!», pensó el barón con amargura.

Hastiado, Blacfort se acercó a una ventana y, a la luz del ocaso, observó el patio de honor del castillo donde sus tropas acababan de cubrir una amplia fosa: cincuenta y dos de sus hombres estaban enterrados allí.

Aunque en ningún momento hubiera pronunciado aquel nombre, y menos aún el barón, que lo ignoraba de verdad, Blacfort sabía que debía aquella hecatombe a Valencey de Adana. De hecho, no aguardaba nada del barón, tras haberle interrogado ya varias veces pero, sucumbiendo a un malsano impulso, no se cansaba de que le hablaran de su enemigo jurado. La actitud de Blacfort recordó al barón la de esas mujeres enamoradas —aunque lo mismo ocurra con los hombres— que se alimentan con los menores detalles, por insignificantes que sean, referentes al hombre al que adoran.

El señor de Penchemel se felicitó por la decisión que había tomado. Al ver al general-conde ebrio de rabia, comprendiendo que el asunto podría ir muy lejos, había decidido decir la verdad sobre los marinos... a quienes ahora creía muy lejos y fuera de peligro. Liberado de toda obligación por ese lado, no dudaba ni un solo instante de que los recursos de su inteligencia y su voluntad, conjugados, le permitirían ocultar lo esencial: la presencia de la hermosa y joven marquesa en sus subterráneos. La muchacha aterrorizada lo enternecía internamente, pues le recordaba a su propia hija, que había emprendido los inciertos caminos del exilio.

—¿Cuántos eran?... —inquirió Blacfort.

—Me lo habéis preguntado ya varias, veces, general... —respondió el barón en tono cansado.

Un acceso de cólera enrojeció el rostro del general tuerto, pero logró contenerse.

—Y aunque así sea, ¿vais a dictarme vos, un pálido barón destripaterrones, el modo como debo llevar a cabo un interrogatorio?... ¡Responded y sin pensároslo!

—Seis.

—Sus nombres y su rango.

—El apellido de su jefe, un capitán de navío, nunca se mencionó. Apenas oí un

nombre, Joachim. Parecía muy unido a un teniente de la marina llamado Mahé. Se tuteaban. También estaba un médico de la marina, barón de Saint-Frégant. Y un marqués Des Essarts de La Mellerie. El quinto, comodoro de la marina americana, se llama O'Shea. También tuteaba al jefe. Finalmente, con respecto al último, se llama Dumesnil, Jules Dumesnil, y es plebeyo.

—¿Cómo es posible que conozcáis tantos nombres salvo el que realmente cuenta, el del jefe de esa cuadrilla de asesinos republicanos?

—La razón es militar: le llamaban «capitán», por su grado, o «comandante», por su situación al mando de su navío. Y me parece muy natural...

—No os compete a vos considerar lo que es natural... —montó en cólera Blacfort.

—¡Como os plazca!... —respondió Penchemel, agotado.

Complacido, Blacfort prosiguió con su interrogatorio:

—Habládme de ese jefe, ese capitán de navío.

Repitiendo lo dicho otras veces, el barón, impaciente por acabar, hizo una descripción muy exhaustiva:

—Apenas cuarenta años. Alto, ancho de hombros, talle bien ceñido. Gran elegancia natural, un rostro atormentado aunque apasionante y atractivo, curtido por el sol y el viento de alta mar. Ojos de un gris verdoso, mirada muy penetrante. Por sus maneras, aunque no tenga prueba alguna, le creo un aristócrata. Pero es un feroz republicano. ¿Qué más deciros salvo que, según sus propias palabras, quiere mataros?

Blacfort estaba satisfecho. Aquel retrato le gustaba y, tras trece años de ruptura y silencio, correspondía con bastante precisión a la idea que Blacfort se hacía de Valencey de Adana en la actualidad. De rebote, el barón de Penchemel se benefició entonces de una opinión favorable pues, para Blacfort, quien pensaba como Blacfort encontraba gracia ante Blacfort.

El general vendeano se relajó un poco.

—Creo, barón, que acabáis de salvar vuestra vida. Vuestra vida, pero no vuestro castillo, pues, tras el episodio del que ha sido escenario, voy a incendiarlo.

El abate, a quien le parecía muy cómodo y confortable el castillo, aguzó el oído.

El barón, aterrorizado, pensó en la marquesa y en el muchacho, en los subterráneos. Ciertamente, sobrevivirían al incendio, pero ¿quién apartaría las ruinas amontonadas sobre sus cabezas?

Adoptó la única actitud que podía cambiar la decisión de Blacfort, la indiferencia.

—¡Vos o cualquier otro!... De todas formas, los republicanos lo habrían incendiado antes o después. Estoy harto, encima, de abrir mi casa a todos los individuos armados que entran por la fuerza. Tengo un hermano en La Rochelle, él me albergará.

El abate, que esperaba volver a aquel lugar, intervino frotándose fervorosamente las manos:

—General, el barón ha hecho un esfuerzo, es innegable. Y es cierto que no

incurrir en falsedad cuando afirma que no podía oponerse en absoluto a seis asesinos republicanos fuertemente armados.

Blacfort pensó de nuevo en la cuestión. De pronto, se le ocurrió una idea de las que alimentaban su obsesión.

—Encontrad detalles, algo que no me hayáis contado aún sobre ese capitán de navío, y salvaréis vuestro castillo.

—Pero... ¿qué clase de detalles?

—¿Cómo puedo saberlo?... —se indignó Blacfort.

—Algunas cositas que le parecieran insignificantes... —sugirió el abate—. Pensadlo, barón, sería muy lamentable que el castillo ardiera.

El barón se levantó y, con las manos a la espalda, recorrió de un lado a otro la estancia durante dos minutos, sin advertir que estaba poniendo a dura prueba los frágiles nervios de Blacfort.

—¡Tres cosas! —exclamó deteniéndose.

—¡Bienvenidas sean!... —respondió con avidez el general vendeano.

—La primera, que ese feroz republicano lleva al cuello la cruz de oro de San Luis, y eso es sorprendente.

Blacfort esbozó una fugaz mueca.

—¡Proseguid!

Pero el barón guardó silencio ante la llegada de un joven oficial vendeano.

—¡Estamos listos para partir, general!

—Perfecto, aguardad fuera. Ah, tal vez tengamos que incendiar el castillo.

El oficial lanzó una turbada mirada al barón, saludó y salió de la estancia.

—Lleva un anillo con un escudo —prosiguió de inmediato Penchemel—, y eso me confirma en la creencia de que pertenece a la nobleza; y muy alta, sin duda, porque con mis propios ojos vi una torre, el unicornio y el dragón: ¡las cruzadas, o más antigua aún!

Blacfort palideció: cualquier alusión a las cruzadas y a la antiquísima nobleza de Valencey de Adana lo mortificaba al mismo tiempo que su perversa alma sentía un doloroso placer, como algunos hombres engañados se zambullen hasta la embriaguez en los detalles de su infortunio. Sin embargo, ante el barón de Penchemel, fingió desenvoltura y desprecio.

—Las cruzadas... ¡qué cosas!... Para acabar al servicio de una República de abogados ambiciosos y tenderos envidiosos no era en absoluto necesario tomar Jerusalén.

Penchemel guardó un prudente silencio, dando al general tiempo para calmarse, lo que no tardó en suceder.

—Habéis mencionado tres cosas...

Penchemel sintió que había perdido la partida. Un inmenso cansancio se apoderó de él, añadiéndose a la fatiga de una noche agitada e insomne. Aquel castillo representaba toda su vida, y dudaba de que pudiera sobrevivir a su destrucción. Sin

embargo, aquellos incesantes terrores le parecían más inaguantables aún que un fin brutal.

Se encogió de hombros.

—La tercera no es una cosa en sí, pues se refiere a un detalle de cocina.

—¿De cocina? —preguntó Blacfort, desconcertado.

Penchemel no se dignó responder, lo que irritó profundamente a Blacfort, que aulló:

—¿Desde cuándo, una vez más, decidís en mi lugar lo que es importante?

El barón, esta vez, no pareció impresionado e incluso alzó la voz con insolencia.

—Desde el momento en que os lo digo: tomad mi vida, quemad mi castillo, todo me da igual ya.

Blacfort pareció desconcertado una vez más. Puesto que sus relaciones con los demás se apoyaban sólo en el poder, la fuerza y la amenaza, ¿qué podía hacer cuando esas poderosas palancas le faltaban?

Adivinando la angustia de su dueño, y temiendo la destrucción de un confortable castillo al que esperaba volver, el abate intervino con un tono empalagoso:

—Vamos, señor barón, contadle al general ese detalle sin importancia y acabemos de una vez: nuestro ejército nos aguarda para abandonar vuestro castillo... tal vez indemne.

Hábiles palabras. Entreviendo una posible salida, Penchemel no vaciló sobre la decisión que tomar:

—Vuestro capitán de navío es indiferente a los buenos vinos y a la comida. Pero tiene, por lo menos, una extraña debilidad de la que supe por aquel teniente Mahé, que mandó servir a mi criada una taza de chocolate caliente con horchata y leche de cabra. Pareció maravillado, tanto por la intención como por el sabor de ese brebaje, carente por completo de interés. Ved qué poca importancia tiene el asunto y...

Entonces, se interrumpió, estupefacto, pues el rostro del general acababade descomponerse. Blacfort hizo una mueca, como un niño, las lágrimas brotaron de su único ojo y pareció sufrir tanto que, de tratarse de cualquier otra persona, la escena hubiera suscitado la inmediata compasión del barón. El general se desplomó en un sillón y ocultó su rostro con ambas manos.

—Chocolate con horchata, lo recuerdo tan bien... Todo era muy sencillo, por aquel entonces, muy puro, muy hermoso, muy inocente... Como yo mismo era puro en aquella exigente amistad... Oh, Dios mío, ¿por qué ese lodo, ese envilecimiento...? ¿Por qué el deseo de perderme despertó en mí la afición a las cloacas?...

«¡Este hombre está loco!», pensó asustado el barón de Penchemel.

Pero ¿cómo saber que, incluso en los monstruos, sobreviven a veces como jirones de infancia y de pureza que les crucifican el alma en la nostalgia definitiva de un Edén perdido para siempre?

Sosteniendo al general-conde, convulsionado por los sollozos, el abate salió de la

estancia sonriendo torpemente al barón:

—¡Vuestro castillo se ha salvado!... Y, por favor, guardadme algo de ese delicioso coñac...

Pasmado ante el inesperado desenlace, el barón abrió la alta puerta-ventana y contempló al general mientras subía a caballo, con expresión ausente.

Desplegaron las banderas y estandartes blancos con flores de lis y, luego, los mil doscientos infantes, los sesenta jinetes, los artilleros y sus cañones así como los carros abandonaron el patio de honor entre los rojos fulgores del ocaso, que libraban un desesperado combate contra el crepúsculo.

El barón movió la cabeza y repitió:

—¡Está loco, completamente loco! —Luego, como un desafío, añadió—: ¡Viva la República!

Se habían detenido ante un molino aislado con la intención de pernoctar allí.

El comodoro O'Shea, que había aceptado a hurtadillas algunos víveres ofrecidos por la vieja cocinera del señor de Penchemel, preparó una excelente sopa de coles, puerros, tocino y vino, que degustaron con una de aquellas variedades de pan moreno hecho de harina blanca y flor de harina.

Les presentó incluso una botella de malvasía, a la que sus compañeros hicieron los honores, con la notable excepción de Valencey de Adana, quien, por lo demás, comió muy poco.

Sin embargo, no era propio del comandante de *La Terpsichore* hacer sufrir a los demás lo que podía alterar su humor personal, de modo que, con una sonrisa forzada, propuso:

—Os ruego, señores, que acabemos con este silencio que debe resultaros insoportable. —Al no haber convencido en absoluto a sus oficiales, algo intimidados, insistió—: ¡Me haríais un favor, señores! —Dándose cuenta entonces de que nadie entablaría una conversación si no empezaba él, se dirigió a O'Shea—: Bueno, John, tú que eres aquí el único yanqui, ¿qué te parecen nuestros viejos castillos?

Halagado al ser distinguido, O'Shea no ocultó su entusiasmo.

—El del barón me ha seducido sumamente. Construiré uno parecido en Estados Unidos.

—¿Sabríais hacerlo?... Es todo un arte, ¿sabéis?... —preguntó Saint-Frégant algo sorprendido.

O'Shea rechazó la objeción con un amplio ademán, sin que su mano soltara la cuchara.

—Nosotros, los americanos, sabemos hacerlo todo siempre que nos enseñen las cosas una vez.

Bernardin des Essarts, marqués de La Mellerie, pareció tan sorprendido como Saint-Frégant poco antes.

—Lejos de mí la intención de dudar de la gran competencia del pueblo americano, pues yo mismo he podido juzgarla y admirarla. Pero, no obstante, si no es para morar en él, ¿qué ibais a hacer con el castillo?

—Me cuesta comprender vuestra pregunta, La Mellerie.

Éste reflexionó, buscando otra forma de expresar su pensamiento.

—Hay tres clases de castillos. La fortaleza concebida para la guerra, como la del príncipe con la Torre de las Damiselas, el torreón, las murallas almenadas. Durante este siglo lo han vuelto más confortable pero es un castillo de guerra y necesitaríais treinta años para construir uno idéntico.

—¡Es demasiado!... —aceptó O'Shea.

—También yo lo creo. Luego está el castillo de campo, como el del barón de Penchemel, pero con más prestigio, y una tercera suerte de castillo lo supera: los de los alrededores de París. ¿Cuál preferís?

—Los de París. Y pasearé por él con armadura... Bueno, mientras así me divierta.

—Pero... ese tipo de castillo sólo se adecua a la vida mundana —explicó La Mellerie un tanto pasmado.

—Sea, tendré una vida mundana. ¿Veis en ello algún inconveniente, marqués?

Desarmado, advirtiendo cómo diferían las costumbres europeas de las americanas, La Mellerie intentó hacerse comprender por medio de hechos concretos y tratando de no herir a su amigo.

—Es que hay muchos inconvenientes... Por ejemplo, según como eran las cosas antes de la Revolución, tendréis que mostraros caprichoso, colérico, bastante odioso, tener una amante y alentar a vuestra esposa a tomar uno por su parte, como exige la vida mundana. Dispondréis de unos aposentos separados de los de vuestra esposa y, cuando organicéis una recepción, no deberéis invitar nunca al marido y a la mujer: sería de muy mal gusto. Cenaréis tarde. Vuestros vecinos tendrán que seguir vuestro género de vida pues, en París, cada noche hay cuatro o cinco invitaciones distintas a bailes. Tendréis que iluminar y decorar vuestros aposentos, llevar vestiduras de seda bordada mientras vuestras mujeres irán llenas de plumas, flores y diamantes. A fin de asentar bien vuestra reputación, prepararéis para estas fiestas suntuosos bufetes. Cenaréis hasta tres veces por noche. Luego organizaréis las cacerías, claro está. Tendréis que enseñar a vuestros vecinos a jugar al escondite, a la gallina ciega, al chaquete y a otros muchos pasatiempos. Y la lista de obligaciones no se acaba aquí...

—¡Qué horror!... —exclamó el comodoro en un grito que le salió del alma.

—Y para escapar a todo ello, para respirar un aire menos podrido, te enrollarás en la marina... y todo volverá a empezar... —soltó Mahé.

Todos rieron y Valencey de Adana se sintió feliz al verse distraído, por unos instantes, de sus sombríos pensamientos. Sin embargo, ponderó el discurso del marqués:

—Ésa era una vida reservada a unos cuantos privilegiados parisinos, gente de la corte ante todo. Nosotros, en nuestro castillo, no vivíamos así. Es posible que mi padre, el general, viviera algunas aventuras galantes en la guerra, pero nunca tuvo amante oficial, y amaba con ternura a mi madre. Organizamos, en efecto, algunos bailes, muy pocos... Miró a Mahé, que sonrió:

—¡Por desgracia!... Ése no era nuestro punto fuerte...

—Invitábamos a nuestros vecinos de la pequeña nobleza militar —prosiguió Valencey de Adana—, al cura, al notario y al médico.

—Qué extraño es eso: pertenecéis, sin embargo, a una de las noblezas más puras y más antiguas del reino... —advirtió Saint-Frégant.

—¡Del hasta entonces reino!... —puntualizó Valencey de Adana encogiéndose de

hombros—. Pero la verdadera nobleza no está ahí: fijaos en nuestros generales de veinte años, ¡son hijos del pueblo, pero qué valor...!

—Así pues, antes incluso de la Revolución, ¿invitabas a... plebeyos a tus recepciones? —preguntó O'Shea, frunciendo el ceño.

—Por supuesto. Se trataba de pequeñas fiestas, no de recepciones. Y esos plebeyos, como tú dices, eran iguales que nosotros.

O'Shea se quitó el tricornio y se rascó la nuca.

—Señores, vuestra nobleza es muy difícil de comprender.

—En absoluto —protestó Saint-Frégant—. Todo cabe en unas pocas frases.

—¡Tened la bondad de explicármelo!... —pidió el comodoro.

El cirujano reflexionó, intentando simplificar las cosas sin caricaturizarlas.

—He aquí el estado de la nobleza en 1789 puesto que, desde entonces, «la corbata de Capeto^[11]» ha aclarado un poco las filas... Había en Francia trescientos mil «de cuna», es decir, nobles. Pero sólo cuatro mil «presentados», es decir, recibidos una vez al menos en la corte: que gozaban de todos los privilegios. De esos trescientos mil, la élite apenas cuenta con algunos centenares de nobles «de raza y de nacimiento», llamados también «nobleza inmemorial», es decir, de cepa medieval como los Valencey de Adana. Los demás, todos los otros, son de nobleza reciente, nobleza de toga o ennoblecida por los cargos. Los dos tercios de la nobleza francesa no se remontan más allá del siglo diecisiete.

—Yo sólo soy barón, o más bien hasta entonces era barón, desde hace veinticuatro años... —reconoció alegremente Mahé de Campagne-Ampillac.

—Por lo demás —prosiguió Saint-Frégant pasándolo por alto—, la Revolución llegó con un siglo de retraso: el poder ya estaba cambiando de manos.

—¿Qué queréis decir?... —preguntó La Mellerie.

—Me refiero a los recaudadores de impuestos... —Observó a O'Shea, algo perdido, y precisó—: A los recaudadores de impuestos (llamados también «granjeros», a pesar de que jamás han visto de cerca la tierra y les importa un comino). Cuando uno de nuestros pequeños campesinos compra tierra o la recibe de la República, desgrana en su mano el puñado de tierra que ha tomado para «sentir su buena amistad». El recaudador de impuesto nunca hace semejante gesto. Suele ir a París, naturalmente, pero no en la diligencia, ese hermoso invento que une entre sí las ciudades de Francia transportando viajeros y bultos, sino que viaja con hermosos tiros... Mirad, ahora lo comprenderéis: los recaudadores de impuestos eran recaudadores de impuestos. Pagaban a fecha fija al Tesoro lo que se habían comprometido a pagar, pero la diferencia con las sumas realmente percibidas les correspondía por derecho. De modo que sus previsiones, qué casualidad, resultaban siempre pesimistas.

—¿Y el rey lo aceptaba?... —preguntó O'Shea.

—El Tesoro necesitaba saber de antemano lo que iba a recaudar, para elaborar los proyectos del Estado, de ahí aquel mal arreglo: esperaban poco, pero las sumas eran

exactas. Eso explica la emergencia de fortunas de todo punto considerables, las fiestas de un inigualable fasto y el ascenso de los financieros hasta los ámbitos del poder.

—Y, entretanto —advirtió Mahé—, en París se encontraban miles de bebés abandonados bajo los porches de las iglesias, muchos con un escrito fijado a los pañales en que se pedía compasión por el infante a quien, a menudo, acababa encontrándosele muerto en las gélidas mañanas.

Los seis hombres permanecieron pensativos por un instante, imaginando el contraste que fortalecía su compromiso con la Revolución.

—Yo haré la primera guardia —dijo luego Valencey de Adana, levantándose—. Dumesnil, vos haréis la segunda y vos, La Mellerie, la tercera.

Los hombres se dirigieron al molino donde habían arreglado un rincón del suelo que habían robado a las ratas, no sin firmeza y algunos golpes con la hoja del sable, que abandonaron el lugar.

La noche era hermosa, tibia y estrellada. Un creciente de luna espejeaba en un cielo azul marino.

—Bueno, ¿no subes?... —preguntó Valencey de Adana a Mahé, que permanecía a su lado.

—¿Sabes?, comparto tu pena. Pero tal vez esa pesadumbre se atenuaría si admitieses que Nicolas se ha vuelto completamente loco.

—¡Tenía ciertas disposiciones para ello!... —respondió Valencey de Adana con ironía.

Al oír un leve ruido ambos quedaron inmóviles. Luego, el comandante de *La Terpsichore* advirtió con amargura:

—No sólo nos traicionó, no sólo mató a mi padre, a Pauline y a nuestro pobre y viejo cura^[12]; arrastra cada día por el lodo nuestra infancia, nuestra juventud y...

De nuevo oyó un pequeño ruido y quedó petrificado; una cierva, sorprendida, apareció ante ellos.

Mahé se llevó la mano a la cintura para tomar una pistola, pero Valencey de Adana dio una fuerte palmada y el gracioso animal huyó.

Marcado unos instantes por la sorpresa, el rostro de Mahé se enterneció.

—Perdona, había olvidado el primer mandamiento: ¡no matar nunca ciervas!

Se miraron y se sonrieron: el padre de Victoire la llamaba «mi cierva» y ambos muchachos, por aquel entonces, se habían puesto de acuerdo sobre la pertinencia de tan adorable mote.

Mahé contempló el cielo estrellado y dijo con dulzura:

—Gréville habría podido decirnos algo más con respecto a Victoire: un solo mensaje hablando de ella antes de su raptó, ¡y en diez líneas además!... Dios sabe, sin embargo, cuántos mensajes nos envían... —Con aire soñador, añadió—: Éste al menos es reciente.

—Cuatro meses, una semana y dos días... —respondió Valencey de Adana.

Sorprendido ante tan precisa cuenta, Mahé, que sentía la tristeza de Joachim, aventuró con prudencia:

—Al menos no está muerta. Éste era el mensaje principal de su carta, por lo que pude adivinar... Bueno... ¡Algo alentador!

Observando las estrellas, Valencey de Adana replicó sin vacilar y de un tirón:

—Su carta decía: «Vuestra vecina, la marquesa Victoire de La Chesnaie de Flers, ha sido respetada por los comités revolucionarios. Su actitud, y vuestro prestigio personal en una región donde se la sabe vuestra amiga de la infancia, unidos a mi amenazadora protección, la salvan de cualquier ataque y también su castillo fue respetado como el vuestro. Tal vez os satisfaga saber que su salud es buena y que se atarea mucho por el bien de la nación. En el pueblo cercano, ella proporcionó y plantó un joven roble que es “el Árbol de la Libertad”. Enseña a leer y a escribir a los campesinos de la región de Ruffec, y sobre todo a sus hijos. Uno de ellos, a quien enseñó hace dos años cuando tenía dieciséis, es hoy subteniente de caballería del ejército del Rin y se le augura un brillante porvenir. Sólo hay algo extraño referente a la marquesa, un detalle: a pesar de tanto trabajo, cada año está más hermosa que el anterior. Singular, ¿no es cierto?... Sólo es de lamentar que una pertinaz tristeza no abandone su mirada, como si echara en falta algo o a alguien. Creo, sin embargo, que el asunto tiene remedio... Salud y fraternidad de vuestro amigo, Pierre-François Gréville, general de la guardia nacional de París, general de la policía secreta».

Se miraron y no pudieron evitar reír, luego Valencey de Adana acribilló a puñetazos las costillas de su amigo.

—Sé, señor hermano mío —dijo Valencey de Adana—, que Gréville es un buen hombre a quien, a veces, le falta ligereza en la alusión cuando se trata de amor, que no es un dominio en el que destaque. Y me tienta sin duda, lejos de la presunción y de la hipocresía, pensar que es a mí a quien Victoire echa en falta. Pero ¿y si me equivoco?

—¡Tonterías!... Victoire nunca amaré a otro hombre. De lo contrario, hermosa como es, estaría casada ya hace mucho tiempo.

—Sin embargo, he intentado muchas veces volver a verla durante todos estos años. Podía haber tratado de reunirme con ella aún más, pero el miedo a exponerla me contuvo. Eran tan mezquinos, me odiaban tanto...

Mahé se encogió levemente de hombros.

—La culpa es de Luis Capeto, sus cortesanos y sus lacayuelos. Ciertamente es que la habrían tomado con ella si hubieras insistido. Sin embargo, ya se habían vengado bien. Al regresar de América después de la victoria, con los demás, te habrías casado con ella... ¡Hace más de trece años! Trece años robados...

—¿Lo pensó alguna vez, el hasta entonces rey, en su prisión o durante aquella larga noche, la víspera del cadalso?

—No importa, en lo esencial había perdido: ¡os amabais con tan hermoso amor! ... Oh, cómo debió de rabiar al ver que te esperaba contra toda lógica en su castillo

desierto, vigilado por esbirros, con la intención de acercarse a un puerto cualquiera. Por muy rey de Francia que fuera, Capeto no pudo acabar con una historia tan hermosa.

—Pero la chusma de sus partidarios, a fin de cuentas, la raptó.

—Espera, se hallan demasiado lejos de sus bases. Estoy seguro de que no consiguen llegar a la Vendée. La encontraremos antes que Blacfort: éste no puede cagar sin que nos enteremos.

—Aunque ese tipo de información sigue siendo bastante subalterna, ¿no crees?

Rieron a carcajadas y, luego, Valencey de Adana tomó a Mahé por los hombros, le besó en ambas mejillas y, fingiendo una voz de mando y en tono cortante, dijo:

—Id a acostaros pues, señor amado hermano. Y dejadme en paz para destripar a los vendidos de la Vendée... ¡Si aparecen!

Por prudencia, el barón de Penchemel había dejado que transcurriera más de un cuarto de hora antes de correr a abrir la puerta del subterráneo y llamar a voz en grito.

Victoire acudió sin aliento, con Jean-Baptiste pisándole los talones, tras haber subido de un tirón los setenta y cuatro peldaños que llevaban al subterráneo, donde durante tantas horas se habían cansado de esperar.

El barón de Penchemel ofreció asiento a la joven y le dio de beber jarabe de frutas y agua fresca.

—Se han marchado. ¡Todos!

—Ay, barón, pero ¿quiénes eran?

El barón se llevó la mano a la mejilla abofeteada por Blacfort, luego suspiró:

—Los mejores no fueron los que yo esperaba...

—¿Qué queréis decir?

—He recibido primero la visita de seis oficiales republicanos que, al saber que los vendeanos habían dejado dos cañones en el castillo, los pusieron en batería y exterminaron a cincuenta y dos de sus adversarios con disparos fulminantes y de una precisión diabólica.

—¿Cincuenta y dos, y eran seis?

—Estaba ahí, señora, y lo he visto con mis propios ojos pues, de no ser así, hubiera costado mucho convencerme. Han esperado inmóviles como estatuas y, cuando los vendeanos se han acercado, han hecho fuego. Como los republicanos habían previsto, se trataba de una avanzadilla, de modo que se han marchado, y han hecho bien pues, poco después, ha llegado al castillo un regimiento entero. Éstos, aunque monárquicos, eran otro cantar.

—¿Otro cantar?

—El general de Blacfort está loco de atar y...

—Nunca odiaréis a ese hombre más que yo, barón. Intentó abusar de mí y supe, más tarde, que había matado a mi hermana y al padre de Valencey de Adana. Cobarde, logró que le destinaran a Suecia, luego a Inglaterra y a Rusia, de embajada en embajada, para regresar sólo cuando estallaron los disturbios de la Revolución, buscando un estercolero donde poder revolcarse. Republicano moderado primero, junto a su dueño el hasta entonces duque de Orleans, recién apodado *Felipe-Igualdad*, cambió de bando cuando éste fue guillotinado, y entonces reapareció en Vendée. Es la perversión personificada, el mal absoluto.

Impresionado, el barón guardó unos momentos de silencio.

—¡Ha llegado hasta a abofetearme!... —exclamó abundando en el tema—. Quería detalles sobre esos oficiales republicanos, que parecían fascinarle. —

Reflexionó unos instantes y, luego, sonriendo al vacío, añadió—: Claro que, en ese punto, no puedo condenarle. Silenciosos como lobos, llegaron casi hasta aquí sin que mi perro ladrara... De modo que faltó sólo un pelo para que se dieran de narices con vos.

La marquesa asintió distraídamente, sirviéndose un vaso de agua, pero dio un respingo cuando el barón prosiguió:

—De los seis, cuatro eran aristócratas. Pero lo más curioso es que llevaban el uniforme de la antigua marina real, pero con la escarapela tricolor en el tricornio.

—¿La marina real?

—Sí, aquí, tan tierra adentro. Reconoced que es algo sorprendente y...

Se interrumpió al reparar en la palidez de Victoire, cuya mano, que sujetaba el vaso, temblaba anormalmente.

—Sus nombres, barón; ¿os han dicho sus nombres?

—Un marqués Des Essarts de La Mellerie que...

—No. ¿Quién más?

Aunque el señor de Penchemel no podía comprender la súbita agitación de la muchacha, entendió muy bien que, para ella, los nombres revestían una extremada importancia, de modo que tuvo la inteligencia y el tacto de no pedir explicaciones.

—El barón de Saint-Frégant...

—¡No!

—Un americano, el comodoro John O'Shea...

—¡No!

—¿Dumesnil?

—¡No!

—Lo siento mucho, señora, no conozco los apellidos de los dos últimos. Del quinto sé que es barón y que su nombre de pila es Mahé.

—¡Mahé!... —exclamó la joven levantándose de pronto y llevándose la mano al pecho, como si le faltara el aire—. ¡Oh, mi querido Mahé!... Mahé de Campagne-Ampillac, señor.

Penchemel, ante aquella convicción, esbozó un gesto de impotencia mientras la joven estrechaba sus manos entre las suyas.

—¡El último, señor!... Por piedad, ¿qué sabéis del último?

—Es un capitán de navío y es el jefe. No me lo ha dicho, pero juraría que pertenece a la alta nobleza. Lamentablemente sólo conozco su nombre de pila, Joachim, creo...

Victoire cerró los ojos y la invadió tal expresión de felicidad y plenitud, que su semblante se iluminó de tal modo, que el barón quedó conmovido.

Sin soltar las manos de Penchemel, ella hizo que se sentará a su lado, en una banqueta.

—¿Cómo está?

—Es un hombre apuesto y...

—No, me refiero a ¿está herido?... ¿Amputado?... ¿Cojo?... ¿Tiene mala salud?... ¿Parece sufrir?...

—¡En absoluto!... ¿Seguro que estamos hablando del mismo hombre?... Alto, delgado, de anchos hombros, con el cabello algo cano y aquella mirada, sí, aquella sorprendente mirada...

—¡Ojos de un gris verdoso!

—Ay, señora, es cosa del diablo: ¿cómo lo sabéis?... Sí, en efecto, tenía unos singulares ojos de un gris verdoso.

Ella no pudo evitar oprimir con más fuerza las manos del barón.

—Lleva un anillo con escudo de armas: torre, dragón y unicornio.

—¿Sois acaso bruja, marquesa?... —preguntó divertido el barón, sintiendo que se trataba de una situación afortunada.

—¿Bruja?... ¡De ningún modo!... Nunca me hubiera ocultado tan estúpidamente en vuestros horrendos subterráneos mientras él estaba aquí.

Penchemel bajó la cabeza, en señal de desaprobación.

—Muy severa sois con mis subterráneos, señora.

Victoire soltó una carcajada argentina, no tanto provocada por la defensa del pobre barón de la calidad de sus subterráneos cuanto por a la inmensa alegría que se había apoderado de ella.

Enseguida recuperó su seriedad y fijó con aire grave sus ojos en los del señor de Penchemel.

—Debo a vuestra extremada bondad esta explicación: el hombre que mandaba a esos oficiales de marina era Valencey de Adana.

—¿Él?... ¿El príncipe de Adana? —preguntó estupefacto el barón.

—Sí, el héroe de la guerra de Independencia americana, el mismo del que hablábamos ayer.

—Habría podido pensar en ello... —dijo el barón sonriendo fugazmente—. Pero también ha sido por su culpa, pues es tan sencillo, tan cortés y... Hay otra cosa: ¿puede uno imaginarse al príncipe de Adana pelando patatas?

—¿Ha... ha hecho eso?

—Las más finas mondaduras que he visto nunca, puro encaje. Se han preparado una sopa, de modo que todos esos aristócratas han pelado, cortado y lavado las legumbres entre los reflejos dorados de sus charreteras y el tintineo de sus sables.

—¡Pobre amor mío!... —dejó escapar Victoire, absolutamente enternecida ante la idea de su héroe, admirado por las multitudes de Europa y del Nuevo Mundo, pelando patatas en un ángulo de la mesa.

El barón frunció de pronto el ceño y pareció preocupado.

—Blacfort conoce al príncipe, ¿no es así?

—Fueron amigos de la infancia antes de que Blacfort se sumiera en la locura.

Penchemel se levantó.

—¡Oh, qué tonto soy!... No dejaba de formularme preguntas sobre el jefe de los

oficiales. Al creer que nunca iban a encontrarse, he descrito el anillo con el escudo.

Victoire reflexionó un momento, sopesando los pros y los contras, luego negó con la cabeza.

—El asunto carece de gravedad, barón. Creo que Blacfort había adivinado ya quién era ese capitán de navío. El tiro de esos cañones servidos por oficiales de marina tuvo que darle la pista. No olvidéis que el almirante inglés Rodney declaró que los de *La Terpsichore* eran los mejores artilleros del mundo, y todos fueron formados por Joachim. ¿Os ha hablado de la Revolución?

—Son republicanos convencidos... e inteligentes, pues han puesto a prueba, y tal vez más que eso, mis ideas sobre una monarquía constitucional. Pero... Ay, marquesa, no sé si debo mencionároslo pero trataron de vos.

—¿De mí?... —repitió ella palideciendo.

—Se pronunció vuestro nombre, nombre que se utiliza mucho desde nuestro éxito en la batalla de Fontenoy, de modo que no se me ocurrió que pudiera tratarse de vos, pese a lo que se dijo de los perfumes.

—¿De los perfumes?

—Compusisteis uno con las esencias de mi hija, ¿no es así?

—En efecto.

—El príncipe lo reconoció de inmediato y pareció perder los estribos; repetía a su amigo Mahé que ese perfume era único. Os... intuía aquí, y sólo su amigo consiguió distraerle de ese pensamiento. Luego... Ay, ¿debo contároslo, señora? ¿No será desleal hacia él, puesto que no advertían en absoluto que yo estaba escuchando esa conversación, aunque hablaran a media voz?

—Barón, se trata de amor —respondió Victoire con tono sorprendentemente solemne—. De un amor compartido desde la infancia y muy desgraciado, como si todo y todos, desde siempre, conspiraran contra nosotros. Si, gracias a vos, pudiéramos por fin aproximarnos, mi agradecimiento, tan grande ya, se volvería infinito. ¿Debo suplicaros, señor?

—¡Claro que no!... Hablaron de una mujer y su amigo fue quien, una vez, nombró a «Victoire». El príncipe dijo entonces que os amaba, lo que, viendo su estado, no es discutible.

Ella apretó los puños hasta blanquearse los nudillos.

—Piensa aún en mí después de tantos años, me ama todavía, decís: ¡oh, soy la más feliz de las mujeres que nunca pisó esta tierra!

Bernardin des Essarts, marqués de La Mellerie, estaba haciendo la tercera guardia justo ante la puerta del molino cuyas aspas, atadas, le recordaban a un pájaro capturado por una red.

Todos los turnos de guardia son penosos: hay que mantenerlos ojos abiertos, escrutar las tinieblas y oír, a veces, los ronquidos de un camarada que te hacen sentir la dulzura de abandonarse al sueño, sobre todo con aquel agradable e incitante olor de harina.

Para muchos hombres, el último turno de guardia es el que más cuesta. Tal vez sea porque en ese turno se asiste al final de la noche y al nacimiento del día, y después ya no habrá sueño reparador sino, por el contrario, se partirá aún fatigado para cabalgar.

Una claridad lechosa perfilaba el horizonte del este, apuntaba el día, las sombras se alejaban de puntillas, las estrellas titilaban antes de desaparecer.

La Mellerie experimentó un sentimiento de satisfacción. Había sido una noche sin complicaciones, tras la de la víspera, muy corta y agitada. Sin embargo, había sentido cierto temor a dormir en un molino, aun muy aislado como aquél: graneros y molinos son los primeros lugares que visitan las patrullas de uno y otro bando. Pero, al leer el deseo de quedarse allí en los ojos de sus hombres, Valencey de Adana no se había opuesto a ello aunque prefiriese, y con mucho, el amparo de los bosques.

Por lo demás, dormían vestidos, sin ni siquiera quitarse las botas, con el arma al alcance de la mano... y no desensillaban a los caballos.

La Mellerie pensó en París, donde estaría muy pronto, y que no conocía. Luego, en su castillo cercano a Buisles-Baronnies. Según recientes noticias, sin duda facilitadas por aquel policía de elevado rango, Valencey de Adana le había informado de que la cuna de sus antepasados estaba intacta. Su «exilio voluntario» por solidaridad con el príncipe, su calidad de antiguo combatiente de la guerra de Independencia y el hecho de que combatiera en el mar por la República explicaba, sin duda, aquel tratamiento de favor.

Sus pensamientos regresaron a París. Ardía en deseos de mezclarse con el pueblo para pasear por los jardines de los Campos Elíseos. Soñaba también en sentarse a una mesa del Café de los Ciegos del que Saint-Frégant le había hablado: al parecer tocaba allí una orquesta de ocho músicos ciegos, con largas togas y sombreros puntiagudos. Saint-Frégant citaba también a Le Caveau, en el pasaje de Perron, abierto hasta las dos de la madrugada en las noches de verano, del Café de Foy, donde te recibían en unos soberbios jardines, por no hablar del Café Mécanique: en ese establecimiento, el moca llegaba a las tazas por el pie hueco de las mesitas.

Para vencer la somnolencia que hacía cerrar los ojos, pensó en el París popular que le gustaba a Mahé de Campagne-Ampillac, en aquellas casas con entramados en cuyas plantas bajas se abrían las tiendas de joyeros, de orfebres, de abanicos, de...

Escuchó un leve ruido, dio un respingo y se reprochó por haberse abandonado, de ese modo, a una duermevela. ¿Cuánto tiempo llevaba así?... Luego, en el lindero del bosque, descubrió dos sombras.

—¡A las armas!... ¡A las armas!... —aulló.

Como si estuviera esperando aquel grito, Valencey de Adana se presentó de inmediato a su lado, empuñando el fusil. Luego acudieron los demás.

Rodilla en tierra, con la culata del fusil apoyada en el hombro, los seis hombres aguardaban en línea, absolutamente inmóviles.

—¿Dónde?... —preguntó Valencey de Adana.

—En el lindero del bosque, al nordeste. He visto a dos.

—¿Republicanos o bandidos?

—Bandidos, sin uniforme.

En aquel instante, unos veinte hombres salieron del bosque aullando, corriendo en línea recta hacia el molino. Algunos iban armados con horcas y hachas.

A la primera salva, cayeron seis, y se advirtió cierta vacilación entre los asaltantes. Otros seis cayeron entonces, en cada caso con un agujero en la frente o en el ojo.

Los supervivientes retrocedieron. Pero nuevos vendeanos seguían apareciendo, mientras en el lindero del bosque permanecían: diez, quince, veinte... Llegaban sin cesar.

—Es una vanguardia. La tropa debe de ser numerosa: posición indefendible, señores. Los macutos y... a cabalgar, ¡no veo otra salida! —dijo Valencey de Adana, pues había captado la situación: los vendeanos estaban agrupándose, aguardando que llegaran más. Luego, cuando fueran cien o más aún, darían el asalto: una ola que lo barre todo sin que sea posible contenerla.

Se metió dos dedos en la boca y silbó, como se hace en los barrios populares... ¡y en la marina!

Los oficiales corrieron, sujetando a trancas y barrancas los macutos, y subieron de un brinco a sus caballos.

Los vendeanos dispararon, pero muy mal. Al acercarse a un cerro, Valencey de Adana, por gestos, indicó que se dividieran en dos grupos y aulló:

—¡Nonécourt!

Todos sabían dónde estaba aquella vieja abadía, medio en ruinas, en la que se habían citado en situaciones parecidas.

La división del grupo de fugitivos dejó perplejos, por unos instantes, a los vendeanos, pero por desgracia, aparecieron otros, bastante cerca, pues sus adversarios estaban llevando a cabo una maniobra de cerco cuando les sorprendió la rapidísima retirada de los oficiales de marina.

No tuvieron tiempo de consultarse: La Mellerie y Saint-Frégant partieron por el oeste del cerro, los demás por el este. En el último momento, Valencey de Adana se puso de pie sobre los estribos y comprobó que todos sus hombres seguían adelante. Llegó luego la separación.

* * *

Con el muslo quebrado por dos balas, La Mellerie cayó del caballo, una mala caída que le quebró la espalda.

Saint-Frégant había avanzado más de cien metros cuando, volviéndose, comprendió.

Su razón decía al barón de Saint-Frégant que nada podía hacer ya para socorrer a La Mellerie. El espíritu científico del brillante cirujano de *La Terpsichore*, antiguo corresponsal de la hasta entonces Sociedad Real de Medicina, sugería que sería más útil a la República espoleando su caballo lejos de aquellos campesinos fanáticos al servicio del oscurantismo de los curas y la tiranía de los déspotas. El francmasón que era le sugería que había que inventar un nuevo mundo muy lejos de aquellas tierras bárbaras.

—Ya no podré divertir a los marinos heridos mostrándoles hasta qué punto el lis tiene el pistilo en forma de verga de asno —murmuró, pues como oficial de marina, Saint-Frégant sabía que no podría vivir llevando en la conciencia el abandono de otro marino, de un camarada, de un amigo. Como republicano, no podría vivir ni un solo día de felicidad si abandonaba a unos brutos incultos un ser tan refinado como La Mellerie. Como francmasón, no pensaba construir nada permaneciendo sordo a los gritos de un hermano.

Regresó al paso de su caballo.

Dos oficiales vendeanos, con fajines blancos, habían impedido que sus hombres acabaran con La Mellerie, petrificado en el suelo. Miraban con curiosidad acercarse al republicano.

Cuando estuvo a unos quince metros, Saint-Frégant, apenas turbado por los fusiles que le apuntaban, bajó del caballo y desenfundó su sable.

—Pero ¿qué estáis haciendo, señor? —preguntó uno de los oficiales, sorprendido.

—Barón Florent de Saint-Frégant, cirujano a bordo de *La Terpsichore*. Señor, vengo a liberar a mi amigo Bernardin des Essarts, marqués de La Mellerie, oficial también a bordo de *La Terpsichore*.

Los dos vendeanos indicaron por señas a sus hombres que bajaran los fusiles; luego, en tono vacilante, el más joven preguntó:

—¿*La Terpsichore* es ese legendario bajel de la guerra de América que prosiguió solo, durante trece años, la guerra contra Inglaterra?

Saint-Frégant se inclinó levemente y, con mucha gracia.

—Me halaga mucho, señor, de que en vuestra sedición hayáis seguido nuestras peligrosas aventuras.

Los dos oficiales vendeanos se apartaron unos instantes para hablar entre sí. Fue una discusión bastante viva, aunque estuvieran de acuerdo en lo esencial: dos oficiales, aristócratas republicanos, marinos de *La Terpsichore*, aquel símbolo de libertad, la presa resultaba excepcional y era preciso agarrarlos vivos.

Adivinando el tema de la conversación, Saint-Frégant acabó con sus esperanzas:

—Señores, ataco pues para liberar a mi amigo. A sable, claro está.

Ante los casi paralizados vendeanos, Saint-Frégant, de un violento sablazo, mató al campesino más próximo.

Se entabló un combate sin esperanzas. Los ataques llegaban de todas partes, pero Saint-Frégant, sangrando, sólo cayó de rodillas al quinto sablazo.

Curiosamente, murió sin soltar una palabra pero con el aire preocupado, muy concentrado, como lo hubiera hecho un médico al descubrir una nueva plaga: su propia muerte, sin duda, y cuyos últimos efectos no podía advertir.

Sin ningún miramiento por su espalda rota, arrancándole un inhumano grito de dolor, colocaron a La Mellerie atravesado en un caballo.

El día se levantaba entre fulgores rojos, púrpuras y anaranjados...

Valencey de Adana no había esperado un día, ni siquiera una hora, en las ruinas de la abadía de Nonécourt. Conocía perfectamente a Saint-Frégant y a La Mellerie, excelentes jinetes ambos. Después de veinte minutos, ya le pareció suficiente y, con aire preocupado, dijo a sus tres compañeros:

—Ha ocurrido algo. Volvamos atrás por el camino que han debido de tomar.

Un sombrío pensamiento le puso el corazón en un puño. Por mucho que supiese, desde el primer instante, que aquella guerra sería ruinoso en vidas humanas, que la muerte haría grandes estragos entre sus amigos y que él mismo podía morir a cada instante, no dejaba por ello de sufrir profundamente.

Además, el sentido del honor o, con más exactitud, la ausencia de sentido del honor del adversario incrementaba su cólera. Aunque apreciara muy poco a los ingleses, por lo menos éstos observaban generalmente algunas reglas. No ocurría lo mismo con los generales vendeanos, con brutos como Stofflet, Marigny y Blacfort.

Sólo reconocía a los vendeanos una cualidad, su modo único de hacer la guerra: golpear, acosar, retirarse antes del enfrentamiento, utilizar ventajosamente el terreno, desgastando de ese modo a los buenos regimientos republicanos...

Por lo demás, le habían llamado a Francia porque él conocía perfectamente este tipo de guerra, al haberla practicado en el Nuevo Mundo contra los ingleses.

«¡Ojalá no les haya pasado nada enojoso!», se dijo Valencey de Adana sin acabar de creérselo. Cada minuto que transcurría sin que La Mellerie y Saint-Frégant aparecieran disminuía las posibilidades de volver a verlos vivos.

Valencey de Adana reprochaba al destino que se mostrase tan cruel: pero ¿cómo, sus amigos desaparecían precisamente cuando, conociendo las madrigueras de Blacfort, habiendo visto desfilar su «ejército», iba a dirigirse a París, a llamar a sus marinos que aguardaban en la isla de Aix y a ponerse en campaña con un regimiento de élite?... Era cruel, en efecto, pero la palabra no le pareció lo bastante fuerte.

No le sorprendió descubrir un cuerpo tendido junto al molino, medio desnudo y con los brazos en cruz. El zurrón había sido saqueado, unas cartas escritas con la hermosa caligrafía prieta del barón revoloteaban aquí y allá, su bolsa de cirujano estaba destrozada y los instrumentos, diseminados por la hierba.

Habían registrado el cuerpo, robado el tricornio y la levita de oficial con charreteras doradas, le habían vaciado los bolsillos.

—¡Los oficiales habrán entregado el cuerpo a sus hombres!... —observó con tristeza Dumesnil.

—¡Esos bandidos de la Vendée son perros rabiosos!... —exclamó colérico el comodoro O'Shea.

Valencey de Adana y Mahé se habían acucillado junto al cadáver.

—Cinco sablazos, ha muerto con bravura, ¡no merecía que trataran así su cadáver!... —advirtió Mahé.

Valencey de Adana ni siquiera respondió.

Utilizando los instrumentos quirúrgicos, los vendeanos habían mutilado las orejas y la nariz del barón de Saint-Frégant, hundiéndole la cachimba en el paladar. También habían cortado sus órganos sexuales.

Valencey de Adana se incorporó.

—Ayudadme a colocar su cuerpo atravesado en mi caballo y no perdamos tiempo: tal vez La Mellerie aún esté vivo.

Nadie preguntó cómo encontrarían al marqués, pues Valencey de Adana estaba buscando ya detrás de cada matorral, de cada espesura. Formado por los indios mayas y bravos, estaba siguiendo la pista y era un poco como si los vendeanos, por mucha prudencia que manifestasen, hubieran dejado tras ellos un camino indicado con flechas.

* * *

—¿Tenéis la certeza, barón?

El señor de Penchemel observó con indulgencia a la joven marquesa.

—El correo es rápido. Cartas y gacetas de París llegan con celeridad.

—¡Aún no lo bastante!

El barón se volvió hacia Jean-Baptiste.

—Puesto que no estabais presente al comienzo de esta conversación, voy a exponeros los dos puntos de vista. La opinión de la marquesa es que debéis lanzaros de inmediato a los caminos, como ciegos, para buscar al príncipe de Adana..., quien, precisamente, parece evitar los caminos. Haciéndolo, os exponéis a toda clase de encuentros funestos, lo que multiplica riesgos y peligros pues estimo que, hasta ahora, la suerte ha estado de vuestro lado.

—¿Por qué, entonces, va a abandonarnos esta suerte?... —respondió Victoire, no sin cierta malicia.

—A la suerte no le gusta que hagan sonar, en exceso, su campanilla.

—Eso es una suposición, barón.

El barón suspiró y se dirigió de nuevo al joven, muy halagado de que le colocaran en la posición del árbitro, de modo que escuchaba con atención, decidido a justificar la confianza que depositaban en él.

—Dado que poseo cierta experiencia militar, creo que el príncipe de Adana ha efectuado un largo y minucioso reconocimiento. Es un hombre demasiado inteligente para querer combatir, siendo seis, contra el ejército de Blacfort... Lo espolea, prueba sus defensas y no cabe duda de que, cuando se haya hecho ya una idea, se dirigirá a

París —dijo el barón, a quien no le pareció necesario confesar que había revelado a Valencey de Adana la principal madriguera de Blacfort.

—¿Qué va a hacer allí?... —preguntó Victoire.

—Yo nada sé, no hago más que formular hipótesis como antiguo militar y hombre de cierta edad.

—No me respondéis en absoluto...

—Seguramente, es probable que redacte un informe para el Comité de Salvación Pública.

—¿Y qué sucederá entonces?... —preguntó Victoire, sin darse cuenta de que, a su modo, estaba acosando al barón de Penchemel, decididamente un hombre de infinita paciencia.

—He pensado en ello. Si yo fuera Saint-Just, ofrecería sin vacilar al príncipe una tropa especializada en este tipo de guerra. Pero, cómo formarla, es algo que desconozco. —Sonrió y, luego, prosiguió—: En todo caso, en cuanto llegue a la capital nada podrá acallar las gacetas. El regreso a París del príncipe de Adana, tras trece años de exilio, será un acontecimiento que apasionará en Francia, e incluso en el extranjero. Y enseguida nos enteraremos. Entonces, por el camino más corto, os será fácil llegar a París.

Con aspecto desolado, Jean-Baptiste se volvió hacia Victoire:

—Señora marquesa...

—¡«Ciudadana», o lograrás que nos agarren!

—Ciudadana, el señor barón tiene razón. Si queréis volver a ver al príncipe, éste es el medio más seguro.

—Pero tal vez también el más largo.

—¿Tan desagradable os resulta mi compañía?... —preguntó el barón.

Ella le sonrió.

—De acuerdo, aguardaré en vuestra casa, barón, pero algún día os devolveré esta invitación en mi castillo.

—¡Será un gran placer!... —dijo, al tiempo que veía llegar a unos veinte hombres del pueblo.

Suspiró, pues era preciso abrir de nuevo la fosa y cubrir con cal viva los cuerpos de los cincuenta y dos vendeanos, para evitar la hediondez y los riesgos de epidemia.

Para librarla de aquella molestia, el señor de Penchemel invitó a la marquesa a un largo paseo, aduciendo que quería mostrarle sus tierras.

* * *

Le encontraron por fin, contra el muro de una pequeña iglesia. Fusilado, y atado todavía a unas parihuelas, el cuerpo de La Mellerie no había sufrido los mismos ultrajes que el del señor de Saint-Frégant. Sin embargo, la boca sangraba. Al fijarse

bien, advirtieron que le habían cortado la lengua. Tendieron las parihuelas y desataron las cuerdas.

Valencey de Adana cerró los ojos de La Mellerie y palparon su cadáver. La espalda estaba rota.

—Él mismo se ha cortado la lengua, debían de torturarlo golpeándole la espalda quebrada para hacerle hablar... —dijo tristemente O'Shea.

Aquella técnica, que implicaba un gran valor, era empleada por los agentes americanos capturados por los ingleses. Para no hablar bajo la tortura, el agente sacaba la lengua tanto como le era posible y se propinaba un fuerte puñetazo bajo el mentón; ésta quedaba limpiamente cortada, pero era un acto de heroísmo.

Colocaron el cuerpo de La Mellerie atravesado en el caballo de Mahé. Luego, los cuatro hombres entraron en el pueblo cercano al paso de sus caballos, dos de los cuales transportaban cadáveres.

Les recibió un profundo silencio. Puertas y ventanas se cerraban a su paso. Ninguna bandera tricolor, ni la menor decoración que indicara cierta simpatía por la República.

Al oír el ruido de los cascos, un joven oficial vendeano, con el fajín blanco a la cintura, salió con aire alegre de una casa. Tomando una de las cuatro pistolas que llevaba al cinto, Valencey de Adana fue más rápido: su bala reventó la rodilla derecha del joven, que se desplomó de inmediato.

Con su estilo único, que los franceses ni siquiera intentaban imitar, el americano John O'Shea saltó del caballo, desarmó al oficial y puso el cañón de su pistola en la sien del vendeano.

Yacía en el barro, haciendo muecas de dolor. La frialdad de los cuatro oficiales con escarapelas tricolores, a la que se unía la sensación de fuerza que de ellos emanaba, acabó con su primera decisión de no ayudarles y, muy al contrario, mentir para que se extraviaran si le preguntaban.

Explicó con muchos detalles la caída del caballo de La Mellerie, el sorprendente regreso de Saint-Frégant, empuñando el sable, y que había muerto, sin sufrir, de varios sablazos. Turbado, afirmó que las mutilaciones eran obra de «groseros campesinos». Sobre la muerte de La Mellerie, afirmó que éste había gritado: «¡Viva la República!... ¡Viva la nación!...», antes de cortarse la lengua. Afirmó no estar al corriente de las torturas...

Dumesnil, al salir de la casa donde poco antes se hallara el oficial vendeano, empujó ante él a una joven campesina, bastante hermosa, pero mal vestida y muy atemorizada.

—¿Es ésta la causa de tu presencia en la casa?... —preguntó Valencey de Adana con tono frío.

—Me he demorado aquí, convencido de que alcanzaría a los demás pues mi caballo es muy rápido. —Cambió de tono, artificiosamente alegre de pronto, y añadió, abúlico, señalando a la muchacha—: Tiene un culo bastante hermoso pero es

muy sucia.

Desafortunadas palabras que no provocaron el efecto deseado; Valencey de Adana y Mahé se miraron. No les gustaba que se hablase así de las mujeres y aunque, para apaciguar sus instintos, Valencey de Adana hubiese conocido antaño unas raras y breves aventuras con sirvientas, siempre las había tratado, incluso en público, con respeto y las mayores consideraciones.

—¡Tu alma sí que está sucia!... —respondió Mahé en un tono que no traslucía su cólera.

—¿Cuántos sois?... ¿De dónde venis?... ¿Adónde vais?

Las tres preguntas de Valencey de Adana restallaron mientras O'Shea aumentaba la presión de su arma sobre la sien del oficial vendeano.

—¿Respetaréis mi vida?

—Sabes, como yo, que es imposible; conoces ahora demasiadas cosas. Pero podrás elegir tu muerte y respetaremos tu cuerpo, como solemos hacer.

—¡Entonces, no hablaré!... —se empecinó el vendeano.

Con un rápido gesto, Dumesnil le rompió la mano de un culatazo ante la desaprobadora mirada de su jefe. Luego, sonriendo con perfidia, apretó con fuerza aquella mano lastimada. Todos aquellos huesecillos rotos al penetrar en sus carnes le arrancaron al oficial un aullido de dolor.

—¿Sabes?... Con este juegucito puedes sufrir una barbaridad... —sugirió O'Shea fingiendo gran indiferencia.

—Ay, de acuerdo, hablaré. Somos trescientos y venimos del norte de la Vendée para incorporarnos al ejército Blacfort.

—¿Dónde?

—Yo... Si quisiera engañaros, diría que en el bosque de Maulévrier, pues recibimos la consigna de propagar ese rumor. Pero lo hemos dejado atrás hace ya mucho tiempo. La orden es de dirigirnos al sur, de bosque en bosque.

—En tus ojos veo que intentas engañarme. ¿Hay algo más?... ¿Qué estás ocultándome?

—Esperamos, para nuestra ofensiva, quinientos hombres de Bretaña, chuanes, todos voluntarios.

—¿Tenéis cañones?

—Sólo dos.

—¿Y los chuanes?

—Lo ignoro.

Mahé llevó a un lado a Valencey de Adana.

—Es muy grave, así serán dos mil. Es el doble de la cantidad de Gréville. ¿Qué vas a hacer?

El comandante de *La Terpsichore* se encogió de hombros. Escuchó, vagamente, que la muchacha decía a Dumesnil:

—Tengo algo que enseñaros, señor oficial.

Mahé, distraído también unos instantes, preguntó:

—¿De modo que no modificamos en nada nuestros proyectos?

—No. Por el momento al menos.

Con aire grave, y con la muchacha pisándole los talones, Dumesnil regresó con una charretera de oficial republicano en la mano:

—De Saint-Frégant. Su charretera estaba atada a la cola del caballo de ese bribón —dijo.

Los cuatro hombres lanzaron al vendeano unas miradas tan despectivas, que éste se tapó los ojos con la mano sana, sin oír siquiera a la muchacha, que le susurraba:

—No hubierais debido hablar así de mi culo, pues bien que lo habéis empitonado, monseñor... ¡Vos, un oficial, un gentilhomme!

Muy fatigado de pronto, Valencey de Adana se enfrentó a Dumesnil, que estaba desenfundando un afilado cuchillo mientras decía:

—¡Voy a cortar unas charreteras en la carne de sus hombros!

—¡Le hemos dado nuestra palabra!... —gruñó con frialdad Valencey de Adana, en un tono que no admitía discusión.

—La bala pasará del ojo al cerebro, no sentirás nada —dijo O'Shea, que no se había movido, al vendeano.

El vendeano, cuyos párpados temblaban como alas de mariposa, agachó la cabeza llorando.

La decisión de O'Shea se vio debilitada dada la gran compasión que le inspiraba el hombre, igual que sucedía a Mahé y a Valencey de Adana, pues a la espera de la bala el miedo le confería un rostro infantil.

Hastiado, Dumesnil desenfundó su pistola y apuntó, pero la mano de su jefe le hizo bajar el brazo.

—Que el diablo se lo lleve, no somos del tipo de hombres que matan incluso cuando la cosa se torna imposible.

Mahé agarró al joven del pelo y le levantó la cabeza.

—Tienes mucha suerte, no abuses de ella: emigra a Coblenza con la gente de tu ralea, no estás hecho para esta guerra.

—¿Y nosotros, señor hermano mío?... —preguntó Valencey de Adana con amargura.

Aquel gran pueblo que parecía muerto preocupaba a Valencey de Adana, que se olía alguna trampa, sospecha reforzada por la ausencia de cualquier decoración republicana.

Al acercarse a una iglesia más importante que la primera empezó a comprender: se oían cantos litúrgicos. Detuvo a un muchacho poco temeroso que corría hacia el edificio religioso.

—Apostaría que está celebrándose una boda, ¿no es así?

—Es una boda, sí, señor oficial de los patanes, creo que la Celeste y el Antonin.

—Pero ¿cómo, no lo sabes?

—Yo estaba en el campo. Me ha avisado mi amigo Toinou. La boda no estaba prevista.

Valencey de Adana le dejó marchar.

—Ésta es una boda organizada con mucha rapidez —aseguró volviéndose hacia sus compañeros—. Todos deben conocer los acontecimientos recientes, como han debido de recibir con los brazos abiertos a los bandidos de la Vendée que los han precedido. Mirad a vuestro alrededor, hemos conocido pueblos mucho más orgullosos de festejar la República.

Y todos recordaron lugares donde la alegría tenía libre curso, siendo pretexto para un festejo popular: toneles abiertos, guirnaldas tricolores, violines, danza alrededor del «Árbol de la Libertad», la otra Vendée.

Mahé asintió con la cabeza.

—Creo que tienes razón. Nuestra aproximación les ha engañado, han creído ver a los exploradores de un regimiento republicano al completo. Refugiándose en la iglesia con un buen pretexto, creían escapar a las explicaciones.

—Pues bueno, invitémonos a la boda... —soltó Valencey de Adana.

Ataron los caballos pero la visión de los cuerpos de sus dos camaradas les hizo montar en cólera. Abrieron con violencia las puertas cerradas y, sujetando cada uno de los marinos dos pistolas, avanzaron hacia el altar, donde una pareja, sin duda improvisada, aguardaba la bendición del sacerdote. Los cantos cesaron poco a poco y muy pronto sólo se oyó ya el ruido de las botas en las gastadas losas.

El alcalde se presentó, rayando en la insolencia, pero Valencey de Adana fingió no darse cuenta de nada.

—Tal vez te sorprenda, pero adoro las bodas ciudadano. ¡Proseguid!

—No estáis invitado, señor.

Aquella respuesta clarificaba las cosas: el «señor» respondía al «ciudadano», el «vos» al «tú».

—Es de todo punto lamentable, pero en cualquier caso nos invitaremos. A menos que tú o alguien más pretenda impedirnoslo.

Eran más de un centenar de hombres y mujeres. Miradas coléricas, frentes bajas y estrechas, un sordo rumor que hablaba de los «azules» y de los «patanes» y un aire de estupidez general flotaba en el lugar. Valencey de Adana se estremeció al pensar que Victoire, «su querida alma», estaba en manos de semejante gente.

Dumesnil, que no sentía el menor respeto por las iglesias, disparó al aire.

Se oyó la palabra «sacrilegio», pero cuando el contraamaestre apuntó a la cabeza de un burgués, se hizo el silencio.

—¡Tú, prosigue el oficio!... —ordenó Valencey de Adana al sacerdote, del que hubiera apostado que no era «jurador» sino «refractario».

Olvidando lo que hacía allí, intentando inconscientemente castigar a aquel pueblo hostil donde habían fusilado a su amigo Bernardin des Essarts de La Mellerie, olvidándose incluso de sus amigos, Valencey de Adana contempló con emoción a la novia.

Salvo por los grandes ojos azules, carecía de hermosura, pues era demasiado grande, con la tez rojiza, el pelo lacio y estropajoso, pero el modo como contemplaba a su futuro marido la volvía, a ratos, muy bella. Más joven que ella, no podía negarse al futuro esposo un evidente encanto y una altiva prestancia.

Imaginándose a menudo lo peor, colocándose por instinto junto a aquellos a quienes se humillaba o a quienes creía destinados a sufrir, Valencey de Adana esperó que, terminada la ceremonia, no arrebatrían a la muchacha su apuesto pretendiente.

La presencia de los oficiales republicanos debió de persuadir al cura de acelerar las cosas, pues se equivocó con el latín, algo que Valencey de Adana, que de niño versificaba ya como un virtuoso en esa lengua muerta, no dejó de observar. Siempre con la misma celeridad que ponía, ahora, para terminar lo antes posible, el cura llegó al intercambio de anillos. El hombre tuvo derecho a un anillo de oro, la mujer, curiosamente, a un anillo de paja trenzada.

—¿Qué es esto? —preguntó Valencey de Adana, interrumpiendo con un gesto al sacerdote.

—Pues... un anillo de paja. Es que la mujer no llega virgen al matrimonio.

Volviéndose, cruelmente, el alcalde puso al público por testigo:

—Y varios, aquí, podrían asegurarlo.

Rieron ruidosamente, incluso el cura. Y también «el marido». Y asimismo la pobre muchacha, más colorada que nunca, pues tomó, ante el espectáculo la decisión de no rebelarse sino, por el contrario, reírse de sí misma, pactar con sus torturadores con la esperanza, tal vez, de lograr su indulgencia —aunque sus ojos de un azul de loca se ensombrecieran con un velo de angustia absoluta.

Para Valencey de Adana aquello resultó excesivo, mil veces excesivo: ¿qué mundo se podía construir con gente tan dura, tan desprovista de sensibilidad, de fraternidad, de compasión? Y todo aquello sucedía en una iglesia donde, al parecer, se

predica el amor al prójimo.

Tomó al cura por el cuello de la casulla.

—¡Explícate en vez de reír!

El sacerdote dejó de sonreír rápidamente, pues el puño del oficial le pareció de acero.

—Es una vieja costumbre la que aplico hoy, señor. El anillo de paja en la boda debe recordar a la pecadora la fragilidad de los vínculos establecidos al margen de nuestra santa madre Iglesia.

Valencey de Adana señaló al marido, empujándole con un duro golpe de hombro.

—Y éste, el guapo cretino, ¿llega virgen al matrimonio? —Sin aguardar respuesta, Valencey de Adana abofeteó al cura y, puestos ya a distribuir, prosiguió soltando algunos sopapos al marido y al alcalde, a quien apostrofó—: ¿Dónde está tu esposa, basura?

El alcalde, que mostraba en su mejilla de gran ardilla blanca la huella roja de cinco dedos, señaló a una mujer muy corpulenta.

—¡Dame su anillo!... —ordenó el comandante de *La Terpsichore* dirigiéndose a Dumesnil.

Éste, encantado por el cariz que estaban tomando los acontecimientos, se plantó ante la mujer.

—¡Bueno, estoy esperando, ciudadana!

La mujer, sin convicción, tiró del anillo.

—Es que... hace muchos años que lo llevo en el dedo, señor, y hoy no puedo quitármelo ya.

Dumesnil, que se sentía en la gloria en aquel lugar que le estaba dedicado, se mostró muy comprensivo.

—La cosa no es grave, ciudadana, yo la remediaré.

Acto seguido, Dumesnil empuñaba un puñal. Entonces, la esposa del alcalde se quitó rápidamente el anillo mientras Mahé advertía, en un tono tranquilo e irónico:

—¡Caramba, un milagro!

—¡Termina de una vez! —ordenó Valencey de Adana entregando el anillo de oro al cura.

El desenlace fue muy rápido. Sin embargo, Valencey de Adana ordenó a los presentes que no volvieran a sentarse:

—Y ahora una cosa más. Como comandante de navío, tengo autoridad para celebrar bodas, de modo que ahora lo haremos a mi estilo, para reforzar la otra: ante mí, Valencey de Adana, ¿aceptas, Celeste, tomar a Antonin por esposo?

—Sí, señor oficial.

—Y tú, Antonin, ¿aceptas tomar a Celeste como esposa?

—Pero... me habían dicho...

La hoja del puñal de Dumesnil hizo cosquillas en el bajo vientre del muchacho.

—Acepto.

—Estáis unidos. Sed felices y servid siempre a la República, una e indivisible, que expulsó a los déspotas y a los bandidos coronados. —Y volviéndose hacia los fieles—: Todos, aquí, me respondéis con vuestra cabeza de que este matrimonio sea feliz. ¡Tú!... ¡Tú!... ¡Y sobre todo, tú!... —dijo señalando sucesivamente, con imperioso dedo, al cura, al alcalde y al marido.

Por lo que a este último se refiere, Dumesnil le pellizcó dulcemente la barbilla.

—¡Respondes de su felicidad con tus cojones, ciudadano!

Salieron en un absoluto silencio y, mientras discutían sobre lo que debían hacer a continuación, pues a Valencey de Adana le repugnaba enterrar a La Mellerie y Saint-Frégant en un lugar tan hostil, los feligreses abandonaron la iglesia y se dispersaron como una bandada de gorriones.

Celeste se acercó a Valencey de Adana.

—Gracias, monseñor, pero no merezco en absoluto tanta bondad.

—Pues yo digo que sí, ciudadana. Ay, ¿acaso quieres contrariarme también?... —preguntó fingiendo una cólera que a ella no le engañó. Prosiguió—: Pero tal vez tú también puedas ayudarme... ¿No hay por aquí un pueblo más acogedor para la República?

—A dos leguas de aquí, monseñor, tan azul y patán como éste es blanco y monárquico.

Poco después, Valencey de Adana daba tres órdenes.

Dumesnil entró en casa del panadero, tomó un pan largo de seis libras y uno redondo de ocho. Con la mano en la empuñadura del sable y aspecto enojado, preguntó el precio, escupiendo literalmente las palabras.

Se los regalaron apresuradamente.

O'Shea descubrió en un granero un carro de plataforma. El propietario se mostró tan desagradable que el americano no lo pagó y requisó el artilugio. Unció su propio caballo y el de un oficial vendeano, herido y respetado.

Mahé, por su parte, cumpliendo la tercera orden, se dirigió a casa del alcalde y tomó autoritariamente dos grandes banderas tricolores, asegurando:

—Ya que no las usas, se las arrebataré a las arañas...

* * *

Hacia la una de la tarde llegaron a una aldea amiga donde hombres y mujeres, estupefactos, se descubrieron al paso de los cuatro.

Con el caballo al paso lento, Valencey de Adana encabezaba la marcha, seguido por Mahé, y Dumesnil la cerraba, siguiendo de cerca al carro con dos caballos que conducía John O'Shea.

En la plataforma del carro, aunque fueran envueltos en grandes banderas tricolores de las que sobresalían dos pares de botas, se reconocía la forma de los

cuerpos.

El espectáculo no carecía de belleza ni de solemnidad. El atuendo de los jinetes, oficiales de marina de impecables uniformes, sorprendió: nunca se los había visto por allí, pero de la escarapela tricolor en los tricornos se deducía que eran tropas amigas.

En cuanto se informó al alcalde, y mientras algunos lanzaban gritos de odio contra los bandidos al ver el rostro mutilado de Saint-Frégant, tuvieron que rechazar a algunos sepultureros pues se presentaron muchos voluntarios.

Excavaron la tumba al pie de un gran sauce, el más hermoso lugar del cementerio contiguo a una pequeña iglesia abandonada.

Valencey de Adana tuvo que discutir con el alcalde, que quería donarlo todo, para que aceptase algo de oro con el fin de grabar unas losas sepulcrales donde figuraran los nombres completos, los títulos y las menciones «Oficiales de marina muertos al servicio de la República» y «Antiguos voluntarios de la guerra de la Independencia americana».

Se añadiría un símbolo masónico, a discreción del alcalde que pertenecía, también, a una logia.

Luego, la población entera desfiló en cortejo patriótico: los ancianos, con la frente ceñida por coronas de laurel, las mujeres, tocadas con el gorro rojo, dos bueyes adornados con cintas tricolores tirando de una pequeña carreta en la que se veían las tablas de la ley, algunos miembros de las secciones, en zuecos o descalzos, aunque armados con picas, jóvenes que portaban las parihuelas con el busto de Maras y una maqueta de la Bastilla.

Aquello era de gran ingenuidad, conmovedor, profundo, sincero.

El momento más emocionante llegó cuando dieron tierra a los ataúdes fabricados a toda prisa y cubiertos, aún, con las grandes banderas tricolores.

No es seguro que los cuatro oficiales de marina no lloraran, pero todos, allí, daban muestras de tanto pudor y tanta abnegación a la causa del pueblo, que nunca se supo.

Nombrados ciudadanos de honor, los cuatro marinos prometieron volver tras la pacificación a aquella Vendée republicana, injustamente eclipsada por la de los curas refractarios y los liberticidas.

Les costó un poco rechazar la hospitalidad que les ofrecían. Y se equivocaron pues, aquella misma noche, dormirían en prisión, destinados al cadalso...

Pierre-François Gréville miró a la hermosa Léonore, joven viuda de veinticinco años que vivía en el apartamento del maestro de espías, Francis William Dawson.

Rozaba casi la mentira decirle al inglés que la joven había enviudado de un miembro de la cuadrilla, por lo demás sargento de la guardia nacional. Era realmente viuda, sí, pero de un jovencísimo oficial de la policía secreta. Descubierta por Gréville en el entierro de su esposo, rechazó su ofrecimiento de trabajar para el servicio y se hizo —pues también eso era verdad— florista.

Tras algunos meses, harta de que se interesaran más por su cuerpo y su hermoso palmito que por sus ramilletes, fue a buscar a Gréville, que no había variado en absoluto de opinión y la reclutó de inmediato para la policía secreta.

Se llamaba realmente Léonore, y el apellido de su difunto esposo, Letessier, no había sido un invento: mezclar lo falso y lo verdadero era uno más, entre muchos otros, de los métodos de trabajo de la policía de élite.

—Bueno, ¿y tu viejo inglés, ciudadana?

—Con sesenta y tres años no se es tan viejo.

—¡Sobre todo cuando una tiene veinticinco!... —respondió irónicamente Gréville.

Se hizo un breve silencio y Gréville, viendo lo que se esbozaba ante él, decidió divertirse un poco más pues su humor, en consonancia con la magnífica jornada de primavera, oscilaba entre una difusa alegría y un optimismo muy arraigado en su naturaleza.

—¿Sigue comiendo tanto?

La muchacha contuvo un suspiro.

—Algo menos. Y le llevo a los baños públicos, le obligo a caminar y, salvo cuando cenamos, a beber más té que cerveza o vino. Se adelgaza y debe comprar pantalones y calzones más estrechos.

—Demonios, no nos lo cambies demasiado, sin embargo, o nuestros agentes lo perderán de vista por las buenas.

Como hombre tan perspicaz que era, Gréville se dio cuenta de que debía abandonar un tono que, por muy divertido que fuera, no se adecuaba a la situación.

—Léonore, nuestro oficio es muy extraño y cruel en algunos aspectos —dijo escogiendo sutilmente sus palabras e inclinándose hacia la joven—. Una de las vocaciones de la policía secreta es penetrar en la intimidad de la gente, ganarse su confianza, incluso su amistad... incluso su amor, para acabar entregándola a los jueces que se la pasan a Sanson para que la mande a la pequeña gatera^[13]. Tal comportamiento sería realmente repugnante, por nuestra parte, si no existiera algo

que lo justifica cien veces: atractivos o no, encantadores, generosos, divertidos o lo que se quiera, son enemigos de la República y, por tanto, deben responder de sus conspiraciones, de sus crímenes contra la nación. Amamos a esa República aunque, a veces, se equivoque y se muestre injusta. No hay alternativa: la República o el regreso de los Borbones en el equipaje de los ejércitos extranjeros.

Ella asintió con la cabeza.

—Tienes razón, ciudadano Gréville. Como siempre.

Él se relajó y alisó algunos papeles que había en la mesa que los separaba.

—Háblame de él, del hombre, pues debo conocerle: es un grandísimo enemigo de Francia.

—¿Cómo debo hablarte de él, ciudadano?

—Como te parezca. ¿Cuál es su carácter, hasta dónde ha llegado contigo, qué piensa de la Revolución?... Luego, trataremos del asunto del servicio con respecto a él. Luego.

—Está siempre de buen humor y, al inicio —dijo ella tras reflexionar un instante—, antes de conocerle mejor, me divertía pensando que era el tipo de hombre que subiría al cadalso cantando una de esas hermosas melodías de la marina inglesa que tan bien conoce.

—¿Cree en esa fábula de que te predijeron que te casarías con el primer inglés que conocieras?

—¡Por desgracia, sí!

—Está bien, prosigue.

—¿Sabes?, ciudadano, las mujeres, creo que todas las mujeres, a menudo son sensibles a eso: a que un hombre cuyo deseo es evidente nunca diga una palabra o haga un gesto que esté fuera de lugar. Dawson me respeta, y sé que me ama.

—Cuidado, Léonore, no lo mezcles todo: ¿te ama o te desea?

—Me desea y me ama. Su amor se basa en ese deseo que tan bien sabe dominar. Nunca ha cruzado el umbral de mi habitación. En los baños públicos, me equivoqué adrede y fui al apartado reservado a los hombres. No había avanzado ni cinco metros cuando no podía ya contar las manos que se posaban en mis pechos y nalgas. Al verme, Dawson acudió con una toalla y me cubrió delicadamente, sin ni siquiera rozarme, antes de acompañarme a la parte de las mujeres.

Gréville, que escuchaba con atención, asintió con la cabeza varias veces.

—¡Excelente!... No lo hiciste con ese fin pero ahora que ya ha visto tu cuerpo desnudo, estará sin duda bien pillado.

Una expresión de incompreensión apareció por un instante en el rostro de Léonore que, sin embargo, prosiguió:

—Se niega a que yo cocine, de modo que cenamos siempre en la taberna o llama a un restaurador. Como sabe que me gustan, todos los días manda traer flores frescas. Es muy difícil, ciudadanos, no sentirse turbada ante tantos miramientos.

—Me lo imagino, Léonore, y eso aumenta a mis ojos tus méritos. ¿Qué dice de

París y de la Revolución?

La joven, aunque lo disimulara, se sintió encantada de que Gréville llevase la conversación por otros derroteros, que cambiara de tema.

—Sospecho que los aprecia a ambos, ciudadano. Por lo que a París se refiere, no lo oculta. En lo de la Revolución, es más discreto, hace ligeras alusiones. El otro día estaban guillotinando a un duque y Francis... Perdón, Dawson...

—Por favor, Léonore, viviendo a su lado es muy natural que le llames Francis —la interrumpió Gréville.

—Al saber la muerte de aquel gran duque —prosiguió ella—, se le escapó: «Ay, ¿por qué no podemos beneficiarnos de una guillotina en el puente de Londres, aunque sólo fuera durante dos días?». La libertad, o tal vez mejor el descubrimiento de ésta por todo un pueblo, explica a su entender los excesos. Dijo exactamente: «Nunca acabaremos de conocer la magnitud de lo que la libertad ofrece». El veinticuatro de marzo asistió a la ejecución de Hébert y los hebertistas, aunque no le gusta presenciar las ejecuciones y detesta a quienes acuden por gusto.

—Caramba, caramba... ¿Por qué iría a ver a Hébert cuando puso la cabeza en el tragaluz?

—Sí claro. Pareció molesto cuando le reproché que contemplara semejante espectáculo. Me respondió de un modo extraño: «Hébert es uno de los principales jefes de la Revolución, y se lo debo».

Gréville sonrió.

—Nada raro hay en este asunto. El gobierno inglés es bastante sutil, pues había comprendido que Robespierre y los suyos tendrían que prescindir de ultrarrevolucionarios como Hébert, que creía que nunca se guillotinaría bastante... Ya tienen lo suyo, por lo demás... Ahora, está ante Danton y sus diputados, llamados «los indulgentes», para quienes se guillotina en exceso y que creen que la Revolución debe terminar. Es el segundo cara a cara que todos aguardan. Tu Dawson es muy hábil.

—Comprendo mejor, en efecto, su interés... De todas formas, la ceremonia le provoca náuseas.

—Explícate.

La joven pareció vacilar:

—Creo que Francis debe escribir un informe sobre las ejecuciones —dijo al fin—, he descubierto algunas notas al respecto. Fue a ver al Tribunal revolucionario, en la gran cámara de palacio, y sabe que, desde allí, se traslada a los condenados a la Conserjería. Anotó que los ayudantes de Sanson abren los cuellos de las camisas y cortan el pelo en la nuca, que revenden a los peluqueros si se trata de cabello de mujer. Sabe que los condenados atraviesan la sala de la garita y salen de la escribanía por el patio de Mayo. Observó que, rapados, despechugados, con las manos atadas a la espalda, los empujan con dureza hasta las carretas que conducen al lugar de ejecución, entre los abucheos de la multitud y de lo que él llama «las furias de la

guillotina». Lo anota absolutamente todo. Incluso ha ido a observar las prisiones.

—¿Cuáles?... —preguntó Gréville.

—Además de la Conserjería, junto al Palacio de Justicia, el Luxembourg y aquel antiguo convento...

—¿Sainte-Pélagie?

—Eso es. También anota los desplazamientos de la guillotina al atravesar París, de un barrio a otro.

—¿Qué opinión te merece todo eso, ciudadana?

—No actuaría de otro modo si tuviera que pensar en una evasión, en arrancar a alguien de la muerte entre la prisión y la guillotina —repuso ella con convicción.

—Razonas con inteligencia, ciudadana. ¿Y revelan algo más sus notas?

—Asuntos muy variados, sin relación entre sí. Por ejemplo, que en París y en las comunas circunvecinas, existen tres mil molinos de agua y mil de viento. Por lo demás, con el pretexto de dar un paseo, fue a ver los del Mont-Parnasse, Montmartre y Monsouris.

—Disposiciones que deben tomarse, en caso de invasión inglesa, para hambrear París. Es muy previsor.

—Anotó también que, a pesar del Terror, siguen celebrándose fiestas lujosas, bailes, conciertos y galas. No... no lo comprendo.

—Es muy agudo: localiza a los corruptos, los podridos, los que pueden comprarse. El tal Dawson es, decididamente, temible. ¿Algo más?

—Anotó que, en las callejas, los olores a cebolla frita y a arenques que cuelgan, en ristras, de los puestos de los mercaderes han sustituido los olores a pastelería y pollos asados al espetón.

—Evalúa la moral de la población parisina.

—Nada más, ciudadano, salvo que me hizo un regalo —dijo, y acto seguido se desprendió del cuello de su vestido una cadenilla de oro de la que pendía una piedra—. Una joya... —Tiró levemente de la cadena para contemplarla—: Un medallón en piedra pulida de la Bastilla en cuyo centro, como puedes ver, está escrita la palabra LIBERTAD con pequeños diamantes.

—Es una joya muy hermosa y complace que esta lujosa piedra de la Bastilla te haya sido ofrecida por el jefe de los espías de Jorge tercero de Inglaterra. Conserva este regalo, ciudadana, al servicio no le interesan en absoluto esas futilidades.

Encantada por no tener que separarse de tan original joya, se levantó al mismo tiempo que Gréville, que la acompañó.

Una vez solo en su despacho, el jefe de la policía secreta estiró las piernas bajo la mesa de madera preciosa y cruzó las manos detrás de la nuca contemplando el techo.

La aptitud de su adversario lo halagaba, pero no se entretuvo en ello, sino que pasó a juzgar con frialdad las cosas. Según los indicios, Dawson estaba en su apogeo: había descubierto el amor platónico de momento, y recogido una verdadera cosecha de informaciones.

Sería preciso pues golpear con mucha fuerza. Llamó a un secretario y le entregó una lista de seis nombres, los agentes franceses de Dawson.

—Que detengan a estos hombres y los incomuniquen.

De nuevo solo, Gréville sonrió y se frotó con energía las manos.

—Os sentiréis de pronto muy solo señor Dawson. Sin embargo, os dejaré una puerta entornada...

Tomó un delgado informe y lo hojeó con perezoso dedo. En él se hablaba de un belga, capitán de un navío mercante, llamado Van Eyck. Aquel hombre resultaba ser la pieza más valiosa del dispositivo de Dawson en Francia pues, con el pretexto de cabotaje, transportaba los informes del jefe de espías de Francia a Inglaterra. Por lo demás, debido a sus idas y venidas entre Bélgica y París, se había vuelto sospechoso. Detenido, el belga se había visto obligado a pasar toda una jornada en la barrera del «Trono derribado». Como habían instalado allí la guillotina, vio caer treinta cabezas, una tras otra.

Desde entonces, Van Eyck trabajaba para Gréville, sin dejar de percibir, no obstante, lo que Dawson le destinaba. De modo que sus rentas se habían doblado mientras que los riesgos, en esa nación «amiga» en que se había convertido la Francia de Gréville, ya no existían.

Gréville se levantó, decidido a que le diera un poco el aire en aquella magnífica jornada. Se puso su sombrero negro con escarapela tricolor y dedicó un instante al recuerdo del general republicano Weismann, a quien, según un despacho, acababan de matar en Vendée. De pronto, pensó en Valencey de Adana, del que esperaba recibir noticias dentro de poco.

Y en eso, por una vez, se equivocaba mucho.

FINALES DE ABRIL DE 1794...

Valencey de Adana y sus dos compañeros ya no sabían si estaban pudriéndose en aquella infecta prisión desde hacía tres o cuatro semanas, pero habían aguantado, sin revelar el objeto de su misión, ni siquiera sus nombres.

Una semana antes, Jules Dumesnil, contraamaestre en *La Terpsichore*, había sido condenado a muerte por «conspiración monárquica» y ejecutado dos horas después. Matar al de menor grado para dar un ejemplo; así pensaban doblegar la resolución de los otros tres, pero sólo lograron reforzarla.

Aislados, separados del mundo, únicamente gozaban de las cortísimas visitas de los condenados a muerte, de aquellos a quienes sólo les quedaban unas pocas horas de vida y a quienes llevaban calculadamente a la celda de los marinos.

Además, y por último, aquella celda daba al exterior de la prisión, exactamente encima de la guillotina situada en una pequeña plaza: nadie obligaba a mirar, pero se oía fatalmente caer la cuchilla.

Y todo por culpa de un loco de atar que gozaba de exorbitantes poderes.

Agarrado con ambas manos en los barrotes de su celda, Valencey de Adana miraba, sin verlo, a un ayudante del verdugo que, en el patio, comprobaba los calzos de la guillotina.

Desde su encarcelación, había recordado centenares de veces los acontecimientos, sin conseguir acabar de comprenderlos del todo. El entierro de Saint-Frégant y La Mellerie, horas de camino y, al anochecer, en aquella pequeña ciudad cercana a Saumur, la barrera de la guardia nacional. Habían franqueado decenas de barreras, así pues, cuando el oficial comenzó a dar pruebas de mala voluntad, Valencey de Adana no se había inquietado, mostrando su orden de misión y el salvoconducto del Comité de Salvación Pública, ¡firmado por el propio Saint-Just!

—¡Una falsificación, evidentemente es una falsificación!... ¡Aquí delante sois sólo cuatro!

—¿Cómo te llamas?... —preguntó Valencey de Adana.

El otro le miró de arriba abajo con sus ojos saltones, que le emparentaban con los reptiles:

—Beaupin, capitán Beaupin, comandante de la guardia nacional de esta ciudad.

—Apártate, ciudadano Beaupin. Soy capitán de navío y, por lo tanto, tengo rango de coronel en el ejército.

Con aquella innoble sonrisa de gorgona, que a partir de entonces mostraría a

menudo, Beaupin respondió:

—Sí, claro. Pero yo no sólo vigilo los caminos: soy también el acusador público en el Tribunal revolucionario.

—Para mí carece de interés, a fin de cuentas no he sido acusado.

—Lo eres desde hace un minuto.

Sorprendido, el comandante de *La Terpsichore* miró de nuevo a aquel enano al que consideraba un burgués miedoso, disfrazado de militar. Optó por ser paciente.

—Ciudadano Beaupin, el Comité de Salvación Pública me ha encargado una importante misión que no admite retraso alguno. Tendría derecho a acabar con tu barrera, contigo y con tus ocho hombres, no me sería muy difícil.

Al oír estas palabras, cada uno de los tres compañeros de Valencey de Adana desenfundó dos pistolas, provocando cierta vacilación entre los burgueses y comerciantes que vestían el uniforme de la guardia nacional.

Sólo Beaupin mantuvo la sangre fría e, incluso, su innoble sonrisa. Pero ¿quién, por aquel entonces, podía saber que aquel hombre estaba como una cabra?

—¿Matarías a unos patriotas de la guardia nacional?

Valencey de Adana se sintió muy turbado ante esa pregunta. En aquella peligrosa guerra, sus compañeros y él mismo se habían jurado no disparar nunca contra un republicano. Eligió la instancia superior:

—Ya te he oído bastante: vayamos a ver al presidente del Tribunal y al alcalde de la ciudad, para disipar el malentendido.

—Si malentendido hay, no te quepa duda de que no subsistirá por mucho tiempo.

Les llevaron al Tribunal revolucionario y les hicieron aguardar en una vasta estancia. Estaban allí desde hacía una hora cuando aparecieron por las tres puertas unos cincuenta guardias nacionales, que se arrojaron sobre ellos.

La pelea fue dura pero, aplastados por el número, los marinos cedieron. Los desarmaron antes de meterlos en una celda.

Con el tiempo, Valencey de Adana se había convencido de lo que hubiera debido hacer: disparar una bala en la cabeza del fanático. Los guardias nacionales de la barrera habrían huido a la desbandada y ellos estarían en París haría ya mucho tiempo.

Gracias al terror y a la cobardía de los cuerpos instituidos, Beaupin reinaba en la ciudad.

El alcalde, el presidente del Tribunal, los oficiales de la guardia nacional, todos temblaban ante aquel pequeño fanático con cabeza de sapo que sólo se vestía de verde por pura casualidad, salvo cuando se ponía el uniforme, que le venía demasiado grande, por lo demás, de la guardia nacional.

En las sumisas miradas de aquellos hombres que hubieran debido rebelarse, Valencey de Adana descubría, a veces, una mezcla de turbación y compasión.

El comandante de *La Terpsichore*, Mahé y el comodoro John O'Shea se extrañaban, a menudo, de que fueran a terminar así, guillotinado y en la fosa común,

por mucho que se hubieran enfrentado a mayores peligros que aquella ridícula barrera.

Pero ya no les parecía posible escapar de aquel funesto destino pues Beaupin, en un ataque de histeria, había destruido el salvoconducto y la orden de misión firmados por Saint-Just.

Los tres hombres sospechaban que Beaupin tenía un designio muy preciso. Por las decenas de vendeanos detenidos y que habían pasado por sus manos, sabía perfectamente que un pequeño grupo de oficiales de la marina republicana estaba peinando la región y que su jefe se llamaba Valencey de Adana. Sabía pues quiénes eran y, además, había dejado de repente de acosarlos en lo que a su identidad se refería desde que había llegado a esta certeza.

Al inicio, sólo quería lograr que aquel héroe nacional se doblegara, y Valencey de Adana, revelando su identidad y el objetivo de su misión, hubiera sido liberado de inmediato. Únicamente deseaba demostrar que era más fuerte que una leyenda, nada más.

Pero había cambiado de opinión y, hoy, no quería en absoluto que Valencey de Adana confesara, de ahí su impaciencia por instruir un proceso que tanto había retrasado antes.

Cada interrogatorio de los prisioneros suponía, para Beaupin, una crucifixión. Vacilaba ante sus sarcasmos, desfallecía ante su inteligencia, perdía las referencias ante su cultura.

En la actualidad, todo era, pues, mucho más sencillo: los odiaba y quería verlos guillotinos. Pasaría a la historia como el hombre que había hecho caer la cabeza del héroe de la guerra de América; sin embargo, prudente, dirigía la instrucción bajo mano, guiaba a sus protegidos y organizaba el proceso de modo que nada pudieran reprocharle. Sólo podrían acusarlo de haber exigido la cabeza de tres sospechosos que se negaban a revelar sus nombres y que no llevaban encima ni salvoconducto ni orden de misión, ¡y para dicha ejecución no faltaban motivos!

Aquellos tres habían roto su sueño de igualar a su modelo, el acusador público del Tribunal revolucionario de París, que hacía temblar a toda Francia: Fouquier-Tinville^[14]. Cruel riguroso, eficaz y hombre de ingenio, al pálido Beaupin no le cabía la menor duda de que el nombre de Fouquier-Tinville pasaría a la historia. Le gustaba leer las muchas anécdotas que corrían sobre aquel gran hombre al que admiraba. Como cuando llevaron ante el acusador público a un hasta entonces barón, precisando que éste tenía paralizada la lengua. Y Fouquier-Tinville respondió:

—No quiero su lengua, ¡quiero su cabeza!

¡Era desternillante!

O también en otra ocasión, cuando le llevaron a la ancianísima María-Luisa de Montmorency-Laval, explicándole que era sorda y ciega.

Y Fouquier-Tinville se volvió hacia su ujier y ordenó:

—De acuerdo, anotad que conspiró sorda y ciegamente contra la República.

¡Encantador!

* * *

A Valencey de Adana le traían sin cuidado las aspiraciones gloriosas del miserable Beaupin. Cada día que pasaba, en su fuero interior iba despojándose de lo que habían sido los ornamentos de su vida. La gloria, la Historia en marcha, la fraternidad de los combates, el triunfo que se te ofrece bruscamente, el sentido del deber: todo ello importante, es cierto, pero de lo que podía despedirse.

Tenía la sensación de haber vivido diez vidas, de modo que ya no importaba que ahora se la arrebataran.

Si no fuera por...

¡Victoire!... La gran felicidad, la mayor que pudiera concedérsele, había huido a lo largo de su vida. Jamás, que él supiera, la mala suerte se había encarnizado de tal modo con una pareja de enamorados, ingeniándose las para separarles siempre. Hoy, cuando su vida parecía estar a punto de llegar a su fin en aquel lugar perdido, lo daría todo: glorioso pasado, castillos, tierras, títulos, blasones, grados, condecoraciones, todo por una hora, sólo una hora con Victoire y, tan prudente se mostraría en su compañía, que se limitaría a estrecharla en sus brazos sin tocarla ni decirle nada.

¡Una hora, señor verdugo!

Dio un respingo.

El carcelero, un buen hombre, entró con aire turbado.

Su hijo era marino y, puesto que por la ciudad comenzaban a correr los rumores, no dudaba de que el prisionero fuese Valencey de Adana: su mirada, su prestancia, la cruz de oro, el grado, el amigo americano, todo encajaba y el gabinete del juez, a falta del de Beaupin, no era en absoluto impermeable.

No sabía cómo contentar a su famoso prisionero.

Un día, le había regalado un perro.

—Es lo menos que puedo hacer para distraer al héroe de la guerra de América — explicó.

Valencey de Adana, conmovido, no lo había desmentido, limitándose a sonreír de manera que suponía la aceptación de su identidad.

Un domingo, el carcelero les llevó una pierna de cordero preparada por su mujer, con un pan delicioso de corteza pardusca y agrietada y un clarete de Charente.

En otra ocasión, abandonándose a las confidencias, dio de Beaupin una definición que divirtió a los tres oficiales:

—Sólo sale de su despacho por la noche, como los murciélagos, y sus orejas de fauno acaban aterrorizando a las mujeres con quienes se cruza.

El carcelero hizo entrar a un sacerdote refractario, condenado a muerte, claro está.

—Señores oficiales... bueno... Vuestro proceso viene ahora... —dijo con tono

monocorde.

—¡Por fin!... —murmuró O'Shea, que detestaba la incertidumbre.

Valencey de Adana, un auténtico gran señor, se volvió hacia el eclesiástico y golpeando los talones, dijo:

—Señor abate, ¿tendrá la bondad de encargarse de *La Fayette*, que no soporta la soledad?

—¿*La Fayette*?

Valencey de Adana lanzó una divertida mirada al pequeño bulldog, de un indefinido color pardo y marrón, con una amplia mancha blanca en el pecho, que en Francia se conoce con el nombre de «perro de los carniceros».

—¡*La Fayette* es... esta cosa! —exclamó en tono alegre.

El proceso, a fin de cuentas, fue una chapuza, y ni siquiera se avisó a la población, y con motivo: Beaupin temía el ingenio de los acusados.

El proceso no se celebró en la sala ordinaria sino en un anexo reservado a los archivos que había sido despejado a toda prisa. Con los postigos cerrados, apenas veinte personas componían el público. Pero iban llegando otras, y cada vez eran más...

Los tres acusados hicieron su entrada, encadenados.

En cuanto penetraron en aquel lugar, Valencey de Adana tomó la palabra. Beaupin quiso impedirselo, pero su órgano vocal de castrado no podía contra aquella voz grave, acostumbrada a gritar órdenes entre en medio de tormentas y disparos de artillería durante los combates navales.

—Ciudadanos, la conclusión de este proceso falseado no es dudosa, pero cuento con que me pongáis en condiciones de dar a conocer la verdad a quien corresponde, el Comité de Salvación Pública.

Se estremecieron. Era evidente que aquel hombre decía la verdad, y eso significaba que los representantes del Terror iban a caer sobre la ciudad...

—Dos cosas más —prosiguió Valencey de Adana— respecto al hombre que ha deseado ese injusto proceso y al lugar. Por lo que se refiere a Beaupin, es sólo un bribón contrarrevolucionario que oculta su naturaleza formulando acusaciones contra los verdaderos patriotas. Es un intrigante, un satélite de la tiranía, un malvado con alma de lodo. Su corrupción no procede del oro sino de su desmesurada ambición y en vano podría buscarse en él el menor rastro de virtud. —Beaupin iba a responder cuando Valencey de Adana rechazó, con amplio ademán, la futura objeción—: ¡Y que se celebre aquí!... Una sala forrada de paño negro e iluminada por antorchas: ¡es una «cámara ardiente»!... Ni una sola bandera republicana: somos juzgados por la Inquisición. No reconozco la legitimidad de este tribunal, digno de los bandidos de la Vendée.

Beaupin se mordió el labio. Acababa de cometer dos graves errores: inspirándose, efectivamente, en las «cámaras ardientes» con la esperanza de impresionar a los acusados, ofrecía su flanco al ataque de Valencey de Adana. Y haberse olvidado de las banderas tricolores no arreglaba la situación...

A continuación, Valencey de Adana, Mahé y O'Shea interrumpieron varias veces a Beaupin que, sufriendo ahora el ascendiente de los prisioneros, ni siquiera intentaba lograr que se callaran.

El acusador público preguntó:

—¿Por qué un oficial como vos, americano, se encuentra en Francia?

—Mis amigos, aquí presentes, sabían que yo estaba preparando un tratado sobre los monstruos, los gnomos repugnantes, los enanos pútridos: me habían hablado de tu existencia, ciudadano Beaupin —respondió O’Shea.

Beaupin contraatacó entonces diciendo que, lejos de su navío, aquellos oficiales forzosamente eran desertores, y llegó a extraviarse en una larga exposición sobre la marina ideal.

—Eres un ignorante, ni siquiera sabes de qué estás hablando y no entiendes nada de marina —le soltó Valencey de Adana.

—¡Silencio, aunque fueras capitán!

—Alto ahí, pequeñajo: sigo siendo capitán de navío de la República, aunque tú no seas un proyecto de cretino.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Beaupin, a quien la respuesta habría satisfecho en un principio pero luego había empezado a dudar.

—Bueno, es muy sencillo: no eres un proyecto de cretino porque eres un cretino de cuerpo entero. ¡Y definitivamente!

Esta vez se oyeron algunas risas.

—Compruebo —advirtió Beaupin con aire ofendido—, que estos meses de prisión no te han enseñado nada.

Era lo que Valencey de Adana estaba esperando.

—Como nada me enseñó la Bastilla^[15] cuando me encerró allí Luis Capeto, hasta entonces rey de Francia.

—¿Fuiste encerrado en la Bastilla por los déspotas? —repitió estupefacto el presidente del Tribunal.

Valencey de Adana se encogió de hombros mientras Mahé se incorporaba, acusador.

—Sí, lo fue. ¡Y París estuvo a punto de levantarse para liberarle!

—Pero ¿quién eres tú, a fin de cuentas?... —preguntó el presidente, muy inquieto de pronto.

—Llevo a cabo una misión secreta para la Convención, no debo responder esta pregunta formulada por un tribunal constituido por un loco y una pandilla de cobardes.

Mahé miraba a su amigo con emoción. Así era, siempre orgulloso y, sobre todo, magnífico en las causas perdidas a las que uno se lanza, sencillamente, por la belleza del gesto. Sin embargo, a Mahé le preocupaba la ligereza, muy aristocrática ciertamente, con que Valencey de Adana aceptaba su próxima muerte, y recordó una de sus frases: «La llamada de la muerte es, a veces, más seductora que el grito de la vida».

Los marinos veteranos decían de él, con respeto: «Tiene el alma invadida por la bruma».

Puesto que el proceso se le escapaba de las manos, Beaupin exigió que los tres acusados salieran de la sala. En el último instante, Valencey de Adana se inclinó

hacia su abogado, que no había abierto la boca.

—Sigue durmiendo, duermes mucho y largo tiempo: para ti, especialmente para ti que has deshonrado tu cargo, el despertar será brutal.

—Pero...

Menos de siete minutos después, se mandó llamar de nuevo a los acusados para leerles el veredicto de muerte por «espionaje y actividades monárquicas».

Los tres oficiales escucharon al presidente sonriendo elegantemente y luego, por última vez, Valencey de Adana tomó la palabra y no se atrevieron a negársela. Hablaba con voz pausada, muy tranquilo, en absoluto alterado.

—No podemos reconocer que nuestro proceso haya sido justo, que nuestros derechos hayan sido respetados, que algunos odios procedentes de la envidia no hayan mancillado los debates, que se haya honrado la justicia de la República, que se haya buscado el crimen pues está de vuestro lado, y que no haya sido esto lo que desearan los legisladores de los nuevos tiempos, ni los sacrificios de todo un pueblo, ni la esperanza del mundo encadenado aún. Señores, este proceso se os parece. Y eso lo dice todo.

—A todos los que estáis aquí —dijo a continuación Mahé—, os precedemos por poco en el cadalso.

—Durante la guerra de la Independencia y los años que siguieron —observó O'Shea relajado como de costumbre—, conocí de Francia lo más hermoso que tenía: hombres que llegaban de la otra punta del mundo para defender a un pueblo oprimido por el déspota inglés. Mis dos compañeros fueron de aquellos que, desde los primeros días, arriesgaron su vida por un ideal. Ciudadanos, no os reprocho que me condenéis a muerte, sino que hayáis mancillado la idea que me había forjado del gran pueblo francés. Siento por vosotros más compasión que odio.

Los tres hombres abandonaron la sala, sumida en un turbado silencio.

El presidente, el abogado, el alcalde y dos oficiales de la guardia nacional intentaron convencer a Beaupin, proponiendo que la muerte fuese conmutada por la prisión, pero el hombrecillo verde no quiso dar su brazo a torcer, amenazando con acusarles también a ellos.

Los demás capitularon, como de costumbre.

* * *

Como consecuencia indirecta de la condena a muerte de los tres oficiales, el sacerdote refractario se benefició de un aplazamiento.

Con aquella rara combinación de estupidez y mezquindad que era su distintivo, Beaupin, que se creía un agudo político, había ordenado aplazar la ejecución del cura, que subiría al cadalso al mismo tiempo que los marinos. Así, pensó, la presencia de un sacerdote refractario en la misma hornada desacreditaría a quienes se llamaban

republicanos.

Tras una discreta orden del alcalde, el panadero fabricó, casi idéntico, un pan de Gonesse, el preferido de los oficiales, conocido por su corteza firme y dorada, algo quemada a veces. Como signo de su participación, el notario y el boticario contribuyeron mandando a sus cocineros para que ayudaran a la mujer del carcelero a preparar una estupenda comida: sería la última, pues la ejecución estaba prevista para el día siguiente, a mediodía.

Pues aunque Beaupin, que temía hacer el ridículo, hubiera deseado un proceso discreto, casi a puerta cerrada, quería en cambio que toda la población asistiese al final de aquellos orgullosos marinos, uno de los cuales, no lo dudaba, era Valencey de Adana.

Sorprendido de su propia inteligencia, Beaupin acababa de encontrar el medio de impedir que los tres oficiales se dirigieran al pueblo desde lo alto del cadalso, pues no dudaba de que lo harían, al contrario que su amigo, el contraamaestre Dumesnil, que, con la cabeza bajo la cuchilla, seguía cantando «Junto a mi rubia».

Mediante el soborno de cuatro guardias nacionales, éstos alegrarían un intento de evasión y fracturarían a culatazos las mandíbulas de los oficiales, les romperían los dientes y harían estallar sus labios transformando la parte baja de su rostro en un picadillo del que no saliera palabra alguna.

El anciano carcelero, Joseph Lemaire, llevó la cena a los condenados: lomo con salsa de pepinillos, capón con arroz, muslos de pavo, vino de Borgoña... aunque sólo trajo tres platos.

—Vamos, ciudadano Lemaire, trae un cubierto más —pidió Valencey de Adana, más gran señor que nunca, al reparar en ello—, el abate es de los nuestros. ¿No es cierto, abate, que compartiréis nuestra cena?

—Es decir, que ante una comida tan deliciosa... ¿no caeré en la gula, si acepto?

—Y aunque así sea, abate... Por lo demás, sería vuestro último pecado aquí abajo, y venial por añadidura... —respondió Valencey de Adana con un buen humor de todo punto natural y que pasmó a sus compañeros.

«De modo que muere así...», se dijo O'Shea, admirado.

Como es de suponer, el abate se dejó convencer.

Se habló de comida y, cuando insistieron en que Valencey de Adana, el más rico, hablara de unos platos de ensueño, respondió:

—En el castillo, a mediodía solíamos comer carne fría. Por la noche, durante la cena... ¿qué comíamos ya, Mahé?

—Rosbif, lomo o asado. Hasta el día en que, estando de viaje, vimos en una granja que unos pobres campesinos acudían al saladero para devorar pan y un poco de charcutería. Nos decidimos entonces por menús más sencillos, ante la gran desesperación del general, el padre de mi amigo.

El abate, saboreando su lomo con salsa de pepinillos, observó:

—Grande es la miseria en nuestras campiñas. Uno de mis monaguillos me había

hurtado el molde de las hostias y se las comía, aunque sólo son agua y trigo sin sal ni levadura. —Engulló un enorme pedazo de carne, mascullando—: ¡Oh sí, qué miseria!

—Que eso no os quite el apetito, abate: en cierto modo estáis sentado a mi mesa, seamos sencillos, como en el castillo.

Un dorado rayo del sol poniente se demoró en la celda, y los cuatro hombres lo contemplaron con la nostalgia que se siente por las cosas que se ven por última vez. Mañana, estarían muertos.

Valencey de Adana no quería sentirlo así, pensando que la muerte, como todo lo demás cuando no puede evitarse, es algo que se prepara y que debe mirarse con displicencia. Apartando de sí cualquier melancolía, levantó su bulldog para mostrárselo a los demás, diciendo:

—Señores, guardad los huesos de pavo para *La Fayette*. Como el pueblo de París pudo observar, *La Fayette* adora roer un hueso...

Mahé y O'Shea, que sabían que su amigo sólo sentía una muy mitigada estima por el marqués de La Fayette, no pudieron evitar sonreír a pesar de las circunstancias.

Era de una audacia enloquecida. En honor a la verdad, debería hablarse incluso de bravura aunque la personalidad de quien fuera el autor de semejantes actos sólo provoque reprobación y asco.

Abandonando las tierras de Vendée por una cabezonada, exponiéndose a grandes peligros al viajar en diligencia, Nicolas de Refroicourt, conde de Blacfort, general vendeano y uno de los hombres más buscados de Francia, había ido a pasar unos días en París.

Y no lo hizo en solitario puesto que, multiplicando los riesgos, la bellísima y muy visible condesa Marie-Charlotte de Juignet-Tallouart, su amante, lo acompañaba.

Por puro deseo de provocación, Blacfort se las había ingeniado para encontrarse con Robespierre, cenar en el mismo restaurante que Saint-Just, echarse a un lado ante la silla de inválido de Couthon^[16], que se lo había agradecido y, finalmente, atraído hasta su mesa gracias a las miradas que le había lanzado la hermosa condesa, beber una copa de marrasquino con Hanriot, comandante general de la guardia nacional.

La pareja se mostraba en el teatro y parecía sentir predilección por los lugares públicos donde uno se pone de relieve más que en otra parte.

Llevando hasta el extremo la provocación, Blacfort lucía un atuendo de medio luto, el que solían vestir los escasos aristócratas decididos a mostrar en público su reprobación ante la ejecución de la pareja real. ¿Cómo no quedar impresionado por el aspecto de Blacfort?: sombrero de copa negro, cabello rizado, pendientes de oro con flores de lis, corbata de tafetán negro que acababa en unos encajes, puños de batista, chaleco de paño negro, reloj de bolsillo colgado de una cadena de oro y en la que cada hora era representada por la corona de los reyes de Francia, calzón de casimir negro muy ceñido para moldear los muslos, medias de seda también negras y zapatos lustrados con cera inglesa, muy brillante.

La señora de Juignet-Tallouart se había puesto un vestido de indiana azul pálido, zapatos rojos bordados con seda rosa y faralaes bordados con hilo de seda azul. Portaba un sombrero de fieltro negro sin escarapela aunque con cintas de un blanco real. Finalmente, por puro divertimento, llevaba como pendientes unas pequeñas guillotinas de oro.

Un amigo, evidentemente monárquico, les había prestado su mansión particular, hermosa morada con puerta cochera que daba a un jardín y establos con cobertizo para las carrozas. En las magníficas cómodas, signo de extremado refinamiento, incluso las patas en forma de «S» tenían marquetería de madera de las Indias.

Había una segunda entrada, con picaporte, que daba a una calleja, y prácticamente, aquélla era una casa independiente que se comunicaba con la mansión

a través de un pasaje secreto.

Aunque Blacfort recibiera en la magnífica mansión, invitando a su mesa iluminada por unos candelabros de plata que despedían una luz clara y alegre a gente de la que, al día siguiente, se había olvidado, dormía en la casa burguesa por razones de seguridad.

A pesar de que, sin duda, dicha casa habría supuesto un sueño para la población trabajadora de París, a Blacfort le parecía triste hasta las lágrimas. La planta baja era «digna de un pequeño comerciante» con cocina, antecocina, habitación para la sirvienta, salón en el que había una mesa de China y algunos sillones cubiertos de terciopelo de Utrecht.

En el primer piso, una habitación muy grande daba a los muelles, las malas hierbas y el Sena, con sus grandes barcas cargadas de madera o toneles. Desgraciadamente, Blacfort detestaba la cama con columnas de roble y, según decía, lamentaba empitonar a la condesa de Juignet-Tallouart en «semejante horror». Por añadidura, los tapices de Oudenaarde con verduras, que cubrían las paredes, lo sumían en la desolación.

Había echado una ojeada al segundo piso, pero la cama, la mesa de haya, las sillas, el armario y los tapices de Flandes le revolvían el estómago. Por lo que al tercer piso se refiere, desfavorablemente prevenidos por los precedentes, nunca había puesto los pies allí.

A pesar de sus exageraciones y sus actos de demencia que le llevaban hasta el canibalismo, el extraño cerebro del general-conde de Blacfort parecía funcionar por compartimentos, y si se acepta ese modo de considerar las cosas, forzoso es reconocer que algunos de éstos escapaban de la locura. Muy al contrario, se caracterizaba por una gran frialdad y la seriedad en el análisis, aunque con interrupciones.

Sin saber ya qué iniciativa tomar en Vendée, temiendo un enfrentamiento a campo abierto con las «columnas infernales» del general republicano Turreau, pero fatigado ya de las acciones de acoso, intentaba sobre todo ganar tiempo.

Mil pequeños detalles le contrariaban. Por ejemplo, a pesar de la gran recompensa prometida, nadie le había entregado aún a la marquesa Victoire de La Chesnaie de Flers, y quienes se habían arriesgado a visitar su castillo lo habían encontrado totalmente vacío desde hacía mucho tiempo ya y la joven, según decían, había sido raptada por los vendeanos.

Pero ¿cuáles?... ¿Y dónde estaba, pues?

Del mismo modo, la presencia en Vendée de Valencey de Adana representaba un verdadero problema, que provocaba un miedo irracional contra el que nada podía hacer. Ciertamente, los ridículos efectivos del antiguo «amigo de la infancia», cinco oficiales de los que dos ya habían muerto, no deberían de inquietarle, y sin embargo...

¿Dónde estaba, también, éste?

En muy mal estado, atrapado entre la angustia y la impotencia, sintió cierta mejoría recordando su brillante acción, la que le había valido las charreteras de general: haber hecho sonar —muy brevemente— las campanas de Notre-Dame durante la ejecución del rey. Y entonces se le ocurrió la idea...

Lo que en la actualidad estaba haciendo en París, procurando que los agentes monárquicos fueran testigos de ello, tenía pues un motivo de la misma naturaleza que aquel acto de audacia y bravura del 22 de enero de 1793.

El oro de los príncipes en el exilio no le faltaba para poderse permitir aquella suntuosa vida; pero mañana, ¡ah mañana!: lo que se disponía a hacer sería grandioso.

* * *

Los agentes monárquicos no habían tenido la audacia de acercarse al verdugo de París, Charles-Henri Sanson. Del mismo modo, habían evitado a su hermano Martin e, incluso, a Demoret, el ayudante del verdugo, de brazos gruesos como jamones.

En cambio, tras largas y laboriosas discusiones, le pareció que Jacot, el que limpiaba la sangre, presentaba cierto interés.

El hombre se embriagaba a veces y, cuando su estado no le permitía llevar a cabo su trabajo, le sustituía un tal Bradet.

Se supo inmediatamente que Bradet era el hombre adecuado: venal, corrupto y podrido.

Ciertamente, no les costó mucho a los agentes monárquicos hacer beber —más de lo razonable— a Jacot en su taberna favorita, Los Tres Embudos, hasta que se emborrachó como una cuba.

El día no había sido elegido al azar. En efecto, el 5 de abril de 1794, llamado también 16 de germinal del año II, los indulgentes, entre ellos Danton y Camille Desmoulins, habían sido ejecutados.

Buscando mejor, recorriendo las provincias y consagrando a ello casi tres semanas, Fouquier-Tinville acababa de obtener las cabezas de diecinueve girondinos de cierta importancia, tres de los cuales habían votado la muerte del rey. Blacfort cumplía así la venganza de los monárquicos y no dudaba de que el rumor de su hazaña se extendería incluso entre las filas de los emigrados.

Ocultos por la tela que iba de las tablas de madera hasta los adoquines se hallaban desnudos, la señora de Juignet-Tallouart de pie, en una gran cubeta de madera colocada bajo el entablado del cadalso. Hábilmente, Bradet había agrandado una hendidura en aquel entablado y, con su escoba, dirigía hacia ella aquel mar de sangre. Por cada cabeza, varios litros rojos, hirvientes, brotaban de las seccionadas arterias.

¡Diecinueve veces!

Chorreando, Blacfort y su amante chapoteaban con sangre hasta las rodillas.

Lo había conseguido, él y sólo él: bañarse en sangre revolucionaria, beber hasta la

náusea aquel líquido de denso sabor dulzón que había sido la propia vida de los regicidas.

¡Qué hazaña!... ¡Qué símbolo!...

Pero todavía hizo algo mejor: caída la última cabeza, se puso un pantalón de *sans-culotte* mientras su amante se cubría con un feo vestido de tela. Sin ocultarse, apartaron la tela y salieron de debajo del cadalso ante la estupefacta mirada de los guardias nacionales y del público que asistía a las ejecuciones.

Inspirado, con una mano en el corazón, Blacfort declamó:

—Sí, estoy cubierto de la sangre de los traidores, de quienes vendían la patria a los déspotas extranjeros y a sus esclavos. Pueblo de París, hay ahí una cubeta llena: id a bañaros, saciaros de ella, purificaos bebiendo la sangre de los vampiros cuyos cómplices asaltan nuestras fronteras.

Un profundo y atónito silencio acogió aquellas palabras, transformándose luego en una ovación y acabando en un revuelo cuando la gente se acercó a la tina que contenía la sangre de los «traidores a la patria».

Aprovechando la confusión, Blacfort y su amante se dirigieron directamente a un coche con las cortinas corridas que les aguardaba a menos de trescientos metros.

Destinados a la guillotina a mediodía, durmieron poco, y algunos en absoluto. Sólo el cura, tal vez porque estuviese en paz con Dios o por falta de imaginación, pasó roncando gran parte de la noche mientras los demás hacían repaso de su vida, encerrados en el mutismo.

El comodoro John O'Shea, comandante de la fragata *Ask Far The Moon*, no lamentaba nada, salvo morir tan tontamente en aquella pequeña ciudad francesa.

Había experimentado la gran felicidad de ver cómo su país rompía las cadenas y acababa con la explotación que Inglaterra hacía sufrir al Nuevo Mundo.

La aventura con Valencey de Adana habría iluminado también su existencia hasta el punto de que, una vez instaurada la paz, no habría podido decidirse a vivir regularmente en su país y había pasado, pues, la mayor parte del tiempo en «la pequeña república» fundada por el príncipe a partir de su antigua «base». Allí estaba su verdadera vida, en medio de sus compañeros de armas y entre las mujeres de la colonia: francesas, americanas, inglesas, españolas, canadienses, negras, indias, criollas... Ah, qué diabólica idea la de Valencey de Adana: apenas capturado un navío, con violencia a veces, se invitaba a las mujeres a que fueran a descansar una semana en lo que algunos llamaban «la colonia»; después, las trasladarían a Estados Unidos. La gran mayoría preferían quedarse en aquel paraíso de exótico verdor donde los marinos franceses, formados en la escuela del príncipe, desplegaban infinitas muestras de cortesía.

John O'Shea recordó algunos de aquellos rostros y poco antes del amanecer, se durmió con una sonrisa en los labios...

Mahé, envuelto en una manta y acostado en un jergón, no lamentaba nada en absoluto, salvo acabar de aquel modo, a manos de los de su bando por el capricho de un loco que se vengaba así de su propia insulsa existencia.

Echó una mirada circular a la celda: un tonel para el aseo, una mesa plegable, cuatro sillas destartaladas, una cómoda de tres patas, una jofaina, un orinal de loza desportillado, tres jergones y el camastro de Valencey de Adana, el único que aceptó dormir en «aquella cosa» demasiado dura.

¡El príncipe de Adana, al que tan a menudo llamaba con ternura «señor hermano mío»!... ¿Qué importaba, hoy, acabar en una guillotina de provincias, cuando la fortuna parecía haberlo destinado a la dura vida de mozo de cuadra, como a tantos niños abandonados?... ¿Mozo de cuadra?... Era barón, teniente de marina y héroe de la guerra de la Independencia... No negaba, ciertamente, la embriaguez de las batallas navales, veintidós años de éxitos junto a un capitán nunca vencido. Pero sentía más aún su corazón en un puño al pensar en los salvajes cuerpo a cuerpo y,

siempre, siempre, en Valencey de Adana, que no le quitaba ojo y portando una pistola que nunca descargaba: aquella bala sólo serviría si él, Mahé, se hallara en tanta dificultad que su vida dependiera de aquel tiro.

Valencey de Adana creía que su secreto estaba bien guardado: toda la tripulación lo había adivinado y le parecía muy natural que el comandante de *La Terpsichore* protegiese a su hermano.

¡Hermano! Aunque nunca se atrevía a expresarlo, cuánto le gustaban que aquellos jovencísimos oficiales recién salidos de las escuelas de Brest, Rochefort o Toulon, al presentarse a bordo, le preguntaran:

—Teniente, ¿en qué momento tendré que personarme ante vuestro señor hermano?

¡Les habría besado!

Mahé echó una ojeada al camastro donde Joachim debía de estar fingiendo, también, que dormía, con su bulldog en brazos, el largo manto azul marino de oficial por encima y las magníficas charreteras de oro de capitán de navío que destellaban débilmente.

Pensó en Marie, su mujer, una canadiense instalada en la pequeña república. Hermosa y con el rostro pecoso, se había interesado por ella al enterarse de que había sido una niña abandonada. Luego se frecuentaron cada vez más.

Cierta noche, contemplando juntos el océano, le había dicho:

—También yo fui un niño abandonado.

—Eso no es posible, señor, nunca se encuentra a un barón abandonado en el porche de las iglesias —respondió ella, sorprendida, con la naricilla fruncida.

—A veces te conviertes en barón... —Y, al decirlo, observó a un mono aullador que le dirigía toda clase de signos desde una rama baja, en lo que decidió ver un modo de alentarle. Prosiguió—: Sí, te conviertes en barón..., y también en baronesa si me amas como yo te amo.

Habían tenido dos hijos.

Suspiró.

Dejaba a sus tres seres queridos un nombre sin mancha, y bastante glorioso incluso, una bolsa llena de oro inglés de dos kilos al menos, y, en Francia, la vieja mansión de los Campagne-Ampillac.

Sí, realmente su vida se había visto coronada por el éxito y, si se le hubiera ofrecido la ocasión, de todo punto imposible, volvería a rehacerla del mismo modo, pues su condición primigenia le había hecho apreciar mucho más la felicidad que los demás, ricos ya de nacimiento.

Soñador, observó el techo y acabó durmiéndose.

Compartiendo su camastro con el perro *La Fayette*, que roncaba como un campanero, acurrucado contra su pecho, Joachim de Niel, conde de Valencey y príncipe de Adana, pensó: «¡Vive Dios, este perro hiede!... ¡Cuanto más lo lavo, más hiede!... Además, su piel es fea, tiene orejas de murciélago, tiene color similar al

cuervo y a la rata, sus patas son demasiado cortas, ronca y se echa pedos de la mañana a la noche... Cuando no, gruñe en su jergón de perro. ¿Por qué lo quiero, pues? ¿Acaso porque sólo parece tener ojos para mí?... Pero mañana no tendrás dueño, mi pobre *La Fayette*...».

La idea de hacer balance de su vida incomodaba a Valencey de Adana, que se dijo: «No soy un tendero, ¡qué diablos!, ¿para qué hacer cuentas?». Sin embargo, pensó en aquellos veintidós años en que había sido oficial de marina. Pensó haber salvaguardado lo esencial combatiendo con honor y humanidad. Ciertamente, había abandonado la monarquía, pero la monarquía había abandonado primero al pueblo. Y, además, ¿qué importaba eso ahora?

En el capítulo de los remordimientos figuraba no haber dirigido a sus hombres contra Blacfort. Se habían preparado con tanto esmero para ello, habían ensayado tanto, desfilado miles de veces, orgullosos ante la idea de servir a la República, alejada sin embargo miles de kilómetros.

Pero su más profundo remordimiento se centraba en Victoire, su gran amor, su «alma querida». Se levantó con cuidado para no despertar a *La Fayette* y se acercó a la ventana.

A través de los barrotes, vio nacer el alba y sintió un leve desfallecimiento.

—Mi último amanecer... —murmuró—. El último amanecer del último príncipe de Adana, del más desgraciado de los enamorados que nunca ha habido en la tierra.

Se volvió y miró divertido a su bulldog, que dormía boca arriba, con las cuatro patas al aire y un colmillo sobresaliendo de sus bellos. Alargó el brazo y le acarició la cabeza, a lo que el animal respondió doblemente: con un gruñido apenas de satisfacción seguido por un enérgico pedo.

Luego se acercó a la mesa, apenas iluminada por la lechosa luz del alba.

—Por Dios, qué difícil resulta... —murmuró tomando la pluma.

Sabía perfectamente que aquella carta no tenía sentido, que no traduciría ni una milésima de su amor por Victoire, pero ¿podía abandonar este mundo sin dejarle, al menos, una nota? Mantuvo su caligrafía algo apresurada, la de los informes y los libros de a bordo, bastante hermosa por lo demás. La que garabateaba a toda prisa los planes de batalla.

Victoire, amada mía, mi gran amor.

Tras haberme sonreído tanto tiempo, la suerte de las armas me es desfavorable esta vez, de modo que sobreviviré muy poco a la escritura de esta carta.

Desde que somos niños, te amo, querido corazón mío. Te amo con tanta fuerza que, todavía hoy, ese amor me aterroriza más aún, por su fuerza irresistible, que la poco envidiable suerte que me aguarda.

Debes saberlo: aunque estuviste ante mis ojos a diario durante los largos años de nuestra juventud, tu mera aparición me encogía el estómago y me ponía el corazón en un puño. Por la noche, lloraba de amarte tanto y, en un cuarto de siglo, no cambié en lo que a esto se refiere. En el mar, cuando me vencían los sollozos, como sabía que no podía retenerlos escapaba de pronto sin decir ni una palabra a mis oficiales y me iba a la proa de mi fragata, donde las lágrimas acababan mezclándose con las salpicaduras del mar.

Lo más terrible, en nuestra historia, es que no ignoro tus sentimientos hacia mí, por lo menos, hasta

estos últimos tiempos. ¿Por qué, mi hermoso amor, hemos tenido tan poca suerte?... Al finalizar la guerra de la Independencia americana, yo había acabado con mis fantasmas y ardía en deseos de regresar a Francia para casarme por fin contigo, momento que eligió el “gran cerdo” que ejercía de rey para prohibirme el reino. ¡Él!... Precisamente él, del que hoy sabemos que era inconstante, contradictorio y pusilánime, mostró una inquebrantable determinación en mi caso: ¿cómo es posible? He amado La Terpsichore, la vida en el mar, el trato con Mahé, “señor hermano mío”, a mis oficiales convertidos en amigos, a mis valerosos marinos, las causas justas que he defendido empuñando el sable, de la guerra de la Independencia a la Revolución. Pero, no obstante, todo ello, de lo que no reniego, no valía ni una sola de tus miradas.

Como siempre, cuando desaparece un hombre que se distinguió por sus acciones ante la estimación pública, habrá seres viles que intentarán ensuciar mi nombre. No les creas. He combatido con humanidad, he ayudado a los vencidos, he concedido gracia cada vez que era posible.

Nunca he sentido amor por otra mujer, pero moriré con el alma en paz si te lo confieso: a veces he sido débil. Con cuatro mujeres —¡en cuarenta años!— que fueron por un tiempo muy breve mis amantes. De La Deseada a Santiago y de Boston a Jamaica. Fueron lavandera, sirvienta en una taberna, viuda de un notario y sierva. Graciosas y pasajeras, conocieron desde el primer momento tu existencia y que mi corazón se hallaba cautivo para siempre. Ellas aceptaron ser sólo un bálsamo y quién sabe si yo mismo no supuse, para ellas, lo mismo... Así es la vida, tan cruel, tan desgarradora por la soledad a veces que uno no opone resistencia a los brazos que se abren para acoger la angustia. Perdón mil veces si hice mal y te he decepcionado.

El día está ya avanzado, mi muerte se acerca a zancadas, me veo obligado a mostrarme muy convencional en la expresión de mi última voluntad. Siendo el último príncipe de Adana, sin descendencia alguna, por la presente te lego mi fortuna, castillos, granjas y tierras. Seré feliz si abres tu puerta y pones un plato más en la cocina si, por ventura, un antiguo marino de La Terpsichore se presenta necesitado. Me sentiré colmado si cuidas mi viejo castillo y aquel lugar para mí sagrado, la Torre de las Damiselas: allí murió mi padre, allí nos dimos aquel beso tan largo.

No intentes ponerte en contacto con Mahé; por desgracia, mi querido hermano también desaparecerá a mi lado.

Joseph Lemaire, guardián de profesión, te entregará mi cruz de oro de la Orden de San Luis así como el sable que fue mío y debía, al menos eso esperaba yo, abrirme paso hasta ti. Te entregará también a La Fayette, mi perro, a veces tan feo y odioso que por eso resulta maravilloso. Tiene un corazón de oro, ha compartido mi última noche, estrechándose contra mi pecho: hazle un lugar junto al fuego. Debes saber, querida alma mía, que te he amado durante toda la vida y que serás la última imagen que me llevaré cuando abandone este mundo.

JOACHIM

A pesar de que había pasado una noche excelente, el cura era el único que no podía disimular su espanto.

Un horror que fue en aumento cuando oyeron la guillotina. El abate corrió a la ventana, temblando como una hoja, pero O’Shea, que estaba más cerca, soltó:

—Están probando la máquina.

—¡Es que tengo tanto miedo, hijo mío! —exclamó dirigiéndose a Valencey de Adana.

—No soy tu hijo, ciudadano. Tu hermano, si quieres; tu hermano en el dolor.

De nuevo cayó la cuchilla y el cura se arrojó en el jergón, llorando.

—¡Es casi mediodía!... —advirtió Mahé con resignación.

—¡Mejor así, acabemos de una vez!... —respondió el americano.

Fuera, la multitud se congregaba alrededor de la guillotina.

Joseph Lemaire, el viejo carcelero, entró acompañado por un guardia más joven que sujetaba unas tijeras.

Valencey de Adana avanzaba ya cuando el abate le empujó, exclamando:

—¡Yo, primero yo!... Y quiero morir también el primero, no puedo ya esperar más.

El joven guardia le hizo sentarse y, cortándole el pelo en la nuca, urgido por la compasión, dijo:

—La guillotina está lista, abate. Dentro de cinco minutos, todos habréis muerto.

En tierra extranjera, Luis, conde de Provenza, y Carlos, conde de Artois, estaban cenando cara a cara: un copioso entrante, asado de buey, sopa de pepino, ostras servidas en sus conchas, patés, pierna de cordero hervido, caza, ternera adobada en salsa picante a la crema, legumbres de primavera, ensalada, sorbete de limón, cuatro clases de fruta en compota y tarta de manzana a la normanda.

La vajilla, de plata y cornalina, las copas de cristal de Bohemia, los vinos de Francia.

Los dos hermanos hablaban poco de su hermano mayor, el difunto Luis XVI, ni tampoco se preocupaban por su sobrino el delfín, reconocido ya como Luis XVII por la nobleza francesa que seguía siendo monárquica. Confiado a un zapatero que carecía de toda amabilidad, se decía que el pobre niño era enfermizo y muchos pronosticaban que no viviría mucho tiempo.

Aquel sombrío diagnóstico no parecía alterar en exceso a los dos tíos, que, bien informados, le consideraban ya muerto.

El de Provenza, futuro Luis XVIII, obeso y gotoso, era un ser lleno de fingimiento, retorcido, impaciente por reinar, por vengarse de los franceses y restaurar la monarquía con sus privilegios de antaño, y que en absoluto quería oír hablar de monarquía constitucional, ni siquiera de un tratado conciliatorio.

Los más inteligentes de sus consejeros intentaban, en efecto, hacerle comprender que la sociedad francesa había cambiado profundamente en sus raíces, y aunque con respecto a lo que consideraban los excesos de la Revolución, como el Terror, algunos «franceses de Francia» no se oponían al regreso de los Borbones, ni siquiera éstos aceptarían el retorno al pasado. Estos consejeros perdían el tiempo, pues el conde de Provenza se negaba a escucharles.

Artois, el futuro Carlos X, alto, delgado y enjuto, más franco pero mucho más estúpido, estaba convencido en su fuero interno de que sería necesario fusilar a doscientos mil republicanos y arrasarlo la mitad de París para estabilizar el trono.

Ambos estaban de acuerdo en otro asunto que les parecía un mero detalle pero que proporcionaba locura para que se rebelara a cualquier hombre que no fuera un bárbaro. En efecto, los dos futuros reyes se habían puesto ya en contacto con los jesuitas para una misión que debía corresponderles: en cuanto regresaran los Borbones, en cada ciudad de Francia tendrían que celebrarse autos de fe. Deberían quemar, entonando algunos cánticos, los libros perniciosos: Voltaire, Rousseau, los enciclopedistas, D'Alembert, Diderot... Reducir el pensamiento al estado de cenizas, prohibir la filosofía, vigilar severamente la prensa, establecer una censura férrea.

Como se decía entre los emigrados de Coblenza: «¡Los franceses no deben ni leer

ni pensar, sino trabajar!».

El conde de Provenza comía como un gorrino, en gran cantidad y sin limpieza. El conde de Artois se limitaba a probar los platos. El primero era tan gordo como flaco el otro, pero éste seguía en ello un agudo cálculo. En efecto, es muy ingrato ser el hermano mayor de un rey, y verle reinar.

Así, en la pobre cabeza de Artois, donde, a falta de ingenio, por lo general sólo soplabla la brisa de la estupidez, había germinado sin embargo una idea: «¿Y si el otro cerdo reventara a causa de su glotonería?».

Así, el futuro Carlos X miraba sin inmutarse a su hermano mayor engullendo aquellas carnes en salsa, apenas masticadas; le veía desplazándose con dificultades debido a su gordura, o permaneciendo en la cama, donde le postraban los ataques de gota.

Tras un largo silencio, llegaron al motivo de su encuentro: algunos correos monárquicos habían llegado de Francia, en menos de dos días, y todos contaban la hazaña del conde de Blacfort.

Aunque los emigrados festejaban el anuncio de aquella noticia, ésta dividía en cambio a los dos futuros monarcas.

—Bañarse en sangre y acabar bebiéndola es algo asqueroso —dijo el flaco.

—¡Pero es un monárquico y bebió la sangre de los regicidas, de los que votaron la muerte de nuestro infeliz hermano!... —respondió el gordo.

Se miraron.

—Ciertamente es asqueroso, os lo concedo, pero ése es un juicio moral y sólo nos importa la política. Ahora bien, hasta aquí, la política es más bien asunto mío que vuestro, creo —prosiguió, conciliador, el futuro Luis XVIII.

El futuro Carlos X asintió con la cabeza.

El mayor de ambos hermanos prosiguió:

—Los republicanos tienen sus héroes, necesitamos los nuestros. El tal Blacfort es un ambicioso que, en un tiempo, perteneció a la facción de nuestro detestable primo de Orleans.

—¡Felipe-Igualdad!

—¡No importa!... Blacfort es muy servil y esos héroes son preferibles a los íntegros a quienes no se puede manejar o a los violentos, que no consiguen ilusionar. Es, en esto, muy superior a Stofflet.

—Pero Stofflet, el veinticinco de marzo, tomó, saqueó e incendió la ciudad de Mortagne... —protestó con entusiasmo el conde de Artois.

El mayor rechazó la objeción con un gesto hastiado:

—Stofflet es un antiguo guarda de caza, Blacfort es conde. Stofflet es brutal y carece de sutileza; Blacfort es perverso pero calculador. Además, hizo sonar las campanas de Notre-Dame cuando nuestro patán de hermano subió al cadalso. Muy popular, su reciente acción hará que nuestro partido lo idolatre pues, si una cosa es beber la sangre de los diputados regicidas, otra es haberse colocado bajo el cadalso,

haberse atrevido a salir de allí y haberse hecho aclamar por la guardia nacional y el pueblo, él, un general vendeano buscado por doquier. De ese modo ridiculizó a toda su Convención Nacional, su Comité de Salvación Pública, su República y su Revolución.

—Ayudado por nuestros agentes.

—Es cierto.

Sin compasión, Blacfort había hecho que se denunciara a Bradet, el que limpiaba la sangre y había sido su cómplice.

El infeliz fue guillotinado pero, antes, el proceso público permitió poner de relieve la rara audacia y el valor de los monárquicos.

—Pero ¿por qué creyó oportuno llevarse a esa mujer, la condesa de Juignet-Tallouart?

—¿La conocéis?

—La he visto una vez. Muy hermosa, muy apetecible. Bastante bien tratada por sus amantes: reloj con engaste de brillantes, anillo de esmeraldas, hebilla de diamantes en el cinturón.

El conde de Provenza reflexionó unos instantes, y prosiguió:

—Aparecieron como una pareja de *sans-culottes*. Era un engaño hábil, pues a muchas mujeres de París les gusta ver funcionar la guillotina. Pero eso no es lo importante.

—Entonces... ¿qué es?

—Necesitamos a Blacfort —dijo el gordo inclinándose hacia el flaco—. Los ataques de acoso no bastan. Ese tal Georges Cadoudal, que quiere levantar todo el Oeste, se agita inútilmente en Fougères. Stofflet sólo manda un pequeño ejército de Anjou y del alto Poitou. Se ha instalado en el bosque de Maulévrier. Quiere acuñar moneda, instalar allí almacenes para trigo, una imprenta, un hospital y un arsenal. Los azules le dejarán hacer y que se sienta cómodo. Luego, un día, ya no podrá salir y entonces el bosque de Maulévrier será invadido por decenas de miles de republicanos. ¡Stofflet es estúpido!... Los tiempos cambian, en Vendée. Se han terminado ya las misas en los graneros, los desvanes, los sótanos o en las profundidades del bosque. ¿Instalan centinelas?... Las escuadras de élite de los republicanos los degüellan. ¿Se organizan al amanecer reuniones en las playas? Los republicanos surgen tras las dunas. Os digo que se ha acabado. ¿La granjita vendeana encaramada al borde de un camino de hondonada, flanqueado de árboles, y donde nuestros campesinos aguardaban, hasta cincuenta veces, para atacar?... Los republicanos le pegan fuego por principio, y ni hablar de combate. ¡Lo queman todo! ... ¿Que los nuestros atacaban por la noche?... Los azules aparecen de entre la bruma con sus antorchas para incendiar las granjas y fusilar a quienes salen de ellas. Necesitamos a Blacfort. Ahora todo el oro y todos los hombres deben ser para Blacfort.

—Creo... creo que os he comprendido.

—No me sorprende en absoluto: con vos, siempre se trata de una cuestión de tiempo... —respondió el futuro rey que debía morir ante la indiferencia del mundo al futuro rey que acabaría sus días en el exilio.

* * *

—Debo daros las gracias, señor, pero he tomado la decisión: ¡me marchó!

El barón de Penchemel miró sorprendido a Victoire.

—Pero ¿cuándo?

—Mañana, enseguida, no sé, pero no puedo seguir esperando.

—¿Y adónde iréis?

—Lo ignoro. A mi casa, en Charente. O a París. Sí, a París, pues él acudirá allí algún día.

—No es lo mismo.

Ella le tomó las manos.

—Me muero por saber dónde se encuentra y, a pesar de vuestra amabilidad, necesito buscarle en persona.

El barón la hizo sentarse con dulce firmeza.

—Stofflet ha reanudado con éxito la ofensiva. Blacfort, lo habéis leído ya en las gacetas, da que hablar. Tengo la profunda convicción de que, en esta ocasión, la República quiere terminar de una vez por todas, y no sólo utilizando las «columnas infernales» del general Turreau. El príncipe habrá prolongado, sin duda, su misión.

—¡Quiero saberlo! —imploró ella.

—Bien... Partiréis pues, facilitaré incluso vuestra partida. Pero dadme una semana, sólo una semana para que lo organice todo del mejor modo.

Ella asintió con la cabeza.

—Sea. Una semana. Pero ni un día más.

El abate, con la nuca afeitada, aguardaba tembloroso, acurrucado contra la puerta.

Joseph Lemaire, el viejo guardián que había regalado el perro a Valencey de Adana, sugirió con tono amable:

—Os toca a vos, señor capitán.

Durante uno o dos segundos, imperceptibles para los demás, la decisión del príncipe se tambaleó con este pensamiento: «¡Esta vez es la de verdad!». Pero su doble, aquél que debía ser ejemplar siempre para tomar algo del fardo de los demás, aquel doble se levantó con agilidad y respondió con voz alegre:

—¡Claro, ciudadano!

No fue consciente de ello, demasiado ocupado en controlarse, pero todos admiraron su orgullo, incluso Mahé que pensó: «Me enseñó a vivir, me enseña a morir...».

El joven guardián, que actuaba como peluquero y había sido barbero algún tiempo, le dijo en tono grave:

—¡Vas admirablemente afeitado, ciudadano!

—Aprendí, como muchos, durante la guerra de América. Tienes más porvenir en las cárceles que entre los barberos, muchacho.

La mirada del «peluquero» traslució una absoluta incompreensión.

—Pero ¿por qué te has afeitado si vas a morir?...

Un destello de frialdad asomó en los ojos de Valencey de Adana.

—Mucho tiempo ha, cuando preguntaron su último deseo a uno de mis antepasados, compañero de Enrique cuarto, que iba a ser ahorcado por orden de Enrique tercero, respondió: «Que me afeiten, y bien, no quiero ser un ahorcado que provoque la huida de los niños y moleste a las hermosas damas».

Mahé, cuidadosamente afeitado también, al igual que O'Shea, se acercó:

—Es una suerte de elegancia, ciudadano, y la belleza reside en que el acto es de todo punto inútil.

—No se ofrece una mejilla rugosa a una dama... ni a una guillotina, pues también es femenina —añadió el americano.

Valencey de Adana se había acomodado en el asiento ocupado, previamente, por el sacerdote, y el joven guardia, que se cruzó con su mirada y advirtió que, tras la frialdad, ésta ya no dejaba traslucir nada, apenas cierta indiferencia, una fijeza lejana.

El guardián-barbero iba a acometer por fin su tarea cuando un ruido de cabalgada y los clamores de una multitud presa del pánico le interrumpieron.

O'Shea corrió hasta los barrotes y, con voz excitada, gritó:

—Vamos a ganar algunos minutos más... Acudid, señores, el espectáculo es

agradable.

Todos se precipitaron hacia la ventana y vieron, con sorpresa, decenas de húsares y una partida de dragones que, descabalgando, golpeaban con la hoja del sable a los guardias nacionales, infligiéndoles un severísimo correctivo.

Luego, la puerta de la celda se abrió con tanta violencia que el abate, que seguía acurrucado tras ella, perdió el sentido.

Pierre-François Gréville, seguido por algunos oficiales de húsares, dragones y algunos policías de la Secreta vestidos de negro, ocuparon la celda.

—¿De modo que sois vos, Gréville, tan discreto sin embargo, el que ha montado este jaleo?... —soltó Valencey de Adana en un tono en el que se advertía la felicidad ante lo que se había creído perdido y recuperaba: la vida.

Gréville sonrió.

—¡Me satisface volver a veros!... Pero sería subestimar a la República en general y a mí en particular imaginar que no estamos informados de todo y por doquier.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Gracias al ujier que huyó de la ciudad hace tres días; y, cuando yo estaba reuniendo algunos húsares y dragones en el cuartel de la calle Bar-du-Bec, un buhonero procedente de París me trajo la misma noticia, mencionando con insistencia vuestro nombre. Un tal Joseph Lemaire, que parece que os es muy fiel, le había pagado un luis.

El viejo guardián, halagado, dio un paso adelante. El policía le observó fríamente de arriba abajo.

—Cuentas con el agradecimiento de la nación, ciudadano Lemaire —anunció Gréville—. A partir de este instante, diriges definitivamente esta cárcel. Primera misión: encierra tras los barrotes a tu predecesor. Y prepara otras celdas, muy húmedas e incómodas. —Luego, dirigiéndose a un hombre de la policía secreta, vestido de negro—: Entrégale diez luses: la República paga siempre, y un poco más, a sus ciudadanos ejemplares.

Después de haber indicado discretamente, mediante señas, al sacerdote que se largara de allí invitó a Valencey de Adana y a sus dos compañeros a salir pero, ya en el patio, se cruzaron con los cinco oficiales que mandaban la guardia nacional.

Desarmados, inseguros, con la cabeza gacha, tenían muy mal aspecto. Gréville arrancó sus charreteras con rara Violencia, mientras gritaba:

—¡Sois degradados y acusados todos de conspiración, pues sabíais muy bien lo que ocurría en esta ciudad y os habéis hecho cómplices de ello con vuestro silencio! ¡A la cárcel! —Reanudó la marcha, dirigiéndose a zancadas hacia el Tribunal y mascullando—: ¡Pandilla de mamarrachos!... Ay, terminemos de una vez.

Dos húsares le presentaron al alcalde. Gréville contuvo con dificultades una fría cólera.

—Has sido destituido en el acto y eres acusado de conspiración y alta traición en favor de... —se interrumpió para pensar un instante. Luego prosiguió—: ¡En favor

de..., de... Prusia!... ¡A la cárcel!

Entró a la carrera en el Tribunal, cuyo presidente palideció al reconocer, libres, a los tres oficiales condenados a muerte.

—¡Aquí estás pues, viejo cobarde!... —le espetó Gréville mirándole con asco de la cabeza a los pies. Y añadió—: Vas a juzgar por última vez. Preside sin atreverte a hablar, o casi. Luego, serás destituido y encarcelado. Comparecerás por traición. Procura que este proceso dure menos de cinco minutos; si es así, se te tendrá en cuenta.

Se instalaron en el Tribunal.

Empujaron al odioso Beaupin, que parecía pertenecer ya al reino de los muertos, hacia el banquillo de los acusados mientras, en el lugar que ocupaba habitualmente, se situaba un extraño personaje tocado con un sombrero con grandes plumas tricolores que le daban el aspecto de un loro (que tuviera atascados los intestinos).

Gréville se inclinó hacia Valencey de Adana, mientras susurraba:

—El acusador público. Lo he traído de París para estar seguro de su mal humor y de que se desahogue contra el acusado.

—¿Es eso la justicia?... —preguntó Valencey de Adana, pero sólo por principio.

Gréville le observó por un instante.

—¡Nunca sé cuando bromeáis!... —dijo al fin—. Sea como sea, este hombre suele ayudar a Fouquier-Tinville y ha aprendido sus expeditivos modos.

Cuatro minutos después del inicio del proceso, estaban ya en la requisitoria del acusador público.

—El secuaz de los déspotas, Jean-Marie Beaupin, que ha perdido ya su orgullo... Contemplad a esa miserable ruina... Es acusado de múltiples crímenes. Destruyó un salvoconducto del Comité de Salvación Pública: por ello, pido la condena a muerte. Destruyó también una orden de misión del susodicho Comité: pido la condena a muerte... Puso trabas con malicia, mala fe y espíritu monárquico a la misión de unos oficiales de la República, misión cuyo carácter vital le había sido debidamente explicado por el ciudadano Valencey de Adana: pido la condena a muerte. Con sus cómplices, hizo guillotinar a Jules Dumesnil, contramaestre ascendido, a título póstumo, a teniente de navío con pensión para su viuda: por el asesinato de ese héroe de la nación, ¡condena a muerte!... Tras haber confiscado los efectos de los oficiales comisionados, bolsas y macutos, robó doscientas monedas de oro: ¡condena a muerte!... Por todo lo que ha hecho: ¡condena a muerte!... Por todo lo que habría podido hacer: ¡condena a muerte!... Por lo que nunca hará: ¡condena a muerte!... Por haberse atrevido a existir: ¡condena a muerte, muerte, muerte!...

Al subir al cadalso, menos de diez minutos después, con la camisa abierta y la nuca afeitada, el antiguo procurador Beaupin saludó al acusador público, como si sólo lo viera a él:

—¡Qué requisitoria!

El emplumado hizo un delicado y mínimo gesto de negación, dada su falsa

modestia, aunque no dejó de advertir:

—Y además, querido colega, tenga en cuenta las fatigas del viaje.

Al caer en el cesto de salvado, la cabeza de Beaupin seguía pareciendo lo que siempre había sido: una cabeza de un estúpido llena de pretensiones.

* * *

Cenaron con frugalidad en una casa en el pueblo, precisamente de la mujer del ujier republicano que había corrido a París para denunciar lo que estaba tramándose en aquella ciudad, dominada por un loco.

Gréville, que debía hablar de muchas cosas con Valencey de Adana, comenzó por las malas noticias.

—Me enteré demasiado tarde, al estar en misión en provincias, de la muerte de un hombre a quien vuestro padre conocía y estimaba: el señor de Malesherbes.

Valencey de Adana pareció entristecido por ello.

—En efecto, incluso vino al castillo cuando era Director del Libro, bajo los Capeto. Censor general, utilizó la censura muy poco. Él autorizó la impresión de la *Enciclopedia*, protegió a Voltaire y a los filósofos. He leído que fue el abogado del déspota.

—Haciendo gala de gran valor. Incluso los hebertistas quedaron conmovidos por su sinceridad, que le ganó la estima general pues se había presentado de forma espontánea para defender a Capeto, justo cuando nada había que ganar y podía perderlo todo: y eso lo prueba.

—¿Y... cómo murió?

—Guillotinado. El veintidós de abril.

—Esto es muy injusto, escandaloso incluso.

—¡Si sólo fuera eso!... —respondió Gréville.

—Debió de morir con valentía, ¿no es verdad?

—Sí, es cierto. Pero de un modo tan ridículo que hizo reír a todo París.

—¿Cómo, en el cadalso?

Gréville, que estaba pelando una manzana, se detuvo.

—Imaginad la escena... Al pie del cadalso, el señor de Malesherbes tropieza con un adoquín, está a punto de caer, se vuelve hacia el verdugo que le ha sostenido y le dice: «He aquí lo que se llama un mal presagio; un romano, en mi lugar, habría regresado a casa». Rieron, a pesar de todo, lo que ponía de relieve la superioridad del ingenio sobre cualquier otra cosa, incluso la muerte, pues si ésta es el último acto, el ingenio tiene la última palabra.

Muy pronto, la dueña de la casa entró, preocupada.

—Ciudadanos, ante la puerta está el horrible perro de la cárcel que se revuelca en el adoquinado de desesperación y no quiere largarse a pesar de los escobazos.

—¡Voy!... —respondió Valencey de Adana, que regresó de inmediato con el perro en brazos.

Gréville frunció el ceño.

—Mmm... No parece que esté muy limpio.

—Me sorprendéis, acaban de lavarlo. Se parece bastante a un murciélago. De hecho, algunos lo llaman «la cosa».

—¿Y tiene un nombre esa cosa?

—¡*La Fayette!*

—Sois muy cruel, este perro es mucho más guapo que el hasta entonces marqués.

Uno de los policías, rompiendo los sellos, les había entregado los macutos de los oficiales.

Levantándose de la mesa, Gréville y Valencey de Adana hicieron un aparte y el policía se sacó del bolsillo un documento, al tiempo que decía:

—Espero que no os enojaréis, uno de mis oficiales ha falsificado vuestra firma para ganar tiempo: vuestros hombres se encaminan hacia Cherburgo, más cerca de París. Apenas desembarcados, se dirigirán a la capital a marchas forzadas.

—Perfecto, ¿estáis listos para recibirlos bien?

—Hay cuarteles a su disposición.

—¿Y el material prometido?

—Todo está allí, nuevo, recién salido de los talleres. Nuestros ingenieros efectuaron las modificaciones que pedisteis. Incluso el tono de la pintura de los carros se dio de acuerdo con vuestros deseos. El itinerario del desfile se ha reconocido varias veces, parecerá largo pero todos los parisinos deben veros. Una cosa más: en vuestra... ausencia, Joseph de Keringan, que os sustituye a bordo de *La Terpsichore*, ha confirmado las cifras: doscientos cincuenta hombres de la fragata, ciento ochenta procedentes de vuestra colonia, treinta indios, cuarenta antiguos esclavos negros, unos treinta americanos, españoles y prisioneros ingleses incorporados, en resumen, todos los hombres de esa colonia libre a quienes se añaden ciento ochenta veteranos que pertenecieron a ella, sirvieron en vuestros navíos pero viven en Francia y son voluntarios. Llegamos a los setecientos catorce hombres.

—Eso es también lo que había calculado, poco más o menos.

—Aunque no sea exactamente el efectivo —prosiguió Gréville—, el Comité de Salvación Pública ha decidido que formarais una media brigada. Vuestro grado de capitán de navío que equivale al de coronel en el ejército, ha parecido insuficiente: tengo el honor de anunciaros que os han ascendido al grado de general de brigada. Además, considerando vuestra insistencia, el Comité ha cedido: seguís siendo marino y se acepta el apelativo de «infantería de marina». Vuestra media brigada es, de momento, la 123.^a pero se desea, considerando de dónde procede y el papel histórico que está destinada a desempeñar, que ese número sea sustituido o acompañado por un nombre que vos mismo podéis elegir.

—Lo pensaré. ¿Algo más?

Gréville miró su reloj.

—Hace dos horas que uno de mis hombres está en camino hacia París, a rienda suelta. Un caballo fresco le aguarda cada treinta kilómetros. Enseguida se avisará a Saint-Just, pues, de vuestra supervivencia y llegada. Mañana mismo, las gacetas hablarán de ello y así lo harán todos los días hasta el desfile, que supondrá más que un desfile: un modo de unir a la nación.

—Todos los días... ¿no resultará excesivo, Gréville?

El jefe de la policía secreta negó con la cabeza.

—Tal vez no acabéis de comprenderlo... Vos sois un héroe de la guerra de América, un capitán invicto. Añadiéndolo a vuestra gloria, pensad en el destierro a que os obligó un odiado déspota. Se recordará vuestra estancia en la Bastilla a guisa de agradecimiento por vuestros valerosos combates, vuestro inmediato enrolamiento en la Revolución, los convoyes de la República que habéis escoltado hasta llegar a la vista de unos puertos donde teníais la modestia de no mostraros. ¿Y qué hace ese héroe?... Apenas llegado a Francia, se lanza a las guerras de Vendée. Robespierre lo ha dicho: es más de lo que puede soñarse. París os dedicará un triunfo, a vos y a vuestros hombres.

Valencey de Adana parecía reservado:

—No me gusta demasiado todo eso... —dijo Valencey de Adana, mostrando sus reservas.

—No se ha disfrazado la verdad, pues, conociéndoos, he velado por que así fuera... Tenéis cinco días libres para preparar el desfile, cinco días durante los que periódicos y gacetas incitarán a que acuda la gente a veros de Francia entera, cinco días en que se escribirá a los primos de provincias...

—Bien. ¿Y la operación secreta en el bosque?

—¡Perfecta!... Cinco de vuestros curiosos indios... ¿los mayos?

—Mayas e indios bravos.

—Cinco de ellos están tomando la medida del bosque que vos elegisteis. Nuestros propios exploradores, aunque constituyen la flor y nata de nuestros ejércitos, están pasmados ante su eficacia... Por su parte, a pesar de su mal carácter, el general Turreau y sus «columnas infernales» siguen vuestras órdenes: en la línea de inclinación sudoeste, nordeste, van rechazando poco a poco al ejército de Blacfort, de acuerdo con vuestros deseos, hasta donde deseáis llevarlo.

—¡Excelente trabajo!... Bueno... Ah, ¿cómo decíroslo?... No creo haber recibido noticias de..., bueno, ¿no es así?...

Conmovido, el jefe de la policía secreta puso fin al calvario del reciente general.

—¿Noticias de la marquesa, tal vez?

A Valencey de Adana le costó un poco fingir indiferencia, aunque lo intentó sin mucha convicción.

—Sí, la marquesa, de hecho...

Gréville se dijo que, decididamente, se puede ser un gran jefe militar y un mal

comediante.

—No sois el único que vive aventuras agitadas —suspiró—. Pensad que el innoble Blacfort había ofrecido una elevada recompensa a quien capturara y le entregara a la marquesa. Unos veinte muchachos de la misma aldea monárquica de Vendée se lanzaron a la aventura, y dieciocho perdieron la vida tras desafortunados encuentros con nuestros soldados. Cuando ya sólo quedaban dos, se pelearon pues, entretanto, vuestra loba, una verdadera republicana, había convertido al más joven. El otro, que es sólo un pobre diablo, aceptó separarse de ellos...

—¿Y qué fue de él?

—Mis hombres no tuvieron ninguna dificultad en identificar el castillo donde ella encontró refugio, en casa de un barón liberal, un buen hombre que debió ocultarla pues Blacfort ocupó el castillo mientras ella estaba allí. Divertido, ¿no es cierto?

—«Divertido» tal vez no sea la palabra adecuada... De cualquier modo, iré de inmediato allí. ¿Dónde se halla ese castillo?

Gréville levantó la mano.

—Aguardad, por supuesto que podéis hacer lo que os plazca, pero os lo desaconsejo. —Ante el aire sorprendido pero atento de Valencey de Adana, el policía prosiguió—: Pero ¿cómo, queréis verla a salto de mata tras trece años de separación y volar enseguida hacia París?... El barón está abonado a las gacetas, yo procuraré que le lleguen con celeridad excepcional y la marquesa vendrá a vuestro encuentro hasta París, donde por lo demás estará mucho más segura. —Al notar que casi había convencido a su interlocutor, Gréville acabó de persuadirle—: El castillo está ya discretamente vigilado, es decir, bajo nuestra protección. Si ella toma la diligencia, y es lo más probable, viajará sin saberlo acompañada de mis dos mejores hombres. En cuanto pise París, sin que lo advierta, estará protegida las veinticuatro horas del día. Creo que ya lo sabéis: nunca hago mis planes a la ligera.

Este último argumento logró que el recién nombrado general se decidiera, y asintió con la cabeza.

Gréville sacó entonces de su bolsillo una gema, una hermosa esmeralda donde se había engarzado una cierva de oro: un trabajo notable, un resultado maravilloso...

Valencey de Adana dio un respingo.

—Pero ¿cómo...?

Gréville le ofreció la joya.

—Aceptad este regalo como un modesto testimonio del agradecimiento de la nación... Pensad que un prisionero vendeano, el superviviente de la aventura en que estuvo mezclada la marquesa, lo llevaba al cuello. Capturado, cuando iba a ser fusilado sin derecho a juicio, solicitó que se entregara la joya a su propietaria, la marquesa de La Chesnaie de Flers. Afortunadamente, yo me había ocupado de que todas las tropas del Oeste supieran ese nombre. Me entregaron al prisionero, al que indulté e indemniqué gracias a esa joya regalada por la marquesa.

Hizo una señal a uno de sus hombres y éste los condujo a Bienvenu, que lucía una

escarapela tricolor en la solapa: le habían tratado con demasiada humanidad como para que no se uniera a su bando sin faltar al honor.

Pareció muy impresionado al encontrarse ante Valencey de Adana, a quien admiraba.

Gréville, antes de dejarlos, dijo al general:

—Preguntadle, venera a la marquesa y se muestra inagotable sobre ese tema.

Nicolas de Refroicourt, conde de Blacfort, no hallaba sosiego para su cólera. Aunque había enviado a su amante, la señora de Juignet-Tallouart, en la diligencia que llevaba a Vendée, él no podía correr aquel riesgo.

Ciertamente, la idea de separarse no carecía de astucia pues los republicanos buscaban a una pareja, pero en contrapartida él se veía obligado a efectuar un gran rodeo. Además, el hecho de que fuera tuerto facilitaba la investigación en lo que le concernía.

Habiéndosele reunido, en una barrera de París, Gorro-encerado y Simon, llamado *Dulzura*, tomó la dirección de Auxerre y luego de Bourges, al sur. Desde allí, inclinó levemente su camino hacia el sudoeste por Châtellerault y Ruffec, casi en sus tierras.

Al hallarse al sur de Vendée, región donde de hecho no se aguardaba a un fugitivo procedente de París, pensó en la decisión que iba a tomar.

Hasta entonces no era posible reprocharle la menor imprudencia. Iba, al igual que sus compañeros, a moderada, aunque regular, velocidad y nadie, en las postas, podía quejarse de que entregara unos caballos agotados por la carrera.

Hacía gala de la misma prudencia en las posadas donde se restauraban y dormía con sus compañeros, que daban prueba, también, de la mayor discreción. Comían bastante poco, bebían menos aún y ninguno de los cuatro mandó subir a una sirvienta a su habitación, aunque todos se murieran de ganas.

En los controles y barreras republicanos, se presentaban como comerciantes en vinos, licores y alcoholes que bajaban de Charenton hacia el sudoeste y transportaban, a este efecto, pequeñas redomas y muestras.

Un oficial de la gendarmería de Châtellerault interrogó al general vendeano clandestino, con cierta insistencia, sobre su ojo. Fingiendo un aire modesto, y como si le molestara contar un hecho de armas, Blacfort afirmó haberlo perdido a causa de un guardia suizo, el 10 de abril de 1792, en el ataque a las Tullerías. Y sus compañeros lo confirmaron citando detalles que sólo podían conocer quienes participaron en aquella jornada.

Por lo demás, todos habían estado allí, salvo Blacfort. Pero, en vez de atacar a la monarquía, se habían dedicado a saquear y robar a los cadáveres, fueran suizos o republicanos, pero más todavía a los de la guardia de corps del rey, exclusivamente compuesta por gentilhombres provistos de oro, anillos, relojes y cadenas. El oficial de gendarmería, convencido y respetuoso, saludó y ordenó que abrieran la barrera.

Tras dirigir sus pasos hacia el oeste, Blacfort pasó al norte de Saintes, luego remontó con prudencia hacia las tierras de Vendée.

¡Cuántos días de viaje!

Estaban cansados y empapados, pues llovía desde la mañana. Pero, curiosamente, más que una cama y una comida caliente, los cuatro necesitaban mujeres. Su deseo se veía sin duda aguzado por la abstinencia a la que se obligaban aunque muchas sirvientas bien dispuestas o viajeras veleidosas que encontraban en las posadas parecían dispuestas a entregarse.

Al ponerse el sol, llegaron a una pequeña aldea llamada La Linterna de los Muertos.

—Y, sin embargo, no hay linterna alguna, pues no se ve nada... —advirtió Blacfort.

Apenas había pronunciado aquellas palabras, divisó a una jovencísima muchacha que salía de un establo y entraba en un pobre cuchitril donde ardía una vela.

Bastó con intercambiar una mirada con sus compañeros. La niña apenas tenía trece años y no fue capaz de oponer resistencia alguna cuando los cuatro hombres se arrojaron sobre ella y la infeliz fue poseída en el mismo suelo, entre la mesa y el saladero.

Blacfort fue el primero, pues ésa era la costumbre entre lo más despreciable y vil de la humanidad, que, incluso para una violación, daba preferencia a la aristocracia. Simon, llamado *Dulzura*, fue el último, pues su estilo era tal, de tan enorme violencia, que sus víctimas morían a veces, lo que irritaba mucho a aquellos a quienes todavía no había llegado el turno.

Blacfort contempló a su víctima, jadeante, tumbada en el suelo. La entropiada ensangrentada de la niña, a la que acababan de arrebatarse la virginidad, despertó en él un arranque de excitación muy distinta. En un instante, con el largo cuchillo de caza en la mano, abrió por completo aquel vientre desnudo mientras lanzaba un profundo estertor de placer.

Tras haber consumado aquel crimen, uno más, los cuatro hombres se pusieron a cabalgar de nuevo y muy pronto se perdió el ruido de los cascos de sus caballos. Entonces, un hombre salió de la estancia contigua, un reducto donde se amontonaba la leña cortada y se guardaban las herramientas.

Tenía ochenta y un años y el rostro descamado. Le faltaba la pierna izquierda y se ayudaba con un bastón. Bisabuelo de la niña, que había ido a prepararle la cena y a ocuparse de los animales, había asistido a la escena tras los tabiques cuyas tablas, descoyuntadas, le permitían la visión.

Se había mordido los labios hasta hacerlos sangrar y clavado las uñas en las palmas para no intervenir y que le mataran de inmediato. La prudencia le impulsó a no actuar, pero grabó en su memoria los rasgos de los cuatro violadores.

Sabía que jamás olvidaría los de su jefe, sin duda un aristócrata, a quien le faltaba un ojo.

¡Nunca!

Y «nunca», a veces, no está tan lejos...

* * *

A medida que se acercaban a París, la marcha de Valencey de Adana, Mahé, O'Shea, Gréville y seis de sus policías de élite se volvía más lenta.

En verdad, resultaba curioso. Parecía que la noticia, llegada a la capital, refluiera como una ola para inundar la provincia a la velocidad de, según dicen, las mareas del Mont Saint-Michel.

En cada ocasión se festejaba a Valencey de Adana, se descubrían los rasgos del héroe con una curiosidad poco común y todos pensaban que aquel hombre alto, delgado, con el talle bien ceñido, el rostro huesudo, la mirada extraña pero de infantil sonrisa, era absolutamente digno de su leyenda fabulosa.

Cada vez, también, mientras se organizaban apresuradamente desfiles patrióticos y banquetes, el jefe de la policía secreta deseaba que prescindieran de ellos, pero Valencey de Adana desbarataba siempre su decisión.

—Pero bueno, Gréville, ni se os ocurra... ¿Qué hombre sería yo si no otorgara al pueblo el tiempo que me solicita para hacerme el gran honor de recibirme también?

Gréville sentía cierta frustración, pues aquellas interrupciones impedían las discusiones a fondo con Valencey de Adana. Sin embargo, aun entrecortadas, aquellas conversaciones sorprendían al policía.

¿Era el alejamiento lo que le confería frialdad de juicio?... ¿Su espíritu analítico? ¿Su viva inteligencia? Fuese como fuese, aunque recién llegado del Nuevo Mundo, Valencey de Adana comprendía las cosas a la perfección.

Gréville tardaría en olvidar aquel corto diálogo en el que el marino dijo de forma desapasionada:

—Cuando atacaron Nantes, los vendeanos habrían podido marchar sobre París y tomar la capital.

—También nosotros lo pensamos. Pero un tirador de élite republicano se encontraba entre las ruinas y acabó con Catherineau, su generalísimo, y se retiraron en desorden de Nantes.

—La muerte de un general en jefe no es tan dramática, cumple con su papel cuando le matan y otro debe poder sustituirle. La razón de la futura derrota vendeana, la que les hará perder la guerra, debe buscarse en otra parte.

Gréville quedó estupefacto.

—Ah, me sorprendéis: ¿y cuál es esa razón?

—¿No habéis reparado en ello?... Ninguno de los hermanos del hasta entonces rey, ninguno de los príncipes de sangre y ni siquiera un obispo se ha unido a los vendeanos. La estupidez de un rey les hizo perder el trono, la cobardía de los príncipes ha sellado la derrota de la insurrección que podía restaurarle.

Gréville, aterrado por estas palabras, imaginó que hubiera habido un hermano del

hasta entonces rey en la toma de Nantes. La muerte del generalísimo habría pasado inadvertida, todos los ejércitos de la República combatían en las fronteras, salvo el que acababa de ser derrotado. Durante algunos días, entre Nantes y París, entre el ejército vendeano y el poder instituido en la capital, sólo hubo... dos regimientos.

Dos regimientos, es decir nada.

Se estremeció.

Dos horas más tarde, cuando los recibieron los festejos en Étampes y un coro interpretaba «La Marsellesa», Valencey de Adana que, sin embargo, conocía muy bien el cántico, aguzó el oído al escuchar una de las estrofas:

Amor sagrado de la Patria
conduce, sostén nuestros brazos vengadores,
Libertad, querida Libertad
combate con tus defensores...

Puesto que ambos cabalgaban, Valencey de Adana se inclinó sobre el cuello de su caballo y susurró a Gréville:

—Por cierto, ya que necesitáis uno, he encontrado el nombre de mi 123.^a media brigada.

—¿Cuál?... —preguntó Gréville, sintiendo curiosidad.

—Será la brigada «Libertad, querida Libertad». No conozco nada más hermoso.

Gréville reflexionó largo rato, luego:

—Ni yo tampoco —convino Gréville tras reflexionar largo rato.

* * *

¡No podía más!... Primero la despedida del barón de Penchemel y del pequeño Jean-Baptiste, que se había marchado a enrolarse en los ejércitos del Oeste, y ahora esa impresión de que el tiempo se alargaba sin fin. Sin embargo, en otros momentos, le parecía que aquel respiro no era excesivo, pues Victoire no había tomado aún una decisión definitiva: ¿iría directamente a ver a Joachim o aguardaría dos días más para que hubieran terminado los desfiles?

En realidad, Victoire no dudaba de su decisión pues pensaba que, entre otras mil cosas, amar consiste en no ser una molestia o una carga para el otro.

Leyendo las gacetas y la prensa revolucionaria, la Convención y, por ella, la República hacía el mayor caso al desfile de la 123.^a media brigada, la única del ejército francés compuesta exclusivamente por marinos. Era cierto que tras más de trece años, el regreso de un héroe tan popular como Valencey de Adana constituía un acontecimiento excepcional; sin embargo, al menos una de las gacetas se preguntaba: ¿cuál sería el comportamiento de las tropas de marina ante un enemigo tan temible como los vendeanos?... Y el autor del artículo, bastante pérfido, añadía que las tropas

combatirían según desfilaran, considerando que el aspecto, la disciplina y la eficacia de fuego eran la misma cosa.

Conociendo a Joachim, a Victoire no le preocupaba realmente aunque consideraba que no había que molestarle: sin duda él debía velar por cada detalle, de modo que, tropas de marina o no, aquel desfile fuera uno de los más hermosos al que asistieran los parisinos.

Y no se equivocaba pues, a pesar de un don evidente, uno de los integrantes al menos, experimentaba ciertas dificultades durante los ensayos para ajustar su paso al del caballo del recién nombrado general.

El que sufría en el desfile se llamaba *La Fayette* y su condición de perro no le eximía del deber de apuntar a un solo objetivo: la perfección.

MAYO DE 1794...

El representante del Comité de Salvación Pública palideció: cinco minutos antes del inicio del desfile, las tropas de marina ofrecían el espectáculo de una inextricable confusión. Todo se mezclaba: cañones, caballos, oficiales gesticulando, músicos, portaestandartes, granaderos, carros... e incluso un horrendo perro que ladraba a todo el mundo.

—¡Qué fracaso!

Y el propio Valencey de Adana había llegado en el último momento, pues había estado muy ocupado visitando aerostatos en Meudon.

—¡Meudon!... —repetía, anonadado.

El sudor perlaba su frente y el rojo de la vergüenza cubrió sus mejillas. En las aceras podían contarse decenas de miles de parisinos, por no mencionar a los miles que aguardaban la llegada del desfile a la plaza de la Revolución^[17], a la que las tropas de marina debían dar una vuelta completa. Algunos propietarios con intuición comercial habían alquilado, a precio de oro, cada una de las miles de ventanas desde las que se podía ver pasar las tropas. En la plaza de la Revolución, en una tribuna forrada de tricolor, aguardaban Robespierre, Saint-Just, Couthon, Collot d'Herbois, Barère, Billaud-Varenne, Lazare Carnot, Lindet, Prieur de la Marne y Jean Bon Saint-André, los miembros del Comité de Salvación Pública al completo.

Más a la derecha, se hallaban los miembros del Comité de Seguridad general y los embajadores de los raros países que no estaban en guerra con Francia.

En fin, no cabía duda alguna de que los espías de las potencias extranjeras se encontraban allí, y todos los de las facciones, como los agentes monárquicos.

Qué loca idea la de hacer desfilar, al paso, a unos marinos por las calles de París, en ese largo trayecto que va del ayuntamiento a la plaza de la Revolución.

Un niño de diez años no hubiera cometido semejante error ni tamaña imprudencia.

El hombre, republicano sincero, no dudaba ni por un momento de que Valencey de Adana fuese un héroe. Asimismo, no le costaba convencerse de que, en el mar, aquellos hombres representaban la más temible de las fuerzas. Incluso el «pelotón de los veteranos», los ciento ochenta hombres que vivían en Francia y efectuaban, cada tres años, una estancia en *La Terpsichore*, incluso los que tenían de treinta y cinco a cuarenta años, veteranos de la guerra de América, helaban la sangre con aquellos rostros duros, con cicatrices de sablazos, aquellos cuerpos macizos que hacían pensar

en robles indesarraigables.

Por supuesto, ¡pero en el mar!

—En el mar... —repitió a media voz, desesperado, mientras su nerviosismo daba paso a una especie de apatía.

La idea de que todos, pero sobre todo la Convención Nacional y el Comité de Salud Pública, fueran a ser la comidilla de Europa le paralizó.

Observó con aire desolado a los «extranjeros» y movió la cabeza al oír hablar inglés, español, criollo... ¡Qué idea aquella...! Parecía que la idea del desfile hubiera sido organizada y sugerida al Comité de Salvación Pública por hábiles agentes de la contrarrevolución.

Hacer desfilar marinos en tierra firme suponía, claro está, una aberración pero empeorar más aún el asunto mezclando a algunos extranjeros lo culminaba todo con una especie de suicidio. Y todos aquellos hombres parlotean, y le dan a la lengua en todos los idiomas del mundo... ¿Cómo un inglés y un indio, un negro y un español conseguían comprenderse y captar las órdenes?

Cuando su vecino de la izquierda oyó sus murmullos y le lanzó una mirada suspicaz, el representante del Comité de Salvación Pública prefirió alejarse de allí.

Cada vez más pesaroso, observó con aire huraño a los marinos en hileras, esperando recibir tres claveles cada uno: azul, blanco, rojo. Químicos y tintoreros habían pasado la noche realizando artificialmente alguno de aquellos colores y, aunque el hombre no negase el arrobador efecto del resultado, sólo podía pensar que en aquella empresa el ridículo, lo grotesco incluso, acabaría vinculándose a los colores nacionales.

—Por otro lado, también pueden ser flores para un entierro... —murmuró encogiéndose de hombros.

Diputado muy cercano a Robespierre, el hombre habría dado cualquier cosa, en aquel instante, para no tener que cumplir tan siniestra misión.

Miró su reloj y palideció de nuevo. Su tarea era sencilla: montar a caballo y galopar hasta la tribuna. Los guardias nacionales, avisados de su paso, le dejarían pasar por las calles cerradas. De acuerdo, pero ¿qué diría a Robespierre una vez estuviera ante él? Algo así como: «Ciudadano Robespierre, abandona de inmediato esta tribuna para librarte, a ti mismo, a la dignidad de tu función y a la nación que representas, del ridículo de tener que recibir a una pandilla de lamentables marinos que desembocaran en la inmensa plaza de la Revolución en el mayor desorden».

¡Palabras sinceras!...

Pero grandes riesgos personales...

Ahora, cuando se hallaba al pie del muro, los pensamientos del diputado habían evolucionado. ¡Al diablo pues ese desfile frustrado y la imagen desastrosa que de la nación daría en el extranjero! En el fondo, sólo importaba una cosa: no enojar a Robespierre, no provocar uno de sus terribles ataques de cólera... En resumen, debía ocuparse ante todo de sus propios intereses no siendo el funesto mensajero de esa

suerte de traición, no llevada a cabo por la malicia y que no se pensaba como tal, pero que era, sin embargo, muy real.

En período de revolución nunca es deseable verse asociado, aun de muy lejos y muy indirectamente, a un acto de traición cualquiera. Sobre todo durante el Terror.

El diputado, un antiguo abogado, bastante inteligente y brillante por lo demás, analizó el problema de un modo muy distinto: ¿qué veía?

—Los hombres se atarean... ponen buena voluntad... y, sin embargo, no resulta fácil... Esa puesta a punto..., ¡pero todos están impacientes por desfilar!

¡Ya lo tenía!... Habría bailado de alegría. Todo, en aquel mensaje, pertenecía a la más estricta verdad. Ni sombra de una mentira. Y era justo antes del desfile. Lo que ocurriría durante el desfile, era algo muy distinto. Además, no asistiría a él.

Transmitiría la noticia y se esfumaría, para regresar de inmediato a su alojamiento de la calle Pas-de-la-Mule y reunirse con su mujer e hijos. ¡En casa por fin, a cubierto!... Y se imaginó empujando la puerta herrada que daba a una sala baja, la mesa, los bancos, el aparador, las cuatro sillas con brazos de cuero, los siete taburetes cubiertos de feo paño para los chiquillos y chiquillas, el cuadro que representaba al abuelo Jean-Nicolas, procurador en Le Mans, el primer piso y la gran cama donde se zambulliría alegando un dolor de muelas.

Habiendo pasado del abatimiento más profundo a una alegría casi exuberante, que, pareciendo fervor patriótico, servía a sus intereses, subió de un salto al caballo y partió al galope para llevar la «noticia» a Robespierre.

Gréville aguardaba en primera fila, cerca de la tribuna oficial. Informado en primer lugar, como era debido, de que los marinos parecían tener grandes dificultades al comienzo del desfile, no sentía sin embargo la menor inquietud. Resultaba casi inconcebible: el jefe de la policía secreta francesa, por primera vez en la vida, había entregado su confianza, toda ella, a un hombre: Valencey de Adana.

No podía pues, sencillamente, haberse equivocado, fueran cuales fuesen las apariencias.

* * *

Dawson, el jefe del espionaje inglés, aguardaba también en la plaza de la Revolución, abrazando con ternura el talle fino y arqueado de Léonore, a la que amaba por encima de todo, más incluso que a su propia vida. Gracias a su consumado arte, había obtenido noticias frescas de un oficial que ni siquiera se había dado cuenta de que le interrogaba, a menos que hubiera querido impresionar a la hermosa Léonore, de quien no apartaba los ojos.

En cualquier caso, Dawson sabía que el desfile iba a ser un verdadero desastre.

Apenas hacía un mes, semejante noticia le hubiera llenado de júbilo al pensar en esos millones de franceses sumiéndose en el ridículo.

Pues bien, con gran asombro por su parte, la tristeza lo embargaba. La palabra «triste» le pareció insuficiente, ¿o había que añadirle «abatimiento», «consternación», «aflicción»?...

Siempre dispuesto a analizar su alma, ejercicio al que debía su supervivencia, lo que descubrió en ella le dejó pasmado. Sin duda estaba triste por Léonore, la cual, ante el anuncio de aquella noticia de un inminente desastre, parecía al borde de las lágrimas. Más allá de la mujer que amaba, la idea de ver un corazón tan noble y a un héroe tan atractivo como Valencey de Adana públicamente humillado, pues sí, esa idea le afligía.

Y lo mismo le ocurría con aquel pueblo al que amaba cada vez más, a pesar de que a veces fuese colérico, y criticara el planeta entero, pero era tan valeroso, tan resistente al sufrimiento, a menudo tan lleno de ingenio y, a veces, sublime...

El jefe de los espías de Jorge III de Inglaterra se dio cuenta de que se sentía más cerca de esos republicanos franceses puestos entre la espada y la pared, plantando cara a toda la Europa que se coaligaba en sus fronteras, que de su rey y de su rancia aristocracia.

* * *

Victoire había llegado muy pronto para situarse bien, en primera fila. Pero, poco a poco, algunos *sans-culottes* se habían puesto delante y, al darse cuenta de ello, un suboficial de la guardia nacional, que había reparado también en su gran belleza, había ido a buscarla para colocarla, de nuevo, en primera fila.

—Quédate a mi lado, ciudadana, y nadie te echará atrás —le dijo.

Ella se lo agradeció. Él se inclinó entonces hacia la muchacha y, como si se tratara de una confidencia, comentó:

—Aunque tal vez más valiera que te echaran hacia atrás: se dice que los marinos no saben desfilar y que esto va a ser un desastre.

—¿Quién lo dice?... —se indignó Victoire.

—Corre el rumor entre nosotros, los hombres de la guardia nacional.

En efecto, miles de hombres de la guardia nacional separaban la multitud de la calzada que debían recorrer las tropas durante el desfile.

Así, de guardia en guardia, una habladuría podía extenderse de un extremo a otro de la cadena.

Victoire miró de arriba abajo al oficial.

—Por mi parte, ciudadano, no lo creo.

—¡Ya veremos!... —rió sarcástico, añadiendo—: Cada cual debe estar en su lugar. ¿Acaso organizamos nosotros demostraciones navales en el Sena?

En aquel instante, un hombre de negro entregó una carta a la hasta entonces marquesa y se esfumó. Su corazón latió desbocado al reconocer la caligrafía de

Valencey de Adana: Gréville, a quien gustaba poner todas las bazas del lado de la causa a la que servía, acababa de hacer llegar la «carta de adiós» de Joachim..., discretamente recuperada.

Ella sabía vivo a Valencey de Adana, pero leyó la misiva, una y otra vez. Luego, se deshizo en lágrimas y rió a carcajadas antes de elegir risa y llanto al mismo tiempo.

Ante las perplejas miradas de sus vecinos...

Los miles de mujeres y hombres que se apretujaban en la plaza de la Revolución oyeron un inmenso e impresionante clamor que iba aproximándose y del que no hubieran podido decir si se trataba de aullidos de aclamación o de abucheo. Pero — resultaba muy curioso—, como el rayo precede al trueno, un profundo silencio se adelantaba siempre, desfasado, a los gritos.

Y aquel silencio mortal no permitía augurar nada bueno, pues el desfile de los malos rumores habría ido más deprisa que el de los hombres...

Luego se vio a las tropas de marina al entrar en la plaza y, efectivamente, las acogió un estupefacto silencio.

La primera fila, muy separada, se había cedido a los grumetes, que portaban largas cintas tricolores en los sombreros. Aquella hilera estaba compuesta por tambores de doce años y pífanos de apenas más edad, cuyas notas se alzaban como alisios o como aquellos soplos que acarician las islas de Sotavento.

Después llegaron las tropas.

Su paso, y todos llevaban exactamente el mismo, no se parecía a nada que se conociera hasta entonces y, sin duda, Valencey de Adana lo había puesto a punto en función de la pesadez del clima de las Américas en su hemisferio del Sur. Se trataba de un paso bastante lento y largo, que rozaba ligeramente el adoquinado, poniendo de relieve las polainas blancas a juego con los guantes también blancos, que destacaban en contraste con los uniformes azul marino y blanco de botones dorados, el mismo para todos a excepción de las secciones especiales.

La impresión de admirables y pequeños muñecos mecánicos fue general, apetecía jugar con ellos, y algunos —también algunas— pensaron que no debían llevarse al combate tropas tan hermosas, tan perfectas, que el cañón destrozaría y que irían a pudrirse en las fosas comunes.

La segunda impresión, también maravillada, procedía del hecho de que no había un solo cañón de fusil, llevado por la correa, que no estuviera adornado con claveles azules, blancos y rojos, de modo que, superando en altura los tricornos de los marinos, se tenía la impresión de que los escoltaba un jardín florido.

Ahora, los setecientos catorce hombres de la 123.^a media brigada «Libertad, querida Libertad» pusieron realmente el pie en la plaza.

Con lo que fue un emotivo guiño de la Historia, primero se vio a una docena de americanos que portaban las banderas de las dos naciones aliadas.

John O'Shea, comodoro de la marina de guerra de Estados Unidos, marchaba precediendo de tres pasos a sus voluntarios y, como lo hicieron todos los oficiales, desenvainó su sable al llegar ante la tribuna oficial y lo mantuvo perpendicularmente

a la marcha, ejecutando un «mirada a la derecha».

También para recordar al pueblo de París la guerra de la Independencia, llegaron otros aliados de ayer, la docena de españoles, de incomparable nobleza y porte. Precedían a la docena de militares ingleses enrolados por idealismo y especialmente aplaudidos asimismo. Con una sorprendente aptitud para el espectáculo y un sentido esteticista del arte militar, Valencey de Adana había procurado dejar amplios espacios entre las distintas formaciones, de modo que el público pudiera apreciar cada una de ellas y sus diferencias.

Generando la estupefacción general, llegaron luego los indios mayas y bravos, unos treinta, con un uniforme especial creado, a petición suya, para la jungla y que no era conocido: camisa gris de mangas cortas con escudos tricolores en el hombro derecho, pantalón verde oscuro que llegaba a medio muslo, cinturón del que colgaban terribles cuchillos de piedra. Iban descalzos y no llevaban sombrero, dejando al viento los largos cabellos negros y lisos. Curiosamente, mantenían los fusiles con ambas manos y los brazos extendidos ante ellos.

Entre los espectadores, a quienes se habían sumado húsares, dragones, coraceros, tiradores, zapadores, «lineales» —infantería de línea— y guardias nacionales, todos experimentaron la misma certeza: semejantes hombres, si no se los mataba al primer tiro, atravesarían a uno diez veces con sus terribles cuchillos de piedra.

Un oficial de ingenieros, admirado, lanzó incluso a la redonda:

—¡Qué tropa!... No me gustaría combatir contra ellos. ¡No será nada fácil para los vendeanos!

Los mayas y los bravos permanecían impasibles y sólo algunas de sus miradas traslucían un momentáneo asombro al desfilar tan lejos de sus casas, en aquella plaza imponente, recibidos por las aclamaciones de un pueblo en pleno delirio.

Un espacio los separaba de dos filas de marinos armados con temibles vizcaínos, aquellos mosquetes de muy grueso calibre y largo alcance que diezmaban las cubiertas de los navíos de Jorge III de Inglaterra.

Manejando sabiamente el efecto, Valencey de Adana había dividido el desfile de las tropas mediante el tren de los equipajes.

Aparecieron entonces nada menos que sesenta carros tirados, cada uno de ellos, por dos magníficos caballos. Destinados al transporte de víveres, municiones, material de recambio y tropas en caso de ataque rápido, encontraban su lugar en el desfile gracias a la astucia: absolutamente nuevos, todos habían sido pintados de un hermoso color verde oscuro y en las lonas agamuzadas podía leerse, en letras negras escritas en semicírculo: «123.^a media brigada “Libertad, querida Libertad”».

Treinta metros por detrás iban las tropas negras. Hyppolite había sido nombrado teniente aquella misma mañana por Saint-Just a propuesta del hasta entonces príncipe de Adana. El nuevo teniente se había sentido tan emocionado que se había desvanecido (él, el antiguo esclavo, había sido ascendido a oficial de la República), y por unos instantes temieron que no pudiera desfilar.

El pueblo de París recibió triunfalmente a aquella tropa. Fusileros en sus años jóvenes, llevaban en la actualidad el uniforme de los granaderos de marina con aquel extraordinario tocado —que los ingleses copiarían luego— llamado «el gorro de oso», alto sombrero de pelaje negro cruzado por una cadenilla y con una placa dorada.

La gente empezaba a acostumbrarse al paso de la 123.^a media brigada que tenía, a mitad del movimiento, como una fugaz vacilación, una suspensión de un segundo. Aquello confería a los centenares de hombres que desfilaban aquella sensación etérea, ligera e irreal.

Vino luego el grueso de la formación, un cuadrado de cuatrocientos hombres, con cuatrocientos ramilletes tricolores que florecían en otros tantos cañones de fusil.

Al llegar a la plaza, estos hombres entonaron la canción de la marcha, que fue adoptada por todas las hileras, desde el final del cortejo hasta los americanos de cabeza.

Por una vez que la marina «ocupaba» París, no se había sacrificado lo propio de la marina al espíritu de la época... En efecto, no se trataba de un canto marcial y revolucionario sino, muy al contrario, de una antiquísima canción que generaciones de marinos franceses habían dado a conocer, y casi siempre habían hecho amar, en todos los mares del mundo.

Las mujeres que, hacía unos instantes, gritaban su gozo y su orgullo quedaron de repente conmovidas a punto de llorar. En efecto, tras quince años de exilio y después de tantas cosas como habían sucedido, tantos acontecimientos, aquellos apuestos marinos ignoraban que dicha canción se había convertido en una nana de las que se canta susurrando a los niños para que se duerman. De cualquier modo, llegaba a tiempo para recordar que «aquellos maravillosos muñecos mecánicos» eran también hijos, hermanos, padres y esposos. ¿Y cómo explicar el efecto mágico que obró, en el corazón de las mujeres, aquella confusión de géneros en la que unos hombres fuertes, soldados de élite, adoptaban de pronto ese aspecto infantil del niño que, para algunos, eran todavía no hacía tanto tiempo?

En un francés salpicado a veces de español, de inglés, de canadiense, de criollo y de lenguas más desconocidas aún, en el silencio que se hizo en la plaza se oyó cómo setecientas voces graves entonaban «La canción del prisionero»:

En los jardines de mi padre
las lilas han florecido,
en los jardines de mi padre
las lilas han florecido,
todos los pájaros del mundo
vienen a hacer su nido
junto a mi rubia
bueno sería, bueno sería dormir...
decidnos, hermosa,
¿dónde está vuestro marido?

La gente pensaba en los muertos, en los desaparecidos, en los cadáveres putrefactos y para siempre desconocidos en las fosas de la Vendée de los bandidos, en los prisioneros desesperados lejos de sus casas, mientras por la encantadora melodía y por sus hermosas palabras seguía extendiéndose un mensaje que ponía los corazones en vilo:

¿Qué daríais vos, hermosa,
para tener a vuestro amigo?
—Pues yo daría Versalles,
París y Saint-Denis...

Dawson asintió con la cabeza, pues conocía las espantosas condiciones de detención en los navíos ingleses: ninguna prisión en el mundo era tan inhumana.

¿Qué daríais vos, hermosa,
para tener a vuestro amigo?
—Las torres de Notre-Dame
y el campanario de mi aldea.

Gréville se dijo que tal vez fuera necesario arreglar las cosas con la autoridad política, pero que aquella canción, que le traía lejanos recuerdos, resultaba muy conmovedora.

A poca distancia, Victoire, que temió por un instante que el hombre al que amaba fuese capturado, alejó aquel pájaro de mal agüero. No podía dominar su impaciencia: trece años de ausencia es toda una vida, sobre todo cuando se es joven. Tarde o temprano él aparecería, pero el hecho de no ponerse de relieve se adecuaba a la perfección a su estilo discreto.

¿Qué daríais vos, hermosa,
para tener a vuestro amigo?
—Las torres de Notre-Dame
y el campanario de mi aldea
y mi hermosa paloma
para tener a mi marido.

En la tribuna oficial, Robespierre y Saint-Just intercambiaron una mirada. Aquella canción no era demasiado patriótica, mas, considerándolo bien, reunía al pueblo en torno a su ejército y a sus infelices prisioneros, a quienes sería necesario ir a liberar derribando todos los tronos de Europa y arrojando al lodo todas las coronas de los tiranos.

Para el grueso de la tropa, Valencey de Adana había adoptado la decisión de que se concentrara mucho, de modo que había reducido los espacios hasta el codo a codo: así aquel cuadrado, al modo de las legiones romanas, daba una impresión de fuerza invencible.

Por un instante, el desfile pareció haber terminado, pues se había abierto un espacio: cien, doscientos, quinientos metros... Luego comprendieron la razón de esa interrupción. Para complacer a los parisinos, Valencey de Adana presentaba al galope lo que se denominaba ya su «artillería volante». Mediante una larga correspondencia mantenida con París, había detallado cuanto concernía a la densidad de los materiales, hasta los metales y el acero de las aleaciones que componían las ruedas. En estas piezas prevalecían tres principios: velocidad, ligereza y solidez.

Por lo que se refiere a los tiros, había cuarenta cañones: el Gribeauval, el más rápido del mundo, hasta catorce disparos por minuto «a discreción» y siete «a la orden». El tren delantero estaba provisto de dos ruedas donde descansaba el extremo de la cureña, y se ensamblaba en un arcón para formar, astutamente, un vehículo de cuatro ruedas. En cada arcón se distinguía, incluso, una caja de herramientas así como la reserva de balas.

La llegada a gran velocidad de la artillería remolcada, que los republicanos denominaban «el rayo patriótico», llevó a la multitud hasta el delirio, tanto más cuanto caballos, cañones y arcones habían sido adornados, por doquier, con flores, pompones y largas cintas tricolores. La gente estaba estupefacta. La guardia nacional, encargada de mantener a una multitud que aun así dejaba de exaltarse, disparó al aire. Aquella media brigada rutilante y que parecía invencible por su coherencia se convertía en la realidad material de los ideales de la Revolución.

Si el hasta entonces y difunto rey fue, algún día, objeto de un nuevo arrebato de odio, ese día fue aquél: ¿cómo semejante déspota había podido desterrar a tales hombres, tan excepcionales? Por último, tras dos hileras de oficiales a caballo, pudieron verse, en prieta formación, los ciento ochenta «veteranos», hombres duros, fuertes como árboles, de rostros marcados por los sablazos.

—¿Dónde está?... —se preguntaba el público asistente, ante el que se imponía una evidencia, pues los veteranos cerraban el desfile.

Sin embargo, no era necesario conocer a Valencey de Adana para adivinarlo. Negándose a distinguirse demasiado, a ponerse de relieve destacándose mucho, iba sólo dos metros por delante de la última hilera de oficiales a caballo, entre ellos Mahé, Keringan y Lamorville.

Había rechazado un caballo blanco y también se había negado a llevar el uniforme de general, prefiriendo desfilar vestido como capitán de navío.

Al llegar ante la tribuna, desenvainó su sable y miró intensamente a la derecha para saludar a los representantes del pueblo.

Dawson abrió mucho los ojos, murmurando:

—Dios mío, es él...

—¿Y tú vas a matarle?... —susurró Léonore.

Dawson negó con la cabeza mientras, a cincuenta metros de allí, su adversario, Pierre-François Gréville, sonreía orgulloso de ser el amigo de un hombre semejante, al que le unía tan antigua complicidad.

¿Cómo lograr explicarlo?... Aunque Valencey de Adana no se hubiera colocado dos metros por delante de su última hilera de oficiales, el pueblo de París lo hubiese reconocido. Sereno, muy dueño de sí, con una leve sonrisa, paseando la mirada, algo asombrada, de sus ojos verde gris por aquellas decenas de miles de rostros que gritaban su nombre, parecía tan invencible como su leyenda.

Al pasar ante el inicio de los Campos Elíseos, tenía que dar una vuelta completa a la plaza, como sus tropas.

Su caballo negro iba a paso lento. Con el tricornio marino galoneado de oro, muy bien puesto, el talle bien ceñido por un amplio fajín tricolor, condecoraciones francesas, americanas y españolas en una hilera en su pecho, ¿cuántos pudieron imaginarle en la cubierta de su legendaria fragata, sembrando el terror entre los marinos de la Royal Navy?

Por si fuera necesario humanizarle, su perro avanzaba a su lado, el más parisino de los perros puesto que el bulldog es llamado, desde los *halles*, el mercado de abastos parisino, de la Edad Media, «perro de los carniceros». Halagado, todo París sonrió, pues gracias a las gacetas la gente ya estaba enterada de que el animal se llamaba... *La Fayette*.

Pero el curioso y pequeño bulldog, aunque bastante feo, conseguía ablandar los corazones más duros pues, cada cuatro o cinco metros, alzaba la mirada hacia su dueño, allá en lo alto de su caballo, como para asegurarse de que desfilaba convenientemente y honraba, así, al general y antiguo prisionero de la Bastilla.

Victoire creyó desfallecer. ¡Era él! ¡Él, él, él!... Y qué apuesto le parecía, Dios mío, más aún que antes, mientras lo veía responder con su elegancia y una leve sonrisa al delirio de la multitud que lo aclamaba tras haber permanecido tanto tiempo privada de él. De vez en cuando, levantaba con gracioso gesto su tricornio para corresponder a los saludos. Su pelo, apenas canoso, su rostro atormentado de pómulos marcados, sus párpados levemente caídos en los extremos, le conferían un encanto mayor aún, aquella mirada profunda y tierna, aquellos ojos de un gris verdoso a los que ella no podía resistirse. Apuesto, tan apuesto que ninguna estatua, ningún cuadro podría plasmar a su héroe tal como era para ella.

Victoire oyó que un hombre que tenía al lado y llevaba en brazos a su hijo le decía con orgullo y una pizca de tristeza:

—Mira, muchacho, mira a ese gran general y a todos esos magníficos marinos. Míralos bien y no los olvides nunca: vienen de la otra punta del mundo y morirán en Vendée por la República y por el pueblo.

Deshecha por esas palabras, Victoire golpeó el hombro del suboficial de la guardia nacional que le había colocado en primera fila.

—Déjame pasar, ciudadano, hace trece años que el general y yo... esperamos encontrarnos.

El hombre iba a mandarla al diablo, pues no cabía duda de que decenas de miles de mujeres querían estrechar al héroe en sus brazos... Entonces vio que Valencey de

Adana empalidecía de pronto, detenía su caballo y miraba a la joven con estupor.

El suboficial, asumiendo el riesgo, dejó pasar a Victoire.

Mientras la multitud se preguntaba angustiada por lo que habría disgustado al general, Valencey de Adana quedó petrificado, mirándola como si se tratara del más hermoso joyel del mundo. El tiempo, todos aquellos años, ni siquiera la habían rozado, muy al contrario: aparecía más lozana, de formas más redondeadas, y le había parecido tan hermosa, tan deseable.

Llevaba un ligero vestido a la moda del momento, sin enaguas y muy ceñido al cuerpo. Era un vestido azul de cuello blanco ribeteado de rojo, al igual que las mangas que, abombadas, terminaban por encima del codo. Era muy gracioso... ¡y qué patriótico!

Tocada con un pequeño sombrero azul marino con escarapela y cinta tricolor, lucía los pendientes que parecían cerezas que él le había regalado cuando cumplió dieciocho años.

Ambos se sonreían, y ambos veían las lágrimas del otro pasando por alto las propias.

Él hizo que su caballo avanzara cuatro pasos y, luego, sin desmontar, sólo abandonando su bota uno de los estribos e, inclinándose mucho, con un amplio ademán, como si recogiera una brazada de flores, la tomó por el talle, la levantó y la puso ante él, sentada a mujeriegas:

—Hace tanto tiempo que aguardo este instante, mi querido amor...

La Fayette fue el primero en ponerse en marcha, el alto caballo negro le siguió, pero ¿fue consciente de ello la pareja, que se besaba apasionadamente?

Salvo Mahé y Gréville, muy conmovidos ambos, nadie estaba enterado de su dolorosa historia. Pasado el instante de despecho, las parisinas se sintieron halagadas de que el héroe de quien el rumor afirmaba que era escurridizo hubiera sentido una súbita pasión por una de ellas. Los parisinos le envidiaron, es cierto, pero quienes conocían la guerra se dijeron que Valencey de Adana dispondría de muy poco tiempo para aprovecharse de su buena suerte, estando más destinado al infierno que a la voluptuosidad, a la carnicería que a la alcoba, a Tánatos que a Eros.

En la plaza de la Revolución, el galante gesto del general-comandante de la 123.^a media brigada «Libertad, querida Libertad» fue como una señal, de modo que los setecientos catorce marinos fueron, literalmente, engullidos por la multitud.

Pero no se les oyó protestar en absoluto.

Aquella noche, numerosos voluntarios no regresaron a sus cuarteles...

—No puedo hacerlo. No, después de lo que he visto... Además, nunca me ha entusiasmado mucho la idea. No, no lo haré.

—¿Y tú rey?

—¿De qué estás hablando? —preguntó él, muy sorprendido.

—Francis, tus frases a medias, tus alusiones, esas reflexiones que te diriges a ti mismo creyendo que no las comprendo y las palabras que, por la noche, se te escapan en sueños: ¿realmente crees que soy tan tonta?

—Es que...

—Es que tienes que saberlo: no soy en absoluto idiota.

Se hizo un breve silencio. Luego, Dawson miró a la mujer con sus ojos de un azul pálido.

—Iré a ver al tal Molière, a los Ronsard y a todos esos La Boétie...

—Iré yo —lo interrumpió ella—. De ti, desconfiarían. ¿Qué quieres de ellos?

—Abandono el asunto del asesinato de Valencey de Adana. Que se guarden los cien luses de adelanto. Creo que, para ellos, es un buen negocio.

—Cierto. Pero una vez más: ¿qué dirá tu rey?

—¿Realmente te preocupas por mí?... —preguntó él, conmovido.

—Eso parece, ¿no?... —respondió ella con cierta rudeza pues, efectivamente, su servicio a la República no la obligaba a preocuparse por el porvenir del espía Francis William Dawson.

El hombre reflexionó unos instantes.

—Ganaré tiempo. Alimentaré sus locuras pues, con Jorge III, no hay otra forma.

La muchacha, dominada por una gran melancolía, le dijo agachando la cabeza:

—En cualquier caso, algún día te marcharás a tu horrendo país y me dejarás. Seré «tu francesa», hablarás de mí a los miembros de tu club...

Él la tomó en sus brazos y levantó, delicadamente, el rostro de la muchacha.

—¿De modo que no comprendes que te amo?... Eres la única cosa hermosa que ha sucedido en mi miserable vida. Nunca podría abandonarte ya.

Ella le besó con pasión.

—Digan lo que te digan, te enteres de lo que te enteres, debes saber que eres el único hombre al que he amado y, al mismo tiempo, el único que se ha mostrado tan amante y atento. Oh, sí, te amo, Francis.

El hombre de frío espíritu habló sin inflamarse, en un tono sereno que confería gran crédito a sus mesuradas palabras:

—Hace unos diez años, en esas ocultas guerras que han sido las mías, me vi obligado a vivir en Holanda. Con fondos secretos monté una sociedad de comercio

marítimo para legitimar mi presencia. Me gustó y me divertí mucho, tanto que creé una segunda sociedad, aunque esta vez con mis propios fondos. Inglaterra perdió muy pronto el interés por mi actividad en Holanda. Liquidé la primera sociedad y devolví los capitales a la Corona, pero la mía prospera. Léonore, he ganado tanto oro que tengo intereses en el tallado de piedras preciosas, en la construcción naval, en hilaturas de seda y algodón, en suministros para el ejército y en muchas otras cosas... Proseguí con mi oficio de espía por pura diversión, y tal vez porque me complacía manejar a los hombres como si fueran marionetas. Ese tiempo ha pasado ya, sólo existes tú.

—Pero... ¿e Inglaterra?

Él la tomó en sus brazos y la estrechó contra su pecho.

—He escuchado esa hermosa canción de la marina, hace un rato, en la que la muchacha daría Versalles y París por su marido prisionero. Yo doy Inglaterra, Léonore, y quiero casarme contigo.

Asustada por aquella declaración, la joven no supo qué hacer. Aquellas noches de pasión, los largos paseos, el amor total de Dawson... No podía decidirse a perder todo aquello, pero no quería ni podía traicionar a la República.

Se apartó y le sonrió.

—Voy corriendo a ver a Molière. Al menos, ya que desistes, en ese aspecto seremos libres.

Entonces, se encaminó a casa de Gréville...

* * *

Cuarenta y cinco minutos después, sin la cooperación, demasiado visible, de la guardia nacional, ocho policías de la Secreta vestidos de oscuro fueron a detener a Dawson en su casa, que no opuso resistencia alguna.

Sin excesivos miramientos, pero sin brutalidad tampoco, lo condujeron a un despacho cercano al Palacio de Justicia y le dejaron solo en una habitación durante dos horas.

No se sintió muy afectado, pues desde hacía mucho tiempo conocía los entresijos del oficio. Sólo lo angustiaba pensar en Léonore... ¿Estaría vigilada la casa?... ¿Iban a detenerla, a llevarla a la prisión de la Conserjería y entregarla al Tribunal revolucionario, donde actuaba el horrible Fouquier-Tinville? Finalmente fueron a buscarle, anunciándole con cierta consideración que iba a entrevistarse con el jefe de la policía secreta en persona.

—¿Con Gréville?... —preguntó.

El policía pareció extrañado unos instantes, pero no hizo comentario alguno.

Al ver a Gréville, sentado tras una gran mesa, Dawson no pudo contener un respingo.

El policía observó al famoso espía con interés.

—Ya sé, me conocéis por el nombre de Molière —dijo al fin.

—¡Buen trabajo!... —observó Dawson.

Pero en el fondo, aquel aspecto le interesaba menos de lo que parecía, pues lo realmente importante era que, si «Molière» era «Gréville», ¿quién era entonces «Léonore»?

Con su penetrante ingenio, Gréville intuyó los tormentos del inglés.

—No os torturéis así, Dawson. Se llama efectivamente Léonore Letessier, viuda de uno de mis hombres. Dejad también de creer que os ha tomado el pelo, sería falso, ¿y por qué voy a mentiros?... En cierto modo somos colegas y sabéis que tengo en mis manos todas las cartas: he detenido a vuestra gente, he desmantelado vuestra organización y lo controlo todo, incluso a ese belga Van Eyck. Estáis, además, a mi merced, de modo que debéis creerme en este punto: Léonore acaba de irse de aquí y ha contrariado mis planes para poder salvaros.

El inglés aguzó el oído.

—¿Qué queréis decir?

Gréville vaciló unos instantes, a la espera de jugar con los nervios de Dawson, pero advirtió enseguida que estaba perdiendo el tiempo.

—Escuchad, Dawson, os tenía en mis manos más aún de lo que podéis imaginar. Había previsto haceros creer en el arresto de la banda del tal «Molière», y de Léonore también. Vos hubierais perdido los estribos y, entonces, yo habría podido llegar a un acuerdo con vos: la vida de Léonore a cambio de cierta información. Y, luego, la guillotina para apoyar mi informe.

—Muy hábil. ¿Y Léonore no lo ha querido así?

—Pues no, querido colega. Supongo que ya conocéis a las mujeres, y ella no lo ha querido por la simple razón de que, aunque espiar vuestros secretos ingleses no causa remordimientos, no admite sin embargo que se juegue con vuestro amor.

Dawson, que había bajado sus defensas, ni siquiera intentó reprimir una enternecida sonrisa.

—Señor Dawson —prosiguió Gréville—, me satisface que Léonore os ame con un amor igual al que vos parecéis profesarle. ¡Sí, sí!... Me gusta muchísimo, me encantan ese tipo de historias..., sobre todo en los demás. Pero, mirad, vuestra pasión me pone en una situación delicada, muy delicada, pues me deja desarmado ante un problema insoluble. De modo que..., de modo que, al no tener elección, me veo obligado a proponeros el plan sustitutorio ideado por Léonore. Un plan basado por completo en la confianza que ella deposita en vos. Una confianza, debo decirlo, que estoy muy lejos de compartir enteramente.

—¿Cuál es ese plan?... —preguntó, turbado, el inglés.

—Antes de responderos es preciso que sepáis, señor, que en Francia acecha la hambruna.

—Lo sé, Gréville, pues no sólo visito los barrios residenciales.

—Lo que de vos espero se refiere a ese capítulo y reviste, pues, cierto aspecto... humanitario.

—No comprendo.

—No tenéis que comprender nada. He aquí la proposición de Léonore, muy arriesgada para ella: enviaros a Inglaterra, a fin de permitir os recabar una información vital para el pueblo francés y que luego regreséis, con la garantía de poder vivir en París con entera libertad y bajo mi protección.

—Me estáis pidiendo que traicione a mi país, Gréville: ¡nada menos!... ¿Y a qué se arriesga Léonore?

—Aunque yo he intentado disuadirla, pretende firmemente garantizar vuestro regreso con su hermosa cabecita.

—Ni hablar. Olvidad el trato.

—Imposible.

—Fingid que no habéis oído semejante proposición.

—Dawson, me gusta mucho Léonore y la estimo bastante, pero me hallo en semejante situación por causa suya y no me importa que ella esté actuando así por vuestro amor. Comprendedme: tengo en un platillo la cabeza de Léonore y a centenares de miles de franceses a punto de morir de hambre, en el otro, y como siempre, los recién nacidos y los niños pequeños serán los primeros que perezcan. — Tras un breve silencio, prosiguió—: Léonore cree que vos amáis este país que ha roto sus cadenas y se encuentra rodeado por enemigos. Dawson, la República francesa es joven, no ha pedido que todos los déspotas de Europa vengan a devastarla para restablecer en el trono a unos príncipes opresores, con la ayuda de los esclavos que sirven en los ejércitos extranjeros. Os pedimos un poco de humanidad y vos nos habláis de traición.

—¿Qué deseáis?

—Si aceptáis, partiréis el veinte de mayo para estar de regreso cinco días después con esa pequeña información que un hombre como vos obtendrá sin dificultad alguna.

—Al grano, Gréville.

—Quiero conocer todos los movimientos de los navíos de la Royal Navy entre el veinticinco de mayo y el cuatro de junio.

Dawson se mantuvo en silencio, atormentado, y Gréville se guardó mucho de hacer el menor movimiento. Había visto en su vida a muchos hombres traicionando un país, una causa, a sus cómplices... Pero impedir una hambruna y salvar a aquella a quien se ama, al mismo tiempo, ¿es también traición?

Dawson levantó bruscamente la cabeza.

—¿Dónde está Léonore?

—En una habitación contigua. Presa de la inquietud, supongo.

—Si lo hiciera..., no regresaría jamás a Inglaterra.

—Ni veríais ya vuestro adorable rey Jorge...

—Sólo puedo garantizaros los movimientos de las escuadras, no los de los navíos solitarios.

—Sólo las escuadras interesan al Comité de Salvación Pública.

—De acuerdo, Gréville, vos ganáis.

El policía se levantó y el espía lo imitó mientras preguntaba:

—En mi lugar, ¿qué habrías hecho vos?

Gréville bajó los ojos y se mordió, nervioso, el labio.

—Ninguna mujer me ha amado nunca, Dawson, nunca... —dijo al fin—. ¿Cómo saberlo, pues? —Luego, con mayor sequedad, prosiguió—: Os deseo éxito en el cumplimiento de vuestra misión por la República y... —intentando, sin lograrlo del todo, adoptar un tono más cálido, añadió—: ...y mucha felicidad.

—Gréville, después os arrebataré a Léonore.

—Lo sé.

—Viviremos... como una pareja normal.

—¿Y por qué no, Dawson, por qué no?

Desde que había regresado a París, Blacfort tenía la desagradable sensación de que las cosas se le escapaban de las manos, en parte al menos.

Ciertamente, su hazaña bajo la guillotina y la sangre de los regicidas, con que se roció antes de tragarla como agua fresca, le había valido un aumento de popularidad entre los vendeanos y la emigración, pero le preocupaban otros asuntos. Como por ejemplo el recibimiento bastante reservado que le había prodigado el generalísimo Stofflet y la insistencia del general republicano Turreau, jefe de las «columnas infernales», en rechazarlo hacia el sur sin combates violentos pero por medio de barreras, reconocimientos y bloqueos. Un estilo firme, de modo que se hallaban siempre a punto de una batalla que Blacfort no deseaba. No de momento, y no contra Turreau.

Sin embargo, la inquietud de Blacfort se debía sobre todo a otra cosa, precisamente al hecho de que su protector, el generalísimo vendeano Stofflet, le hubiera tratado con frialdad.

¿Se debía a un cambio de humor?... ¿A la angustia dada la preocupante situación en la Vendée para los monárquicos?... ¿O a la pura envidia?...

Blacfort se inclinaba más bien hacia esta última razón, pues inesperados e importantes refuerzos se le habían presentado, por la mañana, a él y no, como hubiera sido natural, al generalísimo. No cabía duda de que dichos refuerzos habían actuado de ese modo por orden directa de los príncipes, lo que había aumentado la amargura de Stofflet. De modo que, hoy, el ejército de Blacfort tenía tantos hombres, o más incluso, que el del generalísimo.

Blacfort se encogió de hombros y, maravillado, sacó sus cuentas. A sus mil doscientos hombres se les habían unido, primero, trescientos voluntarios del norte de la Vendée; luego quinientos chuanes y, tomando todo el dinero disponible hasta la última moneda de Anjou y de Maine-et-Loire por orden de los príncipes, ochocientos más, lo que hacía un total de dos mil ochocientos infantes, ochenta jinetes y veinticinco cañones... Pero otros más iban a unírsele...

Estaban muy lejos de las cifras de los ejércitos católicos y monárquicos del comienzo, que contaban con varias decenas de miles de hombres, pero en los tiempos actuales semejante fuerza parecía respetable: bastante considerable para golpear con intensidad, demasiado escasa para no poder desplazarse entre los bosques. Por no hablar de que, frente a ellos, las tropas republicanas se fatigaban, dominadas por la náusea. De modo que había dejado al acerbo Stofflet en el bosque de Maulévrier y se dirigía hacia el sur sin encontrar resistencia.

—¡Ideal!... —susurró Blacfort, y el abate Phébus Monteroux lo repitió,

amplificando sus palabras con su acostumbrado servilismo:

—¡Y más aún!

Pero Blacfort no le hizo caso, súbitamente preocupado por otra cosa.

—¿Ha llegado la señora de Juignet-Tallouart?

* * *

Con gran sorpresa por su parte, cuando intentaba abandonar la plaza de la Revolución llevándose a Victoire en su caballo, Valencey de Adana había sido abordado por dos hombres de la oficina de la policía general del Comité de Salvación Pública, que afirmaban obedecer a Gréville —de quien ni dependían directamente— y que debían llevarle a un lugar cercano.

Aunque perplejo, y cuando hubiese deseado poder hablar, por fin, a solas con Victoire, Valencey de Adana y su «amazona» fueron conducidos cerca de las Tullerías, hacia una suntuosa mansión. Apenas habían penetrado en el patio cuando unos palafreneros corrieron a encargarse de la montura del general.

Con viva curiosidad, Valencey de Adana y Victoire siguieron a los dos policías hasta la sala de recepción, un lugar esplendoroso.

El policía de más edad, deferente pero sin llegar a ser obsequioso, explicó entonces:

—El general Gréville ha pensado que vuestro pequeño apartamento de tres habitaciones de la calle Saint-Martin no era digno del recibimiento que París desea reservaros. Así, durante vuestra estancia y si lo aceptáis, residiréis en este lugar.

—Pero, aguardad... ¿a quién pertenece esto?

—¡A la nación!... El propietario, un recaudador de impuestos, se ha fugado.

—¡Pero lo atraparemos en la frontera!... —aseguró el otro policía, añadiendo—: Todas estas sanguijuelas fueron, para el pueblo, mucho más perjudiciales que numerosos aristócratas, y muy pronto... —se interrumpió, a causa del codazo propinado por su jefe y, acto seguido, ambos hombres se despidieron.

Un lacayo con peluca, satisfecho de servir a un príncipe más que a un nuevo rico, se presentó para conocer los deseos de Valencey de Adana.

—Una habitación. ¡Y tranquilidad, por favor! —dijo, sorprendido él mismo de su petición.

* * *

Acababan de descubrir el amor y se contemplaban con una mezcla de admiración, pasión y sorpresa.

A Victoire nunca se le había pasado por la cabeza que otro que no fuera Joachim pudiera ofrecerle aquella revelación: antes moriría virgen. Por lo que a él respecta,

aun creyendo poseer cierta experiencia, cuya importancia, sobre todo, no exageraba, tuvo la impresión de que era la primera vez, pues todo le resultó nuevo, hechizador y sublime.

Al entrar en la habitación, sin embargo, y ante aquella gran cama tan preciosa como pretenciosa, el joven general se había mostrado muy nervioso, tropezando primero con una alfombra, agarrándose por los pelos a una mesilla pero logrando, al mismo tiempo, que cayera un gran jarrón con gladiolos... Y tal vez fuese una afortunada casualidad pues, ante semejante sucesión de torpezas por parte de un hombre que podía atracar, casi al milímetro, un navío de varias centenas de toneladas o hacer blanco, con el cañón, a ciento cincuenta metros, en la cabeza de un almirante inglés, la pareja sólo podía reaccionar de una manera: riendo a carcajadas. Y eso fue lo que hicieron, él en primer lugar.

Y aquella risa, que les hizo recordar tantas otras en la época de sus años felices, tuvo el saludable efecto de disipar la timidez y el nerviosismo. Todo se volvió natural, incluso lo que a Valencey de Adana le parecían obstáculos infranqueables. Por ejemplo, temía ver cómo se desnudaba, y hacer él lo propio, y sentía un pudor paralizante: ¿qué hacer?... ¿Quién debía empezar? ¿Adónde mirar? ¿Había que callar o hablar en semejante momento?

Pero en vez de todo ello, tras unos apasionados besos, fue él quien sin ni siquiera pensarlo empezó a desnudarla dulcemente, con manos temblorosas pero decididas.

Después de sus labios, besó todo su cuerpo, demorándose en ello, envolviéndola de la cabeza a los pies con una ternura que permitió a la muchacha abandonarse a las caricias, sin pensar en nada más que en la felicidad del instante.

Tanto en él como en ella, en perfecta armonía, los movimientos fueron haciéndose más violentos. Como si poseer al otro, estrecharlo más fuerte contra uno mismo, supusiera remontar tantos años perdidos, invertir el curso del tiempo, recuperar lo que les habían arrebatado: su juventud. Había en ello una mezcla de pasión y desesperación que creaba una sensación incomparable, aliando a los contrarios: dulzura y brutalidad. Pero por encima de todo, casi al segundo, su deseo parecía una fusión, el mismo impulso en el mismo instante, el mismo suspiro de éxtasis casi al unísono.

Cuando, en un grito que ella ni siquiera oyó, alcanzaron esos fugaces segundos en que los amantes ya son sólo uno y el uno es el otro, se vieron dominados por una oleada de ternura y la más deliciosa de las fatigas.

Por último, ahora que se habrán encontrado, supieron que ya nada, nunca, les separaría.

De pronto, él se levantó, como presa de una súbita inspiración. Se calzó las botas negras, se vistió con la guerrera tintineante de condecoraciones, abotonándola sobre su pecho desnudo: al diablo la camisa y el chaleco. Luego, se puso el hermoso tricorno con galones de oro donde se veía un plumero tricolor y, después, miró a Victoire, que todavía tumbada lo miraba divertida con las manos cruzadas detrás de la

nuca, a la espera.

Él fingió cierto envaramiento:

—Considerando que ni tú ni yo tenemos ya familia a la que pueda pedir tu mano, ¿aceptarías, Victoire, hasta ahora marquesa de La Chesnaie de Flers, convertirte en Victoire de Niel, hasta ahora condesa de Valencey y hasta ahora princesa de Adana? ... —Mientras ella lo contemplaba, estupefacta, añadió—: Ciudadana..., adorada, considerando inminente mi partida hacia la guerra, creo que Gréville podría organizarnos la boda para mañana por la mañana.

—Ciudadano, amor mío, ¡acepto!... ¡Pero, ahora, haré la guerra a tu lado!... —dijo ella, sonriente y tendiéndole los brazos.

Se besaron con apasionamiento e iban a hacer de nuevo el amor, con más ímpetu si cabe, cuando... se vieron obligados a pagar el precio de la gloria.

* * *

Los modistos se habían peleado como traperos para ofrecer a Victoire sus últimas creaciones.

La muchacha, por curiosidad en gran parte, se dejó convencer para hacer unas pruebas y, cautivada al final, hizo llamar a Valencey de Adana, que estaba muy ocupado, en la planta baja, rechazando, muy a menudo en vano, otros regalos.

Él vaciló un poco al ver a Victoire, maravillosa con un incitante vestido rojo. La cumplimentó y se fijó, entonces, en un hombre de melena blanca, gafas oscuras, gran cabeza, pies pequeños y un leve acento alemán: el modisto.

De pronto, al Lully de la rueca, la belleza de Victoire le pareció menos impresionante que el encanto viril de Valencey de Adana.

—Ah, príncipe, príncipe, yo... —dijo extasiado, uniendo las manos.

—Ciudadano, olvídate del príncipe: soy republicano.

—Pues bien... este vestido te parecerá, claro, demasiado audaz.

—No, no lo es. Nunca se es demasiado audaz: he erigido mi vida sobre esta creencia.

Aquellas palabras dieron confianza al modisto, de modo que pareció hablar más libremente de su arte.

—Las mujeres de hoy llevan vestidos concebidos para dejar que se adivinen todos los movimientos de sus cuerpos. Como verás, ciudadano, he querido que los pliegues, el conjunto de los pliegues que forma el vestido..., volveos, señora, eso es, que los pliegues caigan hacia atrás y, digámoslo, sobre el trasero... Sí, eso está muy bien, pequeña, volveos de nuevo... Eso produce el efecto, ¿no es cierto?, ¡mmm!, de poner de relieve la comba del talle y la redondez de la grupa...

—Dominas tu oficio, ciudadano modisto.

—¡Soy de los grandes!

—Tomo nota, ciudadano gran modisto.

El hombre se ruborizó de satisfacción y parpadeó ante el cumplido.

—Por lo que se refiere a la ropa que va debajo del vestido... —prosiguió, vacilante, pero Victoire se le adelantó levantándose la falda hasta los muslos, lo que, como ella sospechaba, no causó efecto alguno sobre el modisto, que añadió—: Ya ves, ciudadano general, vemos aquí unas muy hermosas piernas...

—Ya me había fijado, ciudadano gran modisto: las más hermosas del mundo.

—Ciertamente... Así pues, las medias son de seda blanca bordada en oro. En las ligas, y me siento orgulloso de esta pequeña decoración bordada, de color ígneo: dos corazones inflamados.

—Has sabido preservar una sensibilidad de modistilla en esta época de salvajes enfrentamientos, y eso tiene mucho mérito, ciudadano gran modisto.

—Gracias, ay, gracias: ¡cuánta comprensión! Sin duda no es una casualidad que siempre me hayan atraído los marinos, sobre todo los grumetes, por otra parte... ¡Qué frescor en el cumplido!

El modisto llevaba unos calzones negros, un traje de medio luto, los cabellos empolvados: para vestirse así en el París de 1794, se requería cierta audacia.

No aceptó que le pagaran, pues aseguró que se sentía afortunado de satisfacer a Valencey de Adana y a Gréville.

—¿Gréville? ¡Caramba, caramba!... —observó Victoire.

—¡Le debo la cabeza, ciudadana!

—¿Y suele salvar a los condenados?

—Tiene sus preferencias, por decirlo de algún modo.

—¿Y eso?... —preguntó a su vez Joachim.

—Pintores, músicos, poetas, escultores... modistos: bajo su gélido aspecto de Torquemada, el ciudadano Gréville es un ser secretamente sensible a quien le gustan los artistas, y puede derogar las decisiones del Tribunal alegando los intereses de su servicio. He visto al gran Fouquier-Tinville bajar los ojos ante él.

Apenas los amantes se habían librado del locuaz modisto y cuando Valencey de Adana se disponía a contemplar más de cerca aquel vestido rojo, aquellas medias de seda y aquellas ligas, fueron a llamarles para la cena.

El comedor donde la servirían estaba iluminado por unas lámparas de pie y, en las esquinas, antorchas de resina perfumada. A cada extremo de la larga mesa se había puesto un cubierto. En los aparadores podían contemplarse vajillas de oro, algunas de ellas con las armas de Carlos V, lo que demostraba que el recaudador de impuesto propietario de la mansión no le hacía ascos a ningún tipo de transacción. Los muros, por su parte, estaban recubiertos de madera esculpida del siglo XVI.

Valencey de Adana miró con frialdad alrededor.

—La señora presidirá la cena —dijo en tono cortante—. Colocad mi cubierto a su izquierda, pues no deseo hablarle de amor de un extremo a otro de la mesa, gritando como si estuviéramos en la cubierta de una fragata.

Los dos mayores restauradores de París se habían asociado para preparar una cena, por lo demás ligera: espárragos del archipiélago de las Glenans, guisantes de mayo, coliflor de Saint-Brieuc en ensalada, ensalada de maíz de Aquitania con legumbres del valle del Loira. Presentaron un solo plato de carne, en cuya preparación se notaba el sutil sabor del anís y el cilantro. Terminaron con fresas. ¡Cuántas cosas ligeras!: decididamente, Gréville conocía muy bien sus gustos.

Bebieron agua de manantial de Ville-d'Avray, que fue la favorita de la hasta entonces reina María-Antonieta, pero cenaron con champán, pues era bien conocida la debilidad del general por este vino.

Victoire, maravillada ante la delicadeza de los manjares, dijo sonriendo:

—Creo que me casaré contigo por interés, querido.

Él le devolvió la sonrisa.

—No te acostumbres: en la guerra comemos mal y, a veces, no comemos nada.

Ella le tomó la mano.

—¿Me llevarás, de verdad?

—Vaya a donde vaya y hasta mi último aliento: no quiero que nos separen nunca.
¡Jamás! ¡Nunca más!...

Como exigían los nuevos tiempos, cuando la proximidad de la muerte desenfrenaba las pasiones amorosas, se hacía el amor a menudo y en cualquier lugar. Incluso en la cárcel de la Conserjería, donde hombres y mujeres se entregaban y se tomaban en un frenesí sexual exacerbado por una certeza: estando condenados a muerte, al día siguiente o durante los próximos serían guillotinado.

William Francis Dawson contemplaba a Léonore durmiendo. La miraba desde hacía dos horas, sin osar moverse, y la emoción le embargaba. También el miedo, muchos miedos, entre ellos el de su diferencia de edad. Reconocía cincuenta y nueve años, pero en realidad tenía sesenta y tres. ¿Una mujer joven puede amar con amor verdadero a un hombre tan maduro?... Apasionada, ella afirmaba que sí.

Sin embargo, obligando a Gréville a modificar sus planes, Léonore le había salvado la vida y, si aquello no bastara para demostrar que le amaba, una prueba aún más sublime imponía aquella creencia: con su cabeza, con su adorable cabeza, «su pequeña *sans-culotte*» respondía de su regreso a Francia. No sólo le amaba hasta ese punto sino que se creía igualmente correspondida, puesto que daba en prenda su vida, la ponía entre sus manos, ya que bastaba que él permaneciese en Inglaterra a fin de escapar a Gréville... para condenar a Léonore a una muerte segura.

Sonrió, pues aquello parecía un sueño.

¡Él, amado!... Ella, joven y hermosa, él tan gordo, casi calvo, con la piel demasiado rosada y en los ojos aquel desesperante azul de cielo que tan a menudo falta en la gris Inglaterra.

¡Inglaterra!... ¿Una traición?... Inglaterra parecía bastante sólida para sobrevivir a ella. ¿Traicionar al rey Jorge III?...

Antes o después hubiera caído en desgracia ante aquel hombre medio loco que le hubiera sustituido al cabecilla del espionaje inglés, sin agradecerle los servicios prestados.

Con motivo de su «trabajo», Dawson había tenido que leer a Voltaire, Rousseau, los filósofos, los enciclopedistas y la prensa revolucionaria. Asqueado primero, escandalizado después, crítico finalmente, su pensamiento fue evolucionando: aprobación a medias, adhesión, entusiasmo.

Las ideas dirigían el mundo, la moral era su guía y la virtud su aguijón. Las guerras modernas, las crisis, todo procedía ahora de las ideas y eran ellas las que ponían a cada cual de relieve. Sin sus ideas, ¿habría participado Valencey de Adana, con tanto éxito, en la guerra de la Independencia americana? ¿Hubiera sido desterrado por el tirano por su afición a la libertad, su indocilidad y su desenvoltura, de la que había hecho tanta ostentación? ¿Hubiera proseguido, solo, la guerra contra

Inglaterra, fundado una colonia republicana y apoyado, con vehemencia, la Revolución? Sin sus ideas, Valencey de Adana habría sido un simple oficial de marina.

Las ideas creaban la Historia, la Historia permitía que los hombres se mostraran como nadie hubiera sospechado que eran de no mediar ésta. Lo probaban aquellos jóvenes generales gloriosos, ayer toneleros, palafreneros o simples dependientes de un comercio.

La Historia no hace dos favores y hay que saber agarrarla del talle, como a una hermosa pareja una noche de baile.

Dawson lo sabía, por eso había elegido a Léonore, Francia, la República y aquel aire de libertad que soplaba en el mundo.

Apaciguado, intentó conciliar el sueño.

* * *

A Blacfort le gustaba poseer a la hermosa condesa de Juignet-Tallouart mientras ella estaba a cuatro patas, con las nalgas dirigidas a él, que se hallaba arrodillado detrás y la empitonaba sin suavidad alguna.

La posibilidad de que la muchacha sufriera por ello, en su cuerpo y en su orgullo, ni siquiera se le ocurría.

Menos original en ello, lamentablemente, de lo que creía, el general vendeano sólo entendía la relación sexual en función de la humillación del otro. Y aquella posición animal le parecía la más envilecedora. Sin embargo, hubiera hecho mejor escuchando a «su amigo» Valencey de Adana que, a los quince años, ya le había advertido: «Nicolas, ¿por qué ves sólo las cosas desde tu punto de vista sin aceptar nunca el de los demás?».

Si lo hubiera hecho, lo que en ese momento le proporcionaba placer habría dejado de procurárselo, con la ventaja, sin embargo, de verlo renacer, tal vez, de aquel modo en el que amar es compartir. Por lo demás, no era demasiado sutil: aunque la muchacha estuviera a cuatro patas «como una perra», según sus palabras, ¿acaso él no estaba de rodillas tras ella? De rodillas: una posición de humildad e idolatría como no existía otra.

Blacfort ni siquiera reparó en ello.

—¡Ladra, perra!

Ella ladraba. Pero Blacfort, que creía que la muchacha llegaba a tamaños extremos llevada por el deseo, habría experimentado una gran desilusión si se hubiera enterado de las verdaderas razones de la docilidad de su amante.

Él creía estar humillando a una mujer altiva, despectiva y arrogante cuyo dueño se creía... pero en realidad no hacía más que servir a las ambiciones de la sulfurosa condesa.

Ella no le amaba, ni experimentaba con él placer alguno, habiendo conocido a hombres mucho más atentos en el arte de la caricia que exige, siempre, mucha atención.

Con Blacfort se aseguraba su propia notoriedad, lo que, en previsión de futuros tiempos, hacía subir su precio. Como amante oficial de Blacfort, se convertía en una de las grandes amazonas, si no en la mayor, de la época vendeana. Habiéndose bañado desnuda con la sangre de los regicidas, eclipsaba a todas las ambiciosas de su clase. Además, ella no ignoraba que los emigrados, aquellas grandes fortunas que resultaban ser, también, los mayores nombres de Francia, la habían convertido en su heroína, a quien se deseaba, con quien se soñaba y que constituía un punto de interés en las conversaciones de los círculos masculinos.

Pero, fría como el hielo, con el corazón seco y el ingenio siempre alerta, veía que estaba surgiendo algo nuevo y tenía otros ases en la manga. La gran corrupción de algunos diputados, la venalidad de un Danton, no se le escapaban. Aquellos revolucionarios, algunos de los cuales amasaban colosales fortunas con la venta de los bienes nacionales, no siempre iban a escuchar a los Robespierre y a los Saint-Just, hombres extraños que, desinteresados, colocaban la virtud y la satisfacción de vivir con pocos medios por encima de los placeres cuyo gran dispensador es el oro.

Antes o después, la virtud daría un paso en falso: ¡siempre lo hace!... Algún día, la disposición por el bien público daría paso al enriquecimiento personal pues, en ese aspecto, la Historia no admite apelación. Cierta mañana, los corruptos matarían a los virtuosos. Y llegaría el momento en el que un banquero «republicano» o un proveedor de los ejércitos pretendería casarse con una verdadera condesa, mujer muy hermosa por lo demás, convertida en un personaje de la historia de la Vendée: ¡perfecta para ocupar el salón de un arribista!

Él lanzó un estertor y, luego, le ordenó:

—Límpiamela. Con la boca.

Sumisa en apariencia, ella hizo lo que él esperaba.

No sentía humillación alguna pues la ambición prevalecía sobre lo demás. Eso habría decepcionado al general vendeano, que otorgaba mucha importancia a ese modo de hacer el amor, algo que no ocurría a su compañera.

—¡Diantre!, he derribado las fronteras de lo que tú creías el amor —le soltó, palmeándole con dureza las nalgas.

Ni siquiera era una pregunta, de modo que ella se limitó a sonreír fingiendo arrobamiento mientras pensaba: «¡Imbécil, sólo has hecho caer las fronteras de mi desprecio!».

Respecto a lo de sorprenderla... A los trece años, la señora de Juignet-Tallouart se acostaba ya con su hermano, imitando en ello a la célebre duquesa de Gramont, que, como era notorio, hacía el amor con su hermano, el señor de Choiseul, ministro de Luis XV.

Blacfort se enfurruñó ante su mirada soñadora y preguntó en tono suspicaz:

—¿En qué estás pensando?

Con aspecto angelical, sumisa y enamorada, ella bajó los ojos y, con un hilo de voz, dijo:

—Lo que has hecho de mí, a fin de cuentas...

—Mi puta. Eres mi puta.

—Eres... tan duro, a veces.

Halagado, él se encogió de hombros.

—Lo sé.

* * *

El sol se ponía en un magnífico arbol que empurpuraba los bosques vendeanos.

La joven cantinera de un regimiento de línea de los ejércitos del Oeste miró al soldado, un voluntario, que le tendía la mano. Ella lo había elegido menos por su belleza que por su amabilidad y su timidez.

—¿Qué harás después de la guerra?... —preguntó.

—Regresaré a casa, a Alsacia, para ocuparme de nuestras viñas. Y te llevaré conmigo.

—¿Me querrán en Alsacia?

—Mis padres te querrán. Son sencillos y buenos. Yo soy el único hijo que les queda.

—¡Entonces seremos felices!... —exclamó ella, intentando creérselo pues sombríos pensamientos encogían su corazón.

—Sí, seremos felices. Se acabaron los reyes, se acabaron los nobles y nuestros hijos nacerán libres, amados por unos padres que no se separarán nunca.

Ella decidió creerlo y se tumbó en la hierba. Creía que la felicidad era lo único que vale la pena en este mundo, no pedía nada más.

Fue feliz aquella noche y nadie se lo arrebató nunca pues las horas, aun breves, que se depositan en el altar de la felicidad siempre son horas arrancadas a la desgracia: los que dispensan lecciones de moral, los curas fanáticos que recuerdan a los monjes coaligados, los filisteos atrapados por los prejuicios pasados y aquellos señores de la chuanería, con penachos y cintas blancas, que prohíben al pueblo los placeres que ellos se conceden, todos esos nunca habían pensado en ello. Ni tampoco sus semejantes en los siglos futuros...

El enamorado, convertido en subteniente, murió dos años más tarde en la batalla de Altenkirchen; la muchacha, inconsolable, recibió un sablazo de un cosaco, dieciocho años después, en el desastroso paso del Berezina.

Pero, contrariamente a Blacfort, cuando llegó el momento del supremo salto, guardaban para sí aquella maravillosa noche, aquel recuerdo precioso que funciona como una linterna mágica si, por ventura, llegan las horas sombrías.

Pues ¿qué sucede con los amores muertos, fulminados en su cénit, si no, a veces, esa alegría en el ambiente cuyo origen se desconoce, a menos que sea la feliz respiración de los amantes desaparecidos?... Una alegría de vivir inesperada e inexplicable que os domina, sin razón alguna, una noche de estío o una mañana de primavera, cuyo efecto reconforta los corazones infelices y las almas solitarias: vamos, quienes han sufrido ya penas de amor y el desgarró de la separación, lo saben muy bien.

En un vasto calvero de Vincennes, rodeado de esparcetas de hermosas flores rojas, entre el castillo y el convento de los mínimos, Valencey de Adana, acompañado por Victoire y seguido por el perro *La Fayette*, era el único que se orientaba entre centenares de carros que habían llegado para completar los que estaban marcados con las armas de la 123.^a media brigada «Libertad, querida Libertad».

En el ejército, donde se rumoreó mucho sobre esos nuevos métodos, nunca se había visto nada igual: los hombres, pero también los cañones cuidadosamente desmontados, partían hacia el frente de los combates del Oeste... en carros.

—Esta campaña va a ser muy dura, quiero que mis hombres lleguen frescos y que el material no haya sufrido, sobre todo los cañones, a causa de los baches y las roderas que hay en el camino.

Habían cedido ante el general, sin comprenderle bien y, a lo largo de la ruta que llevaba a Vendée, miles de aldeanos y ciudadanos abrirían mucho los ojos al ver aquellos interminables convoyes de tropas y material de marina que acudían a la guerra en coche.

Entretanto, Valencey de Adana había ido a Ermenonville, acompañado siempre por Victoire, pero también por Mahé, que se les había unido.

En barca, se dirigió solo a la «isla de los Álamos», donde se encontraba la tumba de Jean-Jacques Rousseau. Allí se había citado con Robespierre, habitual de aquel lugar.

Se miraron con emoción y se sonrieron. Luego, aquel que al cabo de unos días se convertiría en presidente de la Convención y el príncipe que había escapado a tantos peligros se dieron un abrazo.

La historia no ha dado fe de ello, o muy poco, pero por todo cuanto pueda reprochársele, Robespierre era un hombre de sentimientos delicados, sensible y frágil, que se conmovía por una nadería.

—Cuánto ha llovido desde Arras y nuestra cena en el Sabot tras aquella pelea con unos lacayos —dijo Valencey de Adana con un tono en que se apreciaba un deje de nostalgia.

Robespierre le tomó amistosamente del brazo.

—Alejémonos un poco... Ah, amigo mío, mi muy querido amigo, con qué fervor he seguido vuestras hazañas.

—¡Y yo vuestro ascenso!

Robespierre esbozó un fugaz gesto que revelaba su natural nerviosismo y la poca importancia que concedía a su éxito personal.

—Realizo estas funciones por el bien público, yo no tengo importancia. ¿Sabéis?,

van a matarme muy pronto.

—Sería matar la Revolución.

Robespierre se detuvo unos instantes sin soltar el brazo del general, a quien observó sonriente.

—Cómo me gusta que no me decepcionéis nunca. Pienso a menudo en Arras, en vuestra inesperada intervención cuando yo era sólo un infeliz jovencito frente a aquellos brutos...

—Estábamos empapados, yo por las lluvias de la noche anterior y vos por la maldad de aquel cochero. Por cierto, ¿qué ha sido de aquel pretencioso noblecillo, aquella envanecida mierda?

—¡Ah, ése!... Fue guillotinado —dijo Robespierre, sin poder evitar sonreír—. ¿Cómo iba a ser de otro modo?, conspiraba, al igual que otros muchos agentes de la contrarrevolución.

No soltaba el brazo de Valencey de Adana y caminaba mirando el suelo. Su voz seguía siendo tan débil como en el pasado y su silueta siempre frágil.

—Qué suerte tuvimos, amigo mío. Hemos hallado sentido para nuestras pobres vidas... Vos deslumbrasteis mi juventud con esa faceta caballeresca que tenéis y fortalecisteis mi creencia en que el hombre es bueno.

—¡Es... salvable!... —corrigió Valencey de Adana.

Robespierre se detuvo de nuevo, sonriendo aún, mirando a su interlocutor con una intensidad penetrante y una infinita benevolencia.

—El matiz es agudo pero no me contradice formalmente. Hablemos con franqueza, tengo muy poco tiempo: ¿estáis de acuerdo con la política del Comité de Salvación Pública?

—Sabéis muy bien, Robespierre, que no es posible responder a esa pregunta con una sola palabra. Sí, estoy de acuerdo en lo esencial, con una reserva: la guillotina no tiene tiempo de oxidarse y, por lo que a mí respecta, creo más en la educación que en el castigo.

El hombre más temido de Francia pareció desconcertado por un momento.

—También yo lo creo así... pero estamos en guerra, por todas partes. Y nuestros enemigos del interior son los más viles, los más cobardes, los más culpables... Es preciso ser implacable con diez mil hombres para salvar a millones. —Asintió con la cabeza para reforzar sus propias convicciones; luego cambió de tema, dijo—: ¿Y vuestra tan... peculiar arma?

—Sólo me quedan dos. Ya no dispongo de materiales para realizar mis aleaciones pero, si la Revolución no triunfase, serían las dos últimas. Me llevaré el secreto a la tumba antes que entregarlo a una dictadura militar o a los monárquicos.

—Es muy prudente, amigo mío, muy prudente. Sois un hombre de bien. Para vuestras armas secretas, los talleres nacionales están a vuestras órdenes.

—Gracias. Robespierre, sé que tenéis prisa, que os requieren muchas tareas exigentes y no me perdonaría, en nombre de la amistad, abusar de vuestro tiempo.

—Cenemos juntos: ¿cuándo partís para enfrentarnos a los bandidos de Vendée?

—Mañana por la mañana, mi media brigada está ya en camino.

—Ay, ese nombre, «Libertad, querida Libertad», es magnífico y nadie había pensado en ello. Es preciso amar mucho la libertad para que se te ocurra esa idea...

—aseguró, apoyando las manos sobre los hombros de Valencey de Adana. Permaneció pensativo unos instantes, y a continuación dijo—: Mañana, entonces lamentablemente, es imposible. Pero en cuanto regreséis, es cosa hecha.

Se besaron y se despidieron con un «hasta pronto».

Ignoraban que nunca más volverían a verse y que aquello era un adiós.

* * *

Dirigida por Pierre-François Gréville, encantado de mostrar su habilidad, la ceremonia salió muy bien.

Sin embargo, el oficial del registro civil pareció un tanto pasmado al casar a un hasta entonces príncipe, héroe nacional por añadidura, con una arrobadora hasta entonces marquesa cuando los testigos eran el jefe de la policía secreta y un coronel, pues Mahé había sido ascendido aquella misma mañana por su «señor hermano suyo».

Sólo el perro *La Fayette* pareció poner mala cara, y de hecho la ponía, teniendo para ello diversos motivos. Había cedido su lado de la cama, que resultaba muy confortable, a aquella mujer salida de no sabía dónde. Luego, pretextando que un rápido lavado no era suficiente para vencer años y años de mugre, su torturadora había hecho que le sumergieran más de una hora en un baño con esencias de jazmín, de modo que no reconocía ya su propio olor natural, bastante hediondo pero que le gustaba mucho. Por último, desde la mañana, todo eran agotadoras marchas y movimientos.

Sumido como estaba en sus sombríos pensamientos, *La Fayette* no vio, emboscado, a un innoble gato negro de aspecto trapacero que, atacando por detrás, saltó sobre su lomo.

Durante su vida de pendenciero, el pequeño bulldog se las había visto con otros muchos, de modo que, sacudiéndose con energía, pronto estuvo ante su adversario. Entonces, la recién casada, su torturadora, se lanzó a golpes de sombrilla contra el odioso agresor, que buscó la salvación en una huida sin gloria.

Desde aquel instante, los sentimientos de *La Fayette* hacia la princesa de Adana cambiaron por completo.

Felicitaron a Victoire por su reflejo, pero los tres hombres sintieron que, a pesar de su felicidad, una sombra velaba la dicha de la joven. Con aquella ingenua franqueza que a veces parecía rudeza, Valencey de Adana preguntó a Victoire el motivo de su contrariedad.

Con igual franqueza, y aunque se sintiera de antemano muy turbada, Victoire respondió valerosamente:

—Pensaba en la tía Aglaé, la única de mi familia que, con mi padre, me quiso realmente. Le hubiera gustado tanto que esta boda no fuera del todo ajena a la Iglesia...

Adelantándose en cortesía a Valencey de Adana, Gréville respondió:

—Nada es más fácil. ¿Queréis un refractario? Precisamente tengo escondido a uno en la calle Postes, un refinado latinista.

—Oh, no, un refractario no: un jurador serviría, sobre todo si es rápido.

Gréville sonrió y les condujo ante una pequeña iglesia cercana a la calle Marmousets, mientras les explicaba:

—Ese sacerdote es también un *sans-culotte*... pero los caminos del Señor son inescrutables.

—¿Sois cristiano, acaso? —preguntó Mahé, sorprendido.

—A fin de cuentas, si existe —dijo Gréville tras reflexionar un instante— sería prudente tener también, con Dios, ciertos miramientos; me avengo a determinados arreglos... —Luego, señalando la iglesia con un amplio ademán, añadió—: Saint-Pierre-aux-Boeufs. Su historia me encanta. Se construyó sobre las ruinas de un oratorio. Se dice que, antaño, unos bueyes que eran llevados al matadero se arrodillaron al pasar ante el portal, un día de eclipse de sol. Semejante espectáculo dejó estupefacta a la gente, los animales fueron indultados y la iglesia ganó con ello un nuevo nombre.

Una vez apreciado, penetraron en el edificio religioso, ambos oficiales con moderados sentimientos, donde un comprensivo sacerdote apresuró mucho la ceremonia. Terminada ésta, se quejó a Gréville de que hubieran enterrado a dos guillotinos en su minúsculo jardín. El policía prometió intervenir ante la Comuna de París.

—Ya no se sabe dónde enterrar a tantos muertos —dijo luego, llevándose a sus amigos.

—¿Hasta ese punto? —preguntó Mahé.

—Y aún más. Los vecinos del cementerio de la Madeleine se quejan de los hedores, y también los de Sainte-Marguerite. Se procede pues a enterramientos nocturnos, en Picpus, pero también allí el hedor de los cadáveres de los decapitados delata a las autoridades de la ciudad. Caramba, tal vez tenga algo que enseñaros. Estáis aquí, también, para conocer París y sus misterios, ¿no es cierto?

Victoire, Valencey de Adana y Mahé tuvieron la impresión de que el jefe de la policía secreta intentaba ganar tiempo, pero no formularon ninguna pregunta y se dejaron llevar al cementerio de la pequeña iglesia de Saint-Cosme.

Unos sepultureros estaban abriendo tumbas muy antiguas, destinadas a recibir a los nuevos inquilinos enviados por el Tribunal revolucionario.

Gréville apartó a los obreros con una seña y luego mostró unos restos humanos

diciendo:

—¿No advertís nada?

Valencey de Adana asintió con la cabeza.

—En efecto, y es muy curioso: todos esos esqueletos tienen curvada la columna vertebral.

—En su origen era un muchacho —respondió turbado Gréville—, un pequeño jorobado, un infeliz burro de carga. Estaba tan solo y era tan desgraciado que, a los quince años, se dejó morir aquí mismo, en lo que entonces era un jardín. El cura, compadecido, lo enterró. Sin saber cómo, la gente se enteró y, durante los siglos siguientes, todos los jorobados de París vinieron a morir aquí para ser enterrados^[18]. Lamentable, ¿no es cierto?

Parecía tan afectado, tan herido, que todos se conmovieron; pero el extraño policía cambió enseguida de actitud, pasando a una franca alegría.

—Amigos míos, es inútil ocultároslo: espero este instante desde la mañana. Es hora ya. Ah, seguidme, no lo lamentaréis.

—¿Adónde nos lleváis? —preguntó Victoire.

—A la calle Amyot.

—¿Qué podemos ver allí? —preguntó Mahé.

—Ver no es la palabra adecuada, digamos mejor oír... Oír una cosa muy curiosa: ¡un pozo que habla!

* * *

El pozo de la calle Amyot no parecía en absoluto extraordinario, salvo que era bajo y peligroso para los peatones. Gréville se acercó y, ante los demás, bastante perplejos, gritó dirigiéndose al fondo:

—Saint-Denis, Beaugency, Notre-Dame-de-Cléry...

—¡Vendôme!... ¡Vendôme!... —se oyó decir en las entrañas de la tierra a una voz que parecía de ultratumba. Se hizo un breve silencio y acto seguido la voz preguntó—: ¿Quién sois vos?

—Un enviado de los príncipes.

—Bueno: ¿y vuestro nombre?

—Vizconde de Saint-Argousin —respondió Gréville, haciendo un guiño a sus compañeros.

—No os conozco en absoluto, señor, pero acabemos con esto: ¡he aquí las noticias!... Robespierre ha muerto, sustituido por una muñeca de cera. El rey ha llegado de Prusia y cena esta noche con el zar. Los vendeanos están en Marsella y los marseleses en Estrasburgo. Se han metido su República por el culo: hacédselo saber al pueblo de París.

—¡Qué historia!... —respondió Gréville haciendo una señal a dos obreros que

aguardaban junto a una carreta. Los hombres se pusieron en marcha, precedidos por un insoportable hedor.

—Y he aquí más —prosiguió la voz desde el fondo de la poza—, Marat no murió sino que es monje en el Mont-Saint-Michel, los ejércitos de la República están destrozados, tantos venéreos hay allí, y los austríacos acamparán mañana por la noche en las Tullerías. ¡Que se metan la República por el culo!

Tras una señal los obreros vertieron por detrás el innoble contenido de la carreta en el pozo. Se oyó un aullido y, luego, la voz sepulcral advirtió:

—¡Joder, la República me ataca con mierda!

—¡Tiradle una cuerda!... —ordenó con frialdad el general de la policía secreta y, muy pronto, sacaron a un apesadumbrado anciano, cubierto de excrementos. Agitando el índice ante la nariz del vejestorio, que mantenía la cabeza gacha, Gréville le dio con dureza una lección—: Barón, es la última vez que os salvo... Si os escapáis de nuevo del manicomio, iréis a parar a la guillotina y no volveré a intervenir en vuestro favor.

—Joder, nada de guillotina, señor general. La mierda es más amarga, pero menos peligrosa.

Se lo llevaron ante la indulgente mirada de Gréville, que explicó:

—Es el barón de La Vergne, un vejestorio loco y monárquico. Es la tercera vez que se esconde en este pozo.

—Pero ¿cómo vive?... —preguntó Victoire.

—Algunos le tiran pan, otros le denuncian, sólo es peligroso para sí mismo. Y, ahora, vamos a cenar puesto que, lamentablemente, partís mañana.

La llegada gradual y, luego, la instalación de la 123.^a media brigada «Libertad, querida Libertad» provocaron gran curiosidad entre las filas del ejército republicano que operaba en Vendée.

Enseguida se planteó un problema referente a las relaciones de Valencey de Adana con los generales vecinos, divididos en dos grupos. El primer grupo, aunque simpático, no escuchaba, sino que interrogaba al príncipe sobre... sus victorias navales.

El segundo grupo albergaba a los sempiternos envidiosos que, olvidando que servían a la República y no a su propia ambición, planteaban con malicioso espíritu toda suerte de dificultades ante la menor petición del general.

El comisario de los ejércitos que actuaba en el lugar envió un severo informe al Comité de Salvación Pública que propició la visita relámpago de Saint-Just. Éste habló, uno por uno, con todos los generales, les habló mirándoles a los ojos y les recordó que, aunque dependieran efectivamente del comandante general de los ejércitos del Oeste, aquello no afectaba a Valencey de Adana, que tenía una misión especial y cuyas peticiones debían satisfacerse de inmediato en el superior interés de la nación.

No obstante, Valencey de Adana adoptó la costumbre de enviar a las reuniones a su jefe de Estado Mayor, el coronel Mahé de Campagne-Ampillac.

Con su rigurosa formación de oficial de marina, acostumbrado a calcular las rutas marítimas y a cortar las del adversario, Valencey de Adana pasaba ante los mapas diez veces más tiempo que los demás generales. Estaba ideando un plan, todos estaban convencidos de ello, aunque nadie, salvo sus íntimos, lo conocieran.

El comodoro John O'Shea, incomparable jinete, había sido ascendido a teniente coronel y se encargaba de organizar una pequeña unidad de caballería de unos cuarenta hombres. Había realizado una severa selección y obtenido extraño resultado puesto que el pelotón incluía, además de franceses, a ingleses, americanos, españoles, un negro y... ¡una mujer! En efecto, Victoire pretendía participar activamente en las operaciones y montaba desde que tenía siete años, por lo que no pudo en justicia ser descartada, a pesar de los intentos de John O'Shea, a quien asustaba ser responsable de la princesa. Pero ¿cómo rechazarla sin hacer trampas vergonzosamente? Además, al haber crecido junto a Joachim, Mahé y «el antiguo amigo» Blacfort, sabía manejar perfectamente un sable y disparar una pistola.

Sin embargo, no se forjaba ilusiones sobre lo que le esperaba en caso de que la capturaran. En cuanto llegaron a una aldea tomada a los vendeanos por las tropas de marina, se hicieron una idea del adversario. A los supervivientes de la guarnición azul

les habían abierto el vientre, los muslos y los brazos con la hoz unas mujeres que metieron luego hierba seca en las profundas heridas y le pegaron fuego. Serraron las manos de los artilleros. Los oficiales habían sido enterrados vivos, se veían sus brazos sobresaliendo de la tierra. Una republicana, tras haber sido sorprendida con las armas en la mano, fue degollada y su cuerpo, desnudo, arrojado a un estercolero... El jefe monárquico, llamado *el Pelado* por su total calvicie, fue capturado y fusilado sin más proceso por orden de Valencey de Adana. Pero aquella misma noche capturaron a tres vendeanos que, habiéndose introducido en el campamento de las tropas de marina, habían estado reventando con agujas los ojos de los caballos...

Esos horrores no disuadieron a Victoire, muy al contrario. Durante las tres primeras semanas, acudió a cada unidad de la 123.^a, de los ingenieros a la intendencia, diciendo sencillamente:

—¡Enseñadme, ciudadanos!

Se la vio incluso disparar —con algún acierto— un cañón, donde un oficial, que no consiguió evitar cierta condescendencia al recibirla, le explicó:

—Es un cañón Gribeauval, el mejor del mundo. Vos no entendéis nada, claro está.

—¿Por qué?

—Sois una mujer.

—Conozco el cañón Gribeauval.

—Muy bien. ¿Por qué no me habláis de él?

—Es un cañón de bronce de acuerdo con una aleación de cobre al noventa por ciento y estaño al diez por ciento. Las cureñas son de madera de roble, reforzadas con metal, el eje de las ruedas es una aleación reforzada y definida por nuestro general. Los instrumentos para apuntar están muy perfeccionados pues el alza, aquí, es ajustable y puede regular la distancia de tiro. Los nuestros son cañones del doce que disparan proyectiles de seis kilos a una velocidad de cuatrocientos quince metros por segundo. Son balas de hierro forjado, esféricas, que contienen una carga explosiva de pólvora negra con un mecanismo de efecto retardado. La bala atraviesa dos metros de tierra o cuarenta centímetros de muralla de ladrillo. Con el Gribeauval, la bala llega con un silbido que hiela la sangre a los bandidos de la Vendée. Catorce disparos por minuto a discreción, y siete para los tiros de precisión. Alcance aproximado de novecientos metros, preciso a cuatrocientos. ¿Se me ha olvidado algo?

El oficial, un talentoso ayudante de Guillaume de Lamorville, contramaestre de artillería en *La Terpsichore*, la miró con incredulidad antes de intentar persuadirla:

—¿Por qué perdéis el tiempo en la peligrosa caballería, princesa? Venid con nosotros, la artillería es el futuro.

El campamento se organizaba con gran meticulosidad, con una primera cortina de «centinelas perdidos», los más adelantados, casi en contacto con el enemigo. Las consignas cambiaban cada noche y funcionaban por grupos de tres palabras como: «Revolución-Convención-Virtud», «rey-tirano-opresor» o «pueblo-fraternidad-nación».

En un instante, apagando las velas con los dedos, podían sumir el campamento en la oscuridad y ocupar su puesto de combate sin vacilar. Los hombres dormían teóricamente sobre paja, en tiendas de siete u ocho, pero la mayoría se sentían más seguros al aire libre.

Los marinos habían rechazado unánimemente el bicornio, que se consideraba menos molesto que el tricornio para el fusilero que debía llevar su larga arma y una varilla; aceptaban morir, pero tocados con el tricornio de la marina.

El vocabulario se modificaba en contacto con otros regimientos. Cuando un marino, tirador de élite, mataba a un oficial vendeano, decía, como en la infantería: «Le he dado su pasaporte al cielo» o «Lo he mandado al otro barrio».

No había lavanderas: en la marina cada cual se lava su ropa. No había vivanderas. Una sola cantinera. En los ejércitos, algunas, muy bonitas, vendían sus encantos pero otras eran, ante todo, patriotas. La de los marinos era una ferviente admiradora del difunto Marat y odiaba a los bandidos de la Vendée. Una reputación sin tacha y heroísmo en el combate: lástima que tuviera cara de foca. Pero, en el fondo, a los marinos los tranquilizaba ese tipo de mujer valerosa, que cuidaba a los heridos bajo la metralla, que daba aguardiente a los moribundos. Ésta, Marie-Jeanne, llevaba un vestido de rayas tricolores, botas y una gorra de policía, todo ello con un aire marcial, bastante incitador, aunque los marinos se fijaban más bien en el pequeño tonel de aguardiente que llevaba en bandolera.

En su tienda, vendía suplementos alimenticios, como buñuelos o bizcochos y bebida, y se desplazaba con un asno, *Luis XVI*, que tiraba de una pequeña carreta. A los marinos les gustaba, a veces, reunirse en la tienda de Marie-Jeanne para jugar a las cartas, hablar de su pueblo o discutir sobre la guerra, fumando en un ambiente agradable. El acceso a esa cantina e, incluso, al campamento, estaba prohibido a los mercaderes habituales que, por lo general, acudían a comprar el botín de guerra de los soldados, pero en la 123.^a de marina, el saqueo estaba prohibido. Por último, considerando la legendaria seriedad de Marie-Jeanne, no había necesidad alguna de las visitas de los oficiales de salud pues no podía temerse, por su parte, que propagara enfermedades venéreas.

A los marinos les gustaba también encontrarse alrededor de la marmita, donde comían por escuadras un alimento poco variado a base de arroz, carne y un pan de tres cuartos de trigo por un cuarto de centeno. Compadecida, Marie-Jeanne enseñó a sus protegidos las artimañas de la infantería. A las siete de la mañana, tras haber excavado un horno en la tierra, se encendía poniendo mucha agua en la marmita. A medida que el caldo iba disminuyendo, era sustituido por guisantes, patatas y puerros, a los que se añadía sal. Tras ello, tomando aquel caldo, se mojaba el pan mientras, en otra cacerola con el fondo cubierto de grasa, se freían aros muy finos de cebolla, añadiendo legumbres y algo de caldo. Se comía hacia las once y se dejaba la carne para la cena, calentándola en agua salada y pimentada.

En tres semanas, con quince días de adelanto sobre las previsiones, los marinos se

habían aclimatado y enfrentado ya con pequeñas unidades monárquicas.

Para gran sorpresa de las poblaciones vendeanas, que demostraban sin embargo su hostilidad, los marinos, durante las actividades de patrulla y de registro, daban prueba de la más exquisita cortesía. Ni el menor robo, y un comportamiento irreprochable con las mujeres.

Las noticias corrían deprisa, en Vendée, y la 123.^a media brigada «Liberad, querida Libertad» era recibida en todas partes mucho mejor que las tropas de línea o las «columnas infernales» del general Turreau, a las que tanto odiaban. Los marinos ganaban con ello, sin saberlo aún. Así, no perdieron ninguna de sus monturas con aquellas horrendas trampas para lobo que destrozaban las piernas de los caballos, trampas que a menudo colocaban las mujeres y los niños.

* * *

En tres semanas, y a pesar de su falta de experiencia, los marinos habían maniobrado admirablemente.

Apenas el ejército Blacfort se había separado del generalísimo Stofflet cuando fue acosado, por ambas alas, mientras la 123.^a media brigada le plantaba cara.

Retirándose con cierto talento, Blacfort había llegado a marchas forzadas (y a menudo por la noche) al bosque de Vouvant... sin que dejara de advertirlo Valencey de Adana, astuto e infatigable, cuya reputación como cazador de élite aumentaba entre las tropas del Oeste.

Valencey de Adana le dejó respirar, allí, dos días antes de mandar dos regimientos de línea y un destacamento de dragones que le desalojaron ante la impasible mirada de la 123.^a, que permaneció con las armas en descanso, ante gran sorpresa de los monárquicos.

Blacfort advertía que le estaban empujando hacia el sur, pero no era capaz de evitarlo. Habiéndose liberado, probó las defensas de Fontenay-le-Comte. Pero puesto que la villa estaba erizada de cañones, tuvo que renunciar y, a no ser que se deslizara entre Niort y los marinos, Blacfort se encontraba en una situación delicada.

Optó por las ciénagas, pues algunos de sus hombres las conocían bien.

El general vendeano sentía una profunda aversión por la ciénaga poitevina, húmeda, donde los mosquitos te acosaban; además, la condesa Marie-Charlotte de Juignet-Tallouart no dejaba de quejarse más de lo debido.

A pesar de la opinión contraria de algunos de sus oficiales, Blacfort atravesó apresuradamente las ciénagas, habiendo descubierto el lugar donde podría tener en jaque a los azules: el inmenso bosque de Chizé-Aulnay. Casi treinta kilómetros de largo y de una anchura que a veces alcanzaba los diez kilómetros.

—¡Un santuario!... —repetía sin cesar a sus oficiales ignorando que, desde el comienzo, Valencey de Adana le había estado empujando hacia aquel bosque que sus

exploradores mayas y bravos recorrían en todas direcciones desde hacía meses, moviéndose por él con los ojos cerrados...

Atravesando la ciénaga poitevina por su parte este, Blacfort salió de ella a la altura de Saint-Hilaire-la-Palud. Fue una hábil decisión debida a sus consejeros y exploradores. En efecto, podía deslizarse así muy al sudoeste de Niort, a unos veinte kilómetros, y al noreste de la pequeña ciudad de Mauzé-sur-le-Mignon.

Le separaban aún veinte kilómetros del lindero del inmenso bosque.

Decidió partir hacia medianoche, esperando llegar al alba.

* * *

—Ciudadano general, me satisface mucho verte y siento ese retraso.

El hombre, veinticinco años y buena apostura, miraba a los ojos a Valencey de Adana.

—Preséntate y dime las razones de tu retraso —le ordenó éste.

—Barón de Saint-Eulay. Blacfort y su ejército te habían dejado al norte, a sus espaldas, y me sorprende mucho encontrarte al sur, y por delante.

—¡Nos desplazamos con mucha rapidez!... —respondió Valencey de Adana sonriendo al muchacho con uniforme de oficial vendeano, fajín y escarapela blanca.

—Deserté a la hora acordada, pero se debe tener en cuenta ese error en vuestra posición y al coronel de un regimiento de línea que quería fusilarme sin escucharme.

—Compruebo sin embargo, con satisfacción, que no lo hizo. ¿Sospecha de ti Blacfort?

—Imposible, estoy infiltrado desde el comienzo. Pensarán que me he ahogado en las ciénagas, son cosas que suceden, y no sólo a los azules... Perdón, a los nuestros.

El alba ya se había levantado. El joven oficial se sentó en una rueda de carro y se quitó una de las botas, de la que extrajo un papel doblado.

—En el ejército de Blacfort, me encargaba del estado de los efectivos, es bastante bueno... Las cifras no son exactas, ciudadano general, pues han recibido refuerzos.

—Te escucho.

—Vendeanos: dos mil ochocientos; chuanes de Bretaña: quinientos; jinetes: cien; ingleses: cincuenta; emigrados: ciento veinte. Son más de tres mil quinientos. Y veintiocho cañones. El riesgo de error es mínimo, una veintena a causa de la travesía de la ciénaga, y un oficial del antiguo Berry-infantería que se atascó ante mí. Pero los guías conocen bien el asunto y creo que perderán menos de diez hombres.

Aunque estaba muy desagradablemente sorprendido, Valencey de Adana no lo demostró.

—¡Explícame esas... sorprendentes cifras!... —ordenó Mahé.

—Ciudadano coronel, dejando aparte la llegada reciente de un gran grupo, no hay pueblo ni aldea, desde el comienzo de la marcha, en que no se unan al ejército de Blacfort uno, dos o, a veces, cuatro hombres. A la entrada de un bosque, nos esperaban veinticinco: los príncipes reales debieron de insistir. Por lo que se refiere a los chuanes...

—¡Eso lo sabemos ya!... —interrumpió el general.

—Algunos jinetes se les han unido también. Los cincuenta ingleses están locos de atar, todos militares, todos voluntarios, todos sabiendo que serán desautorizados, en caso de captura, por su hipócrita gobierno. Desembarcaron hace unos quince días al sur de Châtelailon con los ciento veinte emigrados, fanáticos también. Llegaban en una corbeta inglesa llamada *The Iron Bell*, escoltada a su vez por la fragata *Grey Swallow*. Se pusieron en marcha de inmediato, con un buen guía, siguiendo un eje nordeste.

—¿Quiénes son esos emigrados a quienes llamas fanáticos?

—Antiguos oficiales, supervivientes de la guardia de corps de las Tullerías, «caballeros del puñal»: lo peor del género.

—Ve a descansar. Antes de una hora abriremos fuego y tú regresarás entre los vendeanos.

El hombre palideció pero asintió con la cabeza.

—Eres teniente en un regimiento de tiradores de Étampes, ¿no es eso? —preguntó el general.

—Sí.

—Si ganamos, serás coronel.

El joven sonrió.

* * *

A Gréville, decepcionado, le costaba mucho ocultar su irritación:

—Ciudadano Dawson, ¿es malicia o incompetencia por tu parte?... ¡El primero de junio en Brest!... Valencey de Adana está acantonado en Vendée, ¿cómo hacerle subir tan deprisa con su tripulación?

—Su navío se encuentra en la isla de Aix, a muy poca distancia. Tu mensajero tardará más en alcanzar a Valencey de Adana que éste en llegar a su navío.

—Los mensajeros están ya en camino, y las palomas también. ¿Por qué has tardado tanto?

Dawson vaciló unos instantes:

—Desconfiaban de todo el mundo —dijo al fin—, y no sólo en la Navy. Para ellos, el asunto tiene una extremada importancia. Persiguen un doble objetivo: obtener una gran victoria y festejarla poniendo de rodillas a la Francia revolucionaria.

—Si lo consiguen, si la República es derrotada, entonces... —dijo Gréville, pensativo.

—Bueno, ¿qué harías?... —preguntó Dawson, curioso a pesar de la gravedad del momento.

Gréville rió, abrió un cajón de su mesa, sacó una pistola y la apoyó en su sien.

—¡Eso es!... Los príncipes han tenido la amabilidad de avisarme, y en especial el conde de Artois: ni guillotina ni pelotón de ejecución, la cuerda. ¿Ahorcado?... Hermoso final para el jefe de la policía secreta de la República, ¿no crees?

—¿De modo que te suicidarías?

—¡No caeré nunca en sus infectas manos!

Dawson se rascó maquinalmente la mejilla.

—Lo creas o no, he ido tan rápido como me ha sido posible... Por muy sorprendente que le crea, a Valencey de Adana le costará mucho cumplir con semejante plazo.

* * *

Dominando su caballo blanco, muy nervioso, sin temor a lastimarle la boca, Blacfort se dirigió a sus exploradores.

—¡Bueno, hablad!

—La maldita 123.^a media brigada, que debería encontrarse a nuestras espaldas, general, y muy lejos..., pues bien, nos está cerrando el camino.

—¡Eso es absolutamente imposible!... —gritó Blacfort.

Uno de los mejores exploradores monárquicos, tras haber consultado a los demás con la mirada, insistió:

—Se mueven con más rapidez que el viento, general, pero son ellos. Hemos visto el nombre en los toldos de sus carros, «Libertad, querida Libertad», es la famosa 123.^a media brigada de infantería de marina. Son unos setecientos, pero desplegados con inteligencia donde el valle se estrecha. Para pasar, habrá que forzar sus líneas.

Blacfort cerró los ojos por un instante.

A su espalda, la señora de Juignet-Tallouart, el abate Monteroux y la cuadrilla de asesinos intercambiaron unas sorprendidas miradas.

—¡Atacaremos!

* * *

La 123.^a media brigada parecía petrificada, sus soldados eran como estaturas de sal.

El ejército de Blacfort y, sobre todo, sus veteranos, algunos de los cuales servían desde el comienzo, tenía una gran experiencia de combate y de la actitud, en plena contienda, de los azules. Los ejércitos de la República eran muy desiguales. Valerosos

a menudo, pero inexpertos a veces como aquellos dos regimientos de voluntarios alsacianos aplastados: más de mil quinientos muertos en veinticuatro horas.

Pero ninguna tropa, nunca, había mantenido la inmovilidad que mostraban aquellos marinos, en lo que vieron la mano del diablo. El rumor corrió y la aprensión se convirtió en odio, en locura asesina.

Conociendo muy bien a Valencey de Adana, con quien se enfrentaba por primera vez en un campo de batalla, Blacfort desconfiaba. También él se preguntaba por aquella inmovilidad, creyendo que tal vez el terror no fuese ajeno a ella: ¿no era, acaso, su primer combate terrestre?

Prudente, hizo que su artillería avanzara, sus veintiocho piezas variadas, constatando satisfecho la ausencia de reacción de la 123.^a media brigada. Realmente empezaban a creer que no reaccionarían cuando, con gran estupor por su parte, cayó un telón compuesto por jóvenes árboles, que dejó al descubierto cuarenta flamantes cañones Gribeauval. Servidos por la flor y nata de la marina francesa, abrieron fuego de inmediato.

Era el fin. Con un terrorífico ulular que, instintivamente, hizo retroceder varios metros al ejército de Blacfort al completo, la artillería republicana había acallado para siempre las piezas vendeanas, segando a los hombres, pulverizando los cañones.

Aunque no fuera un general veterano, Blacfort sabía que no podía admitir semejante fracaso, de modo que ordenó que cargara la caballería. Ésta tuvo la inteligencia de desplegarse en una anchura de trescientos metros, arrebatando con su dispersión gran parte de los medios de la artillería de marina, que sólo mató o desmontó a unos cuarenta jinetes.

Los demás, que no carecían de valor, prosiguieron la carga: seiscientos fusiles, a los que se unieron los disparos de los vizcaínos, la quebraron. Unos treinta supervivientes dieron media vuelta pero vieron que otros cuarenta jinetes, con caballos frescos que salían de un bosquecillo, les cortaban el camino.

O'Shea, comodoro de la marina americana y teniente coronel en el ejército francés, dirigía la carga con el sable desenvainado. Los americanos resultaban intrépidos jinetes, pero ¿qué decir de los españoles, una fortaleza de músculos soldada a sus caballos, y de todos los demás?

Valencey de Adana hizo intervenir entonces a sus seiscientos ochenta veteranos, la guardia, que avanzaron a paso de carga, con la bayoneta calada. Atrapados entre la caballería «extranjera» y los veteranos, los jinetes vendeanos vieron que su fin se acercaba. Victoire, para la que O'Shea había elegido, cuidadosamente, una montura excepcional, un caballo de guerra acostumbrado a ese tipo de combates, ganó, con su ardor, ascendiente sobre su adversario, que se ruborizó al comprobar que se oponía a una mujer. El hombre, un viejo oficial monárquico con el Sagrado-Corazón cosido en la guerrera verde de oficial, la insultó.

—¡Voy a joderte, puerca! —gritó, perdiendo los estribos e intentando escupirle en la cara.

Aquel hombre de rostro colérico representaba cuanto ella combatía y eso le permitió golpear con todas sus fuerzas, seccionando la yugular del vendeano, que se desplomó y cuya sangre empezó a teñir la hierba.

Victoire permaneció estupefacta por unos instantes; luego O'Shea la tomó delicadamente del brazo para llevársela.

—Hermosísimo combate pero, ahora, ha terminado. Venid, vamos a replegarnos.

Blacfort no podía retroceder ya, así que lanzó su ejército desplegándolo a lo ancho.

De inmediato, la artillería republicana entró en acción.

El valor de los vendeanos habría podido despertar la admiración si no hubieran estado en plena acción. Los soldados-campesinos iban hacia la muerte cantando canciones. Pagaban muy caro su asalto. Pero avanzaban inexorablemente.

Blacfort fue presa de la ansiedad cuando vio que los azules aproximaban los caballos, como reuniendo cureñas y trenes. Más atrás, los sesenta carros del convoy de bagajes se ponían en orden para una evacuación.

Aprovechando su oportunidad, Blacfort tuvo la astucia de suspender el ataque.

De inmediato, la 123.^a media brigada se replegó a pasmosa velocidad y en un orden admirable.

Muy pronto, no sin recoger a sus muertos y heridos, desapareció por el estrechamiento del valle.

Los vendeanos lanzaron gritos de victoria en los que se mezclaba, tal vez, cierta sensación de alivio.

Blacfort se sentía exultante. Había perdido toda su artillería, toda su caballería y cuatrocientos cincuenta de sus hombres, pero había pasado, obligando a replegarse a la 123.^a.

* * *

Con infernal estruendo, con los infantes tendidos de diez en diez en los carros, los cañones, las cureñas y cuanto rodaba, la 123.^a media brigada «Libertad, querida Libertad» se replegaba a la velocidad del viento.

Interminable columna móvil de uniformes azules, de escarapelas tricolores, de jóvenes soldados nerviosos, todo arrastrado y tirado por unos caballos de ojos enloquecidos entre una nube de polvo, la 123.^a atravesaba los pueblos sin reducir la marcha, entre las injurias de los campesinos.

En una aldea donde fue recibida con disparos de fusil, Valencey de Adana, que tenía prisa, respondió a cañonazos.

Poco después, las tropas republicanas llegaron a Beauvoir. Valencey de Adana hizo colocar cañones en los puentes y en todas las elevaciones del terreno, aunque creía, sin embargo, que Blacfort le evitaría.

Todos los objetivos que el general se había fijado se habían alcanzado y sólo deploraba tres muertos y siete heridos, dos de ellos graves.

Por la noche, cuando llegó el momento de que Valencey de Adana se relajara por fin, dos palomas llegaron procedentes de París. Eran portadoras de una pasmosa noticia que sería confirmada por unos mensajeros que arribarían por la noche. Envió las palomas de regreso con esta sibilina respuesta: «En Pascua, se dice que incluso los huevos vuelan...». Luego reunió a sus oficiales, estudió el mapa y, con aire grave, anunció:

—Mahé, te dejo al mando de la brigada. Remontarás hacia Marigny. Límitate a rodear el norte del bosque de Chizé. Yo haré que los regimientos de línea consoliden tus flancos.

—Entonces... ¿te vas? —balbuceó Mahé con los ojos humedecidos.

—No tengo otra opción, orden del Comité de Salvación Pública.

—Será la primera vez que no combatamos codo a codo, Joachim.

Éste posó sus manos en los hombros de Mahé.

—¿Crees que no lo he pensado?... Pero ¿no piensas tú en los quinientos hombres que permanecen aquí?... Me sustituyes, Mahé, y lo harás muy bien: ¡ni hablar de soltar a Blacfort!

—¿Cómo vas a hacerlo?... —preguntó O'Shea.

Valencey de Adana meneó la cabeza.

—Tomo dos carros y haré que os los devuelvan. Pasaremos por Surgères y Rochefort, el camino es mejor. Allí, embarcaremos hacia la isla de Aix, donde nos aguarda *La Terpsichore*.

Tres horas más tarde, Valencey de Adana, Victoire y doscientos hombres de la tripulación de *La Terpsichore* se ponían en camino. Volando en auxilio del almirante Villaret de Joyeuse, comandante de la flota del Atlántico, obtendrían una de las más hermosas y, sin duda alguna, la más incomprensible de las victorias marítimas francesas. ¡Pero a un precio que nadie, en la 123.^a media brigada, se hubiera atrevido a imaginar!

A pesar de la inquietud de haber dejado a quinientos de los suyos —¡y sobre todo, por encima de todo, a Mahé!— en los confines de Saintonge, Valencey de Adana experimentaba una profunda emoción al sentir cómo *La Terpsichore* vibraba bajo sus pies.

Tenía con él a doscientos de sus hombres, entre ellos los mejores artilleros y marinos, y había recuperado con júbilo a Josselin de Keringan, que se había encargado de relevarle en su ausencia, y a Guillaume de Lamorville, comandante de la artillería de a bordo. Ambos enmudecieron sorprendidos al enterarse de su ascenso al grado de coronel en el ejército. Pero aquel estupor igualaba al del propio Valencey de Adana al descubrir que, enterados de la inminente llegada de Victoire, los escasos oficiales y marinos que permanecían en el navío habían decorado la toldilla con gran profusión de rosas.

Los tambores saludaron el pabellón tricolor, luego levaron anclas bajo viento favorable y empezaron a navegar con brisa de popa.

Acompañado por Victoire, que descubría maravillada *La Terpsichore*, y seguido por el perro *La Fayette* que parecía detestar el leve cabeceo, Valencey de Adana procedió a una rápida inspección del navío. Verificó el arrimado de las cajas, el estado de los víveres y, sobre todo, de las salazones, legumbres, galletas, barricas de agua y vino. Inspeccionó también los paños: balas, pólvora, cables, velas nuevas. Aspiró el aire de las calas y entrecubiertas, contento de que se hubieran cumplido sus órdenes: fumigaciones, ventiladores, perfume. Sin duda, habían quemado también junto a las sentinas una mezcla de pez, pólvora de cañón, enebro y vinagre, perfumando así el ambiente.

La República estaba exangüe, pero se había hecho lo imposible para dotar majestuosamente *La Terpsichore*.

Valencey de Adana y Victoire subieron de nuevo a cubierta.

La precipitación, los gestos precisos, las órdenes, los gritos, todo le parecía nuevo a Victoire.

—¡Cazad las gavias!

—¡Amura la mayor!

—¡Navío por la serviola de barlovento!

Vieron una fragata inglesa, lo bastante intrépida para aproximarse, y Victoire, estupefacta, descubrió que el hombre a quien amaba mutaba de expresión, sus rasgos se endurecían, con el ojo en el catalejo y aquella voz metálica:

—¡Zafarrancho de combate!... Barra a barlovento, ¡toda!... ¡Izad el pabellón!

—¡A las armas!... —aulló el contra maestre.

Pero el inglés, al reconocer *La Terpsichore*, se largó a toda prisa.

Con el semblante relajado ahora, Valencey de Adana sonrió a Victoire.

—Falsa alarma.

Soplaba la brisa y la fragata parecía volar hacia el sur, hacia Brest.

Muy pronto se levantó un leve oleaje mientras navegaban con viento de popa, luego, en menos de una hora, los vientos giraron y se orientaron oeste un cuarto noroeste.

Victoire no dejaba de observar a Joachim, aquel modo de posar las nerviosas manos en la batayola, de comprobar maquinalmente que su tricornio negro con galones de oro y adornado con un plumero tricolor estuviera bien puesto, de tomar su catalejo a intervalos regulares para escrutar el desierto océano.

El barco buscaba sin cesar el viento y Valencey de Adana, cuya gran paciencia igualaba la amabilidad de su tono, explicaba la maniobra a Victoire:

—No, ahora hemos virado con el viento de proa. Hacemos girar el barco por el juego del gobernalle y las velas, para colocarnos en la dirección del viento y, mientras gira, el viento le da de proa. Es bastante delicado.

—Pero has dicho «orza a orza», hace un momento, ¿no es lo mismo?

—Me has entendido mal, cervatilla —sonrió él, divertido—: orza a orza, el navío gira de modo que el viento le da de popa. No reviste dificultad, pero es más largo, y perdemos terreno.

—Pero Joachim, ¿y en los casos en que el viento no sopla en absoluto?

—Entonces es bastante dramático: ¡hasta los mosquitos pueden alcanzarnos!

Se rieron, pero ella insistió:

—¿Y no puedes hacer nada sin el viento?

—Sí, utilizar el lanzamiento del ancla. Se carga el ancla, muy pesada, en una chalupa que la echa lo más lejos posible, luego hacemos avanzar el navío con el cabrestante, jalando. Y empezamos de nuevo un poco más lejos. Es agotador, es preciso tener una buena razón para llevarlo a cabo... Mañana te enseñaré en qué consiste acoderar un navío, el brío que nos da este casco tan limpio y cómo ponernos al paio para inmovilizar un navío.

La tomó de los hombros y ambos miraron en silencio el mar mientras el cielo, ensombreciéndose, se volvía amenazador.

Como presa de una duda, Valencey de Adana llamó a Josselin de Keringan.

—Aprovechemos que el mar no está en exceso grueso aún para verificar lo que ya sabéis. —Luego, volviéndose hacia Victoire, añadió—: Voy a mostrarte lo que tanto aterroriza a los ingleses.

La maniobra con poleas y tornos fue rápida y, ascendiendo de las entrañas de la fragata, vieron un largo tubo pintado de gris que parecía un tiburón. Con tiza, una mano anónima y chusca había escrito en el acero: «*Good Morning!*».

—Ésta es nuestra catapulta —explicaba Valencey de Adana con un deje de nostalgia, sabiendo que ya sólo le quedaban dos de sus armas—. Necesitamos dos

años para tratar y dosificar adecuadamente el caucho. Y he aquí lo que los ingleses llaman «el tiburón de pólvora»... Muy bien visto pues, realmente, tiene esa forma, sobre todo a causa de los alerones que lo estabilizan. La envoltura, muy afilada, es de cobre principalmente, el conjunto debe ser estanco. La carga pesa cuarenta kilos, pólvora negra y... —sonrió— otro producto, procedente de China. La explosión por contacto provoca en los cascos enemigos un agujero de un metro de diámetro, a veces más, dependiendo del estado de la madera, pero «el tiburón» golpea siempre bajo la línea de flotación. La cala se llena rápidamente con un agua muy brava, y la víctima se hunde poco después. Dada la densidad del agua de mar, y como yo buscaba durante mis cálculos, el «tiburón» navega entre dos aguas, bajo la superficie, sorprendiendo siempre a los artilleros enemigos. Debemos regular el tiro en función de nuestra velocidad y de la del inglés. No es extraño que lance «el tiburón» veinte metros por delante de la proa del inglés, para darle en pleno centro. Lamentablemente, disparamos desde bastante cerca y eso no está exento de peligro. ¿Qué más decirte?... Esa pequeña pieza de ahí, mírala, es la que estalla en contacto con el casco, activando la bomba. Es un dispositivo semejante, por su principio, a una pieza metálica que golpea un cebo: la armamos antes del disparo. El choque libera la pieza móvil como el sílex en un fusil y enciende la carga que produce la explosión. Ya sabes lo esencial, querida mía.

—¿Tú inventaste esto? —preguntó ella, mirándolo con incredulidad.

—Definí el principio, siendo muy joven, en la Torre de las Damiselas. Era como un juego y, luego..., y luego ya ves...

—¡Es un arma imparable!

Él se encogió de hombros.

—«Lo que un hombre concibió, otro puede deshacerlo». Es un proverbio americano, se lo debo a John O'Shea.

Con una seña, ordenó que volvieran a bajar el «tiburón de pólvora». Luego llevó a la muchacha hasta la proa del navío y le mostró lo que parecía el infinito:

—Mira, allí, a lo lejos, está América... Washington me hizo ciudadano de ese país: al ser mi mujer, eres una americana.

Ella posó la cabeza en su hombro.

—Americana... ¿Sabes que me enorgullece, a mí, que he leído tanto sobre esa guerra?

—Creo... Estoy seguro incluso de que eres la primera princesa americana en la historia de Estados Unidos.

* * *

La cena tuvo lugar en un ambiente alegre en la gran sala de operaciones que servía, también, de comedor para los oficiales. Cubiertos de plata, copas de cristal...

Joachim se volvió hacia Victoire y, a media voz, algo molesto, dijo:

—Todo eso procede, muy a su pesar, de nuestros «amigos» ingleses. Y los platos tienen las armas del príncipe de Gales. Incluso la marquetería del suelo es inglesa, lo que demuestra que a veces tienen buen gusto.

Al finalizar la cena, Valencey de Adana reclamó la atención de sus oficiales.

—Señores, voy a revelaros por fin el objetivo de nuestra misión. Siempre he sido sincero con vosotros: mañana, o pasado mañana, libraremos nuestro más terrible combate.

—¿Hasta ese punto?... —preguntó Keringan, intrigado.

Valencey de Adana indicó que sirvieran champán, luego respondió:

—Toda la flota inglesa se dispone a atacar el más gran convoy de víveres de todos los tiempos, un convoy destinado a la Francia estrangulada por la hambruna: nada menos que ciento diecisiete grandes navíos con las calas atestadas de trigo y productos alimenticios, procedentes de nuestros amigos de Estados Unidos. La Convención Nacional ha ordenado, pues, a la escuadra del Atlántico, que aparejara en Brest para salir al encuentro del convoy y escoltarlo, algo que en estos momentos está llevando a cabo el almirante Villaret de Joyeuse. Todos sabéis en qué lamentable estado se encuentra la escuadra de Brest pero, sin ese convoy de víveres, Francia está perdida, tendremos decenas y decenas de miles de muertos y mucho más, con la hambruna y las epidemias que le seguirán.

—Han pedido a Villaret de Joyeuse y a la escuadra del Atlántico que se suicide... —observó un oficial.

—Le piden que haga lo que justifica la existencia de esa escuadra: ¡que cumpla con su deber!... —respondió cortante Valencey de Adana.

—¿Y qué se espera de nosotros? —preguntó Guillaume de Lamorville, al mando de la artillería de *La Terpsichore*.

—Iremos en vanguardia, ante los ingleses. Y de inmediato. Los atacaremos con salvajismo y, luego, nos esfumaremos para situarnos a retaguardia del convoy y de la escuadra. Nuestra misión será, entonces, cubrir la retirada. Estaremos solos entre los navíos de comercio y de guerra que se apresurarán hacia Brest y la totalidad de la flota de guerra inglesa. No sólo deberemos proteger la retirada sino cubrir, también, a los rezagados. Estaremos bajo el fuego del inicio hasta el final, seremos los últimos en regresar a Brest.

—Si regresamos... —murmuró alguien, pensativo y resignado.

Valencey de Adana se levantó.

—Keringan, tomad el mando.

—Parecéis fatigado, en efecto...

Valencey de Adana asintió distraídamente con la cabeza y, dirigiéndose al conjunto de sus oficiales, añadió:

—Hemos vivido cosas muy duras, vosotros y yo. Recordad cuando acabamos, sucesivamente, con el *Honey Bee*, el *Hornet* y el *Hood*, aquellos monstruos

gigantescos. Sin embargo, sobre todo no subestiméis este nuevo combate.

* * *

Victoire y Valencey de Adana habían subido un instante a cubierta. La luna se reflejaba de forma intermitente sobre el oleaje, plateándolo con sus rayos.

Luego, dirigiéndose a la vasta cámara de Valencey de Adana, hicieron largo rato el amor mientras, en cubierta, se cargaban las velas para no quedar desmantelados por aquel viento infernal.

Se habían tumbado, desnudos, en la estrecha cama, fingiendo pasar por alto a *La Fayette*, que se había colocado junto a sus pies. La llama temblorosa de una vela iluminaba débilmente la estancia. Tomados de la mano, se miraban. La fragata había reducido la velocidad porque, durante las tempestades, sólo se navega con las velas bajas. Oyeron que se cerraban las portas, por temor a que entrara el agua.

Victoire se tendió sobre él, sintiendo de inmediato como las manos de Joachim le acariciaban la nuca, la espalda, las caderas, el talle, las nalgas...

El mar golpeaba con violencia las paredes de roble y no podían no hacer caso de los terribles aullidos del viento, que intentaba introducirse por los intersticios de la fragata.

—¡Estoy bien!... —susurró ella.

—¡También yo! ¿Tenemos derecho a ser tan felices?... Si supieras cuántas miles de veces te he imaginado en esta cabina y cómo entonces me parecía un sueño imposible. De modo que todo llega... Tal vez gracias a que hemos esperado tanto tiempo.

—Y, cuando salía el círculo de setas mágicas, después de la tempestad, cuántas veces me senté allí, para soñar, sonreír y llorar.

—Querida mía, ¿por qué soy uno de esos infelices hombres para quienes todo es siempre tan complicado?

—¿Quién sabe, corazón?; así ha sido, nos amamos y, tal vez, si hubiese sido de otro modo no habría resultado tan maravilloso.

—Eres demasiado buena, nadie tiene derecho a ser tan buena. —Sonrió—. Un día, me dije que tanto estudio sobre el arte de la guerra... Bueno, que si yo hubiera intentado inventar una máquina de pelar legumbres, habría trabajado en un castillo y tú habrías estado a mi lado...

—No, el barón de Penchemel me contó que tú lograbas las mondaduras de patata más finas que nunca había visto.

Él enmarañó su cabello.

—¡Ah, malvada, estás pensando en el porvenir!... De acuerdo, pelaré yo las legumbres. —Se le ensombreció el rostro—. Lo prefiero a matar esos pobres marinos ingleses, esos infelices esclavos que no saben ni por qué mueren...

—No pienses en ello. Oh, qué bien me encuentro entre tus brazos mientras sopla fuera ese viento bajo la tormenta. Nunca me sentí mejor y, sin embargo, tengo ganas de llorar.

—¡Yo también!... —aseguró él con convicción.

Ella se incorporó levemente y descubrió los hermosos ojos gris verdoso de su amor ligeramente humedecidos.

Se sintió conmovida.

—Hablemos, querido, hablemos.

—Tal vez sobrevivamos pero, lo sé —balbució él, como excusándose—: *La Terpsichore* va a morir.

—No, es imposible, querido mío. Es una leyenda, es la Historia...

—Oye cómo cruje por todas partes: está hablándome. Mi pobre, mi valiente, mi fiel fragata, el hijo que yo dibujé, que yo construí... Cada tabla, cada objeto se despide de mí, lo noto tan bien...

—Pero... ¡puedes equivocarte!

—¡Oh no!... Mi vieja compañera partirá hacia los fondos fríos y oscuros. Creo... Ahora que ella te ha visto, por fin te cede el lugar, me confía a ti... No hay tristeza, es feliz, también ella fue mi amor, aunque de un modo distinto al tuyo, pues tú estás viva y eso no se compara... ¡Ay, resulta desgarrador!

La muchacha se sumió en una total angustia. Su héroe, tan apuesto, el hombre a quien todo un pueblo habrá cubierto de flores en la plaza de la Revolución, el capitán invencible le parecía, de pronto, un muchachuelo vulnerable ante aquella cruel pesadumbre.

Él miró alrededor, desesperadamente triste. Las paredes forradas de caoba, el suelo con marquetería de olivo, el techo de color azur donde las plateadas flores de lis de antaño habían sido pintadas de tricolor. Por los cristales de las ventanas, pequeños, emplomados y levemente azules, de la cámara que coronaba la popa de la fragata, podía verse un cielo negro surcado por los relámpagos. Pensó en otras noches, cálidas esta vez, en el Caribe, en la isla de la Tortuga...

—Perdón, he sido débil —se excusó mirándola a los ojos—. Lo soy más de lo que imagino.

—Pues bien, has de saber, amor mío, que nunca te amé tanto como en este instante de debilidad.

—Ay, me conoces demasiado bien. Advierto que, si la marina es una ciencia, la maniobra es un arte.

—No escaparéis de mí, señor amor mío. —Por último, pensando en el terrible combate que se aproximaba, anunció ella—: Nada nos separará, nunca. Ni siquiera la muerte. No nos sobreviviremos el uno al otro, lo juro.

—¡Lo juro!... —dijo a su vez él, abrazándola con mucha fuerza.

Ante las costas de Brest, pero muy en alta mar, una corbeta republicana alcanzó a *La Terpsichore*. Un oficial entregó a Valencey unos mensajes en unas bolsas de tela, que iban lastradas con plomo para poder arrojarlas al mar con la certeza de que se hundirían para siempre, impidiendo así que el enemigo pudiera conocerlos.

Tras la partida de la corbeta, Valencey de Adana leyó distraídamente consignas y consejos, que no le comunicaron nada nuevo.

Apartó una carta personal y arrojó por la borda las bolsas lastradas.

Keringan había mantenido cuidadosamente el rumbo mientras *Diego Quetzalcóatl*, que veía de noche como en pleno día, evitaba tanto los malos encuentros con los ingleses como las colisiones, pues *La Terpsichore* navegaba con las luces apagadas, como un navío fantasma.

Una vez más, Valencey de Adana tomó diestramente el viento y Victoire admiró sus maniobras. No tenía igual para virar a la perfección, combinando con gran exactitud el efecto del gobernalle y el de las velas. Procuraba pues, con cuidado, que la tensión de éstas correspondiese a la dirección y la velocidad del viento, jugando hábilmente con la orientación de las vergas.

Leyó la carta que le habían enviado.

—Es de mi primo, el conde de Nissac^[19] —explicó a Victoire—, que realiza prodigios en el mar de las Indias. Durante la guerra de la Independencia, sirvió en la escuadra de Guichen, en el Caribe, luego con Suffren, en el océano Índico. Se unió a la Revolución en los primeros días...

Valencey de Adana había adoptado un tono alegre, casi desenvuelto, pero que no engañaba a Victoire, que detectaba un profundo pesar en los ojos de aquel a quien amaba. Le admiró por tomar así aquel fardo sobre sus hombros, evitando cargar a los demás... aunque hubiera preferido que se desahogara con ella.

—¡Que icen el gallardete rojo!... —ordenó Valencey de Adana.

Una estameña roja, de tres metros de largo, se izó en el palo de mesana mientras la bandera tricolor, por su parte, flotaba en el palo mayor.

—¿Por qué?... —preguntó Victoire.

—Ah, me gustaría que lo adivinases. ¿Por qué un navío iza un tan largo gallardete rojo?

—¿Para que lo vean?

—Exactamente. Pero ¿quién debe verlo?

—¿Otro navío?

—Pues bien, no... Piénsalo, está vinculado a cierta visita a Meudon...

Ella sonrió.

—¿No?

—¡Sí!

—¿Tú... tú hiciste aquello?

—Sí.

—¿Y no temes fracasar?

—Claro que no.

—¡Numerosas velas a proa y estribor! —gritó el vigía.

Valencey de Adana tomó de inmediato su catalejo.

—Al menos son ciento cincuenta.

—¿El convoy?... —preguntó Victoire, conmovida.

—Los ciento diecisiete del convoy y toda la escuadra francesa del Atlántico.

Keringan se acercó.

—Ya habéis visto sus señales, comandante: ¿qué hacemos?

Valencey de Adana vaciló, luego le explicó a Victoire:

—Avanzan en dos filas paralelas: el convoy a babor, la escuadra a estribor protegiendo su flanco. Quisieran que pasáramos entre ambos... Pero ¿para qué?

Aunque respetara mucho al hombre al que amaba y admiraba, y pensase que un navío era el último lugar donde ella podía mostrarse en desacuerdo con él, Victoire no era mujer que callase cuando estimaba advertir una verdad que tal vez escapaba al comandante.

—Joachim —intervino ella, con aquella mezcla de dulzura y firmeza que la hacía terrible—, piensa en lo que me has dicho esta noche. Pasar entre las dos hileras de navío supondría, para *La Terpsichore*, un verdadero desfile, el equivalente a la 123.^a media brigada en la plaza de la Revolución...

Él la miró, enternecido, conmovido por su inteligencia y su sensibilidad: el último desfile de *La Terpsichore*, ¿cómo no había caído en ello?

—Tienes razón, como siempre.

Ella se sintió tan emocionada como ansiosa, a la vez que temía, si él la estimaba demasiado, decepcionarle un día cercano.

Valencey de Adana impartió enseguida más órdenes. De inmediato, los hombres que no participaban en la maniobra se alinearon en cubierta, en impecable orden, haciendo honor a la reputación de magnífico porte de la tripulación de *La Terpsichore*.

Súbitamente, la fragata le pareció a Victoire muy pequeña mientras se acercaba a los dos primeros navíos de alta borda que encabezaban las columnas: una enorme embarcación de transporte a un lado y, al otro, un gran dos puentes de setenta y cuatro cañones, temible bajel de línea. Monstruos. La esbelta fragata parecía volar entre las dos líneas, sacudida por los remolinos de aquellas decenas de navíos. En cada uno de ellos, las aclamaciones provenían de las cubiertas y los obenques y hubiera sido imposible determinar quiénes eran los que más entusiasmo manifestaban, si las tripulaciones militares o las de los navíos mercantes.

El almirante Villaret de Joyeuse hizo transmitir: «¡Gracias!».

A lo que Valencey de Adana mandó que se respondiera con la frase de los gladiadores a los emperadores de Roma: «¡Los que van a morir te saludan!»». Cita que aatemperó, luego, con un segundo mensaje: «Y todos te desean buena travesía hacia Brest».

Pasados los últimos bajeles, se produjo una especie de vértigo pero los silbatos llamaron a los puestos. *La Terpsichore* inició una larga media vuelta.

—¿Sucederá pronto? —preguntó Victoire.

Valencey de Adana asintió con la cabeza.

—Los ingleses van a lanzarse sobre el convoy, sólo queda saber por dónde.

—¡Voy a prepararme!... —dijo ella besando en los labios a Joachim, que la miró alejarse, seguida como si fuera su sombra por *La Fayette*, que comenzaba a tener ya el pie marinero y cuyo cuello Victoire había rodeado con una cinta tricolor.

—La señora de Valencey se situará entre los fusileros —dijo Valencey de Adana volviéndose hacia Keringan y Lamorville—. No deseo verla trepar a los obenques: es intrépida... demasiado, sin duda, pero le falta experiencia. Vosotros le asignaréis un puesto de combate. Es muy buena tiradora. Creo que podría situarse tras la escotilla de la escalera de estado mayor, tendría un apoyo para el cañón de fusil, estaría en parte protegida y yo me encontraría a unos pocos metros. ¿Alguna pregunta?

Los oficiales negaron con la cabeza. Su comandante se relajó un poco, insistiendo:

—¿Alguna opinión, tal vez?

—Es que..., nada tengo que objetaros —explicó Lamorville—, vos conocéis mi simpatía por las nuevas ideas, pero hoy libramos un combate a muerte, el más desesperado que nunca ha existido. En esas condiciones, nos acribillarán por todas partes. Y una muchacha...

—Lamorville, no estará más protegida en una cabina. Si la fragata se hunde rápidamente, ni siquiera tendrá tiempo de subir a cubierta. Y ya sabéis qué atroz es esa muerte.

—Tengo una duda... Cuando los ingleses descubran que han hundido *La Terpsichore*, si lo logran, nos fusilarán en el mar, pues muy grande es el odio que nos profesan por cuanto les hemos hecho. Sólo buscarán un prisionero: vos, para exhibiros por las calles de Londres con los pies encadenados.

—Nunca me agarrarán vivo. —Se produjo un breve silencio, luego Valencey de Adana prosiguió con tono amable—: Hemos amado tanto esta Revolución, Lamorville..., aceptemos pues todas sus consecuencias. El seis de octubre de mil setecientos ochenta y nueve, fueron las mujeres quienes trajeron de nuevo al, hasta entonces, rey desde Versalles, estaban en la Bastilla y sirvieron los cañones durante la toma de las Tullerías. Es siempre extraño y, a veces, desconcertante ver cómo zozobran nuestras costumbres. Pero, vive Dios, eso es lo que queríamos y las mujeres se han ganado sus derechos. Yo la amo y preferiría saber a Victoire a cubierto en los

flancos del navío pero, dado que la amo, no puedo oponerme a su deseo de combatir con nosotros.

—Tenéis razón, comandante.

Victoire llegó poco después y, ante la mirada impenetrable pero, en realidad, divertida de Valencey de Adana, Guillaume de Lamorville indicó su puesto a la muchacha y le explicó el partido que de él podía sacar.

La joven escuchó con atención, hizo una pregunta y se reunió con Joachim.

Llevaba todavía el vestido de seda a rayas verticales, verdes y blancas, pero se había puesto una chaqueta militar de la marina, con los botones dorados, una cartuchera en bandolera, un tricornio negro y empuñaba el fusil reglamentario.

—¿Bueno?... —preguntó, algo intimidada.

Él fingió examinarla de la cabeza a los pies con aire severo.

—Lo que más me gusta en vos, soldado, además de que sois adorable, son vuestros pendientes que parecen cerezas. Dan ganas de devorarlos por completo...

JUNIO DE 1794...

Valencey de Adana fue el primero en divisarlos, en grandes dificultades ambos. De inmediato dio la orden de que cambiaran el rumbo y, con su inigualable rapidez, *La Terpsichore* viró con sequedad.

En el caso del primer aerostato, no hubo nada que hacer: se incendió tan rápidamente que la tripulación ni siquiera tuvo tiempo de arrojar al mar.

El segundo iba perdiendo altura. Aunque el problema fuera nuevo para él, Valencey de Adana, tan brillante matemático como ilustre aficionado a las ciencias de la física, calculó el instante del impacto, cuando el globo se zambulliría en el océano. Integraba en sus cálculos elementos tan variados como la curva de caída y la velocidad del viento; luego dio las órdenes consiguientes.

La fragata se había puesto al paio y estaban botando una chalupa cuando el globo se estrelló duramente contra las olas, a menos de cincuenta metros.

Nunca una operación de salvamento había sido tan rápida y, muy pronto, los dos tripulantes, el piloto y el observador, estuvieron en cubierta con los negros uniformes chorreantes. Se ganaron así unos minutos que costaron muy caros a los ingleses.

—¿Dónde están?... ¿Su rumbo?... ¿Su número?... ¿Su velocidad?...

El observador, un joven sargento, respondió con tranquilidad.

La Terpsichore, izando todo el trapo, se arrojó como una rapaz hacia el convoy francés a tal velocidad que algunos oficiales y marinos sintieron que se les cortaba la respiración. Por pabellones y por la bocina se comunicaban, de manera incesante, las informaciones referentes a la flota inglesa.

Muy pronto, perfectamente al unísono, la escuadra del almirante Villaret de Joyeuse modificó en cuarenta y cinco grados su ruta para dirigirse al encuentro de los ingleses mientras el convoy, como ovejas acosadas por los lobos, se apretujaba para intentar llegar a Brest y escapar al horror de la matanza.

La Terpsichore estaba lejos ya.

* * *

Los almirantes de Jorge III, y especialmente Richard Howe, antiguo primer lord del almirantazgo, se frotaban las manos ante la información obtenida de una pérfida barca de pesca inglesa que Villaret de Joyeuse había tenido el desacierto de no hundir.

¡Ciento diecisiete navíos mercantes!... Y, para defenderlos, la escuadra francesa del Atlántico, mal entrenada, mal equipada, vetusta... Su «sucia República» entre la espada y la pared por doquier, había descuidado su marina: Inglaterra no estaba por el perdón de las faltas, sobre todo cuando se trataba de la odiada Francia.

* * *

Victoire observaba a Valencey de Adana, descubriéndole cada vez con mayor intimidad. En la urgencia, casi había ladrado sus preguntas a los hombres del aerostato. Pasada la premura, y mientras se dirigían al combate, Valencey de Adana mandó preparar chocolate caliente y uniformes secos para los dos hombres, con quienes hablaba familiarmente, pues los había conocido ya en Meudon.

Victoire recordaba perfectamente aquella visita a Meudon, donde se había instalado una compañía de aerostatos. Recordaba las explicaciones sobre aquellos globos esféricos de tafetán recauchutado, lo que los hacía impermeables. Le parecía estar viendo aún las instalaciones: red, barquilla, válvulas, sacos de lastre y barómetro. Y recordaba una anécdota: los franceses, inventores del globo aerostático gracias a los hermanos Montgolfier, habían llevado a cabo en 1785 la primera travesía aérea de la Mancha. Al regreso, mientras se posaba sobre un campo, unos campesinos les habían disparado gritando: «¡Muerte a la bestia del diablo!».

«Digno de unos vendeanos...», pensó ella.

Pero lo que admiraba era aquel extraordinario modo que Joachim tenía de anticiparse: al llegar, por fin, a Francia procedente de América, habiendo oído hablar de aquel invento, tuvo la idea de ir a verlo de cerca y, luego, de utilizarlo en aquellas circunstancias cuando el Comité de Salvación Pública recurrió a él. Tener tanta previsión^[20]...

Valencey de Adana reunió la tripulación.

Todos le escuchaban en silencio.

—Ciudadanos, vamos a librar la más dura de nuestras batallas. Esta vez no se trata de hundir al enemigo, de ningún modo, sino de dejarlo en tal estado que no pueda combatir. Es preciso alcanzar los gobernalles, los mástiles, la barra y el mando. Sus navíos pueden seguir flotando si vacilan y giran sobre sí mismos. El convoy debe pasar a toda costa: cada minuto ganado, cada segundo, es una posibilidad de que esos ciento diecisiete navíos lleguen a Brest. ¡Viva la República una e indivisible! ¡Viva la nación!

—¡Viva la nación y mierda para el rey de Inglaterra!... —gritó la tripulación al unísono.

De inmediato empezó el zafarrancho de combate y cada cual ocupó su puesto. Dado que la artillería debía desempeñar un papel decisivo, Guillaume de Lamorville pidió y obtuvo de Valencey de Adana la cooperación de una decena de granaderos del

teniente Hyppolite para reforzar la batería de estribor.

Y entonces apareció la flota inglesa, como un bosque de navíos que cubriera el mar. En orden de batalla, formaba la línea y navegaba bajando la orza. De inmediato, Valencey de Adana viró de rumbo por redondo tomando un cabo que le permitiera remontar la línea corriendo en paralelo del lado donde, bajo los efectos del viento, levemente escorados, los navíos ingleses veían dificultados sus disparos, pues algunos capitanes ordenaban cerrar las baterías bajas para que el mar no entrara por ellas. Las baterías bajas: precisamente donde, en los navíos importantes, se encontraban las piezas de gran calibre.

Remontando toda la línea inglesa, Valencey de Adana buscaba un objetivo concreto: que lo vieran. No ignoraba que la presencia de la legendaria *La Terpsichore* en aquel combate, presencia del todo inesperada, disiparía el entusiasmo de muchos marinos enemigos, trayéndoles recuerdos que hubieran preferido olvidar, sobre todo en el momento de la batalla.

Algunos barcos abrieron fuego contra la fragata pero el efecto fue contrario pues, hallándose fuera de alcance, dando la impresión de pasar como un caballo al galope, *La Terpsichore* parecía conjugar la invulnerabilidad y la velocidad.

Un capitán inglés de empolvada peluca habló, con ironía, de «la bailarina», pero sólo rió él, pues los demás lo miraron consternados.

Como solía suceder, tras la línea reinaba cierto desorden: estaban allí para seguir, no para combatir.

Llegado al extremo de la línea, Valencey de Adana hizo cambiar de rumbo remontando el viento. Aquel paso le había permitido descubrir sus presas.

La primera víctima fue una corbeta demasiado intrépida, la *Exceller*, desmantelada antes de poder intentar nada. Dos avitualladores armados como auxiliares, el *Roll of Honour* y el *Valiant Heath*, fueron alcanzados en el gobernalle y perdidos para el resto. Dos fragatas vetustas ya que se arrastraban, también, a retaguardia, plantaron cara valerosamente, la *Highclere* y la *Northern Trick*, pero también fueron alcanzadas en el gobernalle.

Valencey de Adana modificó levemente el rumbo para acercarse, como si estuviera jugando, a un navío auxiliar flamante y armado, el *Pearl Cap*, que fue duramente castigado.

Un dos puentes antiguo pero sólido, el *Fellow*, aceptó el desafío y cambió de rumbo para lograr que cesara aquella carnicería en la retaguardia inglesa. Confiando en su velocidad y agilidad, *La Terpsichore* evitó una salva, viró diestramente tras haber fingido que le perseguía para combatir borda contra borda y toda su batería de estribor abrió fuego. Con el gobernalle pulverizado, el *Fellow* partió a la deriva.

Al divisar un navío-hospital, el *Seagram*, Valencey de Adana lo desmanteló con dos disparos a la altura de la unión entre palo macho y cofa, procurando respetar a la tripulación.

En cambio, el comandante de *La Terpsichore* dejó escapar a una hermosa corbeta,

pues ésta estaba haciendo exactamente lo que él esperaba de ella. Muy rápida, remontó la línea inglesa donde, agitando sus pabellones y utilizando algunos «aulladores», comunicó una noticia que dejó helada a la flota inglesa: en veinte minutos, *La Terpsichore* acababa de poner fuera de combate nueve navíos de la Royal Navy.

La fragata repetidora del navío almirante se lo hizo confirmar y, en el bajel del comandante en jefe, el mensaje se recibió claro y neto.

* * *

El almirante inglés Howe reflexionaba. No podía permitir que *La Terpsichore* actuara sembrando el pánico entre la flota.

Además, la escuadra del almirante Villaret de Joyeuse acababa de entrar en contacto con la Royal Navy y los franceses, a pesar de su inferioridad, estaban abriendo ya un fuego infernal contra la vanguardia. No era pues en absoluto aceptable que los atacaran, a la vez, por delante y por detrás.

Decidió entonces acabar de una vez por todas con *La Terpsichore*. Para ello, hizo cambiar de rumbo a dos de sus más poderosos navíos, y los más modernos. Al recibir las órdenes, un tres puentes y un dos puentes abandonaron la línea, virando por redondo viento en popa, para la contramarcha.

El almirante estaba contento. Creía disponer de tiempo para exterminar la escuadra francesa del Atlántico mientras sus dos «asesinos» acababan con *La Terpsichore*. Una vez todo hubiera concluido, la Royal Navy se lanzaría apresurándose contra los ciento diecisiete navíos mercantes antes de que llegaran a Brest.

Y el pueblo francés moriría de hambre. Esta perspectiva le puso de muy buen humor.

El tres puentes, agresivo y seguro de su superioridad, se llamaba *Highlands Wedding*. El dos puentes había sido bautizado como *Venture*.

Parecía muy evidente que *La Terpsichore* podría escapar, pues los grandes navíos ni siquiera intentaban rivalizar en lo referente a la velocidad.

Pero Valencey de Adana conocía bastante a los ingleses como para saber que no lograría engañarles por mucho tiempo. Aguantaría veinte minutos acercándose, esquivándolos y llevándolos más lejos, mas luego los capitanes de la Royal Navy, comprendiendo su juego, darían marcha atrás para reforzar la línea inglesa.

Deslizarse entre los dos mastodontes para cañonear desde ambas bordas era casi un suicidio.

Valiéndose de su movilidad (y aquél era el único lujo que podía permitirse), *La Terpsichore* tenía la posibilidad de enfrentarse con el *Highlands Wedding* y el *Venture*, uno tras otro, en dos duelos sucesivos, a cual más desesperado.

La Terpsichore llegó pues por la popa de los ingleses pero, provocando la sorpresa tras haber dejado planear por mucho tiempo cierta duda, se arrojó sobre el *Highlands Wedding*, el más temible.

Aunque estuvieran al acecho, los artilleros ingleses quedaron también desconcertados ante aquella decisión, mientras *La Terpsichore*, que llegaba a toda velocidad, se colocaba rápidamente a la altura del tres puentes y, acto seguido, lanzaba un «tiburón de pólvora». Dicho lanzamiento se produjo justo antes de que los artilleros de ambos navíos abrieran fuego.

Valencey de Adana había corrido un gran riesgo al lanzar con tanta rapidez, pero aun así el *Highlands Wedding* fue alcanzado en la popa. El enorme navío dio una enorme sacudida ante aquel choque y se apartó de inmediato, pues las balas francesas, además, habían dañado seriamente la cubierta de popa.

En *La Terpsichore*, el tiro del *Highlands Wedding* causó estragos. Toda la batería de babor quedó dislocada y a los artilleros los segó la muerte cuando, habiendo acabado de disparar, se encontraron envueltos en un espeso humo.

El barón Guillaume de Lamorville sería recogido de entre los muertos, literalmente destrozados por la madera que había estallado bajo las balas.

En cubierta reinaba casi un caos semejante, a pesar de la extraordinaria sangre fría de la tripulación.

El palo de mesana estaba roto a media altura; el palo mayor, pulverizado, cayó con un crujido por encima de la borda. La mayoría de los cañones de cubierta yacían derribados. No había rastro del cabrestante ni de la campana del castillo de proa.

La cubierta de popa había sufrido muy poco y, bajo el fuego, sin protección

alguna, Valencey de Adana no había apartado los ojos de la escotilla de la escalera de estado mayor, tras la que se encontraba Victoire, agazapada, que ahora había soltado el fusil y estrechaba contra su corazón a *La Fayette*, temblando de miedo.

Menos de veinte segundos después de terminada la carnicería, Valencey de Adana se precipitó empuñando el hacha. Lo sabía; sabía que *La Terpsichore* estaba condenada, pero no quería que expirara bajo los disparos del *Venture*.

Las reforzadas paredes del estrecho foso donde estaban los «tiburones de pólvora» habían aguantado y, con ellas, protegido del mismo modo, el sistema de cadenas y poleas que permitía izarlos hasta la cubierta con la catapulta. En cambio, la trampilla estaba cubierta de restos de madera, aparejos inextricablemente enredados, obenques y cables. El *Venture*, aunque fuese muy lento, se encontraba ya en una ruta paralela a *La Terpsichore*, e iba a remontarla para rematarla.

El capitán inglés no tenía prisa, pues no ignoraba que con un solo palo y el velamen hecho jirones *La Terpsichore* no podría escapar. Le costaba creer en el honor que así se le hacía. Además, por causa del humo, no había podido seguir con detalle las peripecias de una batalla tan corta como violenta, de modo que se presentó por estribor, donde los efectivos de las baterías, intactos, habían sido reforzados por una decena de granaderos del teniente Hyppolite.

El capitán del *Venture* quería un tiro diestramente acertado, definitivo, de modo que tardó en abrir fuego. Y lo lamentó. Pero ya no se podía cambiar lo que le pareció ineluctable: treinta cañones a punto de disparar y aquella cosa que los franceses, a trancas y barrancas, acababan de sacar, algo gris provisto de alerones y que se dirigía hacia los ingleses nadando entre dos aguas...

La artillería de *La Terpsichore* abrió fuego antes de que el «tiburón de pólvora» alcanzara su blanco. Fue una salva notable, pues los treinta cañones se repartieron las baterías de ambas cubiertas en una andanada en dominó. Centenares de astillas sembraron la muerte y la desolación.

Quedaban, sin embargo, piezas intactas aunque pocos artilleros ingleses abrieron fuego, atrapados entre los aullidos de los heridos, el humo irrespirable y los efectos del pánico. Sin embargo, dispararon bastantes como para alcanzar unas quince veces *La Terpsichore*.

Luego, el *Venture*, alcanzado bajo la línea de flotación por el último «tiburón de pólvora» de Valencey de Adana, tembló de la proa a la popa y se escoró de inmediato.

Como una pareja que se separa para siempre, aquellos dos grandes heridos se apartaron el uno del otro, el inglés muy inclinado, arrastrándose hacia su país, y el francés, apenas más rápido, poniendo rumbo a Brest...

* * *

—¡Traed las banderas de la cámara de trofeos!... —gritó Valencey de Adana, en lo que constituyó la primera orden.

La segunda, dirigida a unos quince hombres, fue que agruparan todos los cadáveres en la cubierta de popa.

La tercera, que el resto de la tripulación prestara ayuda a los carpinteros, a los tablajeros y veleros para que dejaran en condiciones el velamen y los cabos del único mástil de *La Terpsichore*, mientras se destinaba a una decena de marinos a las bombas, pues la fragata hacía aguas.

Despejada la mitad de la cubierta de los restos arrojados al mar, fue de inmediato forrada por doscientas banderas inglesas, resultado de casi veinte años de campañas victoriosas.

Sobre aquel lecho de banderas se depositaron los cadáveres y aunque los hombres, todos ellos, estuvieran tan conmovidos que sentían ganas de llorar, no se forjaban ya ilusiones, tras aquel gesto, sobre el porvenir de la fragata.

Victoire sujetaba por los pies el cadáver sin cabeza de un cabo mientras un granadero lo tomaba por los hombros.

Valencey de Adana no propuso a Victoire librarla de tan atroz tarea, pues se había ofrecido voluntaria y ninguna hipocresía regía sus relaciones.

Había muertos por doquier, en las baterías, en la cubierta, en los corredores... Dos horas más tarde, sólo algunos carpinteros y veleros trabajaban aún en el mástil, sus velas y aparejos.

Setenta y siete cadáveres estaban tendidos sobre las banderas. El cirujano, ayudado por algunos voluntarios, trabajaba con la sierra, la broca y el trépano. Había unos sesenta heridos, diez de ellos considerados como casos desesperados y casi treinta en estado grave o muy grave.

Se habían doblado los efectivos de las bombas pero había que luchar para defender las calas, demorar lo ineluctable, especialmente a proa, en el foso de los cables, cuando el lastre, compuesto por guijarros y cañones viejos, había desaparecido ya bajo el agua. Entonces, cuando las cosas apenas se estabilizaban en aquel espantoso balance, Valencey de Adana «sintió» el peligro antes de divisarlo con el catalejo.

Una hermosa corbeta inglesa, tan curiosa como audaz orgullosamente bautizada *Right Royal*, se aproximaba con la prudencia de una hiena venteando una gran fiera herida.

Valencey de Adana impartió con sequedad sus órdenes.

* * *

El capitán inglés, bastante joven, se acercó con circunspección aunque su decisión estaba ya tomada, pues la tentación era demasiado fuerte.

Allí, en cubierta —¡tendidos sobre banderas inglesas!— había muchos cadáveres, podían contarse casi un centenar.

No puede simularse la muerte cuando se trata de cuerpos sin cabeza, despedazados, despanzurrados... ¿Y cuántos quedaban en las cubiertas?

Había reconocido de inmediato *La Terpsichore*, aunque sólo le quedase el palo mayor.

El capitán se concedió tiempo para reflexionar.

Toda la batería de babor estaba desarticulada. Además, veía vacía la catapulta lanzadora del «tiburón de pólvora», y nadie estaba cargándola. Una treintena de franceses se había agrupado en otra parte, de pie, empuñando el sable entre un centenar de heridos.

La idea se imponía por sí sola: al abordaje —¡qué elegancia!—, su hermosa corbeta acabaría con la legendaria fragata... que llevaría, remolcándola, a Inglaterra, para presentarse al rey y ofrecérsela.

Los franceses, en posición más elevada, rechazaron los primeros garfios mientras sus escasos fusileros hacían blanco a cada disparo.

El inglés vaciló de nuevo. El asunto era costoso pero estaba claro: los franceses, los que combatían, eran una treintena. Mandó que triplicaran los garfios y cuando no podía ya retirarse sucedió...

¡El horror! Los muertos y los heridos estaban levantándose. Esos perros franceses eran más de un centenar, a los que se añadieron muy pronto una veintena de heridos.

Tan ágiles y rápidos como monos, pero mejor entrenados, subían a la toldilla, se agarraban a los obenques y disparaban como si estuvieran de ejercicios. Otros, en cubierta, arrancaban la cápsula de las granadas con una mano, las encendían con la otra y las lanzaban hacia los marinos ingleses, demasiado agrupados.

Nunca los ingleses del *Right Royal*, entre ellos algunos veteranos, habían visto semejante odio ni un salvajismo igual. Y eran ahora los franceses quienes, contraatacando, saltaban a la cubierta de la corbeta, empuñando el hacha o con la bayoneta calada. Y entre ellos, unos treinta...

—¡Negros!... ¡Granaderos negros! —balbució el joven capitán.

El teniente Hyppolite y sus treinta hombres, que parecían aún más altos con sus grandes gorros de pelaje negro, sembraban un terror incalificable al avanzar con los machetes que usaban para la caña de azúcar, haciendo volar las rubias y rosadas cabezas de los marinos ingleses..., que capitularon.

Por primera vez desde que *La Terpsichore* fue botada, Valencey de Adana sorprendió a algunos de sus hombres golpeando a los prisioneros a culatazos. Un gaviero acabó, incluso, a quemarropa, con un oficial sumamente altivo cuya mirada no le había gustado, aunque el hombre levantara las manos. Más allá, un fusilero hundía su bayoneta en pleno corazón de un marino pelirrojo que había cometido el error de sonreír con arrogancia.

Valencey de Adana pensó entonces en una frase que le había revelado su padre,

héroe de la batalla de Fontenoy. Luis XV, muy poco guerrero, había dicho a su hijo, el Delfín, señalando el campo de batalla: «Mirad cuánta sangre cuesta un triunfo. La sangre de nuestros enemigos es siempre sangre de hombres, la verdadera gloria es evitarla».

Valencey de Adana dio unas voces y sus hombres se inmovilizaron. Muy pronto, los ingleses y sus heridos fueron amontonados en chalupas y sus muertos arrojados sin miramientos por la borda.

Reconocieron al antiguo comandante de *L'Argonaute*, Josselin de Keringan y antiguo compañero, por sus charreteras con flecos de oro, pues su rostro había sido arrasado.

El número de los muertos se elevaba ahora a noventa y dos, y ascendió a noventa y ocho durante la noche. Todos fueron atados en sus coyotes, que se lastraron con una bala. Por último, los arrojaron al mar cuando Valencey de Adana hubo pronunciado un breve discurso, sobrio y conmovedor.

* * *

El *Right Royal*, con bandera tricolor, y *La Terpsichore* se acercaron a Ouessant en la azulada aurora. A veces avanzaban a la velocidad de un hombre a pie. Luego, las tripulaciones descubrieron el faro de la punta de Saint-Mathieu. Menos de una hora más tarde, los dos navíos eran visibles a simple vista desde Brest.

Habían festejado la víspera y durante toda la noche que los ciento diecisiete grandes navíos mercantes, al completo, además de treinta navíos ingleses capturados durante la travesía, habían llegado a puerto. Villaret de Joyeuse sólo había perdido, hundidos o capturados, siete navíos viejos ya y, además, las embarcaciones tomadas por los ingleses se encontraban en tal estado que debieron demolerlas.

Los ingleses podían presumir de siete navíos enemigos fuera de combate y de que ocupaban —¿para qué?— el lugar del enfrentamiento. La marina inglesa, sin embargo, no había recuperado sus treinta navíos capturados.

¿Quién era el vencedor?... Casi ciento cincuenta navíos que transportaban miles de toneladas de víveres habían escapado a bajo precio de la Royal Navy y aportado a los franceses un respiro. Hablando de barcos que habían cambiado de manos, la expedición suponía una derrota para los ingleses. Estratégicamente, era también una gran derrota inglesa, pues su flota había salido en balde mientras que la escuadra francesa había roto valerosamente el bloqueo^[21].

En pleno júbilo popular, se habían olvidado por completo de *La Terpsichore*, que se había lanzado, sola, a una batalla sin esperanza.

La felicidad, a veces, nos hace ingratos.

La noticia corrió por toda Brest y, en diez minutos, eran miles, civiles y militares, los que contemplaban la corbeta junto a la gran dama herida de muerte, a la que le

costaba mucho poner un pie delante del otro, pues ésta fue la imagen que se impuso a algunos.

Valencey de Adana mandó que se detuvieran las bombas y transfirió sus últimos marinos al *Right Royal*.

Solo por fin, rodeó el palo mayor con sus brazos y lo besó. Luego, con el tricornio en la mano, apoyó largo rato la frente en la madera. Ya nunca más, lo sabía, la fragata sería ni su hijo ni su vieja amiga.

Por fin, con la cabeza gacha y el tricornio de fieltro negro inclinado sobre sus ojos, embarcó a su vez en la corbeta.

Había ganado, aunque no tanto —¡y qué le importaba!— como el honor sano y salvo de su querida fragata. Permanecía invicta hasta su último aliento y desapareciendo sin que enemigo alguno estuviera a la vista, impidiendo que nadie reivindicara jamás tamaña victoria. Miles y miles de testigos podrían jurarlo: deteniendo las bombas, su capitán acababa con la vida del navío.

Todos lo entendieron.

Puesto que ya no se podía recuperar, habría sido despedazada en un alejado muelle de Brest, lo que resultaba inconcebible para un hombre como Valencey de Adana.

Comenzó a hundirse por la popa. En la cubierta del *Right Royal*, Valencey de Adana, *Victoire* y la tripulación entera se quitaron los tricornios, salvo veinte hombres cuyos tambores redoblaron, fúnebres pero conmovedores: no habrían hecho más por una soberana.

La Terpsichore se encabritó de pronto, con la proa a más de veinte metros por encima del mar y, luego, la legendaria fragata se hundió en las aguas profundas, emitiendo un largo y desgarrador crujido que pareció un lamento humano.

Todos los hombres lloraban sin ocultarlo. Un viejo granadero negro se arrojó sobre el suelo de la corbeta martilleándolo con sus puños y, luego, dolorido, cantó una de aquellas melopeas, tristes y hermosas, compuestas por un esclavo anónimo bajo los latigazos del dueño de la plantación.

El teniente Hyppolite y los treinta granaderos negros se unieron a aquella melodía por la más gloriosa de las fragatas que nunca existieron en todos los tiempos, la que acogía a hombres de todas las razas y países, la que sólo combatió por la libertad: era un hermoso homenaje, el que merecía.

Muy pronto, la superficie del mar se vio lisa de nuevo. Para Valencey de Adana, quedaba atrás una página de su vida pero, una vez más, pensó que ayudaría a sus hombres si lograba disimular su inmensa pesadumbre. Con la mirada impenetrable, la voz impersonal, se volvió hacia el timonel:

—Un cuarto a babor. ¡Mantened el rumbo!

* * *

En Brest, nadie se atrevía a mirar de frente al centenar de supervivientes, entre quienes había heridos.

Un almirante, a quien el sentimiento de culpabilidad tal vez volvía agresivo, apostrofó a Valencey de Adana:

—¿Me explicarás lo que acabas de hacer?

Valencey de Adana miró con frialdad el muelle cubierto de botellas vacías y toneles abiertos que atestiguaban que, durante la larga agonía de *La Terpsichore* y parte de su tripulación, en tierra se había estado festejando.

—No estamos en el mar, ¿verdad? —preguntó fijando sus ojos, ahora gélidos, en el almirante.

El otro, turbado, agachó la cabeza. Valencey de Adana prosiguió:

—En tierra, soy general: te mando pues a tomar por el culo. —Sacó una orden de misión y abofeteó con ella al almirante—. Orden del Comité de Salvación Pública para que se atiendan, por todos los medios, mis peticiones: cuida a mis heridos y búscame caballos. Tienes un cuarto de hora o te las tendrás que ver con Fouquier-Tinville.

Llevando a *La Fayette*, herido, en brazos, Victoire, con su aspecto medio viril, medio militar, se puso de puntillas y agarró por el cuello al almirante.

—¡Con tu vida, ciudadano almirante del almacén, respondes de la de nuestros heridos!

—Pero... ¡Por supuesto, ciudadana!

Puesto que Vendée se halla más cerca de Brest que de París, los generales Stofflet y Blacfort fueron informados, antes que los habitantes de la capital, del resultado de la batalla del Océano y del final de *La Terpsichore*.

El generalísimo Stofflet, con aire huraño, vio en todo ello una gran catástrofe para la causa que defendía. Un convoy semejante implicaba que el pueblo no tendría hambre y no se rebelaría contra la Convención Nacional. Además, se equipararía y avituallaría a las tropas de las fronteras, lo que alejaba la perspectiva de una invasión que pudiera devolver a Francia a los príncipes.

—¡Inútiles!... —exclamó Stofflet, maldiciendo a los ingleses.

Tan memorable convoy debía medir unos quince kilómetros, el doble con los rezagados: ¿cómo la flota inglesa podía fallar ante semejante presa?... Y la vetusta flota del almirante Louis Thomas, conde de Villaret de Joyeuse —¡un aristócrata, un traidor!— les había plantado cara...

—El gran almirante inglés Howe sólo puede compararse a una mierda flotante... ¡Lo odio! —resumió su juicio con su conocida actitud.

¡Y qué decir de los americanos, proveedores de los jacobinos, de los setembrizadores^[22] de los defensores de aquella maldita Revolución: periodistas fracasados, tenderos y pescaderas de los Halles... Todo acabó podrido a raíz de aquella lejana guerra, se decía, pues los voluntarios de América, fueran aristócratas o soldados rasos, trajeron de allí los fermentos de la República y de las nuevas ideas!

—¡Los odio!... ¡A todos!

A veces, el generalísimo Stofflet se odiaba a sí mismo, sin duda cuando no tenía a otro más a mano.

* * *

De vez en cuando, ocurre que una misma noticia es apreciada de modo distinto por quienes, sin embargo, comparten la misma causa.

¡Blacfort estaba exultante!

No le importaba que la República, gracias al convoy traído de América, se asegurara un largo respiro, pues sólo veía en ello una hermosa, importante y maravillosa noticia: *La Terpsichore* yacía, por fin, en el fondo del mar.

Arrastró a la condesa de Juignet-Tallouart a un paso de danza y, lleno de exuberante júbilo, exclamó con voz penetrante:

—¡La ha hundido él mismo! ¡Rematada como un caballo herido! ¡Hundida ante

Brest...! —Con aspecto de bienaventurado, uniendo las manos, miró el cielo como si hablara directamente con los ángeles—. ¡Cómo ha debido de sufrir!...

* * *

Francis William Dawson acogió con suma tristeza, lo mismo que su recentísima esposa Léonore, la noticia final de *La Terpsichore*, recibida mediante un pliego urgente del despacho de Gréville.

¡Pero qué fin, qué apoteosis!... ¡Once bajeles ingleses fuera de combate y el duodécimo capturado!

Aunque lamentara el final de la legendaria fragata, Dawson se alegraba de que no hubiese sido vencida, ni hecha prisionera, y que hubiera llegado a un puerto francés para morir por voluntad de Valencey de Adana.

—¡Qué triste debe de estar!... —murmuró Dawson a Léonore, tendida a su lado, que preguntó:

—¿Volveremos a ver un navío semejante?

—No lo creo —repuso él tras reflexionar por unos instantes—. Si lo deseara, Valencey de Adana podría diseñar y construir el navío que quisiera, la Convención le facilitaría, prioritariamente, los materiales, aun los más costosos. Pero no se debe especular cuando se trata de una leyenda y, además, rehacerlo todo, recomenzarlo todo, a los cuarenta años...

—A los cuarenta años se es muy joven. ¡Y a los sesenta también!... —le dijo Léonore callándolo con un beso.

* * *

—Ah, me olvidaba: podéis conservar la mansión. De los treinta existentes, veintisiete recaudadores de impuestos fueron guillotinado el ocho de mayo, y el hasta entonces propietario de vuestra mansión formaba parte de esta detestable hornada, en la que se había extraviado Lavoisier.

—¿Perdón? —dijo Valencey de Adana, interrumpiendo sus pensamientos.

—Sí —continuó Gréville—: se me encarga que os comunique que esta mansión puede ser vuestra, para compensaros, me han dicho, por *La Terpsichore* aunque, a mi entender, *La Terpsichore* no puede «compensarse».

—Bien entendido, Gréville.

—Una cosa más: una palabra de asentimiento, y sois almirante.

—No, gracias, soy aún demasiado joven.

Se hallaban en los jardines de un gran restaurante de la parte oeste de París.

Alrededor de la mesa estaban Victoire, Valencey de Adana, Gréville y el teniente Hyppolite que, en ausencia de Mahé, era el más antiguo oficial superviviente de la

fragata. Robespierre, que había organizado aquella comida, acababa de pedir que lo excusaran. En efecto, estaba desbordado pues, al día siguiente, lo elegirían presidente de la Convención, lo que le aseguraba un poder disciplinario sobre los debates...

Sin embargo, mandó que enviaran un voluminoso ramo de rosas a Victoire.

Los dos oficiales llevaban uniformes nuevos, pues los precedentes, manchados de sangre, pólvora y hechos jirones, habían llamado mucho la atención en las diferentes etapas en que habían parado.

Victoire eligió un vestido de seda a rayas grises, rosa viejo y blancas, una discreta y refinada armonía. ¿Se debía a los duros combates?... De cualquier modo, sus finos pies enfundados en medias blancas no estaban ya aprisionados en un calzado de tacón sino en hermosos zapatos con hebillas de acero.

Cenaron un potaje de espárragos, buey a lonchas, muslos de capón hervidos, alcachofas en adobo fritas, platos a los que el teniente Hyppolite, que no estaba muy acostumbrado a los restaurantes, hizo honor. De postre, tomaron cerezas de Taupont, melones y peras. Y, claro está, Gréville pidió que sirvieran champán.

El pequeño bulldog *La Fayette*, con un glorioso vendaje en el lomo y una cinta tricolor al cuello, no dejó pasar la velada sin dar varias veces la vuelta a la mesa.

Gréville, que sabía cuán tristes estaban Victoire, Valencey de Adana y el teniente de granaderos, de dos metros de altura —¡sin el gorro de pelaje!—, imprimió una entonación alegre a su voz:

—Mañana, antes de vuestra partida hacia Vendée, nos pondremos «borda a borda», como decís vosotros, los marinos. Os llevaré a un ventorrillo a orillas del Sena. Se come allí la mejor marinera del mundo: pescadito cortado y cocido con cebolla y vino.

Valencey de Adana asintió con la cabeza distraídamente. Estaba pensando en sus hombres, en aquel centenar de supervivientes y heridos leves: tras algunas horas en el cuartel Babylone, les habían alojado en el del hotel de los Inválidos, donde se les ofreció una opípara cena.

Se habían encontrado con Gréville en el restaurante; el policía estaba esperándolos, de modo que habían pasado de inmediato a la mesa sin tratar en absoluto de los temas importantes.

Valencey de Adana había acudido pues tenía asuntos que tratar, y aunque no deseaba herir al jefe de la policía secreta, a quien debía la vida, dijo:

—Gréville, me resulta muy penoso hablar de *La Terpsichore*, pero es preciso. Ni siquiera sé cómo anunciárselo a Mahé...

—Yo me he encargado de avisarle, así como de informarle de que habéis sobrevivido, al igual que la princesa y el teniente Hyppolite... En estos instantes, un correo debe de estar saliendo de Brest para hacerle llegar la lista de los oficiales y marinos muertos, la de los supervivientes, la de los heridos y su estado de salud.

—Os lo agradezco, Gréville —respondió Valencey de Adana, aliviado—. Quería hablaros también de aquellos de mis hombres que han sufrido o deberán sufrir

amputaciones.

—Contad con que procuraré que reciban una buena pensión, y tengo medios para hacerme oír en todas partes. De todos modos y por todas las facciones.

—Perfecto.

Gréville se puso a jugar con su copa de champán, haciéndola rodar entre sus palmas, sin ni siquiera darse cuenta.

—¿Regresaréis, tras esa guerra, a vuestro país sin nombre?

—Algún día tendrá nombre, se habla ya de independencia en Guatemala de Santiago, que cuenta con universidad desde 1678. Por lo demás, podría llamarse Guatemala.

—Guatemala de Santiago... —repitió Gréville, soñador.

—Estamos muy lejos. Un paso secreto, muy oculto en la embocadura de un río que desemboca en el mar Caribe.

—No habéis respondido: ¿viviréis allí?

—Me vi privado tanto tiempo, y tan injustamente, de Francia... Ver de nuevo este país, al que amo, mi castillo... —Se volvió hacia Victoire—: Su Torre de las Damiselas.

Bajo la mesa, Victoire tomó su mano y la estrechó con fuerza, lo que (dicho sea entre paréntesis), no escapó a Gréville ni a Hyppolite.

—Bajo la República —prosiguió Valencey de Adana—, en paz por fin, viviré en Francia pero no me prohibiré regresar allí para ver a aquellos de mis hombres que se han instalado. Por cierto, Gréville, me quedo para diferentes proyectos la hermosa corbeta que tomé a los ingleses.

—¡Vos, una corbeta!

El teniente Hyppolite miró divertido a Valencey de Adana, que le dirigió un ademán de asentimiento.

—Con la corbeta —explicó entonces sonriendo el oficial de granaderos a Gréville—, tomaremos sin disparar un solo tiro una fragata. Con la fragata, tomaremos si lo deseamos un dos puentes y, con éste, un navío más grande aún. Nuestros... nuestros proveedores ingleses están acostumbrados, somos un cliente fiel.

Valencey de Adana protestó por pura formalidad, aunque sólo por el tonelaje:

—¿Un tres puentes? Me sorprendéis, teniente, esos elefantes marinos son muy aburridos...

—General, he tenido un sueño... —se animó Hyppolite—. Tomábamos un tres puentes y lo hundíamos, nosotros mismos, en la desembocadura del Támesis. ¡Mierda para Inglaterra, general!...

Serio de pronto, Valencey pareció reflexionar un instante.

—Ah, no me tentéis, teniente —repuso al fin.

Poco después, hablaron de Vendée, donde la situación no evolucionaba, como explicó Gréville.

—Blacfort no se arriesga del lado de Campagne-Ampillac, evitando siempre las

tropas de marina. Según uno de nuestros informadores, dirige largos discursos a sus bandidos y ha llevado a cabo tres brillantes salidas.

—No exageremos, Gréville, el pobre Nicolas no es, a fin de cuentas, Alcibíades.

—Sonrieron y Valencey de Adana prosiguió—: ¿Qué objeto tenían esas salidas?

—Dos a título militar: avituallamiento y armas tomadas de los jóvenes soldados. Sin duda ha comprendido que nuestro dispositivo es más débil al sur; aunque, ¿adónde le llevaría abrir una brecha al sur?... Se perdería en tierra hostil. Permanece pues a cubierto en aquel inmenso bosque, se acurruca allí y se fortifica. Conoce el punto de vista de Saint-Just: el máximo de hombres posible en las fronteras y el mínimo en Vendée.

—¿Habéis mencionado tres salidas? —intervino Victoire.

Inconscientemente, Gréville, molesto, bajó la voz hasta que se convirtió en un susurro:

—Hizo que raptaran a una niña, ya conocéis sus gustos. Pero también, y esto es nuevo, a un muchachito. Hijos de republicanos.

—¿Y todos esos bandidos de Vendée, esos hijos de cura que no se pierden una misa, lo aceptan? —preguntó Valencey de Adana con vehemencia.

—Miran a otra parte sin comprenderlo, tanto menos cuanto Blacfort tiene una hermosa amante. Perdió a dos de sus asesinos en el asunto y una de sus dos putas ha sido raptada por los indios bravos.

—¡Caramba, una buena noticia!... —exclamó Valencey de Adana.

Gréville vaciló y, luego, medio entristecido, medio divertido, añadió:

—Otra noticia aún, referente a las «columnas infernales». En una aldea cercana, las mujeres de los bandidos se habían acostumbrado a acosar a una compañía de dragones de Turreau, diciendo a coro, en tono quejumbroso: «¡Nuestros curas, devolvednos a nuestros curas!...». Los dragones, hastiados, les tomaron la palabra y, en cuanto soltaron el acostumbrado: «Nuestros curas, devolvednos a nuestros buenos curas», les respondieron: «Ahí van, ciudadanas, vuestros “buenos” curas pero, para hacer cómodo el transporte, van en piezas sueltas», y les entregaron cuatro cajas con dos curas despedazados.

Valencey de Adana se encogió de hombros.

—No es muy glorioso, pero los curas refractarios habían tomado partido; los niños, no.

—Eso es, precisamente, lo que me respondió vuestro amigo Mahé.

—¿Quién vive?... —gritó una voz en un bosquecillo.

—¡El hasta entonces Vercingetorix! —respondió Valencey de Adana de buen humor ante la idea de volver a ver a Mahé y sus hombres.

—¡A las armas! —aulló la voz sin el menor deje de buen humor.

—Idiota, ¿no reconoces ya a tu general?

Apareció un soldado muy joven, que se excusó, pero nada tuvo que explicar a sus compañeros que habían acudido, de inmediato, empuñando las armas: todos aclamaron a Valencey de Adana, su general, el comandante de la 123.^a media brigada «Libertad, querida Libertad».

Era un hermoso atardecer de junio que concluía entre rojos, declinaciones del azul y, finalmente, un verde sostenido a causa de las lluvias de primavera.

La noticia del regreso del general, de su esposa y del teniente Hyppolite se extendió por el campamento, erizado de defensas, de la 123.^a. Se propagó a la velocidad del viento y enseguida apareció Mahé, con la camisa arremangada y el sable golpeándole las botas. Ambos amigos se arrojaron el uno en brazos del otro y, luego, tras una señal del general, Victoire se unió a ellos.

Por fin, sonriente, Valencey de Adana descubrió a John O'Shea y le abrió los brazos:

—¡Estoy contento, muy contento de verte, condenado yanqui!... Ay, te hemos echado en falta.

Valencey de Adana habló, uno a uno, con sus oficiales y soldados, teniendo los más veteranos derecho a un abrazo.

Nunca habían visto a Valencey de Adana tan cercano, tan familiar. Todos imaginaban la inmensa pesadumbre que sentía su jefe, aunque jamás pronunciase el nombre de *La Terpsichore* y los más sensibles sospecharon que depositaba en sus hombres parte de lo que sentía por la fragata, pues ésta suponía para él mucho más que un navío, por muy excepcional que éste fuese. Algunos, pocos, pensaron que todos ellos se hallaban en la posición de unos hombres que hubieran compartido la misma amante desaparecida, que no se cansaban de hablar de la muerte y a quienes aquella pasión común, rival y exclusiva antaño, amalgamaba, hoy, como un cemento indestructible.

Todo aquello les llevó hasta muy tarde y cenaron en plena noche, al aire libre, alrededor de un fuego aromatizado. Allí estaba reunido el último grupo de supervivientes del comienzo: Valencey de Adana, Victoire, Mahé, O'Shea e Hyppolite.

Al general le agradó recuperar la frugalidad de los tiempos de guerra: una sopa de

puerros y patatas en la que flotaban algunos pedazos de carne, pan de centeno y un trozo de queso.

Sin embargo, aquello no era realmente frugalidad pues Gréville, anticipándose — ¡y era el único!— al regreso del general tras el combate naval, hacía tiempo que había hecho llegar cuatro carros atestados de champán: un regalo involuntario y post mórtem, sin duda, de los detestables pero riquísimos recaudadores de impuestos, difuntos que eran famosos por la calidad de sus bodegas.

La distribución se amplió a la 123.^a por entero, que, en plena euforia, eligió a *La Fayette* como mascota, y un artista llegó hasta a dibujar la cabeza del pequeño bulldog en una banderola virgen que se convirtió, de inmediato, en la de una compañía de tiradores.

Valencey de Adana traía la prensa de París y uno de los titulares tuvo un gran éxito: «Los monárquicos son la malvada y abigarrada liga de los curas, los blasones y las cajas-fuertes».

—He observado, con el rabillo del ojo, los trabajos de fortificación del campamento: absolutamente notables, Mahé. Pero ¿temes que hagan una incursión para atacarnos?

—Han tanteado nuestras defensas y nuestra vigilancia, enviando patrullas, pero ante los mayas y los bravos, no tenían posibilidad alguna. A falta de sorpresa, no descarto un ataque con todas las de la ley.

—¿Y nosotros? ¿Sólo hemos desarrollado actividad de patrulla?

—Oh, mucho más. —Mahé sonrió—. Nuestros indios son invencibles en el bosque, mientras que, los de enfrente, han confiado el papel de exploradores y de vigilancia a los chuanes, más bien dotados que los vendeanos, pero la imitación de un autillo por parte de esos bandidos no engañó por mucho tiempo a los nuestros. Hay que conocer a los chuanes, son distintos. Bandera blanca con los lises y el Sagrado-Corazón, oficiales con escarapela y fajín de seda blanca. En la escarapela, dos lazos adornados con flores de lis bordadas en plata donde se lee «Jesús» y «María», una cruz de plomo en medio de la escarapela. En el sombrero, penacho y cintas blancas. Reconozco que los matices se advierten mejor al inclinarse sobre sus cadáveres... En un aspecto son más peligrosos que los vendeanos: durante el día, se ocultan en subterráneos excavados en los calveros. A veces, también, al otro lado de un foso por el que corre un arroyuelo, lo que consigue engañar a los perros de las «columnas infernales». Entre nosotros, reconozco que saben hacer muy bien la guerra.

—Observémoslos, entonces.

—Algo más. Sin duda recuerdas a Saint-Eulay, aquel oficial republicano introducido entre los bandidos de la Vendée, donde se encarga de los efectivos. Pues él y los mayas acordaron un determinado árbol con un hueco, en la base, cubierto de hojas y de musgo. Un maya vigila constantemente ese árbol: así podemos estar seguros de enterarnos de antemano de los proyectos de Blacfort.

—Porque ¿es capaz de proyectar algo?... —intervino Victoire con ironía.

Sonrieron y Mahé prosiguió:

—Ni siquiera les acosamos. En cambio, he dado a los indios la orden de terminar con los guardias de corps de Blacfort, pues son unos tipos furiosos, unas bestias salvajes.

—¿Cómo los reconocen?... —preguntó Hyppolite sirviéndose otra copa de champán.

—La verdad es que no parecen combatientes —respondió esta vez O’Shea—, con sus sombríos vestidos de civil. Bordar un Sagrado Corazón y un escapulario no basta. Cuando los indios se percataron, respondieron a las mil maravillas a nuestra petición. Demasiado bien, incluso.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Victoire.

—Bueno, los mayas querían traer los cuerpos de los tres que mataron, pero los bravos no eran partidarios de molestarse tanto, así que simplemente les cortaron las cabezas y las trajeron..., a la hora de cenar. Sin embargo, no reconocimos a aquellas tres cabezas.

—Uf, eran unas feas jetas... —prosiguió Mahé—. Para identificarlas, se nos ocurrió entonces raptar a uno... o a una de ellas. Es una belleza, afirma llamarse Marie Arremangada.

—Si va tan arremangada, no me interesa... —advirtió Hyppolite, melancólico.

—Es una puta, una de las dos putas de esos asesinos, —dijo O’Shea, que de pronto pareció nervioso— pero, antes había sido una muchacha como las demás, violada y víctima lamentablemente. Nos equivocamos con ella. Es tan hermosa, tan joven, y esa especie de inocencia que trasluce nos pareció perversión... Pero un prisionero vendeano nos aseguró que nunca participaba en aquellos horrores y que, en aquellos casos, se retiraba.

—Parece haberte impresionado mucho, John... —observó el general.

—La pobre... —prosiguió éste, ruborizándose—. Esos innobles asesinos la llamaban «el mueble del placer»... De cualquier modo, reconoció las tres cabezas como pertenecientes a los guardias de corps de Blacfort: el Gordo de Beauce, Germain, llamado *Rubiales*, y Pétion, llamado *Moja-pan*.

—¡La vieja nobleza, en suma!... —se divirtió Victoire.

—¿Y dejando aparte esos florones del Gotha^[23]? —preguntó Joachim.

—Lamentablemente, sólo hemos eliminado a los menos despiertos, los que quedan son más peligrosos: Gorro-encerado, Simon, llamado *Dulzura*, y Lefèvre, llamado *Dale-con-gusto*... La puta que queda, Marie Trois Tours, llamada *la Picada*, es tan temible como un hombre.

Valencey de Adana no pudo reír a carcajadas:

—Imagino al pobre Nicolas vestido con uniforme de gala de general vendeano organizando veladas poéticas con esos desarrapados. Le veo, disimulando su naturaleza atrabiliaria y declamando, con aire envarado, tonterías que deben provocar los bostezos entre ese público de asesinos y de putas. Pero siempre tenemos lo que

merecemos. ¿Y respecto a las cabezas?

—Los agentes de la policía secreta de Gréville —repuso Mahé, sonriente—, pues aquí hay, por lo menos, doce permanentemente, las pusieron en líquido conservante y uno de ellos se las ha llevado a París; ¡imagino qué éxito en las posadas y las postas! ... Los mayas nos trajeron también un prisionero inglés que ha confesado pertenecer a esa operación, ya sabes: cuatro bajeles cargados de lobos desembarcados, por la noche, en Normandía para diezmar los rebaños y hambrear al pueblo. No es muy bonito. Lo matamos cuando intentó evadirse, aunque realmente no... investigué. Vosotros combatíais contra los ingleses, aquí todos estaban muy nerviosos...

—Comprendo.

O'Shea e Hyppolite, muy poco comedidos con el champán, a lo que se añadía la hora tardía, dormitaban a medias. A una discreta seña de Mahé, Victoire y el general se alejaron unos pasos con él, mientras explicaba, con expresión grave:

—Tengo que mostraros algo más, el verdadero rostro de los soldados de Cristo-Rey.

Entonces, se dirigieron, saludados por los centinelas, hasta la enfermería, dos grandes tiendas donde también se había instalado un puesto de cirugía.

El hombre de guardia saludó y, luego, les recibió un cirujano de barba gris.

—¡Muéstranos a los dos... desorejados, ciudadano!... —ordenó Mahé.

Despertaron a dos jóvenes soldados. Le quitaron las vendas a uno de ellos, pues el otro comenzaba a cicatrizar. Sonreían amablemente, sus semblantes eran juveniles y agradables, pero a ambos les habían cortado las orejas.

—¿Blacfort?... —preguntó Valencey de Adana.

—Eso es cosa suya.

Al oír el nombre de Blacfort, uno de los jóvenes soldados comenzó a temblar. Mahé le tendió una botella al cirujano.

—Bébela con ellos.

Salieron y Mahé avisó a media voz:

—Lo que vais a ver ahora, es otra cosa.

Condujo a Victoire y Joachim hasta el establo de los caballos. Se había construido un cobertizo donde había paja fresca.

—¿Está aquí? —interrogó Mahé al centinela.

—Al fondo, ciudadano coronel.

—¿Duerme?

—Por desgracia, no. El ruido de sus mandíbulas... ¿Por qué no lo mataron?

—No hubieran obtenido placer —repuso Mahé, esbozando una mueca de asco.

Se acercaron. De espaldas, reconocieron a un soldado que llevaba el uniforme de la línea^[24], como los dos precedentes. Luego, el hombre se volvió y provocó un respingo de sorpresa en Valencey de Adana; Victoire, por su parte, se estremeció.

Muy joven también, muy rubio, llevaba un ronzal y masticaba heno, con aire huraño.

—Todos pertenecían a una compañía de Lille —explicó Mahé llevándose aparte a sus amigos—. Reclutas, dieciocho años. Se perdieron entre los de Blacfort. Los oficiales fueron despanzurrados, y uno crucificado. En la tropa, mataron a uno, a otros les cortaron las orejas, les reventaron los ojos o ambas cosas a la vez. A algunos les hundieron una rama en el recto, muy profundamente, y los dejaron marchar así, tambaleantes de dolor. Éste, que aúlla cuando se pretende quitarle el ronزال, se vio obligado a pisotear con sus camaradas, primero, la escarapela tricolor, pues negarse suponía la ejecución. Doce llevaron collares de ortigas que eran cambiados cada dos horas. Si, enloquecidos por el dolor, los tocaban, se les ejecutaba en el acto. Sólo cuatro resistieron así dos días. Luego, los ataron juntos con un ronزال obligándoles, so pena de muerte, a comer heno. Por fin nos mandaron a éste, que había enloquecido.

—La República no debería enviar a estas guerras de irregulares —afirmó Victoire a media voz— a soldados tan jóvenes, sin experiencia, que son testigos de los peores horrores mientras sus verdugos cantan canciones.

—Hay que matar a Blacfort, y pronto —concluyó Valencey de Adana con serenidad.

Victoire negó lentamente con la cabeza.

—Llegado a donde ha llegado, sería hacerle un favor. A través de todos estos horrores, tal vez sea eso lo que nos está pidiendo...

Mahé y Valencey de Adana intercambiaron una larga mirada: aquella idea comenzaba a imponerse.

La noche palidecía por el este, apuntaba el alba.

Victoire, alegando que estaba cansada, dejó solos a ambos amigos, pero en verdad pareció que prefería no molestar a Valencey de Adana, que iba a contar, inevitablemente, el final de *La Terpsichore* al único que la vio esbozada en un papel, al único que vio cómo cobraba forma en los astilleros de Paimboeuf y discutió sus aparejos.

Ambos estaban sentados junto a un pequeño arroyo que fluía entre las rocas. Habían llegado a la cuarentena, vestían uniforme, de general el uno, de coronel el otro, pero aquello se parecía mucho a sus conversaciones de chiquillos, la misma seriedad interrumpida por las risas, el mismo respeto hacia el otro, la misma atención.

Valencey habló durante horas, explicando sus opciones tácticas, bastante limitadas por lo demás.

—Bueno, señor hermano mío, ya lo sabes todo —concluyó volviéndose hacia Mahé.

—Y todo está bien, Joachim. Murió para abrir paso a ciento cincuenta grandes navíos atestados de trigo y alimentos, para evitar que decenas de miles de mujeres, niños y hombres murieran de hambre. Es una hermosa muerte, todos nuestros valores están ahí: el honor, la fidelidad a nuestras ideas, el respeto a la palabra dada, el deber del fuerte hacia el débil. Por lo que se refiere a las operaciones, demostraste una gran habilidad en el combate con el tres puentes y el dos puentes. Y, más que todo, fue magnífico que la llevaras a Brest por el honor, pero que no la entregaras a la demolición. Sin embargo, siempre lamentaré no haber asistido a sus últimos instantes...

Valencey de Adana se encogió de hombros.

—Podría decirse que estamos acostumbrados a hechos similares. Yo no estaba allí cuando mi... nuestro padre se arrojó o fue arrojado desde la Torre de las Damiselas para escapar de Blacfort.

—Es cierto... Joachim, tal vez hacemos demasiadas cosas.

—Tienes razón. Pero ¿quién haría, sino, estas cosas?

Al delicioso y saltarín rumor del agua del arroyo al caer sobre las pies se añadía, más singular, el de un lejano pero persistente tiro de artillería.

Intrigado, Mahé se volvió y descubrió a *La Fayette*, durmiendo como un tronco.

—¿Qué es esta herida?

—Una astilla en el lomo. Una herida limpia. Ya está curada, pero Victoire está tan orgullosa de que fuese herido en combate por los ingleses...

Mahé tomó a *La Fayette* en sus brazos, lo que no gustó al animal, y lo levantó

mientras el pequeño bulldog alzaba de mala gana uno de los párpados sobre un ojo oscuro con venillas rojas.

—Sigue roncando pero ya no se tira pedos: es singular —advirtió Mahé—. Aunque, en realidad, ese progreso hace más agradable su trato.

—Ello se debe a la intervención de Victoire: mezcla ensalada con su sopa.

—¿Y la acepta?

—Acepta cuanto procede de Victoire desde que, a golpes de sombrilla, puso en fuga a aquellos horribles gatos que querían atacarle a traición. Acepta que le bañen y ya no hiede, aunque sospecho que añora su fuerte hedor. Acepta la ensalada, come fruta y no se rebela contra la cinta tricolor que lleva al cuello. Deja que le cepillen... Me pregunto si no es ya más el perro de Victoire que el mío.

Mahé sonrió.

—Decididamente, los *La Fayette*^[25] llevan la traición en la sangre.

Rieron a carcajadas mientras el bulldog, tal vez ofendido, trotaba hacia la tienda de su dueña.

—Estás aquí desde hace más tiempo que yo —señaló Valencey de Adana cambiando de tema—. Les has observado, conoces sus debilidades: ¿tienes un plan?

—En efecto, pero ¿te convencerá?

—Espera, ante todo: ¿te convence a ti?

—Absolutamente. Es audaz pero realizable.

—Entonces es un buen plan. Pero no olvides que eran casi tres mil seiscientos. Pusimos fuera de combate a menos de quinientos en nuestro primer enfrentamiento. Nosotros éramos setecientos catorce, un centenar murieron en el mar, veinte están heridos graves. Es una relación de más de cinco contra uno, ¿lo tienes en cuenta?

—Mi plan resiste las nuevas cifras.

—Perfecto. Tampoco ignoras que no podemos contar con los regimientos de línea que nos flanquean: tropas escasas, falta de experiencia, soldados demasiado jóvenes, oficiales traídos de los almacenes y cuarteles de retaguardia. Todas las tropas de élite convergen hacia el norte, no hemos dejado de cruzarnos con regimientos y convoyes que suben hacia Bélgica, donde se prepara una gran contienda. Aquí es como si estuviéramos solos.

—He elaborado mi plan de batalla teniendo en cuenta esta situación pues, sin saber lo que acabas de decirme, ya me había percatado de que la línea no iba a serme de gran ayuda...

—¡Te escucho!

—¿Recuerdas, en nuestros libros de historia, aquel general que era, ah, romano o persa o cartaginés...? En cualquier caso, tuve una idea...

Siguió hablando así durante una hora, sin que Valencey de Adana le interrumpiese una sola vez. Por fin, tras un silencio durante el que el general pareció sumido en sus reflexiones, Mahé, dominado por el nerviosismo, preguntó:

—Bueno, Joachim, ¿qué te parece?

—Es un plan magnífico —dijo excitado—. ¿Han fijado los indios el itinerario?

—Es muy complicado, pero nos guiarían con los ojos cerrados.

—Las fases sucesivas se encadenan a la perfección, Mahé. Es cierto que especulas con dos cosas que no son en absoluto seguras: que Blacfort ceda ante su desmesurado orgullo y que la apuesta no parezca muy arriesgada; la otra es que necesitamos absolutamente una tempestad.

—El tiempo es bochornoso, Joachim. Tiemblo incluso ante la idea de que la tempestad llegue antes que los supervivientes de *La Terpsichore*.

—No temas nada, estarán aquí dentro de unas horas.

Se mantuvieron el silencio durante varios minutos y, al final, Mahé, incómodo, preguntó:

—¿Qué harás si capturamos vivo a Nicolas?... Fingió ser nuestro amigo pero no puedo creer que nunca le haya habitado la sinceridad, ni siquiera fugazmente. Juraría haberle visto reír, con nosotros, de buena gana y sin segundas intenciones.

Valencey de Adana se encogió de hombros.

—¿Crees, acaso, que no lo pienso?... Es una bestia, un loco de rara crueldad... Fue también, y eso lo comprendo mejor conforme voy envejeciendo, un niño desgraciado, devorado por los celos, constantemente humillado aunque inventase vejámenes que nunca existieron. Ese estado tuvo que hacerle sufrir de manera terrible. Sin embargo... sin embargo, si le capturáramos vivo le pondría ante un tribunal militar para que fuese juzgado.

—Le fusilarán.

—Pediré a O'Shea que presida los debates: moralmente, ni tú ni yo podemos cumplir esa función aunque, cuidado, nada de cobardía, tendremos que estar allí.

—Espero que no lo capturemos vivo. Por innoble e inhumano que sea, conservo en mi memoria el niño que fue.

—Mahé, esos pensamientos debilitan nuestra resolución y desarman la justicia: si es juzgado, lo será equitativamente, sin parcialidad.

Mahé esbozó una vaga sonrisa.

—Un tribunal presidido por un americano, él vería en ello el mayor cinismo por nuestra parte...

Valencey de Adana negó con la cabeza.

—Pero bueno, Mahé, ¿de qué estamos hablando a fin de cuentas?... ¿Juzgarle?... Primero sería necesario capturarlo, y ahí están los datos, que no nos son favorables. Combatimos en desventaja de uno contra cinco. Por sí solos, los chuanes nos igualan en número y son su tropa de élite. Esas especulaciones son como mear con viento contrario... ¿Has pensado en que podemos..., que lo más seguro es que seamos derrotados, vencidos?

—Lo sé. Y cualquier recién llegado diría que es lo más probable. Y si él nos captura a ti y a mí, vivos, heridos o por sorpresa, nuestra muerte tardará en llegar y será de las más atroces.

Apareció una ardilla. Valencey de Adana, que adoraba a los animales, agitó ambas manos con mucha gracia, como si enseñara unas marionetas. La ardilla inclinó la cabeza, interesada. La mano derecha, audaz, se inclinó sobre la izquierda que fingió largarse como si dijera: «No soy lo que vos creéis». Desesperada ante esa incompreensión, la diestra se arrodilló, suplicante. La izquierda, enternecida, regresó y se aproximó a pasitos, igual que la ardilla, fascinada.

—¿Qué edad tiene, general?... —preguntó Mahé, muy indulgente.

—Oh, de vez en cuando soy mayor, un caballero de diez o doce años... Caramba, una taza de chocolate con leche de cabra y jarabe de horchata no me disgustaría ahora.

—Pues estás de suerte: mandé comprar tres cabras en tu ausencia. A precio de vendeano, lo que pone la cabra en una cotización muy alta.

El sol se levantaba. Ambos pensaron en los miles de salidas de sol a que habían asistido desde la cubierta de *La Terpsichore*. Su juventud, parte de su entusiasmo y sus ilusiones, se encontraban ahora a sus espaldas. Adivinaban que nunca se acabaría el luto por la fabulosa fragata.

—¿Cómo estaba Gréville?... —preguntó Mahé para disipar una naciente melancolía que le oprimía el corazón y le lastimaba el alma.

—Muy amable. Nos quiere. A todos. Es fascinante, ¿sabes?... Erudito, inteligente, divertido. General de policía, es también general de la guardia nacional, lo que le irrita mucho.

—¿Sigue sin tener hogar?

—Su hogar es la República. Estuvimos en un ventorrillo a orillas del Sena, me habló de su situación. Está preocupado: un viento detestable sopla en el país.

—Pero Gréville es jacobino y de la Montaña^[26].

—Precisamente: desconfía de la ley sobre el máximo que bloquea los precios de los géneros básicos, que se habían decuplicado. No es muy popular. Los *sans-culottes* se apartan del gobierno desde la ejecución de Hébert. Los enemigos de Robespierre le desacreditan multiplicando arrestos y ejecuciones. Van a ridiculizar la «fiesta del Ser supremo» que se celebrará en el Campo de Marte el 20 de prairial, es decir, el ocho de junio. En fin, Robespierre va a presentar un texto que reforma el Tribunal revolucionario: no habrá ya defensores para los acusados. Saint-Just llama a esto «el Gran Terror».

—¡Pero eso va contra nuestras ideas!... —se indignó Mahé—. Eso supone ejecutar sin juicio a los sospechosos. Además, puede volverse contra el propio Robespierre.

Valencey de Adana se levantó, imitado por su amigo, al que tomó de los hombros.

—Mahé, pensemos sólo en lo que debemos hacer aquí pues no tenemos influencia en los acontecimientos de París.

Llegaron ante una especie de prisión al aire libre, hecha de barrotes de madera y cuyo tejado, cerrado con una tela de tienda, protegía de eventuales lluvias.

Una muchacha muy bonita se levantó de inmediato.

—¡Marie Arremangada...! La traje aquí con los ojos vendados... —susurró Mahé a Joachim.

La muchacha mezclaba unas gracias adolescentes con un aspecto de perro fiel cuya causa era su estado de puta, al que fue arrojada por los asesinos de Blacfort, tal vez a su pesar.

—Eres el general, ¿no es cierto?... Libérame, por favor.

Hermosa voz, dulce como una caricia.

—La prisión —se justificó Mahé—. La causa principal es que turba a nuestros hombres, aunque se comporten muy bien. He prohibido que se acerquen a ella. No... No somos como la gente de Blacfort, que sólo querían... sólo querían...

—¡Querían esto!... —dijo ella con violencia y una especie de provocadora desesperación, abriendo su camisa bordada y mostrando los más hermosos pechos que nunca habían visto.

—Cúbrete, ciudadana, por el pecho llega la muerte —ordenó Valencey de Adana con frialdad.

—¿Qué me importa la muerte?

—No hables así. No naciste puta, no quisiste serlo puesto que te obligaron. Serás otra mujer en otro lugar y, ¿quién sabe?, tal vez seas feliz.

Ella se deshizo en lágrimas.

—¿Por qué estropearle así la vida, Mahé? —preguntó a Mahé Valencey de Adana, visiblemente molesto—. Le vendaste los ojos para traerla aquí, libérala pues.

—O'Shea no me lo perdonará... —repuso Mahé sonriendo.

Marie Arremangada dudaba en seguir adelante.

Hacía dos días y dos noches que se alojaba en aquella posada aislada, que tenía la ventaja de encontrarse sólo a tres kilómetros de las primeras posiciones de la 123.^a media brigada «Libertad, querida Libertad».

Por orden del general, la habían liberado dándole algunas monedas y asignados, sin exigirle contrapartida, sin abusar de su hermoso cuerpo, delicadeza que le resultaba muy nueva y, por ello, no conseguía alejarse. Además, también le retenían aquellas palabras del coronel Campagne-Ampillac refiriéndose al americano, al comodoro John O’Shea: «No me lo perdonará...». ¿Era posible cuando, precisamente, entre todos ellos, aquél era el único que la turbaba?

Le habría gustado regresar al campamento, pero ¿con qué pretexto?... Aquí, el posadero, un hombre que no había tocado el jabón desde hacía muchos años, la acosaba, la rozaba sin cesar.

Desde la ventana de su pequeña habitación, contempló la luna con aire soñador. El astro muerto se levantaba sobre una noche demasiado cálida, de un azul casi violeta. El aire olía a primavera y al aroma nuevo y denso de las lilas cercanas al pozo. La tormenta no se haría esperar. Oh, aquellos olores: el corazón, aun envilecido y mancillado, se estremecía a causa de tan tiernos asaltos.

Todo tenía sentido, desde aquella nueva sensibilidad a la dulzura de la noche hasta aquel riesgo enloquecido que suponía su presencia allí cuando había traicionado a Blacfort y a los suyos.

Pero ni siquiera el terror que le inspiraban sus antiguos compañeros y carceleros podía obligarla a alejarse. Sí, amaba, y era la primera vez. Y no dudaba ya de ser correspondida. ¡Un americano!... Era tan inesperado, tan imposible, sin duda tanto como un habitante de la luna.

¿Y si la felicidad no fuera sólo una palabra destinada a los poetas?

* * *

Valencey de Adana, a medio vestir, escuchó el informe de *Diego Quetzalcóatl*. O’Shea y Mahé llegaron poco después, el americano con el torso desnudo.

—¿Qué pasa?... —preguntó Mahé, viendo pensativo a Joachim.

—Han sido informados de la presencia de Marie Arremangada en la posada y, naturalmente, Blacfort quiere vengarse —respondió éste con aire preocupado—. Ha enviado a veinte de sus chuanes para capturarla. Quiere cortarle los pechos a la

muchacha y hundirle un hierro al rojo donde ya imagináis. Los chuanes no parecen muy encantados, pero no se oponen.

—¡No podemos permitirselo!... —soltó O'Shea, lívido de pronto.

—¡Será fácil cortarles el camino de regreso!... —aseguró Mahé.

—¿Y demostrarles que estamos enterados de cada uno de sus desplazamientos? —preguntó Valencey de Adana—. El plan de Mahé es notable, pero sólo funciona si los bandidos de la Vendée no nos estiman en nuestro verdadero valor. Hay que adormecer su desconfianza y que nos pillen en falta. Comenzando por esta noche, en la que tenemos otros objetivos.

Mahé pareció decepcionado.

—Si no nos movemos, condenamos a muerte a la muchacha.

Perplejo, Valencey de Adana miró, sucesivamente, a Mahé y a O'Shea.

* * *

Golpearon a culatazos la puerta de la posada.

Marie dio un respingo. El posadero, servil, corrió a abrir y se encontró frente a unos fornidos chuanes:

—¡La moza!

—¡Arriba!

Enseguida capturaron a Marie Arremangada, que sólo vestía el ligero camisón que usaba para dormir.

El oficial chuán, maravillado, gruñó:

—Que nadie la toque o se las verá con el general-conde de Blacfort.

Pero, durante el camino que conducía al bosque, procuró arreglárselas para ir tras ella a fin de reservarse el espectáculo de sus nalgas en movimiento al andar.

* * *

Blacfort se contuvo y no abofeteó al oficial chuán, pues temía que todos se le echaran encima.

Acababa de estallar la tormenta, los truenos rugían como cañonazos, los relámpagos iluminaban como en pleno día. Grandes gotas chorreaban de los uniformes.

—No puedo creerlo, será más bien que os esperaban.

El oficial negó con la cabeza.

—Imposible. Era una patrulla de diez hombres. En caso de emboscada, habrían sido más. Parecían tan sorprendidos como nosotros al encontrarnos, pero el americano rabiaba por liberar a la puta.

—¿Y por qué os han vencido?

—Son militares, avanzan con el fusil cargado y lo tienen a mano. Todos hicieron blanco. Desenvainaron luego sus cortos sables, como para cortar caña de azúcar. Si a esto se añade sus grandes gorros de pelaje y al hecho de que sean negros, con un capitán negro y aquel coronel americano... mis hombres son campesinos bretones, nunca han visto negros, han creído habérselas con diablos: han huido y, algunos, todavía corren hacia Bretaña.

Blacfort se percató de que era inútil insistir, así que dio por lo tanto orden de descansar.

Mañana decidiría.

* * *

Casi tres mil hombres se sobresaltaron antes de entregarse al pánico, tan imposible parecía lo que ocurría: ¡les cañoneaban!

Los oficiales reconocieron el sonido y la cadencia de tiro rápido del cañón inventado por el general-ingeniero e inspector de artillería Vaquette de Gribeauval. Un cañón que se había convertido en el terror de los campos de batalla, tres veces más rápido que todos los modelos existentes y que convertía la artillería francesa en la mejor del mundo.

Sin embargo, lo que dejaba estupefactos a los vendeanos era que el bosque resultaba impenetrable para los cañones. Era imposible admitir que hubieran podido trasladarse hasta allí, silenciosamente, piezas de artillería.

Los vendeanos retrocedieron de manera instintiva hacia su fortín, burda imitación de las instalaciones del campamento de la 123.^a, pues los campesinos no podía rivalizar con los carpinteros y tablajeros de marina.

La artillería republicana, unas veinte piezas, atacó las afueras de la plaza pero, sin duda entorpecidos por los árboles, la tormenta y una espantosa lluvia, los hombres sólo lograron dañar levemente el edificio.

Blacfort consideró que su ángulo de tiro, demasiado a la izquierda, condenaba a los artilleros a disparar sólo sobre un grupo de tiendas, siempre el mismo, sin poder corregir la trayectoria y alcanzar su objetivo, el fortín. A pesar de los daños sufridos, se alegró de ello mascullando:

¡Eso es, Joachim, no siempre se hace lo que se quiere!

El tiro cesó de pronto.

* * *

Los marinos estaban pasándolo mal. Con el viento y la tormenta, incluso siendo diez por cañón, la tarea parecía inhumana. No sabían ya si el rostro chorreaba lluvia o sudor. Los uniformes de paño azul marino se volvían pesados, los tricornos

chorreaban como canalones. Los relámpagos iluminaban a intervalos unos rostros contraídos, unos rasgos tensos por el esfuerzo y cierto espanto en las miradas: entre los marinos que disparaban retirándose, empujando los cañones, y los tres mil vendeanos no había más que una débil retaguardia combatiente. Si acababan con ella, los artilleros serían crucificados en sus piezas sin tener siquiera el tiempo de clavarlas.

Por fortuna, todos guardaban en la memoria el trayecto de la ida, pero entonces las cosas habían parecido más sencillas. Se habían aproximado lenta y silenciosamente, ningún miedo los había atenazado, habían visto los árboles marcados con una cruz blanca y, de vez en cuando, un maya o un bravo les había indicado con una seña la dirección. El regreso, por el contrario, se efectuaba a toda prisa, sin pánico, es cierto, pero con gran urgencia en el momento en que los cañones, a causa de la fatiga, parecían pesar más. A los diversos miedos se añadía el temor a perderse: existía un camino verdadero, zigzagueando diestramente por la vegetación y la masa de árboles del bosque, y aunque a veces lo conseguirían por los pelos, con las ruedas rozando los troncos, a fin de cuentas podían pasar.

Artilleros y hombres de escolta depositaban todas sus esperanzas en la retaguardia.

* * *

—¡Que se joda la nación!... ¡Que se joda la República!... ¡Por Cristo y por el rey, adelante!

Enardecidos por la orden de Blacfort, una primera oleada de quinientos hombres se lanzó a la luz de las antorchas.

Aquello fue un error fatal: los tiradores de élite de la República eliminaron en pocos minutos a los portadores de antorchas y, luego, a sus sucesores. Los vendeanos parecieron vacilar pero, por detrás, los empujaban.

Avanzaban entrecortadamente. Cada relámpago iluminaba hasta muy lejos, y entonces corrían para reducir la marcha cuando volvían las tinieblas. Y luego, iluminada por un nuevo relámpago, vieron aquella horrenda cosa: indios y granaderos negros, parientes de la noche, llevaban a cabo una matanza en las primeras filas. Volaban las cabezas, hombres con largos cabellos negros y uniformes grises levantaban hacia un cielo de hollín los cuchillos de piedra chorreando sangre que remitían al terror de unas edades previas a la Historia.

Huyeron. Huyeron aterrorizados sin ser capaces de escuchar el sonido del silbato de marina, bitonal: chorreando lluvia, con el sable en la mano, Victoire a su izquierda y Mahé a su derecha, el general llamaba a la retaguardia.

O'Shea, secundado por Hyppolite, ascendido a capitán aquella misma mañana, hacía que apresuraran el movimiento.

—¿Qué pasa?... —preguntó Mahé.

Valencey de Adana, con mirada inexpresiva, respondió:

—Es preciso seguir aguantando. Diez minutos más.

—¡Aguantaremos! —aseguró Victoire.

* * *

Blacfort desgranaba nervioso su rosario en el que unos cráneos de marfil sustituían las cuentas. Al ver retroceder a los suyos, les cerró el paso.

—¡Cobardes!... ¡Dios os mira y os juzga!... Huis ante los regicidas, los que devastan la Vendée, incendian vuestras iglesias y martirizan a vuestros buenos sacerdotes. Huis aunque sólo son un puñado. Vamos, al combate, ¡por Dios y por el rey!

Invirtió la situación pero no obtuvo con ello la adhesión ni suscitó entusiasmo. Los vendeanos volvieron al ataque. Sólo lo que creían su deber los empujó hacia delante, hacia aquel bosque que había sido su refugio y ahora les parecía su tumba...

* * *

—¡Fuego!

Cincuenta republicanos, rodilla en tierra, dispararon y retrocedieron detrás de la hilera a la que, instantes antes, precedían. Y aquella hilera, a su vez, puso rodilla en tierra.

—¡Fuego! —repitió Valencey de Adana, con el sable en una mano y la pistola en la otra.

Eran cien, pues, elegidos exclusivamente entre los veteranos que, en algunos casos, estaban combatiendo desde hacía casi veinte años, y sin interrupción.

Era una retirada, indiscutiblemente, pero en perfecto orden. Disparaban, retrocedían. La segunda hilera disparaba, retrocedía... Las oleadas de vendeanos se estrellaban contra aquel muro móvil.

Valencey había discutido cada detalle de la ofensiva por sorpresa con Mahé y el Estado Mayor. Expuso las líneas generales durante cuarenta minutos, presentó unos planos ennegrecidos por las flechas y unas breves anotaciones sobre los aspectos técnicos de la ofensiva. Adoptadas, recibieron el nombre en código de «batalla de los engaños» puesto que lo era, y magistral, si una vez alcanzados sus objetivos el general lograba devolver sus tropas al campamento fortificado.

La primera impostura, la más arriesgada, consistía en engañar a Blacfort sobre el valor de la 123.^a media brigada. Su postulado era el siguiente: nunca seiscientos hombres podrán dar la impresión de que son la mitad. Pues bien, era precisa una mayor decisión en las opciones: atacar con sólo trescientos hombres, que llevarían a

cabo una doble tarea..., y dejar trescientos en el campamento.

Segunda parte de «la batalla de los engaños»: alcanzar todos los objetivos pero haciendo creer a Blacfort que se trataba de un fracaso a medias: en este punto concreto, las cosas estaban bien encaminadas. Valencey de Adana sabía que, en aquel momento, los cañones estaban llegando al campamento con los artilleros, la escolta, los granaderos y los indios.

Observó a sus veteranos. El tiro, bien agrupado, resultaba devastador. El fusil de 1777 que equipaba a las tropas regulares de los ejércitos franceses poseía, además de su modernidad, una inmensa ventaja sobre las armas de los vendeanos y de los ejércitos extranjeros: un solo fusil, un solo tipo de cartucho. Los demás tenían, a veces, quince modelos distintos y otras tantas variedades de cartuchos.

La última carga de los vendeanos, que fracasó de nuevo, les hizo retroceder. Con el silbato de la marina, Valencey de Adana dio la señal y se dirigieron, a paso de carga, hacia atrás.

Muy pronto divisaron el campo fortificado, sus fosos, sus rastrillos, su muro de gruesos troncos erizado de bayonetas amigas.

Victoire, Mahé y Valencey de Adana fueron los últimos en refugiarse y la puerta estuvo a punto de cerrarse sobre un *La Fayette* mugriento, embarrado, con la mirada llameante de cólera y con un humor de perros.

Siguiéndoles a lo lejos, y con prudencia, los vendeanos se detuvieron en el lindero del bosque. Luego, uno de ellos gritó victoria y todos aullaron de júbilo, convencidos de haber «acompañado» a la media brigada «Libertad, querida Libertad» hasta sus fortificaciones. Creencia que arraigó en sus corazones.

Precisamente en aquella época, un filósofo alemán, Emmanuel Kant, escribía que la creencia es una forma de no-saber.

El azar es a veces muy bromista...

La tormenta se desplazaba hacia el este, la lluvia remitió muy pronto. Un olor a tierra mojada y hojas húmedas se extendía hasta muy lejos, en el exterior del inmenso bosque.

Los dos campamentos, aquella noche, festejaron la victoria con la misma sinceridad, aunque de modo muy distinto.

Entre los vendeanos, se celebró una misa de acción de gracias con la que sus servidores daban gracias a Dios.

Luego recogieron los cadáveres más cercanos, alineándolos uno al lado de otro antes de ir a acostarse, despreocupados, orgullosos de haber servido, a la vez, al pequeño rey Luis XVII, encerrado en el Templo, y a Dios, cuyo silencio era prueba de su aprobación. Ni uno solo recordó las palabras de aquel oficial republicano fusilado poco antes, cerca de Bressuire. Mientras le apuntaban, citó a Voltaire ante todos aquellos hombres de rostros huraños y como atrapados en su estupidez:

—Si Dios nos hizo a su imagen, ¡qué bien se lo hemos pagado!

Recorriendo su campamento, Blacfort saboreaba lo que creía ser un indiscutible triunfo. Sintióse por ello, muy excepcionalmente, indulgente, reconoció a Valencey de Adana y su 123.^a media brigada ciertas cualidades. No subestimaba la hazaña consistente en transportar una veintena de cañones a través de un bosque tan denso. Ni que aquella aproximación hubiera sido de todo punto silenciosa y se hubiera llevado a cabo en penosísimas condiciones, con un tiempo inclemente y empujando a mano los cañones, pues el relincho de un caballo podía traicionarles.

Admitía también la excelente retirada de los azules. Sí, sin duda, se trataba de un estupendo ejercicio, ordenado, preciso y metódico, aptitudes todas ellas que Valencey de Adana dominaba a la perfección.

Pero fuera cual fuese su capacidad, ¡era una retirada!... Nadie podía negarlo. Y quien habla de retirada de un ejército, habla de victoria del otro. Hechos de aquella claridad no se discuten.

Lo único que ensombrecía a Blacfort eran sus bajas, muy elevadas. Pero una cosa es deplorar un pesado balance la noche de una derrota y otra es admitir «cierto coste» en la alegría del triunfo. Y, por lo demás, ¡basta ya de contabilidad!

Se dirigió a su tienda con el corazón sereno y la mandíbula apretada, como corresponde a un vencedor a la romana. Sabía que lo esperaban.

La señora de Juignet-Tallouart, es cierto, pero también otra cosa regalada por Gorro-encerado, que se anunciaba prometedoramente aunque, destinada a sustituir a Marie Arremangada, no podía, como ninguna en el mundo, rivalizar con ella en cuanto a la belleza de su pecho. Nunca los había visto tan hermosos. ¡Ah, aquellos dos globos

perfectos!... A horcajadas sobre ellos, le gustaba hacer el amor a aquellos pechos, gozando del brillo de desprecio que traslucían los ojos de la hermosa.

Suspiró: ¡nunca formó parte de los suyos!... Violada, capturada, algo en ella no abdicó nunca.

Le hubiera gustado cortar aquellos pechos antes de comérselos aunque, por experiencia, sabía que aquel manjar era semejante a la ubre de vaca... pero era la idea lo que le resultaba apetecible.

—¡La idea!... —dijo levantando un pertinente índice.

La hermosa señora de Juignet-Tallouart le esperaba, desnuda, en compañía de la chiquilla de quince años que Gorro-encerado había raptado. Una pequeña sirvienta de posada.

Quedó enseguida decepcionado, pues la criadita, desnuda también, le sonrió, orgullosa sin duda de convertirse en la amante de un noble general vendeano. ¿Quién sabe si pasar de los brutales abrazos de los jornaleros a los de un aristócrata no le parecía una especie de ascenso social?...

No disfrutaría del placer de los gritos, los aullidos, la violación... ¡qué más daba! Blacfort observó a las dos mujeres, de atractivos muy tentadores aunque muy distintos.

Sonrió.

—¡Mis dos queridas putas!

Aquel infierno permanente que le parecía su vida desde... desde siempre, le reservaba en cualquier caso algunos momentos buenos. De pasada, le agradeció a la condesa que no se mostrara celosa, muy al contrario, sabiendo de antemano que iba a educar a la chiquilla en los vicios más refinados.

Ignoraba que la señora de Juignet-Tallouart, mostrando ese celo, pretendía sobre todo descargar en la recién llegada parte del fardo que él suponía; pero Blacfort se hallaba, simplemente, incapaz de considerar una hipótesis que le degradaba.

* * *

La conferencia de Estado Mayor duró parte de la noche. Ampliada, incluía a Valencey de Adana, Victoire, Mahé, O'Shea, Hyppolite y más de cuarenta oficiales.

Cada acción, cada movimiento, cada salva fueron revisados, analizados y, eventualmente, criticados.

Aquel estilo, muy distinto al de Blacfort, podía parecer reiterativo aunque, muy al contrario, cautivaba siempre a los participantes. Reinaba allí una fría pasión y se ponía a prueba la inteligencia. El general no escatimaba los cumplidos y, por lo que a las faltas se refiere, bastaba con una mirada suya. Formulaba muchas preguntas, lo que daba un carácter muy vivo a las reuniones y, si afirmaba algo, se apoyaba en el trazado de los itinerarios, en alzados de los planos de operaciones y en trabajos de

topografía, para los que tenía excelente mano. Allí, la guerra era una ciencia.

Antes de levantar la sesión, analizaron el balance de bajas que se revisaba y disminuía sin cesar: cuatro muertos, doce heridos, de ellos tres graves, y catorce desaparecidos, aunque cinco de ellos regresaron, cada uno por su parte, a las líneas republicanas durante la noche, mientras que los mayas y los bravos encontraron a dos granaderos que erraban por el bosque.

Entre los desaparecidos, sentían cierta inquietud por un joven suboficial que, rodeado, había sido visto levantando los brazos.

Se separaron a las tres de la madrugada, pero O'Shea retuvo al general y le susurró unas palabras al oído.

—Vengo enseguida —anunció Joachim volviéndose hacia Victoire—, debo tratar el caso de la prisionera, ya sabes, la que es tan hermosa.

—¿Y en plena noche, además? —preguntó ella, mientras sonreía.

—Un general entregado a la nación debe estar siempre disponible para las cuestiones de servicio.

—Pero ¿de qué servicio se trata?... —preguntó Victoire, divirtiéndose.

—Querida mía, me arrebatas tanto, con gran placer por mi parte, que nada puedo ofrecer a otra, lo sabes mejor que nadie.

—Lo que me gusta de los hombres de ingenio es su despreocupada mala fe. Pero no tardes demasiado.

Cuando Victoire se hubo marchado, Joachim se volvió hacia O'Shea:

—Bueno, John: ¿de nuevo la tal Marie, como siempre?

—Ah, no, ahora no es lo mismo. Escúchame. La hemos traído después de la acción. Bien. Uno de nuestros soldados sufre entonces un acceso de gran mal, como el pobre La Mellerie. Marie, viendo el fusil abandonado, lo recoge y dispara contra los vendeanos que les perseguían a distancia. ¡Hermoso disparo!... ¿Crees tú, Joachim, en la redención?

Valencey de Adana sonrió con cansancio.

—¿Crees tú en el alma, John, en la conciencia, en el «mundo inteligible» de Platón? Son las tres de la madrugada y no soy Pico de la Mirándola^[27], sino un hombre muy cansado. Eres mayor, ella es hermosa; lo que hizo, violentada, no se le atribuye, no la juzgaremos por ello: haz lo que te placa, maldito yanqui, y estará bien.

—Gracias, Joachim. Gracias.

* * *

Soplaba una leve brisa que agitaba suavemente la tela de la tienda.

—¿Crees que John está enamorado?

Victoire, risueña, había apoyado la cabeza en el pecho desnudo de Joachim, que le respondió:

—Sí. Pero lo que me gusta de él es la ausencia de prejuicios.

—Esa joven no es responsable de lo que ha sufrido.

—Lo sé. Pero ¿cuántos hombres tendrían el valor de olvidarlo, de prescindir de ello?... Nuestro John, en cambio, es así. —Tomó entre sus manos el rostro de Victoire y la miró—. Como tú, no tiene prejuicio alguno: hay que estar loca para casarse con un marino. Un marino corre el riesgo de ser hundido, devorado por los peces, enviado a los penales de Inglaterra... En cambio, los notarios... ¡Ésos son el futuro!

—Me gusta tanto la marina por tu culpa.

—En ese caso, demuéstalo una vez más, querida, no puedo saciarme de ti y nunca lo conseguiré: mejor será comenzar sin tardanza esa imposible misión, ¿no?

—Dios mío, pero ¿de dónde sacas tú semejantes argumentos?

* * *

—Aprendí a manejar el fusil una noche... Habían bebido y Gorro-encerado me obligó. Pensé en matarle al constatar que disparaba tan bien pero, una vez más, fui cobarde.

O'Shea negó con la cabeza.

—No teníais elección, Marie.

—Sí. Pude escaparme varias veces, pero me aterrorizaba la idea de que me alcanzaran. Un día, Blacfort me dijo que sentiría gran placer cortándome los pechos para comérselos. En su ojo, en su único ojo, vi que decía la verdad.

—Eso se ha acabado ya. Habéis elegido la República y la República protege a sus hijos.

El viento había secado, a medias, las huellas de la terrible tormenta. A lo lejos, los centinelas intercambiaban las consignas y el campamento fortificado parecía dormir con ojo vigilante. Un jinete, paciente, hacía girar su joven caballo al extremo de un ronzal: se trataba de un jinete español, que hablaba a su montura con una dulzura infinita.

John miraba a Marie y sonreía sin poder evitarlo. Ella bajó los ojos, pues aquella mirada la hacía sufrir ya que le servía de comparación para evaluar las miradas de la cuadrilla de Blacfort, en las que nunca vio otra cosa que un deseo brutal y egoísta. Ambos ardían en deseos de lanzarse el uno en brazos del otro, pero ninguno de los dos se atrevía.

El amor, muy a menudo, es hijo de la suerte. Una palabra puede bastar. Así lo quiso el azar cuando, por decir algo, el comodoro O'Shea afirmó:

—Sois fuerte, Marie.

—No. Y no se necesita amor cuando uno es fuerte sino, por el contrario, cuando la vida te ha hecho tropezar —respondió ella con espontaneidad.

Él la besó tiernamente.

Hacia el mediodía, un maya entregó un extenso informe del barón de Saint-Eulay, el oficial republicano infiltrado entre los vendeanos. El mensaje incluía dos noticias, buena la una y mala la otra.

Esta última, que dejó consternado a Valencey de Adana, se refería al joven suboficial hecho prisionero por los vendeanos. Le habían arrancado todas las uñas y, luego, el infeliz fue tendido en un banco mientras con unos gatos colocados en los extremos, con sucesivos movimientos de la manivela y la cremallera, tiraban de sus miembros hasta dislocarlos.

Por último, y mientras se hallaba ya medio inconsciente, le calzaron unas botas porosas en las que vertieron aceite hirviendo.

Murió así. Entonces le cortaron la cabeza con un cuchillo de carnicero, que clavaron después en una estaca que, a su vez, fue colocada ante el fortín de los vendeanos; se encontraba, allí, junto a la de un maya, el primero que había caído en las guerras de Vendée. En la confusión del bombardeo, el indio se había introducido en pleno campamento monárquico, tomando las ropas de un cadáver. Lo guiaba un objetivo concreto que se debía a una antigua orden referente a los guardas de corps, pues en este aspecto el trabajo aún no estaba terminado.

Tras haber observado durante mucho tiempo el lugar desde las más altas ramas, se dirigió hacia la tienda de los guardas de corps, pero quedó decepcionado al encontrar sólo a Marie Trois Tours, llamada *la Picada*, temblando de miedo. La estranguló y, cuando se disponía a salir, topó con Lefèvre, llamado *Dale-con-gusto*, que huía del combate pero, por desgracia, llevaba una pistola en la mano. Disparó. Sin embargo, haciendo acopio de toda su voluntad, el indio consiguió, antes de morir, clavar su cuchillo de piedra en la garganta del asesino.

Por la mañana, Blacfort aceptó desplazarse para observar el cadáver al que la supersticiosa masa de los vendeanos, sin atreverse a acercarse, contemplaba persignándose, viendo en él no a un hombre sino a una criatura de los infiernos.

Cediendo la cabeza a su tropa, Blacfort pidió para sí la piel, exigiendo que la curtieran de tal manera que no perdiera su extraño color cobrizo. Dos carniceros pusieron de inmediato manos a la obra.

Del lado republicano, pasaron los nombres del indio y del suboficial de la columna de «desaparecidos» a la columna de los «muertos en combate».

La segunda noticia, agradable, se refería a las bajas del ejército Blacfort, y Saint-Eulay, que tenía a su cargo el recuento de los efectivos, estaba en muy buenas condiciones de conocerlas.

La cifra sorprendió al Estado Mayor, pues su magnitud superaba las previsiones

más optimistas: casi ochocientos treinta muertos y cuatrocientos heridos, setenta y cinco de ellos muy graves. Pero, además, ratificaba a Valencey de Adana y a los suyos el éxito de sus objetivos. Así, los disparos de artillería, que Blacfort había considerado «demasiado a la izquierda», pues habían fallado respecto al «objetivo esencial, el fortín, para concentrarse en un grupo de tiendas, siempre el mismo», en vez de suponer un fracaso, como el general vendeano creía, constituía por el contrario el mayor éxito de la operación nocturna.

En efecto, para un estratega como Valencey de Adana, el fortín tenía poco interés, salvo el simbólico, mientras que el famoso «grupo de tiendas» que concentró los rabiosos disparos de sus cañones había eliminado una grave amenaza. Aquellas tiendas, al sudeste del gran calvero, gozaban de la mejor insolación y, sin ni siquiera discutir con los simples infantes, las tropas de élite se las habían apropiado en cuanto llegaron. De modo que los ciento veinte aristócratas procedentes de la emigración, los cincuenta voluntarios ingleses y los casi trescientos chuanes habían caído. La consigna se había seguido al pie de la letra: abrir un fuego implacable contra aquellas tiendas e insistir, insistir y seguir insistiendo. La mayoría de las víctimas murieron mientras dormían y el picadillo humano que más tarde retiraron hizo imposible cualquier identificación.

Ante el empecinamiento de los artilleros republicanos, Blacfort había dudado: «Demasiado a la izquierda, pero muy conveniente para Valencey de Adana». Si hubiera persistido en este razonamiento, tal vez el general vendeano hubiera desmontado el mecanismo del plan de su enemigo que, desde el comienzo, le estaba llevando a donde él quería. Pero lo que su inteligencia comenzaba a percibir, no podía admitirlo su orgullo, de modo que se limitó a ceñirse a su primera impresión. Al hacerlo, se granjeó la enemistad de los doscientos chuanes supervivientes que, por su parte, no veían ninguna casualidad en los disparos de los artilleros de marina.

Satisfecho, Valencey de Adana hizo descorchar unas botellas de champán, como en tiempos de *La Terpsichore*, recordando sin embargo que no se brindaba por la muerte de los hombres, sino por los logros de la República.

Apenas había tomado un sorbo cuando un joven oficial acudió a buscarle corriendo.

La noticia pareció tan sorprendente que Valencey de Adana y sus oficiales se precipitaron hacia el primer recinto.

Eran unos veinte. Portaban los cañones del fusil apuntando hacia abajo, en señal de sumisión, y las guerreras al revés, actitud que indicaba, en Vendée, que se cambiaba de bando al dirigirse al campamento enemigo.

—¡Dudo de su sinceridad!... —exclamó O'Shea.

—¡Esos pobres diablos quieren, simplemente, salvar su piel!... —advirtió Mahé.

—Que los desarmen y traten con humanidad —ordenó con frialdad Valencey de Adana—; que sean luego devueltos de inmediato a sus casas, con salvoconducto. Que el bandido de la Vendée capturado esta noche asista a toda la escena y, luego, que lo

suelten en el bosque: sin saberlo, al contar lo que ha visto, trabajará ahora para nosotros. —Luego, sonriendo de modo inesperado, dijo a sus oficiales—: Señores, no dejemos que el champán se caliente.

* * *

No salían las cuentas y el rostro de Blacfort se ensombreció. Aunque muy superior en número a la de Valencey de Adana, su tropa veía cómo sus efectivos se esfumaban. Siendo tres mil seiscientos al salir, en su apogeo, su ejército había perdido mucha gente durante aquella batalla en los confines de Saintonge, donde desaparecieron la artillería y caballería. Se redujeron a dos mil novecientos con la satisfacción de haber obligado a retirarse a la 123.^a media brigada, algo que se supo en Vendée y en el extranjero, entre los príncipes. La relación descendía de uno contra cinco a uno contra cuatro.

Por suerte, los combates en el mar que culminaron en el hundimiento de *La Terpsichore* le costaron a su rival un centenar de marinos muertos y treinta heridos de gravedad. Puesto que los efectivos de la 123.^a se reducían a quinientos ochenta hombres, la relación era otra vez de uno contra cinco.

Por desgracia, con el asunto de aquella noche, todo había cambiado de nuevo. Ciertamente, una vez más, Valencey de Adana había tenido que batirse en retirada. En un mensaje a los príncipes reales, podía alegarse que acosadas, las tropas de marina habían sido rechazadas hasta sus posiciones de partida, donde se atrincheraban. Pero, a fin de cuentas, habían causado ochocientos treinta muertos y setenta y cinco heridos tan graves que el cirujano en jefe pronosticaba:

—De cualquier forma, en este malsano bosque, van a morir todos.

Las cifras descendían entonces a dos mil y la relación oscilaba entre uno contra tres y uno contra cuatro.

Costosa victoria. Un oficial monárquico había mascullado incluso:

—Tres... *victorias*... más, como ésta, y la bandera tricolor ondeará en el bastión monárquico.

¿Qué hacer?

¡Tenía que actuar! Inmovilizada en aquel bosque, la tropa iba a perder su mordiente. Ya se denunciaban deserciones, pues los estúpidos soldados-campesinos pensaban, de pronto, que debían marchar para ocuparse de la cosecha.

Blacfort había concedido rapidísimos ascensos para sustituir a los oficiales muertos. Así, un antiguo teniente del royal-Cravate^[28], joven marqués, se convirtió en coronel y favorito de Blacfort a causa de unos consejos a menudo juiciosos.

—¿Qué os parece esto, marqués? ¿Y si atacara ahora, que no lo esperan?

—Sin duda la sorpresa sería total... —respondió el antiguo oficial del royal-Cravate, pero añadió—: A condición, claro está, de que ningún traidor les anuncie.

—¿Un traidor? —preguntó Blacfort, sobresaltado.

—Los hay, y muchos, en todos los ejércitos. ¿Por qué no en el nuestro? Tras el tiro tan... afortunado de los artilleros republicanos, la pregunta es legítima.

—Un traidor... —repitió Blacfort, pensativo.

—Si existe, será fácil desenmascararlo —insistió el coronel—: anunciad que atacaremos dentro de una hora y haced que vuestros hombres de confianza sigan a quienes se alejen.

—¡Magnífica idea!... —se entusiasmó Blacfort, que impartió a continuación las órdenes para la ofensiva.

Menos de treinta minutos más tarde, Gorro-encerado y Simon, llamado *Dulzura*, condujeron hasta su jefe al barón de Saint-Eulay, con el rostro tumefacto y las manos atadas a la espalda.

Gorro-encerado, que, en efecto, llevaba un gorro de cuero negro muy feo, explicó con su voz nasal:

—Ha sido el único que se ha alejado del campamento, señor conde, y le hemos sorprendido enterrando esto al pie de un árbol hueco.

Blacfort leyó unas líneas escritas a toda prisa y que anunciaban el inminente ataque de los monárquicos. Enfurecido, abofeteó al prisionero, que le soltó:

—Blacfort, especie de carroña, ¡muy pronto morirás tú también!

—¡Y tú no has terminado de sufrir!... —prometió el general vendeano.

Sin embargo, su actual consejero y recientísimo coronel llevó a Blacfort a un aparte y le dijo:

—General, no disponemos ya de tiempo para divertirnos con estos juegos. Fusiladlo y vayamos a lo esencial, al ataque.

El término «ataque» sedujo a Blacfort, aunque las palabras «estos juegos» sólo le gustaban moderadamente. Pero el joven marqués, descendiente de un largo y prestigioso linaje de militares, le imponía. Además, ¿no acababa, acaso, de desenmascarar a un traidor?

Decidió ceder, aunque fusilaron a Saint-Eulay de acuerdo con el capricho del general: por la espalda, sólo a cuatro pasos y apuntando al cráneo para que no quedara la cabeza.

La condesa de Juignet-Tallouart, que ya pensaba en su porvenir fabricándose un pasado y, por lo tanto, una leyenda de hermosa amazona vendeana, solicitó y logró formar parte del pelotón de ejecución.

En el silencio que reinaba entre casi dos mil hombres atentos, se oyó al condenado gritar:

—¡Muerte a los tiranos!... ¡Viva la República!... ¡Viva la nación!...

Los fusiles acallaron para siempre la voz del barón de Saint-Eulay, oficial de un regimiento de fusileros de Étampes, caído por la República.

No hubo ningún ataque sorpresa. Aun privado de los servicios del valeroso Saint-Eulay, Valencey de Adana disponía de otro medio de información: sus escuchas indios, por lo demás inigualables rastreadores en el bosque.

El campamento fortificado republicano estaba permanentemente en estado de media alerta, y cinco minutos bastaban para pasar al grado superior, la alerta general.

Sin embargo, debían salvar las apariencias y fingir sorpresa. Para ello, se habían dado órdenes precisas y se había ensayado su aplicación.

Tal vez no lo bastante. A expensas de la República y de la 123.^a media brigada.

* * *

Saliendo del bosque en un frente de casi doscientos metros, los vendeanos se lanzaron al ataque profiriendo aullidos.

Los artilleros republicanos, desesperados, cumplieron las órdenes: sólo una pieza de cada cuatro disparaba, era preciso conferir al tiro cierta imprecisión. Disparos demasiado largos, demasiado cortos, y blanco. Para hombres acostumbrados a hacer blanco al primer disparo, y que además habían tenido mucho tiempo para poder apuntar, la consigna era muy dura.

Los vendeanos, rebosantes de confianza, cruzaron los fosos saltando, dejaron a sus espaldas las contravalaciones y cruzaron la explanada sin reducir su carrera.

Tras la contraescarpa, los marinos republicanos dispararon una única pero muy mortífera salva antes de retirarse y abandonar su trinchera para replegarse, corriendo, y llegar a la segunda línea de fortificaciones.

Un auténtico entusiasmo se apoderó de los vendeanos, enardecidos por el terreno conquistado y por la retirada de los azules. Sin embargo, llegados a la contraescarpa, toparon con un núcleo de resistencia que los demoró... y dejó consternados a Valencey de Adana y a su Estado Mayor.

¡Cincuenta!... Eran cincuenta, todos veteranos expertos de legendarios valor y disciplina. Todos de Brest, y muy tozudos como, con razón o sin ella, se dice que son los bretones: éstos no querían replegarse ante las «brigadas liberticidas». Combatían admirablemente, pero cedían ya ante el número.

Cambiando todos sus planes, Valencey de Adana tomó de inmediato una decisión:

—Las dos compañías de fusileros al centro, la caballería hacia el ala izquierda, los granaderos y los voluntarios extranjeros a la derecha. Intensificad el tiro de artillería: que ahora dispare una pieza de cada dos y todos los tiros al blanco. ¡En

marcha!

Valencey de Adana se encasquetó apenas el tricornio, armó su pistola y desenvainó el sable, signo de que, a pesar de unos planes tan meticulosamente preparados, iba a tirarlo todo por la borda para salvar a sus cincuenta indisciplinados veteranos.

—Que todo el mundo me siga al asalto —ordenó—: compañía de reserva, escuadra de protección y de honores, Estado Mayor y cocineros. Por la República: ¡vencer o morir!

Valencey de Adana sabía que era inútil. Los efectivos de vanguardia del ejército de Blacfort estaban superando ya la contraescarpa, cuyos alrededores se hallaban cubiertos de cadáveres de los suyos, aunque también de decenas de marinos con uniformes azules.

La caballería de O'Shea, lanzándose a la izquierda, hundió el ala derecha vendeana. Las dos compañías de fusileros, en el centro, avanzaban regular pero más lentamente. Por fin, los granaderos negros y los extranjeros, entre quienes se encontraban los mejores tiradores, estaban abriendo ya un fuego mortífero.

Mas para Valencey de Adana, sin duda, todo aquello sería insuficiente. Los veteranos no se salvarían, la 123.^a sería arrasada.

Y cuando los vendeanos tenían en su mano la victoria, cuando a consecuencia de la desobediencia de cincuenta veteranos el plan, magnífico pero extremadamente sofisticado, del general republicano se volvía contra él, justo entonces, tras una vacilación, los vendeanos retrocedieron y salieron en estampida hacia el bosque, perdiendo en la huida una cuarentena de los suyos.

Muy prudentemente, bien formados por Valencey de Adana, los oficiales de marina se guardaron mucho de iniciar la persecución, y en cambio volvieron a ocupar las contravalaciones y la contraescarpa, donde consolidaron de inmediato sus posiciones.

El primer impulso de Valencey de Adana, contrario a todos sus principios (que consistían en no mezclar nunca guerra y sentimientos), fue asegurarse de que Victoire estaba sana y salva.

Tranquilizado en este aspecto, ordenó que tocaran llamada, satisfecho de que la compañía de reserva, la escuadra de protección y de honores así como los servicios del Estado Mayor no les hubiera dado tiempo, sin duda, de mostrarse al enemigo que así, por algún período aún, subestimaría los efectivos de la 123.^a

Valencey de Adana observó con el catalejo a los vendeanos en plena retirada. Se sentía presa de la mayor perplejidad: ¿qué mosca había picado a Blacfort precisamente cuando, si hubieran aguantado todavía unos minutos, la victoria habría sido suya?

Conmovido, vio cómo los vendeanos arrastraban a un veterano herido, pero éste, en un último esfuerzo, le arrebató la pistola a un soldado enemigo, se metió el cañón en la boca y se suicidó.

Valencey de Adana cerró por un instante los ojos.

Luego llegó O'Shea, al galope:

—¡Los chuanes! ¡Los chuanes les han abandonado! Han desertado en plena batalla, adrede. Eso explica el pánico.

Montando un caballo gris, Victoire llegó a su vez con la frente perlada de sudor: ¡Dios santo, qué hermosa le pareció!

Disimulando sus sentimientos, el general miró a su esposa con aire severo y con voz de mando, le dijo:

—¡Señora y ciudadana, habéis combatido bien!

—¿Qué te ha gustado más —preguntó radiante Victoire—: mi carga tendida sobre el cuello del caballo o mi modo de dar de sablazos a los bandidos de la Vendée?

—Como militar, os diré que lo que más me impresiona en vos son... ¡vuestros golpes con la sombrilla!

—¡Monstruo!... —dijo ella riéndose y, aproximando su caballo al del general, le quitó el tricornio y posó en sus labios un beso fugaz pero apasionado, murmurando —: ¡Me daréis razón de ello en la tienda, señor!

Valencey de Adana se ruborizó levemente y luego, con tono rudo, destinado a borrar las sonrisas de sus hombres (aunque no lo consiguió), ordenó:

—¡Conferencia de Estado Mayor dentro de diez minutos!... ¡Doblad los centinelas! ¡Limpiad las armas! ¡Designad dos escuadras para recoger los cuerpos! ¡Vamos!

* * *

El suboficial no vaciló:

—La tenía delante de mí. Excelente tiradora, coronel. La República puede estar orgullosa de ella como lo está la 2ª compañía de fusileros de la 123.^a

«Y como lo estás sin duda tú», pensó el suboficial viendo cómo O'Shea sonreía a Marie.

* * *

El joven coronel, veterano del royal-Cravate, estaba moribundo. Una bala le había entrado por la mandíbula y salido cerca del ojo izquierdo. Pronunciar cada palabra le suponía un esfuerzo y Blacfort tuvo que inclinarse para oírle.

—No creáis que yo... La victoria era vuestra... sin la traición de los chuanes, lo juro por Dios... Atacad mañana, al amanecer, no les deis respiro... Por Dios, por el rey...

Murió tres horas más tarde presa de atroces sufrimientos.

Blacfort, invitado a la tienda por sus mujeres, declinó con brutalidad el

ofrecimiento y recorrió en todas direcciones su campamento, con las manos a la espalda. Tras él, a diez metros, iba el cura Phébus Monteroux, dócil.

A Blacfort le costaba creérselo, aunque pareciese una evidencia: iba a ganar.

—¡Les dominamos!... —exclamó pensando en la media compañía republicana destrozada, aunque aquellos hombres de cuarenta años eran verdaderas rocas, unos soldados excepcionales.

Valencey de Adana nada podía hacer. Ciertamente, su caballería, brutal, había roto el ala derecha pero, aislada de su infantería, sería fácil de eliminar.

—¡Ya les tenemos!

Era preciso volver a empezar, perseverar y, esta vez, nadie le traicionaría. La mirada que sus hombres posaban en él se había modificado: les inspiraba confianza, era un general que ganaba, un hombre cuyas órdenes se cumplen sin vacilar. Sus hombres, incluso los más estúpidos, sabían que, sin la traición de los chuanes, los últimos republicanos estarían, ahora, cayendo bajo las balas de los pelotones de ejecución:

—¡Los aterrorizamos!

Pensó en aquel republicano que, según le habían dicho, una vez capturado había preferido el suicidio.

Mañana, al amanecer, atacaría y, una hora más tarde, no quedaría ni un solo superviviente de la brigada «Libertad, querida Libertad».

* * *

El sol se ponía.

Valencey de Adana pensaba en el balance. Casi cuatrocientos muertos entre los bandidos de la Vendée, setenta y cinco entre los suyos. Al parecer, quinientos veinte republicanos se oponían a mil seiscientos monárquicos. Una relación de uno contra tres, insuperable en apariencia aunque, en realidad, nunca había sido tan relativamente favorable.

—¿Cuándo atacarán?... —preguntó Mahé.

—Al amanecer, es evidente.

—¿Por qué, como estás tan seguro de ti mismo?

—Vamos, ya conoces a Blacfort. Habrá creído tener la victoria en sus manos y, por una vez, no se equivocaba. Atacará al amanecer. Incluso lo hubiera intentado esta noche, pero sabe que los indios son imbatibles en la oscuridad y que los marinos están acostumbrados a velar. Al amanecer, Mahé; se llevará una sorpresa: no se trata ya de retener nuestras fuerzas.

—Pero ¿aceptarás de nuevo el riesgo de dejar que avance?

—Estamos obligados, si queremos aislarle de la retaguardia. ¿Cómo hacerlo, si no? Es preciso que mi primera línea, llena de pánico, le ceda la explanada. Avanzarán

al descubierto, pues el bosque estará demasiado lejos para protegerle. Luego..., luego, te lo juro, pagarán cara la matanza de mis veteranos.

—¿Por qué lo hicieron?... ¡Ellos, veteranos de tantas batallas!

Valencey de Adana se encogió de hombros.

—Es culpa mía, hubiera debido imaginármelo. Nada han perdido de sus cualidades de soldado, pero la disciplina es otra cosa. La han olvidado... Tú ya sabes que nunca me he negado a hablar de la disciplina al margen de los combates, pero en la guerra he exigido siempre su más estricta aplicación. No se discute, no se desobedece bajo el fuego enemigo. Hemos estado a punto de ser barridos, Mahé, hemos estado a dos pasos de que nos aplastaran definitivamente.

—No te atormentes más, la lección ha fructificado, aunque haya salido cara.

Valencey de Adana no respondió, observando a tres oficiales con fajín y penacho tricolor, que llegaban a toda prisa. Descabalgaron.

—General Taenincks.

—General Valencey de Adana.

—Me satisface conocerte, ciudadano. Te presento al coronel Andreau y al teniente coronel Maricourt.

—Éste es el coronel Campagne-Ampillac.

—¿Puedo hablar contigo, ciudadano?

—Por supuesto.

Los dos generales se alejaron unos pasos, dedicándose algunas palabras amables.

—Eres parisino, ¿no es cierto?... —preguntó Valencey de Adana.

—De la calle de Noyers, ¿la conoces?

—La calle de Noyers... ¿No es una vieja calle cerca de la plaza Maubert?

—Exactamente.

—Bueno, ciudadano, ¿qué noticias hay?

—Excelentes, y quería comunicártelas yo mismo. Llegué ayer del ejército de Sambre-et-Meuse, con mi regimiento, para relevar a un regimiento de línea de voluntad... ¿cómo expresarlo?

—¿Vacilante?

—Ésta es la palabra. Pero, al amanecer, recibí nuevas órdenes: debo subir hacia Bélgica, donde se prepara, sin duda, algo serio. Y, hace un rato, doscientos chuanes acaban de lanzarse contra mis líneas.

—Lo siento, venían de mi casa... por decirlo de algún modo.

—El ejército de Sambre-et-Meuse es, también, una dura escuela; he aquí la noticia: no quedan ya chuanes vivos.

—Eso me alivia, pues de todas formas temía un ataque por la espalda.

—Sé que estás en vísperas de una batalla decisiva con Blacfort y que tienes una cuenta pendiente con él —prosiguió con tacto el general Taenincks—. Sé que tus efectivos son reducidos, que todo el ejército sube hacia el norte... Debes saber, sin embargo, que, si la caprichosa suerte de las armas te fuera desfavorable, decenas de

generales de la República querrían vengarte: suceda lo que suceda en esta batalla, Blacfort no escapará a su castigo.

Valencey de Adana, conmovido, estrechó la mano del general.

—¡Gracias!... Gracias por lo que dices y por lo que imagino.

La alusión divirtió a Taenincks.

—Y es que nos creo bastante cercanos, a ambos nos gusta el aire puro de la Montaña...

Valencey de Adana sonrió ante aquella diestra referencia al ala de los jacobinos que no pactaban.

—Tanto más cuanto que, hablando de Montaña, el ascenso desalienta a aquellos cuyas convicciones no son sólidas —respondió en el mismo tono.

Ambos generales se dieron un fugaz abrazo y, luego, Taenincks montó de nuevo a caballo y se alejó con sus oficiales.

—Me gustaría subir hacia el norte, ¡qué batalla está preparándose allí!

—Aquí empieza ya la línea de combate del norte, Mahé... —respondió Valencey de Adana sin un ápice de amargura.

Estaban tumbados uno junto al otro, felices.

Valencey de Adana había aceptado la desaparición de los cincuenta veteranos pues, como siempre tras el dolor, se había dicho: «Yo podría haber estado entre los muertos, no era mi día, eso es todo. Quizá la próxima vez...».

Ese aspecto fatalista de su personalidad estaba en total contradicción con su naturaleza combativa de hombre que tenía ideas y las defendía. Pero, de manera confusa, no estaba muy lejos de clasificar la muerte entre las cosas que desafiaban la razón, lo que la convertía en un fenómeno fantástico, al margen del ámbito de la reflexión y el análisis.

Sin embargo, honestamente debía admitir que su percepción de la muerte se había modificado desde su boda con Victoire. Hasta entonces, no se movía ni un centímetro bajo los disparos. Conociendo el efecto de una bala de cañón, y que morías de inmediato sin sentir nada, lo animaba una magnífica indiferencia que había contribuido a edificar su leyenda. Hoy, el honor y el deseo de no decepcionar le ordenaban no cambiar aunque supiera todo lo que perdería al desaparecer. Todo, es decir, a «ella», su gran amor.

En su fuero interno, en cada enfrentamiento se estremecía pensando: «Tengo cuarenta años, conozco por fin el más hermoso amor que existe, su infinita plenitud y cuanto se entrega a aquélla a la que se ama: ¡no, no quiero morir!».

Ella le tomó de la mano.

—Dime, mañana, dentro de un rato, ¿será la más importante batalla?

Como siempre, reflexionó antes de responder.

—Será mi batalla final con Nicolas, que mató a tu hermana y a mi padre; con Nicolas, que traicionó nuestra infancia. Por lo que se refiere a mi propia vida, es mi más importante batalla. Para el resto...

—¿Para el resto?

—Una batalla entre otras de las guerras de Vendée, que está terminando. Si acabamos con Blacfort, que se ha aventurado demasiado hacia el sur, Stofflet caerá muy pronto. Los generales que guerrearán en el frente se sentirán aliviados, pues ya no temerán que los apuñalen por la espalda.

—¿Tu más importante batalla es la que aceleró el final de *La Terpsichore*?

Él pareció meditar:

—Francamente, no. Fue durante la guerra de la Independencia americana. El rey de Inglaterra había enviado contra *La Terpsichore* tres bajeles pesados: el *Hood*, el *Hornet* y el *Honey Bee*.

—Y los hundiste los tres. ¡Cómo se seguían en toda Francia tus hazañas!

—Eso queda muy lejos... —repuso él sonriendo—. Pero tenía a mi favor el espacio, el tiempo y la velocidad. Y nadie me acuciaba. Creo que, sin la existencia del convoy que debía llegar a Brest, sin esa gran urgencia por alejar e inmovilizar los dos bajeles pesados lanzados contra nosotros, habría acabado hundiéndolos a ambos, atacando de noche y sin que *La Terpsichore* sufriera daños.

—Tengo miedo, Joachim. ¿Lo tienes tú?

—Sí.

—¿Miedo a morir?

—A morir, es decir, a no estar aquí, a cada instante, para amarte, protegerte, gozar del privilegio de tu luminosa presencia.

Acarició el vientre de la muchacha, lo besó, más abajo aún, mordisqueó la liga con corazones inflamados que sujetaba las medias con que había enfundado sus piernas, teniendo en cuenta el gozo de él.

Él se incorporó a la altura del bajo vientre de la muchacha.

—Como si tu hermoso cuerpo no fuera bastante, aquí están esos satánicos chirimbolos para acabar de enloquecerme.

—¡Muéstrame hasta qué punto estás loco, general!

* * *

O'Shea y Marie estaban sentados en el tocón de un árbol.

Amantes apaciguados, se daban la mano contemplando la luna y las estrellas. La noche parecía cómplice, dulce y perfumada. Ella posó la cabeza en el hombro del americano.

Había querido explicárselo todo: la violación colectiva, el rapto, su función de «mueble de placer», las torturas a que nunca asistía pero que no ignoraba. Jirones de vida sórdida, horrendos. Él la escuchó y, luego, le dijo:

—¿Qué importa eso hoy?... Soy yo quien se comporta mal: tú me has ofrecido tu confianza, yo hubiera debido entregarte mi virtud.

—Oh, no, John, eso no. Me has enseñado, por el contrario, que el amor podía ser una cosa hermosa —replicó ella con una naturalidad que conmovió al americano.

«¿Cómo no amarla?», se había preguntado entonces O'Shea.

Pero respondió de otro modo:

—Antes que tú, yo amaba... a todas las mujeres. No hay ni una sola que sea fea, todas tienen algo, ese «qué-sé-yo», como soléis decir en francés. Pero, ahora, sólo te quiero a ti. Mahé, el príncipe y yo formábamos una pequeña sociedad, los tres. Otros oficiales, y que nos gustaban, eran francmasones, espíritus sabientes o no sé qué, pero nosotros hablábamos de amor. Valencey de Adana decía que, sin las mujeres, los motines de hambre y todo aquello, esa gran revolución no se hubiera producido tan pronto. Las noticias de Francia nos llegaban, a veces, con dos meses de retraso y

habíamos encontrado una embajadora política.

—¿La señora Roland^[29]?

—No.

—¿Théroigne de Méricourt^[30]?

—Tampoco. La nuestra fue Olympe de Gouges^[31].

—¡No la conozco!... —admitió Marie.

—Fue menos célebre pero, en nuestra fragata, nos había deslumbrado cuando leímos lo que escribía: «La mujer tiene derecho a subir al cadalso, debe tener derecho a subir a la tribuna». Perseveró escribiendo una «Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana»...

—Ay, ¿por qué no seré yo Olympe de Gouges...?

Él tomó sus manos:

—Eso es imposible. Pero serás cuando quieras la señora comodora O'Shea.

Ella se levantó. Él la imitó. Entonces la joven se colgó de su cuello. Él se dijo que aquellos dos brazos eran las ataduras más hermosas del mundo...

* * *

—¡Marchaos! ¡Fuera de aquí! ¡Las dos!...

La señora de Juignet-Tallouart salió de la tienda sin decir una palabra, arrastrando a la llorosa adolescente.

Blacfort se vistió, bebió una copa de Málaga y masculló dirigiéndose al cura Monteroux, que roncaba, borracho como una cuba:

—Bueno, así son las cosas, no me apetece joderlas. Dentro de un rato, después de mi triunfo, la cosa cambiará.

Blacfort temblaba, su párpado se agitaba enloquecido sobre su muerto ojo. Se movía de miedo y sus adversarios más encarnizados, si lo hubieran visto en aquel instante, se habrían compadecido sin que eso, tal vez, desarmara sus vengadores brazos. Llorando de desesperación, se arrojó en la cama deshecha.

* * *

Tendido, con las manos cruzadas tras la nuca, Mahé contemplaba el cielo estrellado. Acababa de hacer la ronda, saludado por los centinelas. Los granaderos, todos antiguos esclavos o hijos de éstos, cepillaban cuidadosamente uniformes y gorros de pelaje, canturreando con gran dulzura una de aquellas melodías que encogían las entrañas y depositan en el corazón el dulce veneno de la melancolía. Los indios, sentados con las piernas cruzadas formando círculos, contemplaban silenciosos las llamas: ¿qué verdad intentaban descifrar, salvo que la vida, a pesar de todo, merece

ser vivida?

Tres yanquis jugaban a los dados sobre un tambor boca abajo. Maldecían a media voz cuando la suerte los abandonaba.

Dentro de un rato, sin embargo, silenciosos e impecables, acudirían al combate para jugar una partida muy distinta, tal vez la postrera.

Fuera de la tienda, un español provisto de un cepillo limpiaba sus botas, las más hermosas y limpias de la 123.^a media brigada «Libertad, querida Libertad».

Soñador, Mahé pensaba en el pasado y en sus límites: aquella madre que lo abandonó y a la que, sin embargo, compadecía y amaba; en el castillo y su Torre de las Damiselas; en el tan benevolente general; en el colegio militar en Rochefort; en la indomable *La Terpsichore* y, siempre, en Joachim, en cada etapa, en cada instante...

—¡Señor hermano mío!... —exclamó enternecido, usando la expresión favorita de Valencey de Adana.

Mahé sabía que, dentro de un rato, los muertos se contarían por cientos. Sabía también que uno de ellos, Joachim o Nicolas, no sobreviviría. Y quizá tampoco él, como todos los viejos compañeros: Bernardin des Essarts, marqués de La Mellerie, el barón Joseph de Keringan, el barón Guillaume de Lamorville, Jules Dumesnil, el barón Florent de Saint-Frégant, Florimont de Kergoat, vizconde de Passavent, el barón Joseph de Taillebourg... ¡Y tantos otros! Y, muy pronto, Joachim o Nicolas.

—El mundo era demasiado pequeño para César y Pompeyo —murmuró—, Augusto y Marco Antonio, Luis XI y Carlos el Temerario...

Uno de ellos iba a morir y, con él, los últimos vestigios de los años de inocencia, los últimos jirones de infancia, cosas tiernas y delicadas que zozobrarían para siempre.

Pensó en su mujer, en sus hijos, allí...

Pero nada conseguirá calmar aquel profundo dolor que llegaba de pronto. Lloró entonces. Silenciosamente, para no molestar a nadie, al igual que vivía: ser leve ante los demás para que la vida de todos fuera leve también, como un alma muerta que se pierde para siempre en el azulado éter del infinito...

* * *

El cielo palidecía levemente por el este. Aunque no existiera en la tierra hombre más discreto, su llegada fue precedida de un gran estruendo.

Sabiéndose en terreno amigo, a Pierre-François Gréville le complacía romper lo que constituía su costumbre.

Cuando puso pie en tierra, los doce hombres que le acompañaban lo imitaron y habría podido jurarse que trece tacones de botas tocaron el suelo al mismo tiempo.

Los doce hombres, vestidos de negro, llevaban en el sombrero una doble escarapela. La tricolor y la roja y violeta de las tropas de la policía secreta en

campaña.

Avisados sin saber cómo, los otros doce que vivían en el campamento fortificado se presentaron y se alinearon de un modo impecable. Silenciosos, nunca se mezclaban con los demás marinos, ni siquiera en las comidas, haciendo capillita aparte. También ellos llevaban el uniforme negro y las dos escarapelas.

—¿Es una reunión de gemelos?... —dijo la voz burlona de Valencey de Adana.

Gréville se volvió. El príncipe mostraba una suprema elegancia. Guerrera de general con charreteras doradas, tricornio de marina con largas plumas azules, blancas y rojas, y escarapela, la cintura ceñida por un fajín tricolor, rutilantes botas negras, sable de brillante vaina...

—¡Príncipe!

—¡Gréville! Qué satisfacción veros por aquí, a vos, que odiáis la campaña.

—Soy una rata de ciudad, querido amigo, pero por nada del mundo me lo habría perdido.

—¿Cómo os habéis enterado tan pronto?

—Yo lo sé todo, y vos no dejáis de... ¡saberlo!... —repuso con ironía el general de policía mientras en el campamento despierto sus ocupantes iban congregándose allí, aun manteniéndose a distancia.

Valencey de Adana observó a los recién llegados.

—Doce y doce, veinticuatro, con vos veinticinco. ¿Formáis un regimiento de policías?

—No los subestiméis.

Valencey de Adana no pudo contener una ligera mueca.

—Hasta ahora...

—Tenían orden de no moverse. Pero ya veréis... ¿podéis armarlos?

—Ah, no nos quedan ya tirachinas —bromeó Mahé, que acababa de llegar.

—¡Ya veréis! —advirtió Gréville sonriente y asintiendo con la cabeza.

Mahé, creyendo que se había excedido, intentó compensarlo:

—¿Qué tipo de armas quieren?

—Las conocen todas, son la élite de la policía de la República.

—¡Será curioso verlos actuar!... —soltó O'Shea, estrechando la mano a Gréville cuya mirada aquilina advirtió la presencia de una muchacha (Marie), que se mantenía discretamente rezagada.

Los marinos, de uniforme ya, contemplaban la escena con curiosidad.

Por fin, se presentó a su vez Victoire: botas, falda, guerrera de uniforme, tricornio y, a pesar de todo, sus encantadores pendientes en forma de cereza.

—¡Princesa!... —exclamó Gréville, ceremonioso.

—¡Cazador a caballo Victoire Valencey de Adana!... —corrigió ella.

Valencey de Adana, algo envarado en su papel de dueño del lugar, sugirió:

—Propongo una copa de champán, pero sólo una.

—Un ejército que calma su sed con champán no puede ser derrotado, ¡sería de

muy mal gusto!... —aseguró Hyppolite, con su uniforme de gala de capitán de los granaderos de marina.

—¡Dios os oiga!... —respondió una voz que nadie identificó.

Las cosas comenzaban muy mal y Blacfort, que era supersticioso, sacó su rosario de calaveras. Montaba un magnífico caballo blanco y lucía su más hermoso uniforme de general vendeano.

En la opalescencia del alba, con las banderas ondeando al viento en el silencio, inmóvil como un ejército romano, la 123.^a media brigada aguardaba, petrificada, con los artilleros detrás de sus cañones, las compañías formando un impecable cuadrado con las bayonetas caladas y la caballería en dos líneas. Se advertían, sobre todo, los altos gorros de pelaje de los granaderos y los curiosos uniformes grises de los mayas y los bravos. En un pequeño altozano, el Estado Mayor con su escuadra de protección y de honores y, para mejor mostrarse al enemigo, Valencey de Adana llevaba en su tricornio negro con galón de oro un magnífico penacho azul, blanco y rojo. Con el catalejo ante el ojo, le miraba, igual que él observaba a su rival republicano. Blacfort recordó que, de niños, en aquel juego, siempre bajaba los ojos antes que Joachim.

Bajó el catalejo...

El abate Phébus Monteroux, de espaldas a los marinos de la República, bendijo a los vendeanos que habían hincado una rodilla.

—¡Por Dios y por el rey, adelante! —aulló Blacfort, bajando el sable.

Los vendeanos se pusieron en marcha.

Derribaron los primeros obstáculos, algunas barricadas colocadas durante la noche, cruzaron los primeros fosos mientras que, sin pánico alguno, la compañía de choque que mantenía las poderosas contravalaciones las abandonaba sin combatir, para refugiarse tras la contraescarpa.

Enardecidos, los vendeanos se lanzaron al asalto de la explanada mientras los republicanos, siempre en orden, retrocedían para refugiarse tras la segunda y última línea de fortificaciones.

Más arriba, en la planicie de suave pendiente, Valencey de Adana y su 123.^a media brigada «Libertad, querida Libertad» permanecían inmóviles, como un ejército de estatuas de piedra.

Nada entusiasmo más a una tropa que se lanza al ataque que el espectáculo del enemigo emprendiendo la huida, incluso cuando esa retirada se efectúa en perfecto orden.

Los oficiales monárquicos, con el fajín blanco ciñendo su cintura y tocados orgullosamente con los sombreros de escarapela blanca, no se veían obligados a incitar demasiado a sus tropas, limitándose a repetir la consigna que Blacfort había gritado antes del ataque:

—¡Dios!... ¡Dios!... ¡Dios!...

Blacfort se inclinó sobre el cuello de su caballo y susurró irónicamente al cura, que iba a pie:

—¡Os llaman, abate!...

Phébus Monteroux vaciló, pues detestaba arriesgar su vida. Pero incluso él sentía que la partida estaba ganada y se hallaba tan lejos de las primeras oleadas que consideró que, si las cosas iban mal y tenía que retirarse, dada la distancia podría salvarse.

Blacfort, que permanecía en el lindero del bosque, estaba acompañado por la señora Juignet de Tallouart, algunos oficiales del Estado Mayor y dos de los asesinos que nunca se separaban de él, Gorro-encerado y Simon, llamado *Dulzura*.

El general vendeano, ebrio de orgullo, veía cómo su tropa avanzaba sin vacilar, enarbolando las banderas blancas con flores de lis.

Se inclinó hacia su amante, con aire de suficiencia, alardeando de algunas nociones de arte militar espigadas aquí y allá:

—Se retiran para hacer más corta una línea de defensa que su reducido número les impide mantener. Además, economizan las balas, deben andar escasos pues. Por lo que se refiere a los cañones, están mudos: sin duda carecen también de balas.

La condesa de Juignet-Tallouart asintió con la cabeza, disimulando su desconfianza.

Ciertamente, incluso allí se conocía la absoluta prioridad que la República daba al ejército del Norte, pero el tal Valencey de Adana, contrariamente a Blacfort, parecía un auténtico guerrero.

El general vendeano quedó desmentido en aquel mismo instante, cuando cuarenta piezas de artillería abrieron fuego. Fue una salva verdaderamente lamentable, de modo que Blacfort no dejó de desternillarse:

—¡Esos artilleros disparan como cerdos!

Las balas daban en el vacío, muy lejos por detrás de la línea de asalto vendeana, y sólo tuvieron que lamentar una víctima: el prudente abate Phébus Monteroux, cuyo vultuoso rostro y toda la cabeza fueron arrancados del tronco.

La aguda risa de Blacfort sirvió de elogio fúnebre a su confesor:

—¡Ah, qué chusca imagen!... Mirad, el abate sigue corriendo sin cabeza, como las gallinas.

El general vendeano se desencantó muy pronto: un preciso tiro de artillería segó la primera línea y, luego, los cañones actuaron en dos registros. En efecto, veinte disparaban contra la última línea vendeana, impidiendo al mismo tiempo cualquier retirada; otros veinte concentraban sus balas sobre las primeras oleadas.

Era una carnicería, los artilleros de la 123.^a resultaban ser de inigualable precisión cuando imprimían a sus salvas una cadencia de infernal rapidez.

—¡Cobardes, combaten a cañonazos!... —le dijo Blacfort, colérico, a la señora de Juignet-Tallouart, y advirtiéndole, de pronto, que ésta acababa de desaparecer prudentemente en el bosque, exclamó—: ¡Ah, la muy puerca!... ¡La puta!... ¡La

echaré de aquí!...

Entretanto, los vendeanos proseguían el asalto a pesar de sus espantosas bajas. Y sólo un espíritu partidista podría negar su valor. Por lo que a sus oficiales se refiere, conocían lo bastante su oficio para saber que la salvación se encontraba delante: muy pronto entrarían en contacto, impidiendo que la artillería de marina prosiguiera sus disparos, si no quería matar a los suyos.

A la izquierda del dispositivo republicano, la caballería se lanzó por segunda vez en veinticuatro horas contra el ala derecha del ejército de Blacfort.

En el mismo instante, como surgidas de tierra, unas tropas republicanas cargaban contra el ala izquierda vendeana, aunque por la retaguardia. Con el catalejo pegado a su único ojo, Blacfort distinguió los primeros peldaños de las escalas. Además de impedir cualquier acercamiento de los chuanes, los indios también habían servido para ocultar, durante meses, unos formidables trabajos de desmonte. Acudiendo de inmediato en su ayuda, parte de la 123.^a avanzó al paso y al son de pífanos y tambores: los cuarenta granaderos negros con sus grandes gorros de pelaje, los americanos con las banderas al viento, los felinos indios de grises uniformes, los españoles, rígidos como los tercios de antaño, los ingleses, los marinos armados con temibles vizcaínos: esta vez, mientras el ala izquierda vendeana cedía ante el asalto de la caballería, el ala derecha se derrumbaba.

Blacfort, asustado, observó entonces que el grueso de la 123.^a, agrupado en el centro, se ponía en marcha.

En un alto caballo bayo, pardo, el general Valencey de Adana, con sus plumas tricolores al viento, encabezaba en varios metros a compactas tropas. Al son de una música atrozmente alegre, tres compañías de fusileros de marina, es decir, trescientos hombres, se pusieron en marcha en toda la anchura del frente, rectángulos azules que avanzaban con pasmosa perfección.

En cuanto los vendeanos estuvieron a la vista, los fusileros, dividiéndose en dos líneas que se alternaban, abrieron fuego a discreción.

Y fue el final.

Algunos vendeanos intentaron retroceder hacia el bosque pero, de inmediato, los artilleros de marina los fulminaron.

Volviendo a la carga por tercera vez, O'Shea hundió definitivamente el ala izquierda aunque, herido casi de inmediato, el americano fue descabalgado.

Una tropa vestida de negro por completo, lanzada a todo galope, rodeó la caballería, y los veinticinco hombres de la policía secreta atacaron directamente a Blacfort y su Estado Mayor; el general vendeano buscó salvarse huyendo hacia el bosque mientras sus oficiales eran masacrados.

Acto seguido, Gréville ordenó que su negra caballería diera media vuelta para atacar la retaguardia vendeana. Los hombres de la Secreta eran excepcionales con el sable, combatientes de élite, y sólo entonces se dieron cuenta de que todos aquellos policías habían sido, previamente, oficiales en el ejército.

Se formó entonces un último cuadro de vendeanos, cuyo odio se dirigió contra los granaderos negros y los voluntarios extranjeros. Combatieron cuerpo a cuerpo, los mayas y los bravos con sus cuchillos de piedra, los españoles a espada, los granaderos con las bayonetas, los ingleses a sable mientras los americanos, siempre apresurados, luchaban a culatazos rompiendo mandíbulas y cráneos.

Llegó luego aquel instante extraño en las batallas cuando todo cesa de pronto, cuando la evidencia se impone. Los vendeanos supervivientes, un centenar, levantaron las manos y fueron de inmediato rodeados por un enjambre de bayonetas.

Unos granaderos negros se llevaron el cuerpo inconsciente del capitán Hyppolite.

En la retaguardia, los hombres de la policía secreta en campaña, soldados políticos, interrogaban ya a los oficiales prisioneros: los condenados a muerte en rebeldía, juzgados ya, se fusilaron de inmediato, los otros acabaron enseguida con las manos atadas a la espalda, mientras se les arrebatában con brusquedad las escarapelas y los fajines blancos.

Valencey de Adana, que la había vigilado mucho disimulando su angustia, veía a Victoire junto a su caballo cojo. Habló con un americano que, caritativamente, acabó con la montura.

—¡Todo ha terminado!... —soltó Mahé.

—¡Y a qué precio!... —respondió Valencey de Adana bajando el catalejo. Centenares de cuerpos cubrían el suelo del campamento fortificado. A los heridos se los cargaba ya para llevarlos hasta los cirujanos.

—Va a hacer calor y el hedor será pronto insoportable: mandad que los prisioneros vendeanos caven tumbas individuales para los nuestros y fosas comunes para los suyos —ordenó Valencey de Adana a un oficial.

Sostuvo la mirada de Mahé.

—Ellos hubieran dejado que nos pudriéramos a la intemperie. Y además, en el fondo, ¿qué importancia tiene?... ¿Estás listo?

—Por desgracia, sí.

Los dos mejores exploradores mayas, entre ellos *Diego Quetzalcóatl*, siguieron la pista ante el general y el coronel.

* * *

La condesa Charlotte de Juignet-Tallouart fue sorprendida con las manos en la masa por Simon, llamado *Dulzura*, que había acudido a recuperar el oro y las piedras preciosas que había en una arquilla.

Ella sonrió.

—¿Tú?

El asesino vaciló.

La condesa se atusó un mechón de su magnífica cabellera mientras decía:

—Sin duda hacía mucho tiempo que aguardabas este momento, Simon. ¿Te has jodido alguna vez a una condesa?

Atónito, el hombre negó con la cabeza.

La joven se arremangó las faldas y, apoyándose en una mesa, se inclinó hacia delante. El asesino contempló aquellas nalgas de lechosa blancura antes de pasar su rugosa mano por aquella suave piel.

Dejó la pistola.

Fue algo rápido y violento.

—¿Eres feliz, Simon?... —dijo zalamera la condesa, bajándose la falda—. Y, sobre todo, ¿volveremos a hacerlo?

—Al diablo Blacfort, que está esperándome —respondió él, sonriendo—. Tomemos la arquilla y huyamos juntos.

Ella sonrió también, se acercó al ángulo de la mesa y tomó la pistola. La bala, disparada a quemarropa, hizo estallar la frente del asesino.

Con la arquilla bajo el brazo, la señora de Juignet-Tallouart montó en el caballo de Simon y echó una mirada al abandonado campamento vendeano.

—¡Qué imbéciles!... —soltó, despectiva.

Saliendo tímidamente de una tienda, la adolescente que había consentido, casi, en ser víctima de Blacfort, acudió corriendo:

—¡Oh, señora condesa, llevadme con vos!

—Arréglatelas, ¡me horrorizan las putas!... —respondió la aristócrata muy seria.

* * *

Gorro-encerado observó a Blacfort sentado en la hierba, con la cabeza entre las manos. Luego, miró hacia el otro lado diciendo:

—El camino está libre, general, pero no lo estará por mucho tiempo. Hay que ir de prisa, ya.

Blacfort levantó la cabeza y lo miró con desesperación:

—¿Y la arquilla?...

—Os espera una fortuna en Inglaterra. Salvemos primero nuestras vidas, general; *Dulzura* nos la ha jugado. Partamos, ¿o queréis entregaros a Valencey de Adana?

Completamente rígido, Blacfort se levantó y montó a caballo.

La noche había caído.

Agotados, los caballos resoplaban.

—¿No hemos estado ya por aquí? —dijo Gorro-encerado a su jefe.

—¿Qué importancia tiene eso?... —respondió Blacfort, abatido, siguiendo con una mirada ausente a los cuatro hombres, pobremente vestidos, que encendían un horno de cal.

—Hay que permitir que los caballos descansen un poco o reventarán durante la noche, mucho antes de que llegemos a la costa.

Echaron pie a tierra y se sentaron junto a una fuente, sumido cada cual en sus pensamientos.

* * *

Valencey de Adana, Mahé y los dos indios, entre ellos *Diego Quetzalcóatl*, iban a un paso más regular.

Silenciosos, también ellos pensaban en una batalla que sólo terminaría, realmente, cuando Blacfort respondiera de sus crímenes ante un tribunal. Pero, para Joachim, había habido ya tantos muertos, demasiados...

Los cuatro jinetes habían atravesado Saint-Jean-d'Angély provocando estupor. Mas al ver a un general y un coronel, acompañados por dos hombres vestidos con extraños uniformes grises, las barreras se abrían sin que fuera necesario ni abrir la boca.

En una aldea llamada Véron, los indios eligieron un camino secundario y estrecho. Valencey de Adana ni por un instante dudó de que estuvieran en lo cierto, pero se extrañó de que Blacfort hubiera abandonado, así, la ruta principal.

Llamó a la puerta de la casa del alcalde, Samuel, un republicano que se sorprendió al ver ante él a un general de las tropas de marina.

—Ciudadano, siento molestarte a estas horas, pero respóndeme: unos fugitivos a quienes buscamos han tomado este camino, ¿qué interés tiene con respecto al camino principal?

—Ciudadano general, el camino principal lleva a Saintes y, más al sur, a Burdeos —explicó el hombre sin vacilar—. El otro, menos importante y en el que nos encontramos, conduce a Savinien y, de allí, entre Rochefort y Marennes, está el mar, la isla de Oléron, kilómetros de costa. Para los liberticidas, es el medio más hábil de llegar a Inglaterra.

—¿Prosigo, pues?

—Es lo prudente. Y no puedes equivocarte. Cruzarás una aldea muy extraña: adosado a una colina verás, en efecto, un monumento constituido por un haz de once columnas coronado por una linterna en lo más alto de la torre que culmina, de modo muy puntiagudo, el edificio. La luz de un fanal brilla allí la mayoría de las noches y el conjunto fue edificado, hace seis siglos, sobre un antiguo cementerio y sobre las ruinas de una capilla decorada con vicios y virtudes, grifos y quimeras, vírgenes prudentes y vírgenes necias. El monumento dio nombre a la aldea, un nombre que hace estremecer, sobre todo en plena noche: La Linterna de los Muertos^[32].

* * *

Eran más de un centenar de hombres armados con picos, hoces y hachas.

Blacfort se levantó, lívido, mientras Gorro-encerado sacaba dos pistolas.

—Son los que violaron y mataron a mi nieta. Ése, con el sombrero de cuero, y el otro, el tuerto, ¡su jefe!... ¡Asesinos!... —gritó un anciano señalando con un dedo acusador a ambos hombres.

La multitud avanzó.

Esperando impresionarles, Gorro-encerado disparó. Mató, efectivamente, a dos hombres pero fue abatido de inmediato, descuartizado vivo, despedazado, pues cada cual agarró un jirón de carne, la lengua, los ojos o la larga serpentina de los intestinos.

Horrorizado, Blacfort retrocedió. Extrañamente, la multitud se abrió.

Recuperó la seguridad, mientras pensaba en lo que diría para lograr impresionar a aquellos campesinos: en el fondo, Saintonge está cerca de Charente, donde había nacido.

—¡Ah, amigos míos, qué alegría que me reconozcan!... Sí, soy general de Vendée por Dios y por el rey, y sé que aquí estoy en casa: no hay pies-grises^[33] vendidos a la innoble República. ¿Dónde está vuestro buen sacerdote, amigos míos?

—¡Lo colgamos al mismo tiempo que al marqués! —anunció una voz.

La multitud iba cerrando a Blacfort, insensible a sus palabras. El paso, estrecho, se abría tras él y se cerraba por delante.

Un gran tumulto se produjo entonces y Blacfort, con su único ojo desorbitado por el terror, vio llegar como salvadores a Valencey de Adana, Mahé y dos de los indios.

—¡Joachim!... ¡Mahé!... No dejéis que lo hagan, ¡quieren matarme! —aulló, y su voz traslucía todo su deseo de seguir viviendo.

Joachim hendió con su caballo la multitud, que se apartó, abriéndose paso:

—¡Liberadlo de inmediato!... —gritó—. Desde este momento pertenece al Comité de Salvación Pública, que le juzgará.

—¿Quién eres, general? —preguntó el herrero que, era evidente, mandaba sobre

los demás.

—Joachim de Niel, hasta entonces conde de Valencey y príncipe de Adana, general de la República y capitán de navío: entrégame a este hombre, ciudadano, debemos juzgarlo en París.

Un murmullo de admiración se alzó entre los aldeanos, pero el herrero le respondió:

—Te queremos y respetamos, pues sabemos quién eres desde la guerra de América, pero a este hombre le hemos juzgado ya, nosotros, por su abominable crimen.

De inmediato, un bosque de picas apuntó, amenazador, a los cuatro jinetes mientras Blacfort seguía gritando:

—¡Joachim, no se lo permitas! ¡Mátame, Joachim, mátame, tengo mucho miedo de tener más miedo aún!

«¡Esa frase es típicamente suya!», pensó Valencey de Adana, que se enterneció sin poder evitarlo. Tomó su pistola y, cuando estaba apuntando a Blacfort, una pica le atravesó la mano.

—Nos obligas a cometer un sacrilegio, general: herirte, a ti, a quien tanto admiramos —dijo el herrero, negando con la cabeza.

—¡Entrégame este hombre, ciudadano!... —exigió Valencey de Adana cuya mano ensangrentada, atravesada de parte a parte, había soltado la pistola.

Mahé, con pasmosa rapidez, blandió las dos pistolas que llevaba al cinto y apuntó a Blacfort, pero en ese instante, por detrás, un garrotazo lo dejó aturdido. Se desplomó del caballo, pesadamente.

—¡No nos obliguéis a hacer esto!... —suplicó el herrero.

Sin apartar sus ojos de él, Valencey de Adana tomó una segunda pistola del fajín tricolor que le rodeaba la cintura con la mano izquierda, pero entonces un violentísimo martillazo se la fracturó.

—¡Renuncia, general, te lo suplico!

—Entrégame a este hombre, ciudadano, no te pertenece y depende ya de la alta justicia de la República.

Entonces, más rápido aún que el gesto de Mahé, *Diego Quetzalcóatl* lanzó contra Blacfort su cuchillo de piedra, que le habría alcanzado, sin duda, en plena garganta si un hombre, sacrificando su vida, no hubiera interpuesto su pecho.

Derribándolo de su caballo, la multitud tiró a Quetzalcóatl al suelo y le mantuvo así, bajo la amenaza de las picas pero sin hacerle sufrir la menor violencia mientras, también en el terreno, reanimaban a Mahé.

Blacfort seguía retrocediendo hacia el horno de cal. Era la viva imagen del terror hecho hombre.

—Joachim, te lo suplico, no se lo permitas, quieren hacerme tanto daño y tengo tanto miedo...

Valencey de Adana, con una mano rota y la otra ensangrentada a causa del

lanzazo, dijo con tono cansado al herrero:

—Ciudadano, entrégame a este hombre. Pertenece al Comité de Salvación Pública, cuyas represalias son siempre terribles.

—Sufriremos sin rebelarnos el castigo que la República nos inflija.

—De acuerdo, os lo compro —repuso entonces el general con voz que se quebraba—. Compro a este hombre: mi castillo, mis tierras, el tesoro de las cruzadas, mi corbeta, tomadlo todo pero entregadme a este hombre. Está loco, no puede morir así.

—Le hemos juzgado ya.

Reanimándose, Valencey de Adana soltó con tono glacial:

—Ah caramba, herrero, ¿y quién eres tú para juzgar así?... ¿Has aprendido algo de la República?... Todo hombre es igual ante la ley, incluso él tiene derecho a un verdadero proceso.

—No, él no.

—Escúchame, utilizaré toda mi influencia, que es grande, y te doy la palabra de los príncipes de Adana, que en siete siglos nunca fueron perjuros. ¡Será juzgado aquí mismo!... Haré que el Tribunal revolucionario de París se desplace, utilizando todos mis contactos, todo el prestigio que tú me otorgas. Si es condenado, será ejecutado aquí, en La Linterna de los Muertos. Tienes mi palabra.

El herrero pareció dudar largo rato.

—¡Ha sido juzgado ya! —exclamó al fin el herrero.

Blacfort, aterrorizado, ascendía empujado por el avance de la multitud por una pequeña escalera que llevaba a una estrecha abertura en el horno de cal.

—Joachim, fuimos amigos. ¡Te lo suplico, Joachim!

Valencey de Adana estaba agotado, las heridas le hacían sufrir horriblemente, pero su obstinación no cedía.

—Ciudadano herrero, por última vez, obedece, no te comportes como alguien fuera de la ley y según tu voluntad, como antaño lo hicieron los hasta entonces reyes y todos los déspotas de la tierra.

—General, lamento muchísimo que te hayamos herido —repuso el herrero, que pareció conmovido—, pues esto estropeará para siempre mi vida, pero si hubieras conocido a la niña a quien él violó y mató, tú tampoco perdonarías.

—¿Quién ha mencionado el perdón cuando de mi boca sólo ha salido la palabra justicia?

—Te resulta fácil, ciudadano general, no conocías a la niña.

—Este hombre mató a mi padre, de modo que el asunto me atañe mucho más que a ti, pero exijo un juicio, no una ejecución.

—¿Mató a tu padre?

—¡Sí!... —aulló Blacfort—. ¡Y también a su prometida!...

El herrero observó atentamente a Valencey de Adana.

—Entonces, te admiro y te respeto más todavía por la fuerza de tus principios que

por tus victorias, pero eso es el fin, mira, ya está entrando en el horno de cal...

Las picas empujaban a Blacfort hacia el fondo, que, a pesar de llevar botas, empezó a saltar sobre el suelo ardiente. Valencey de Adana imaginó a su amigo de la infancia en la oscuridad del horno, herido por aquellas veinte picas que lo empujaban con otros tantos pinchazos. Luego cerraron la puerta de acero, la oscuridad absoluta, las picas... Todo lo que aterrizzaba a Nicolas. Valencey de Adana no podía evitar ver a Blacfort como el niño que fue. El miedo recuperaba al niño, y era a éste a quien arrojaban vivo al horno, a aquel muchacho para el que vivir era ya una dolorosa agonía, un calvario diario...

El general Valencey de Adana, fuera de sí, aulló:

—¡Sois unos bárbaros sanguinarios! ¡Nos robáis nuestra Revolución, la prostituís con lo arbitrario! ¡Dejadme morir con él más que vivir con vosotros!

Saltó del caballo para entrar en el horno y lo habría logrado si diez manos no le hubieran sujetado.

El maya, que había permanecido silencioso hasta entonces, saltó para ayudar a su general, al que agarraban.

En un abrir y cerrar de ojos, degolló ya a tres hombres con su cuchillo de piedra, pero un hachazo le cortó limpiamente el brazo que sujetaba el arma.

El fuego encendido bajo el horno, ligero hasta entonces, aumentó cuando arrojaron en él un cubo de resina y unas brazadas de leña. El carbón de tierra que caldearía el calcáreo comenzaba a producir un calor insoportable.

Valencey de Adana escuchó los aullidos de Blacfort, que gritaba su nombre, como un último recurso. Impotente, sujetado con firmeza, el general no pudo evitar llorar mientras repetía:

—Así no... Oh, no, así no... Así no...

Transcurrieron unos largos minutos. ¿Diez, veinte, treinta?... Valencey de Adana, con la cabeza gacha y la mirada clavada en el suelo, nunca supo cuánto tiempo había pasado.

Luego llegaron unos jinetes. Veinticinco hombres de las tropas de policía secreta en campaña, vestidos de negro, más americanos, granaderos y otros de la 123.^a «Libertad, querida Libertad», a quienes no habían podido retener.

La pequeña multitud de aldeanos quiso oponerse a su llegada pero Gréville, sin miramiento alguno, empezó a repartir sablazos, hiriendo a dos en los hombros. Los recién llegados, soldados y policías, no se mostraban piadosos ante su general herido...

Gréville, por su parte, se había percatado de todo, pero era ya demasiado tarde. Mandó buscar a algunos interlocutores entre quienes, permaneciendo en sus casas, se habían negado a participar en aquella ejecución.

* * *

Sacaron los restos. Un cráneo, una caja torácica, algunos huesos y el rosario de marfil con calaveras.

Valencey de Adana, a quien estaban vendando las manos, ordenó a sus hombres:

—Llevaos sus restos. Será enterrado en cualquier parte, pero no aquí.

Victoire lo sujetaba por los hombros, lanzando miradas coléricas a los aldeanos, aunque, sin embargo, no todos habían participado en aquella ejecución.

Gréville se acercó.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

Valencey de Adana le sonrió débilmente.

—Mañana, venid al castillo. Aunque no muy temprano. «Libertad, querida Libertad» llegará pasado mañana, en un convoy con sus carros. Habrá tres días de fiestas... ¿Cuántos hombres hemos perdido?

—Una treintena. Siempre los muertos son demasiados pero, comparado con los vendeanos, es una cifra irrisoria. O'Shea ha recibido una bala en la garganta, el capitán Hyppolite ha sido herido por varios sablazos. Los dos, lamentablemente, corren el riesgo de no sobrevivir, si no han muerto ya...

Valencey de Adana echó una ojeada a Mahé, con la cabeza vendada, y a *Diego* Quetzalcóatl. El maya del brazo amputado acababa de morir.

—Voy a regresar. De inmediato.

—¡Pero vuestras manos! —protestó Gréville.

—Tengo una solución.

Victoire subió a caballo, Valencey de Adana montó a la grupa. Luego se dirigió con voz conmovida al jefe de la policía secreta.

—Señor Gréville, hay muertos por todas partes, y muchos combates; dudo que se recuerde esta batalla en los libros de Historia pero me siento orgulloso y honrado de teneros a mi lado como un amigo fiel.

—No sé qué decir... Vuestra amistad me resulta más valiosa que cuanto he hecho en mi vida. Descansad...

—¡No contéis demasiado con ello!... —respondió Victoire dirigiendo un guiño al general de policía, que pareció divertido; luego, mientras Joachim rodeaba su cintura, espoleó su caballo imitada, de inmediato, por Mahé y *Diego* Quetzalcóatl.

Las siluetas de los jinetes fueron iluminadas, largo tiempo, como sombras chinescas por La Linterna de los Muertos; luego desaparecieron detrás de una colina, entre los primeros fulgores del amanecer.

EPÍLOGO

UN POCO DE HISTORIA...

Esa gran batalla del Norte que hemos visto prepararse supuso la victoria francesa de Fleurus, que abrió Bélgica a los soldados de la Revolución.

Al día siguiente, el 9 Thermidor, la Asamblea decretó la acusación de Robespierre, Saint-Just, Couthon... Fueron detenidos y liberados por Hanriot, comandante de la guardia nacional ayudado por secciones populares de la Comuna revolucionaria de París. Indeciso ante el enfrentamiento, legalista, Robespierre vaciló durante mucho tiempo. Sus tropas y el pueblo, cansados, se dispersaron por la noche. Lo detuvieron de nuevo y fue guillotinado enseguida (el 10 Thermidor) con Saint-Just, Couthon y Hanriot. Un centenar de sus partidarios también fueron decapitados como él, sin proceso, en los dos días siguientes.

Los thermidorianos tomaron el poder. Se mostraron tan corruptos como virtuosos fueron sus predecesores —demasiado, tal vez—. Gobernaron sin el pueblo, contra él a menudo, pues la «izquierda» había desaparecido con sus representantes, de Marat a Robespierre pasando por Hébert y Babeuf. Bajo el Directorio, consumaron su obra de destrucción instaurando una dictadura militar cuyo instrumento fue Bonaparte. El resto ya lo conocemos...

LOS MALOS...

Luis XVIII, antiguo conde de Provenza y hermano de Luis XVI, regresó a Francia en los furgones del extranjero tras la abdicación de Napoleón. En cuanto éste regresó durante los «Cien Días», Luis XVIII tomó de nuevo el camino del exilio: estaba bastante acostumbrado a ello... Viejo, gotoso, obeso, hidrópico, casi paralizado, consintió el Terror blanco de 1815: cien mil arrestos, matanzas, destierro de los regicidas, quema de libros por los jesuitas, asesinatos del mariscal Brune y del general Ramel. Hizo fusilar al mariscal Ney, a los generales Mouton-Duvernay, César, Constantin de Fauchet e, incluso, al general-conde Charles-Angélique Huchet de La Bedoyère.

* * *

Carlos X fue el último de los Borbones que reinó. El antiguo conde de Artois, hermano del precedente, era conocido en su juventud por su rara estupidez: a este respecto, en la madurez se cumplieron todas las promesas de la tierna edad. Reaccionario y autoritario, suprimió la libertad de prensa antes de ser expulsado a consecuencia de la revuelta de 1830. Era su tercer exilio, habría podido hacer el camino con los ojos cerrados...

* * *

La señora condesa Marie-Charlotte de Juignet-Tallouart se unió al Directorio, luego al Imperio y luego a los Borbones. Le gustaba recordar su pasado de amazona en las guerras de Vendée.

Se casó con una inmensa fortuna personificada por un proveedor de armas que tuvo el buen gusto de morir un año después, tras la ingestión de un plato de setas preparado por el cocinero de la condesa, un lombardo de aire trapacero... Durante la Restauración, se festejó como es debido a quien había bebido la sangre de los regicidas.

Durante la Revolución de 1830, cuando a los sesenta años su gran belleza se había marchitado un poco y su nombre había caído en el olvido, se enamoró locamente por vez primera. Se trataba de un antiguo mameluco de Napoleón. Hombre apuesto de rudos ojos negros y grandes mostachos, gobernó los sentidos de la dama, se aprovechó ampliamente de su fortuna y la mandó a la cocina con la servidumbre. Poco rencorosa, ella mandó construir en su honor una hermosa mezquita en su propiedad de Chevreuse. Mientras preparaba confituras en la antecocina, a ella le gustaba repetir, con mirada soñadora: «¡Qué cosas os obliga a hacer el amor, a fin de cuentas!».

* * *

Los Petimetres pertenecientes a la juventud dorada eran conocidos, en la época del Directorio, por el asesinato, por completo impune, de jacobinos. En pandilla, les gustaba sembrar el terror en los barrios obreros.

Cuatro de ellos atacaron, una noche, el cementerio de la Madeleine, donde, por iniciativa del general Valencey de Adana, se habían depositado los cuerpos del antiguo cirujano Florent de Saint-Frégant, de Bernardin des Essarts, marqués de La Mellerie, y de Jules Dumesnil. Decapitaron la estatua de la diosa Terpsícore, atacaron el monumento y no siguieron adelante porque los interrumpieron.

Para no tener que repetírselo, de una vez por todas, una hora más tarde las cuatro cabezas de los Petimetres fueron depositadas a los pies de la estatua decapitada de Terpsícore, mientras inquietantes y oficiosos emisarios «aconsejaban vivamente» a

las familias de los ricos descarriados que repararan las destrucciones, lo que se llevó a cabo aquella misma semana.

La policía secreta no bromeaba nunca, sobre todo si se trataba de la amistad...

LOS QUE NO FUERON MALOS, SINO TODO LO CONTRARIO...

Jean-Baptiste, el antiguo vendeano que se pasó a la República (a menos que en realidad se pasara, sobre todo, a Victoire de La Chesnaie de Flers), hizo carrera en el ejército. Llegó a capitán de coraceros y encontró la muerte en Wagram.

* * *

El barón de Penchemel recibió a su hija al regreso de la emigración. Su hijo, coronel en el ejército imperial, murió ante Smolensko.

El barón siguió siendo republicano toda su vida y trató asiduamente al príncipe y a la princesa de Adana.

* * *

Dawson y su bella esposa Léonore se alejaron de París tras la caída de Robespierre. Se instalaron en Aix-en-Provence, donde vivieron felices y muy ricos, pues el inglés vendió sus negocios holandeses.

En 1797, en cuanto presentó la solicitud, obtuvo la nacionalidad francesa. Esta celeridad excepcional se explica por el hecho de que la petición la presentó Pierre-François Gréville en persona...

* * *

El capitán de granaderos Hyppolite se recuperó de sus graves heridas pero, con un brazo amputado, tuvo que abandonar el oficio de las armas. Se casó con una antigua religiosa que había colgado los hábitos en 1789, fundó una numerosa familia y se instaló en Rochefort, lo que le permitía visitar numerosas veces a sus amigos, los Valencey de Adana.

* * *

John y Marie O'Shea, a quien nadie llamó nunca más Marie Arremangada, se instalaron en Charleston, en Carolina del Sur, donde el antiguo comodoro de la marina de guerra de Estados Unidos fundó una floreciente compañía de navegación. Héroe respetado y honrado, le gustaba viajar a Francia con su encantadora esposa para volver a encontrarse a sus numerosos amigos.

* * *

Pierre-François Gréville, aunque permaneciera en la sombra, nunca fue puesto en duda como jefe de la policía secreta, pues lo temían los reyes, los emperadores y todos los supremos salvadores en potencia. Incluso Fouché, ministro de la policía, le tenía miedo. Napoleón, prudente, le nombró barón del Imperio. Luis XVIII, Carlos X y Luis-Felipe lo condecoraron y honraron, pero sin socavar nunca sus convicciones profundamente republicanas.

Se le vio a menudo en el castillo de los Valencey de Adana ya que consideraba al príncipe como su mejor y, sin duda, único amigo. Se casó tardíamente con la viuda de un oficial de húsares, una mujer de cuarenta y dos años para quien fue el más adorable de los maridos. Ya puestos, trató a los tres hijos de su mujer como si fueran propios, revelándose como un padre atento, muy ingenioso pero también puntilloso en cuestión de principios. Aunque, para quienes sabían descubrirlo, en el fondo de los ojos del terrible general de la policía secreta brillaba un fulgor burlón, como si la vida en el fondo fuera una gran broma aunque, como esteta consumado, la quisiera siempre del mejor gusto...

* * *

Mahé de Campagne-Ampillac siguió a Joachim en el ejército, pues ni él ni el otro quisieron ya navegar porque, para quien había conocido *La Terpsichore*, tomar el mando de otro navío hubiera supuesto, en cierto modo, una degradación. Ascendido a general de brigada en 1797, abandonó el ejército al mismo tiempo que Valencey de Adana, en 1799, cuando Bonaparte instauró el Consulado que preparaba el Imperio.

Había hecho venir su familia de «la base secreta» de Guatemala y se instaló con su mujer y sus cuatro hijos —que luego llegaron hasta siete— en la vieja y destartalada morada de Campagne-Ampillac... donde ni siquiera permaneció veinticuatro horas. En efecto, «señor hermano suyo» y la princesa le regalaron el muy hermoso y confortable castillo de La Chesnaie de Flers.

Como Valencey de Adana, volvió brevemente al servicio entre 1814 y 1815, para defender Francia cuando fue invadida. Luego colgó definitivamente y sin lamentarlo su uniforme de general.

Vivió feliz y consiguió situar a cada uno de sus siete hijos. Ciertamente es que «señor hermano suyo», a quien veía a diario, procuró que nunca le faltara nada.

A solas, se enorgullecía de su vida. El niño abandonado había recorrido tanto camino desde la choza del «encargado de nodriza»... Pero, más que nada, le gustaba ver crecer a sus hijos en el seno de una verdadera familia, pues el mayor enemigo de aquel hombre bueno no fue inglés ni vendeano, sino la desgracia, sobre todo cuando se encarnizaba con los niños.

* * *

La Fayette, el bulldog que había conocido al príncipe de Adana en la cárcel y a la sombra de la guillotina, vivió quince años. Siguió siendo, hasta el último aliento, gruñón, roncador, malhumorado, quisquilloso, malcarado, susceptible como un hidalgo, sombrío como un mosquetero, en resumen, una prima donna. A veces, se echó de nuevo pedos, aunque durante cortos períodos, como un guiño humorístico en honor de los antiguos tiempos. Fue también algo loco, fantasioso, afectuoso y adoró hasta la locura a su dueño y su dueña, aunque más bien a ésta, sobre todo cuando llevaba una sombrilla... pues era terriblemente sentimental.

Tuvo tres «esposas» y unos treinta descendientes que, a su vez, no hicieron más que crecer y multiplicarse, llevando un poco de su barroca belleza a la fealdad de las ciudades.

* * *

Joachim de Niel, conde de Valencey y príncipe de Adana fue ascendido a general de división en 1796. Sirvió junto al general Moreau, el más popular de los generales, aquel al que los oficiales y soldados de la República preferían, y con mucho, al sombrío Bonaparte.

Participó en la magnífica victoria de Hohenlinden y en aquella obra maestra de la retirada que llevó a cabo Moreau antes de que, víctima de una confabulación, fuera desterrado por Bonaparte, que le envidiaba.

Tras haber abandonado el ejército en 1799, Valencey de Adana invirtió parte de su inmensa fortuna, procedente de las cruzadas, en la construcción de una gran mansión a orillas del mar donde acoger a todos los veteranos de la 123.^a media brigada «Libertad, querida Libertad» y a los de los navíos *L'Argonaute*, *La Betelgeuse* y, naturalmente, *La Terpsichore*. En cualquier caso, todos lo solicitaban. Hasta después de 1840, uno podía encontrarse allí con aquellos viejos soldados y marinos, contentos de tener un techo.

En 1814, Mahé y él solicitaron y obtuvieron un mando, distinguiéndose en Brienne y en Arcis-sur-Aube sin poder impedir la invasión extranjera.

Reincidieron en 1815, haciendo comprender a Napoleón que combatían por su país, no por un emperador. Éste estaba muy necesitado de los hombres de aquel temple para advertir la afrenta.

En Waterloo, Valencey de Adana repartió sablazos durante horas y horas, como un muchacho, pero un lancero austríaco le hirió en la espalda. Mahé lo llevó a París a la mañana siguiente, inconsciente y casi moribundo, pero las lumbreras de la medicina, cuando la férrea mano de Gréville les tiró de la oreja, consiguieron salvarle.

Poco rencoroso, Luis XVIII quiso hacerle par de Francia. El príncipe se negó, al igual que rechazó las insinuaciones de Carlos X y Luis-Felipe, permaneciendo republicano hasta el fin. Aunque todo esto no eran más que breves episodios en su vida, pues realmente su vida fue Victoire, que le dio dos hermosos hijos, una hembra y un varón (Aglaré y Josselin), a quienes explicó que con un apellido semejante, para que no te aplaste, habrá que saber vivir, si no prescindiendo de él, dejándolo de lado al menos.

Victoire y él nunca se separaban. Su biblioteca era una de las más hermosas de Francia pues, convencidos de que se es aristócrata, sobre todo, por el espíritu, compartieron la pasión por los libros. Fue una felicidad ardiente, tierna, suave y dulce como una naranja, con algunos rarísimos días de tormenta, una picante pizca de guindilla de las islas.

Hablaban poco del pasado aunque, a veces, en la soleada terraza, él se abandonaba —a petición de Victoire— y evocaba *La Terpsichore* y sus extraordinarias aventuras.

Murió a los ochenta y un años, un anochecer de septiembre, durante un paseo a caballo. De pronto, se volvió hacia su gran amor, fijó en ella su intensa mirada de un gris verdoso, como pidiendo disculpas por abandonarla. Luego cayó, fulminado.

Ella mandó que lo llevaran al castillo y lo tendieran en su gran lecho.

Victoire despidió a todo el mundo, se tumbó a su lado, le tomó la mano y, con la otra, sin vacilar, se disparó una bala en el corazón: ni siquiera le había sobrevivido diez minutos.

* * *

El castillo de los príncipes de Adana, comprado por un industrial en 1898, fue derribado y reemplazado por una horrible casa burguesa, tristemente convencional, que se agrietó muy pronto.

En 1927, un banquero mandó cegar el estanque, derribar la casa y construir una grotesca y pequeña mansión. Se agrietó también y amenazó ruina.

En 1969, un hombre de negocios construyó en su lugar un poblado de vacaciones. Cinco años más tarde, socavados sus cimientos, los pabellones fueron abandonados.

Entonces no se construyó más, pues eminentes especialistas habían advertido que cada cinco o diez años, por un inexplicable fenómeno local, soplaba allí un viento capaz de derribar un rascacielos. Se extrañaban mucho de que un castillo, que se representaba en telas y grabados antiguos, hubiera podido aguantar durante tantos siglos en semejante lugar.

Durante unas excavaciones, en 1991, se hallaron los cimientos de un castillo de muy impresionantes dimensiones. Del todo inexplicable e inexplicada, se advirtió la presencia de una arena roja desconocida en la Europa Occidental, que unía los enormes bloques como si estuvieran soldados unos con otros. Hoy el enigma está todavía por resolver.

Tal vez, para dilucidarlo, fuera preciso buscar la respuesta en la caballería y sus secretos, en las lejanas y misteriosas cruzadas y en el Adana de los antiguos tiempos.

Pero ¿quién sabe de eso?

Notas

[1] Grado que carece de equivalente en la marina francesa. Inmediatamente por debajo de contraalmirante.<<

[2] Epilepsia.<<

[3] Véase en esta misma colección, La fragata fantasma (2007).<<

[4] *Ibídem.* <<

[5] Luis XVI.<<

[6] El mayor admirador del general vendeano Bonchamps fue Napoleón Bonaparte.<<

[7] Es decir, la guillotina, pues Sanson era el verdugo oficial de París.<<

[8] Juego de azar, muy parecido al actual bingo.<<

[9] A la ligera.<<

[10] A la guillotina.<<

[11] La guillotina.<<

[12] Véase en esta misma colección *La fragata fantasma* (Edhasa, 2007).<<

[13] La guillotina.<<

[14] Jurista, condenado y ejecutado en Thermidor (1795).<<

[15] Véase en esta misma colección *La fragata fantasma* (Edhasa, 2007).<<

[16] Miembro del Comité de Salvación Pública, muy cercano a Robespierre, guillotinado junto al Incorruptible y Saint-Just.<<

[17] Plaza de la Concorde.<<

[18] La pequeña iglesia Saint-Qosme y su cementerio se encontraban entre la actual calle Racine y la calle Ecoles, en el hoy llamado bulevar Saint-Michel.<<

[19] Véanse en esta misma colección Los fulares rojos (Edhasa, 2003) y El ladrón del viento (Edhasa, 2005).<<

[20] Los aerostatos fueron utilizados con éxito como observatorios militares durante la batalla de Fleurus. Pero el general Jourdan, que sólo pensaba en su propia gloria, se las arregló para minimizar su importancia. Tampoco Napoleón creyó en ella.<<

[21] Los ingleses bautizaron este enfrentamiento como batalla del Océano. Conmemoran aún el acontecimiento con el nombre de Glorious Firstjune olvidando el pánico y la vergüenza de las autoridades de Londres cuando la flota regresó con las manos vacías. De ahí la invención de esta victoria... ¡oficializada en los manuales franceses!<<

[22] Autores de las matanzas en las cárceles llevadas a cabo, del 2 al 6 de septiembre de 1792.<<

[23] Almanaque publicado de 1765 a 1945, en el antiguo ducado de Sajonia-Coburgo, y que era determinante en la genealogía de las familias nobles de Europa.<<

[24] La infantería que debía combatir en línea, de ahí su nombre.<<

[25] Siendo comandante de la guardia nacional, La Fayette, ordenó, el 17 de julio de 1791, que dispararan contra el pueblo que había acudido al Campo de Marte para pedir que el rey fuera depuesto. Como comandante del ejército del Norte, traicionó una vez más, pero esta vez al pasarse al bando austríaco el 19 de agosto de 1792... <<

[26] Tendencia de Robespierre, Saint-Just, Couthon, Hanriot... <<

[27] Pensador italiano (1463-1494) famoso por la amplitud de sus conocimientos y por su memoria prodigiosa.<<

[28] Compuesto en su origen por croatas, ese regimiento se convirtió oficialmente en «royal-Cravate» (es decir, «real-corbata»), oficializando la deformación, oral, de «croata» en «corbata». Las tropas del «royal-Cravate» fueron barridas por el motín en el asunto Réveillon que precedió, por poco, la toma de la Bastilla.<<

[29] Jeanne Roland de la Platière (1754-1793). Política, esposa de un girondino, abrió un salón revolucionario. Fue guillotizada en 1793.<<

[30] Théroigne de Méricourt (1762-1817). Hermosa egeria del club de los Cordeliers, podía vérsela con el sable al costado y un sombrero con penacho negro. Se volvió loca tras haber recibido una paliza, públicamente, de manos de algunas mujeres sans-culottes de la Halle, que la consideraban demasiado moderada...<<

[31] Olympe de Gouges (1748-1793). Literata y revolucionaria nacida en Montauban, guillotizada en 1793.<<

[32] Aldea situada a unos doce kilómetros de Saint-Jean-d'Angély.<<

[33] Campesinos. <<